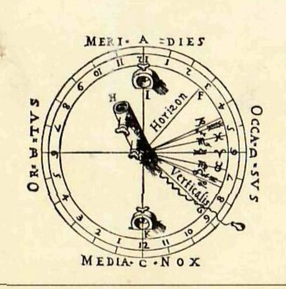


NIGEL DAVIES

LOS ANTIGUOS REINOS DEL PERÚ



Crítica Arqueología

Nigel Davies, autor del gran libro *Los incas*, nos ofrece ahora un apasionante y riguroso estudio de las civilizaciones que les precedieron, a partir de la información acumulada tras las excavaciones más recientes y el estudio desde el aire de las siluetas de cóndor, ballenas o monos dibujadas en el desierto de Nazca y que constituyen una de las herencias culturales más enigmáticas del mundo. Los estudiosos aceptan, generalmente, que la llegada de los primeros seres humanos a la región andina se produjo alrededor del año 9000 a. C. Estos antiguos peruanos descendían de pequeños grupos de personas que habían colonizado el Nuevo Mundo tras cruzar el estrecho de Bering (cuando aún existía un puente terrestre entre Asia y América) y atravesar el istmo de Panamá. El profesor Davies nos lleva de la mano por un recorrido apasionante, que arranca con el estudio de las culturas preincaicas más sobresalientes y con el de las culturas del primer y segundo milenios antes de Cristo. Sigue el autor con el análisis de la más importante de todas las culturas preincaicas, la Moche, cuyas formas de vida se han podido reconstruir en gran parte gracias a que en 1987 unos saqueadores descubrieron los vestigios más espectaculares de la cultura mochica: un enterramiento real con ornamentos de oro, plata y joyas engastadas. Finalmente, el autor, tras analizar la desaparición de Huari, nos da a conocer el mayor centro de poder costeño: la civilización de Chimú, que ocupó un amplio territorio conquistado por los incas hacia 1470. Junto a las crónicas frecuentemente sesgadas de los conquistadores, este estudio arqueológico del profesor Davies nos ayuda a entender, por fin, el culto imperial de los incas, sus métodos agrícolas, sus sistemas de construcción de caminos y ciudades y nos acerca, de un modo a la vez riguroso y asequible, a los misterios de los antiguos reinos del Perú.



Nigel Davies nació en 1920 y se doctoró en arqueología por la Universidad de Londres. Autor de numerosas obras sobre la América precolombina, entre las que destacan *Los incas, Los aztecas* o *Los antiguos reinos de México*, recibió en 1980, de manos del presidente de México, la orden del Águila Azteca, por su contribución a la cultura mexicana.



LOS ANTIGUOS REINOS DEL PERÚ



CRÍTICA/ARQUEOLOGÍA

Directora: M.ª EUGENIA AUBET

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-8432-004-9
Depósito legal: B. 40.211 - 1999
Impreso en España
1999. — HUROPE, S. L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

PREFACIO

En un libro anterior sobre el imperio inca me ocupé exclusivamente de los ciento cincuenta años previos a la conquista española ocurrida en 1532 de nuestra era. Mas, como los incas no tenían un sistema de escritura, la mayor parte de los datos relevantes no proceden de sus propios documentos, sino de los escritos por los españoles. Unos cuantos participaron en la conquista, mientras que otros consiguieron información a través de los nobles incas que residían principalmente en el Cuzco. Estos relatos han sido analizados y reinterpretados en las décadas recientes por los estudiosos modernos.

También han quedado algunas leyendas de las civilizaciones preincaicas, tales como las listas de reyes del reino de Chimú (o Chimor), anterior al surgimiento de los incas. Sin embargo, nuestro conocimiento del Perú preincaico proviene básicamente de los hallazgos de los arqueólogos.

Durante las últimas décadas Perú y la región andina han tenido la buena fortuna de atraer a destacados académicos, no sólo peruanos, sino de otros muchos países, que han podido descubrir una gran abundancia de datos procedentes de una vasta gama de antiguas culturas andinas. No se trataba necesariamente de «reinos» en la acepción corriente de la palabra; como veremos, ninguna de ellas llegó a dominar la totalidad de Perú, y mucho menos a sus vecinos más cercanos. Sus logros han sido ampliamente documentados en numerosas publicaciones.

Buena parte de este libro se centra en las culturas preincaicas más sobresalientes. Algunas estuvieron localizadas principalmente en la región serrana, como la de los propios incas. Las culturas del primer y segundo milenios antes de Cristo, sobre las que nuestros conocimientos han aumentado enormemente, eran parcialmente marítimas cuando menos, aunque Moche, que floreció durante los primeros seis siglos de nuestra era, estuvo limitada al litoral peruano. Los hallazgos recientes también han aportado datos espectaculares a nuestro conocimiento del período mochica. Después de su decadencia, en la etapa denominada «Horizonte Medio», los principales centros de poder se ubicaron en el interior: Huari y los yacimientos aledaños, por una parte, y por otra, Tiahuanaco en el lado boliviano del lago Titicaca.

Después de la desaparición de Huari, el mayor centro de poder fue una vez más una civilización costeña, la de Chimú, que ocupó un amplio territorio, conquistado también posteriormente por los incas.

1. EL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN

UN PAÍS DE CONTRASTES

Perú es un país de grandes contrastes. De norte a sur una franja llana bordea el océano Pacífico, tan árida que no proporciona sustento a ninguna forma visible de vida vegetal. Sin embargo, muchos ríos intersecan este yermo formando fértiles valles que contrastan notablemente con los largos tramos de arenas desérticas. El mismo océano Pacífico, gracias a la corriente de Humboldt, es mucho más frío en la costa de Perú que las aguas a latitud semejante en otras partes del mundo; a resultas de ello, aunque la lluvia es un fenómeno raro, el cielo está a veces nublado, particularmente en las cercanías de Lima, la actual capital, donde un sol ardiente cae sobre un mar frío y crea un vapor que se eleva formando nubes.

En marcado contraste con la franja costera, a unos pocos kilómetros hacia el este, se yergue la majestuosa cordillera de los Andes que se adentra hacia el sur en Chile. Parte de esta área central de Perú no es cultivable, ya que está formada por picos rocosos cubiertos de nieve. Sin embargo, entre estas montañas, que en realidad forman dos hileras paralelas, se extienden fértiles valles ubicados a una altitud que fluctúa entre los 2.500 y 3.500 metros; dichos valles disfrutan de lluvias regulares durante los meses veraniegos y sustentan una amplia gama de vida animal y vegetal. Se puede citar como ejemplo el valle del Cuzco, donde se fundaría la capital incaica, con una altitud promedio de 3.500 metros. Entre los valles más altos y exóticos, situados en el extremo sureste de Perú, se encuentra la cuenca del lago Titicaca, el lago navegable más alto del mundo. Como veremos, esta región tuvo un papel importante en la historia antigua.

Más allá de los Andes se encuentra una tercera región llamada la «montaña», que abarca más de la mitad de la superficie total del Perú actual. Está formada por exuberantes tierras cálidas, cuya parte septentrional pertenece a la gran cuenca del río Amazonas. Esta región era el territorio de pueblos que tenían contactos limitados con las culturas más avanzadas de los valles andinos, aunque las fuentes incaicas mencionan sin mucha precisión varias campañas emprendidas contra tribus selváticas.

Todavía se debate la fecha de llegada de los primeros seres humanos a Perú y demás países vecinos. Los estudiosos generalmente aceptan que la

presencia humana en la región andina data de antes de 9000 a.C.; fechas de radiocarbono más antiguas, como las de Richard MacNeish que indican una ocupación humana del valle de Ayacucho anteriores a 20000 a.C., no son aceptadas unánimemente. Estos antiguos peruanos descendían claramente de pequeños grupos de personas que habían colonizado el Nuevo Mundo después de cruzar por el estrecho de Bering desde Asia, en un momento en que existía todavía un puente terrestre entre Asia y América; al menos uno de estos grupos cruzó finalmente el istmo de Panamá y se convirtió así en antecesor de los pueblos andinos.

Estos antiguos colonizadores siguieron el modelo típico de los cazadores recolectores. Por ejemplo, Michael Moseley se refiere a yacimientos que pertenecían a lo que se ha dado en llamar la «tradición Paiján», a partir de los cuales se han establecido fechas de radiocarbono previas a 8000 a.C. Se han hallado canteras y talleres líticos en La Cumbre, en el lado norte del valle del río Moche, una región que como veremos desempeñó un papel central en la historia del antiguo Perú. Los asentamientos ubicados a mayor altitud parece que estuvieron ocupados también en esta época; se pueden citar como ejemplo las excavaciones en la cueva de Pachamachay, situada en el interior a una altitud de 4.300 metros y ocupada por cazadores recolectores que cazaban las distintas especies de cameloides que abundaban en la región.

Estos cazadores recolectores dieron el siguiente paso en el camino de la civilización: el cultivo de plantas, tanto para la alimentación como para la manufactura de esteras y recipientes. La cueva de Guitarrero, relativamente cercana a la costa, así como las cuevas de Tres Ventanas, situadas más adentro a una altitud de 3.900 metros, datan de 8000 a.C.; se han encontrado fragmentos de calabazas cultivadas de antigüedad similar en la región de Ayacucho.

Hay restos de pequeños poblados ya en 6000 a.C., en la costa norte de Perú, y en un yacimiento, Nanchoc, se han excavado dos montículos que parecen haber sido primitivas construcciones ceremoniales. En cuanto a la auténtica arquitectura monumental, generalmente considerada como señal de una sociedad más compleja, tenemos fechas de radiocarbono que oscilan entre 2900 y 700 a.C. para el yacimiento de Aspero, situado en la costa al norte de Lima; una muestra tomada de una plataforma elevada de la Huaca de los Ídolos* proporcionó la fecha de 3000 a.C.

Descubrimientos inesperados

Aspero está constituido por una serie de montículos que primero se creyó que eran naturales. Fue excavado por primera vez en 1941 por Gordon Willey y John Corbett, quienes estaban plenamente convencidos de que la presencia de alguna forma de cerámica era una característica universal de toda arqui-

* «Huaca»: palabra procedente del quechua que indica lugar u objeto sagrado en general. (*N. de la t.*)



FIGURA 1. Vivienda primitiva, aproximadamente de 3000 a.C.

tectura monumental, incluida la más antigua. Sin preocuparse por la evidente carencia de cerámica en Aspero, procedieron por tanto a ofrecer una fecha comparativamente tardía para el yacimiento, basándose en cerámica que no había sido encontrada en Aspero, sino ¡en un cementerio cercano!

Sólo después de transcurridos casi veinte años se aceptó con reluctancia el hecho totalmente asombroso de que Aspero no sólo no tenía cerámica, sino que formaba parte de una amplio complejo arquitectónico, que incluía una serie de centros monumentales precerámicos, tales como El Paraíso en el valle del río Chillón, y principalmente el asentamiento serrano de Kotosh, situado bastante más lejos en el interior, donde arqueólogos de la Universidad de Tokio investigaron grandes estructuras de muchos tipos ubicadas en diferentes estratos, todas las cuales carecían de cerámica. Estos asentamientos precerámicos están entre las formas más tempranas de arquitectura monumental en el Nuevo Mundo: ¡las más antiguas son contemporáneas de las grandes pirámides del Imperio Antiguo de Egipto!

Para dar un ejemplo de este período cabe señalar que durante las grandes excavaciones en Aspero se descubrieron una serie de montículos que no eran simplemente plataformas de barro, sino que en fases sucesivas habían tenido aposentos con muros de piedra enlucidos y algunas paredes pintadas de rojo o amarillo. En la Huaca de los Ídolos, la plataforma más grande de Aspero, hay un elaborado conjunto de salas con muros con hornacinas. En la Huaca de los Sacrificios, en Aspero, se ha encontrado el entierro ceremonial de un niño, envuelto en tejidos y rodeado de objetos funerarios; algunos estaban hechos de materiales exóticos tales como plumas de colores, cuentas de piedra e incluso conchas de *Spondylus* que debieron de haber sido traídas de Ecuador.

Una característica sobresaliente de estas ruinas que persistió en la fase cerámica subsiguiente es la presencia de «plazas hundidas», particularmente en

los asentamientos costeños. En los casos más típicos se edificó una plataforma rectangular independiente con escaleras que bajan a una plaza circular, generalmente situada dentro de la plaza rectangular delantera. Por ejemplo, en Salinas de Chao, un gran asentamiento situado a orillas del río Chao, una plataforma escalonada de cuarenta metros de anchura tiene tres tramos de escaleras que conducen a una plaza circular de paredes pintadas; se estima que se utilizaron 100.000 toneladas de piedra en su construcción. La principal forma de arte visual encontrada en los yacimientos precerámicos aparece en los tejidos de algodón. Entre los motivos destacan las serpientes bicéfalas y los pájaros estilizados, que constituyen antecedentes de los estilos artísticos de las culturas peruanas posteriores.

Otro gran yacimiento precerámico es La Galgada, en la sierra, donde se han encontrado algunos de los vestigios más antiguos de irrigación. Aunque obviamente no hay muestras de cerámica entre los objetos funerarios, los entierros más elaborados contienen collares de cuentas, y muchos individuos eran ya enterrados con tejidos y bolsas de algodón de diseños complejos. La Galgada tenía dos grandes montículos: el más grande medía más de quince metros de altura, y en su cima se construyeron una serie de cámaras con hogares. A diferencia de otros yacimientos contemporáneos, los arqueólogos han ubicado restos de viviendas humanas en las cercanías. Quince de estas edificaciones rústicas se identifican más como casas que como templos.

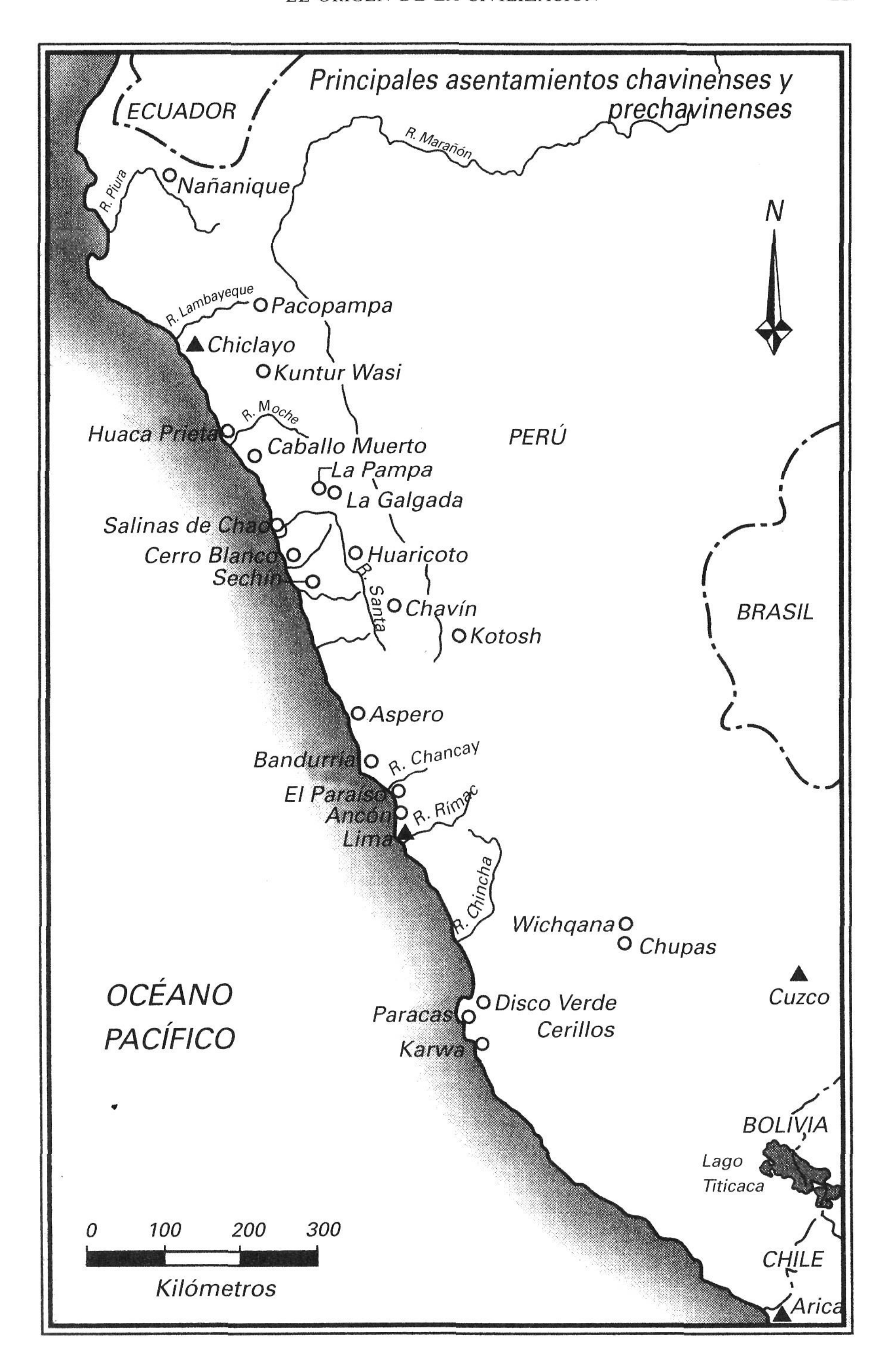
Durante la fase precerámica también aparecieron los primeros diseños de centros ceremoniales en forma de U. Como ejemplo se puede citar el trazado de El Paraíso, cerca de la desembocadura del río Chillón, que es el mayor de los yacimientos precerámicos y anuncia los complejos en forma de U que surgirían en el segundo milenio.

MÁS SORPRESAS

Lo que actualmente se conoce como el período Inicial, comenzaba tradicionalmente no con las fechas de los grandes yacimientos precerámicos mencionados antes, sino con fechas posteriores que se fijaron a partir del momento en que la cerámica fue introducida por primera vez alrededor de 1800 a.C.

El descubrimiento de centros construidos mucho antes de esta fecha había sido bastante sorprendente; mientras se realizaban las excavaciones en Aspero en 1941, el arqueólogo peruano Julio C. Tello continuaba afirmando que este y otros asentamientos eran «chavinoides», e influidos de algún modo por el gran centro Chavín, considerado entonces el más antiguo de todos los asentamientos de Perú y la inspiración cultural de todos los monumentos antiguos.

Como entonces se creía que Chavín era la primera civilización del Perú, se comparó a sus habitantes con los sumerios de Mesopotamia o con los olmecas de México. John H. Rowe todavía en 1962 planteaba que el Horizon-


Principales asentamientos chavinenses y prechavinenses
ECUADOR
R. Marañón
R. Piura
Nañanique
N
R. Lambayeque
Pacopampa
Chiclayo
Kuntur Wasi
R. Moche
Huaca Prieta
Caballo Muerto
PERÚ
La Pampa
La Galgada
Salinas de Chao
Cerro Blanco
Huaricoto
Sechín
R. Santa
Chavín
BRASIL
Kotosh
Aspero
Bandurria
R. Chancay
El Paraíso
Ancón
R. Rímac
Lima
R. Chincha
Wichqana
Chupas
Cuzco
OCÉANO
PACÍFICO
Disco Verde
Paracas
Cerillos
Karwa
BOLIVIA
Lago
Titicaca
0
100
200
300
Kilómetros
CHILE
Arica

te Temprano se inició con la introducción de la influencia de Chavín en Ica, un pequeño valle de la costa sur de Perú.

Habiendo sacado conclusiones en apariencia tan obvias, basadas en estudios sobre otras civilizaciones antiguas, los arqueólogos se encontraron con otra sorpresa que cuestionaba definitivamente sus hallazgos previos. A partir de la datación de radiocarbono, quedó finalmente establecido que Chavín, lejos de ser la primera de las antiguas culturas peruanas, era la última con una fecha aproximada de 800 a.C., o sea, casi mil años posterior a la cerámica peruana más antigua.

Aunque tradicionalmente se consideraba que en Chavín tuvieron su origen las artes y la arquitectura monumental peruanas, ahora se cree que es más bien la continuadora y no la precursora de los centros ceremoniales más antiguos básicos de la civilización andina. Además se ha caído en la cuenta de que efectivamente Chavín, que se define como perteneciente al Horizonte Temprano, fue precedida no por una sino por dos fases culturales previas: en primer lugar, por la fase precerámica, con centros de una antigüedad de 3000 a.C. y en segundo lugar, por la etapa ahora llamada período Inicial, que duró desde aproximadamente 1800 a 800 a.C. A esta segunda fase pertenecen muchos asentamientos que ya producían cerámica y en los que siguieron predominando dos formas de arquitectura ceremonial: las plazas hundidas circulares y los complejos de montículos en forma de U. El descubrimiento de que el imponente yacimiento de Chavín de Huántar, lejos de ser el creador del arte y la arquitectura en Perú, es posterior y no anterior a muchos antiguos centros ceremoniales ha revolucionado nuestros conceptos sobre los orígenes de la civilización andina.

El período Inicial

A este período, que se inicia en torno a 1800 a.C., pertenecen una plétora de imponentes centros. Es notable no sólo por la producción más antigua de cerámica sino por las nuevas técnicas agrícolas, en particular el desarrollo de la irrigación, que dio paso al establecimiento de asentamientos más grandes en el desierto costeño y al crecimiento de centros de población más complejos, tanto en la costa como en la sierra, donde se difundió mucho la arquitectura monumental.

Entre los ejemplos más impresionantes de los numerosos asentamientos del período Inicial cabe citar los del complejo de Sechín, en el valle del río Casma. De estos, Cerro Sechín es probablemente el mejor conocido. Durante las postrimerías del período Inicial este asentamiento abarcaba cinco hectáreas. Consiste básicamente en una plataforma escalonada de tres pisos, cuyo muro exterior está adornado con cerca de 400 relieves de piedra. Según la descripción de Richard Burger, estas esculturas de piedra, hechas de bloques de granito extraídos de una cantera cercana, estaban dispuestas en el muro de la plataforma de forma que retrataban una única escena, en la que



FIGURA 2. Guerreros de piedra del Cerro Sechín.

dos columnas de guerreros se acercan una a otra desde lados opuestos en medio de la matanza de sus adversarios.

Las figuras incisas en las piedras representan sobre todo seres humanos (no hay animales). Los guerreros victoriosos aparecen sólo en las piedras más grandes, ataviados con amplios taparrabos. Es más frecuente el retrato de los derrotados, siempre con el cuerpo desnudo, los ojos desorbitados y los torsos muchas veces partidos por la mitad. Cerca del 70 por 100 de los relieves muestran cabezas decapitadas, usualmente con los ojos cerrados, listas para servir como trofeos. Burger sugiere que Cerro Sechín, interpretado muchas veces como un monumento guerrero, es simplemente otro ejemplo de arquitectura ceremonial decorado con motivos religiosos. Es posible que represente alguna batalla mítica en la que triunfaron héroes ancestrales.

El más grande de los centros de la región de Casma es Sechín Alto, a sólo dos kilómetros de distancia de Cerro Sechín. El montículo principal, que tiene una base de 250 por 300 metros, es probablemente el edificio más grande construido en el Nuevo Mundo durante el segundo milenio a.C., aunque debido a los saqueos está menos preservado que Cerro Sechín. Formaba parte de un gran complejo ceremonial: desde el montículo central se extienden cuatro grandes plazas rectangulares, tres de las cuales tienen plazas hundidas circulares en el centro.

El complejo Sechín, un caso sorprendente de edificación durante el período Inicial, no es sino uno de los numerosos monumentos que han quedado de esa época tanto en la costa como en el interior. No sólo hay grandes ruinas ubicadas más al norte, como la Huaca de los Reyes, situada a 25 kilómetros en el interior, hay también otras en los alrededores de Lima, por ejemplo La Florida, que data de 1710 a.C. aproximadamente y cuya construcción se estima que requirió siete millones de jornadas. En la sierra quedan restos del período Inicial hasta en Chiripa a orillas del lago Titicaca.

Los centros de este período ubicados más al norte, como la Huaca de los Reyes, comparten una tradición religiosa de arte y arquitectura llamada Cupisnique, notable por su cerámica y sobre todo por sus peculiares imágenes esculpidas en adobe. Por citar un ejemplo, cuando la Huaca de los Reyes fue excavada, salieron a la luz bellas esculturas de adobe, incluidas cabezas de felino tridimensionales con una fiera expresión y los dientes apretados.

Chavín

La fase definida como período Inicial llegó a su fin alrededor de 800 a.C. Durante el período siguiente, llamado Horizonte Temprano, los emplazamientos de la sierra alcanzaron preponderancia, particularmente Chavín. Chavín de Huántar, situado al noroeste de Kotosh, se ubica a una altitud de 3.150 metros, a medio camino entre el océano Pacífico y la selva tropical. Según Richard Burger, que ha dado amplia información sobre Chavín, fue fundado hacia 900 a.C. La aparición de este centro tan importante coincide con

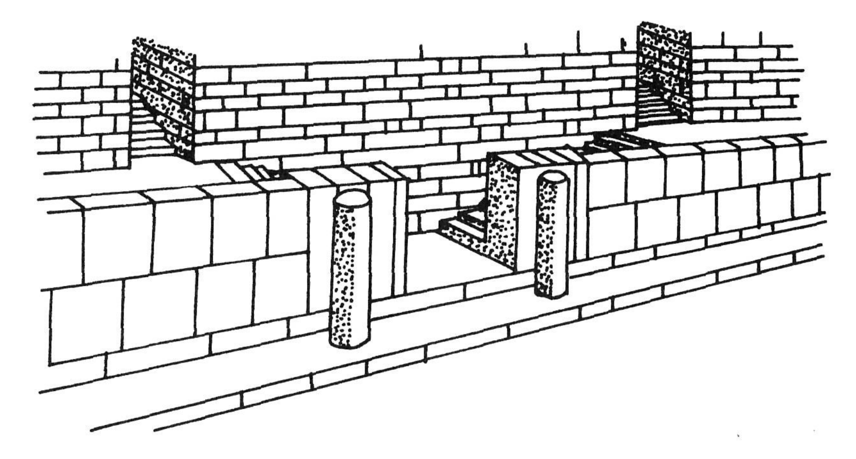


FIGURA 3. Detalles de la fachada principal del templo de Chavín.

el colapso paulatino de los complejos de la costa en forma de U, un proceso que concluyó más o menos hacia 500 a.C.

En el período inicial de Chavín, llamado fase Urabarriu, cuya duración estimada llega hasta 500 a.C. aproximadamente, se construyó el templo antiguo de Chavín. La finalización del templo nuevo (llamado El Castillo) corresponde a la fase final, llamada Janabarriu, la cual concluyó alrededor de 200 a.C. Por esta época la población de Chavín había aumentado mucho y su cerámica era objeto de comercio a larga distancia.

La calidad y complejidad de la metalurgia, los textiles y la cerámica hallados tanto en el mismo Chavín como en la región donde ejerció su influencia, sugieren que se trataba del trabajo de artistas especializados. La metalurgia estaba entonces en su infancia; se han encontrado pequeños trozos de lámina de cobre martillado en el asentamiento de Mina Perdida, probablemente construido antes de 1000 a.C. Sin embargo parece evidente que la difusión de la cultura Chavín, tanto en la costa como en la sierra, estaba lejos de ser general. Por ejemplo, se considera que el valle del Cuzco, la futura capital inca, tuvo vínculos más fuertes con sociedades bastante complejas que entonces se estaban desarrollando alrededor del lago Titicaca, antes que con Chavín.

La parte más antigua del complejo Chavín, generalmente denominada el «templo temprano», se semejaba a los centros ya descritos antes: una plataforma en forma de U que encerraba una plaza hundida circular. En los muros de piedra exteriores, a unos diez metros del suelo, había una serie de cabezas humanas y animales que mostraban el gesto fruncido y toscas garras; su tamaño era más del doble que el de una cabeza humana común.

Un característica inusitada de este templo es el número de galerías interiores, edificadas a diferentes niveles y conectadas mediante escaleras. En algunas galerías quedan trazas de losas decoradas con figuras incisas y pinta-



FIGURA 4. El Lanzón.

das; otras contienen una bella cerámica. En el punto donde las dos alas de la galería inferior se cruzan hay una estela imponente, llamada El Lanzón, nombre que le dio el arqueólogo Julio C. Tello. Debido a su forma de lanza, Burger considera que representaba a la deidad suprema de Chavín. La llamada Galería de las Ofrendas contiene una notable colección de cerámica, con motivos que recuerdan los modelos de Cupisnique. Además de su uso como almacén, se ha sugerido que estas galerías podrían haber alojado a sacerdotes o a iniciados.

El templo antiguo pertenece a la fase inicial Urabarriu de la cultura Chavín. Probablemente durante la primera parte de la siguiente fase, llamada Chakinani, comenzó la construcción del nuevo templo. Esta remodelación de la estructura original transformó en una pirámide compacta el ala derecha del viejo edificio en forma de U; a raíz de esta reconstrucción, el nuevo templo se convirtió en parte de un complejo de grandes plazas hundidas rectangulares. El nuevo templo representó la forma de arquitectura chavinense que se difundió por gran parte de los Andes centrales e incluso influyó en la arquitectura de Tiahuanaco, situado cerca del lago Titicaca, en Bolivia.

Aunque, como ya hemos visto, muchos de los centros principales del período Inicial se arruinaron, el surgimiento de Chavín en el Horizonte Tem-



FIGURA 5. Felino de piedra de Chavín con una vasija cilíndrica en el lomo.

prano fue paralelo al de otros centros importantes. Puede citarse como ejemplo Pacopampa, situado al norte de Chavín, también en la sierra, cuya enorme plaza subterránea contiene columnas esculpidas y dinteles típicos de este período. En Kunturhuasi, situado asimismo al norte de Chavín en el valle del río Jequetepeque, las escaleras de la plaza central estaban decoradas con piedras esculpidas semejantes a las del propio Chavín. Otros lugares, como Kotosh, ya destacados en el período Inicial, continuaron existiendo y se les agregaron nuevas construcciones que recordaban el estilo de Chavín.

Desde los primeros estudios realizados se creyó que la influencia de Chavín era la expresión de algún tipo de ideología religiosa. La famosa Estela Raimondi encontrada en el templo nuevo continúa reflejando algunos temas ya presentes en El Lanzón del templo antiguo, incluidas las garras tan características de la deidad de Chavín. Estas garras son también un atributo del famoso obelisco Tello que representa una especie de caimán sobrenatural, un depredador acuático; pero la cola no es de cocodrilo, sino que presenta los rasgos de un águila o halcón. Junto con el jaguar, no sólo el caimán sino el águila coronada y la serpiente están entre los temas más comunes del arte de Chavín.

Este culto tan enigmático de Chavín se ha hallado en muchas regiones. Al principio se pensó que estaba centrado en un dios puramente felino, pero esta opinión se ha modificado actualmente. El dios felino era indudablemente importante en la cosmología de Chavín, tal como aparece por ejemplo en algunas de las esculturas del templo antiguo. Un rasgo de su imaginería religiosa es la presencia de frutos selváticos que no podían crecer en la altitud donde está localizado Chavín, como la mandioca, el ají y la calabaza. Esto ha inducido a creer que los primeros habitantes de Chavín habían migrado desde la cuenca del Amazonas o del Orinoco. Además, el desarrollo de la ideo-

logía básica del período de Chavín sería difícil de definir en términos precisos, puesto que ciertas formas artísticas tradicionalmente descritas como chavinoides anteceden incluso a los restos más antiguos encontrados en el centro Chavín.

Si bien su iconografía se definió indiscutiblemente en el bella cantería del mismo Chavín, no hay indicios de que se fabricaran grandes objetos de piedra para exportar. La amplitud de su influencia puede definirse mejor por la presencia en otros lugares de cerámica y tejidos chavinenses tanto utilitarios como religiosos.

La amplia difusión del culto Chavín se ve ejemplificada en el asentamiento de Karwa, cuyo cementerio, situado a ocho kilómetros al sur de las necrópolis de Paracas, fue descubierto primero por saqueadores. Se recobraron más de 200 fragmentos de tejidos decorados al estilo Chavín junto con un pequeño número de fragmentos también asociados con esos tejidos.

ÁREAS DE INFLUENCIA

A partir de los indicios actualmente disponibles, ha de admitirse que la influencia de Chavín era menos general de lo que Tello había planteado originalmente. Por ejemplo, la cultura de Chanapata, situada en el valle del Cuzco, era una de las muchas que mantenían también fuertes vínculos con los pueblos de la cuenca del lago Titicaca, donde ya se estaban desarrollando sociedades complejas. Se habían levantado impresionantes templos en la zona antes del 600 a.C., pero sus figuras de piedra no estaban relacionadas con el arte de Chavín.

Como señala Richard Burger, los centros del horizonte chavinense eran el producto de una sociedad compleja y de un sistema bien establecido de estratificación social. Los elementos específicos de la civilización de Chavín pueden remontarse hasta la etapa precerámica.

En otros aspectos Chavín heredó rasgos básicos de la cultura andina, por ejemplo la consideración de los tejidos como la forma artística más elevada y la producción de bellos objetos de plata y oro. Muchos siglos más tarde, como veremos, los habitantes de Moche recobraron los motivos chavinenses en su cerámica, mientras que los habitantes de Tiahuanaco comenzaron a adorar a un Dios de los Báculos, similar a la imagen de la Estela Raimondi, cuyo culto llegaría a expandirse por toda la sierra peruana.

2. MOCHE

Para estudiar la cultura mochica es esencial definir las diferentes fases de su desarrollo. Ya en 1899, Max Uhle realizó un avance en este sentido, pues excavó treinta y una tumbas de las pirámides en el valle del Moche, lugar que ha dado su nombre a toda esta cultura, cuyos restos se han hallado desde entonces en una extensa área. En 1948, Rafael Larco Hoyle propuso dividir Moche en cinco fases que cubrían los primeros seis siglos de la era cristiana. Para definir su cronología se basó en tumbas de varios asentamientos que comprendían todas estas cinco fases, cada una de las cuales mostraba ciertas características propias.

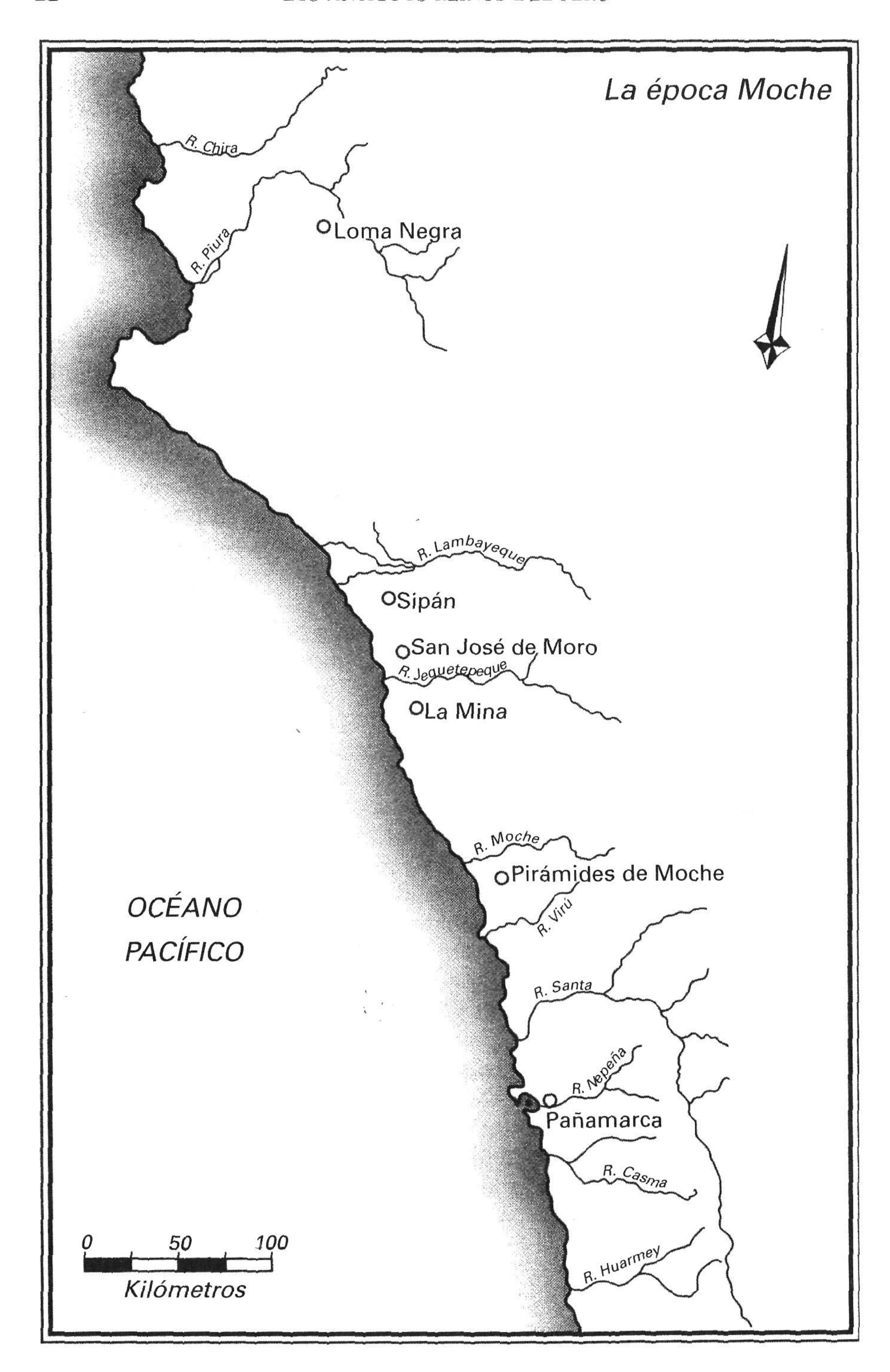
Un rasgo especial de los estudios sobre Moche es el hecho de que los vestigios más espectaculares no aparecieron en la etapa inicial, sino que han salido a la luz bastante recientemente.

No fue hasta 1987, ochenta y ocho años después de las primeras investigaciones de Max Uhle en el valle del río Moche, cuando aparecieron ante el mundo los más deslumbrantes restos de la cultura mochica y no por obra de arqueólogos sino de saqueadores. Como señala Sidney Kirkpatrick, la ubicación de algunas tumbas mochicas en el interior de Huaca Rajada, un complejo piramidal cerca del pueblo de Sipán, situado en las remotas y soleadas planicies de Lambayeque, a unos 170 km al norte del río Moche, permaneció en secreto hasta que un grupo de humildes huaqueros* penetró en una de las tumbas una tibia noche de luna en febrero de 1987.

El relato más vívido de cómo esta tumba fue abierta proviene de Ernil Bernal, un camionero en paro que se convirtió en el portavoz de los huaqueros. Ernil y sus colegas habían excavado un túnel en la más pequeña de las pirámides de Huaca Rajada. Su primer hallazgo fue un puñado de cuentas de oro de una calidad nunca antes desenterrada en ningún otro yacimiento mochica. Además, sobre sus cabezas podían apreciar un techo realizado con unas técnicas de construcción que los investigadores profesionales jamás habían encontrado en lugares saqueados hacía tiempo; en cada nivel de penetración la arquitectura de la pirámide cambiaba.

Al buscar una salida de la estructura, la vara de Ernil atravesó el suelo

* «Huaquero»: persona que se dedica a «huaquear», es decir, a extraer el contenido de las huacas sin contar con el permiso oficial. (*N. de la t.*)


La época Moche
R. Chira
R. Piura
Loma Negra
R. Lambayeque
Sipán
San José de Moro
R. Jequetepeque
La Mina
R. Moche
Pirámides de Moche
R. Virú
OCÉANO
PACÍFICO
R. Santa
R. Nepeña
Pañamarca
R. Casma
R. Huarmey
0
50
100
Kilómetros

de una sala suspendida por encima del túnel, e inesperadamente se encontró en una cámara mortuoria real intacta que descargó su contenido hasta que quedó enterrado hasta los hombros en un tesoro escondido de valiosos ornamentos de oro y plata, junto con antiguas tallas incrustadas de piedras preciosas.

Pero antes de presentar con detalle la historia del hallazgo de Huaca Rajada, es quizá más apropiado hacer un resumen de los resultados de la primera investigación sobre Moche, la cual entre otros hallazgos notables, proporcionó muchos vasos de cerámica pintados (huacos)* que representaban precisamente el tipo de tesoros descubiertos finalmente en Huaca Rajada. Los asentamientos mochicas mejor conocidos habían sido saqueados hacía tiempo. Por tanto, los arqueólogos jamás habían excavado ningún entierro intacto de un señor mochica que contuviera los objetos que se mostraban en estas vasijas.

Investigación sobre Moche

No existía constancia de nada semejante a la cultura del período mochica en la tradición popular de la época inmediatamente anterior a la conquista. No obstante, quedaban al parecer algunos imprecisos relatos sobre reinos costeños que habían precedido al período chimú que se inició alrededor de 700 años d.C., junto con algunas listas con los nombres de gobernantes específicos, como veremos en el capítulo 5.

Entre las noticias de esos reinos costeños anteriores a Chimú, las más claras son las del obispo Bartolomé de Las Casas, que escribió alrededor de 1550. Se refiere a un período inicial que duró entre quinientos y seiscientos años, durante el cual florecieron muchos señoríos independientes, algunos más grandes que otros, aunque ninguno de gran tamaño. Se dice que los pueblos de la costa utilizaban jabalinas en la guerra, mientras que en la misma época los de la sierra empleaban hondas como arma ofensiva principal. Los antiguos soberanos edificaban sus palacios en colinas o, si no existían, hacían que el pueblo erigiera grandes montículos de tierra para crear una elevación artificial (una práctica que, como veremos, predominó efectivamente durante el período del que quedan la pirámides de adobe del valle de Moche como indicio más visible).

Tal como referían los primeros investigadores, en los inicios de la era cristiana se comenzó a desarrollar una cultura que duró hasta el siglo VIII d.C., consiguiendo imponerse gradualmente en todos los valles fluviales a partir del río Piura hasta el río Huarmey, en el sur, un área total de más de 500 km. Fue llamada Moche porque los restos más importantes se encontraron en ese valle y la división en cinco fases, de Moche I a Moche V, se

* «huaco»: voz quechua que designa en general toda vasija encontrada en construcciones prehispánicas, y por extensión, toda vasija hecha a imitación de aquéllas. (*N. de la t.*)

fundó efectivamente en esos restos. Pero aunque la cultura Mochica ocupaba una larga área costera, su extensión de este a oeste era limitada y sólo se encuentran asentamientos mochicas entre el mar y las quebradas que se enfilan hacia las cimas de los Andes en un tramo que oscila entre los 60 y 80 km.

Los vestigios de la primera de las cinco fases, Moche I, corresponden aproximadamente al inicio de la era cristiana. Las grandes pirámides de Cerro Blanco, en el valle de Moche, comprenden desde el período Moche I hasta el Moche IV, y perduraron hasta poco antes del 600 d.C., cuando parecen haber sido afectadas por catastróficas inundaciones y el lugar fue abandonado después de que todo quedara enterrado por las dunas de arena, excepto las dos grandes pirámides visibles aún hoy. Sin embargo es importante subrayar que mientras la investigación que abarcaba desde Moche I hasta Moche IV estuvo hasta hace poco concentrada en Cerro Blanco y lugares aledaños, ahora se cree que ya en estas fases iniciales la civilización Moche se extendía más al norte, hasta el valle del río Lambayeque, e incluso más allá.

Además, la fase final, Moche V, aparece con más frecuencia en emplazamientos situados más al norte, centrada en el importante asentamiento de Pampa Grande, en la angostura del río Lambayeque, que perduró hasta cerca del 700 d.C. La cerámica de Moche V muestra ya algunos rasgos de la cultura Huari que siguió a la caída de Moche. En otros aspectos el estilo Moche V se diferencia también notablemente del de fases anteriores.

Antecedentes

La cultura Mochica en la costa norte de Perú tuvo algunos antecedentes en los dos siglos anteriores a nuestra era que siguieron al final del período de Cupisnique. En Salinar, uno de estos primeros precedentes de Moche, se encontró una serie de tumbas en una playa ubicada a 11 km al noroeste de la ciudad de Trujillo; el yacimiento se extiende unos cuatro kilómetros a lo largo de la playa y un kilómetro hacia el interior. Nuevas formas y rasgos aparecen en la cerámica de Salinar, cuya decoración consistía principalmente en bandas o puntos blancos pintados sobre pasta roja. A la tradición más antigua de orfebrería de oro se sumó el uso del cobre. Durante la fase de Salinar el área de cultivo en el valle de Moche se amplió significativamente. Otro yacimiento en Salinar, Cerro Arena, está también situado en el valle de Moche, a unos diez kilómetros tierra adentro; este asentamiento en las montañas tiene una arquitectura doméstica bien preservada y montículos con algunos templos.

En el siglo I a.C., Gallinazo, otra cultura premochica, continuó a Salinar, yuxtaponiéndose en realidad a Moche I. Los arquitectos de Gallinazo emprendieron ya impresionantes proyectos, incluidas plataformas escalonadas de bastante altura. El asentamiento principal de Gallinazo está situado al

oeste de Cerro Blanco, donde posteriormente se construyeron las grandes pirámides de Moche. La naturaleza de este asentamiento es difícil de evaluar a causa de la subsiguiente ocupación mochica. Es posible que la Huaca de la Luna tenga sus orígenes en este período.

Un asentamiento importante de Gallinazo fue Cerro Orejas, también situado en el valle de Moche, algo más lejos que Cerro Arena. Cerro Orejas tiene más de tres kilómetros de largo y quedan dos grandes plataformas de adobe, junto con numerosas habitaciones utilizadas como residencias domésticas. La irrigación, que pudo haber aparecido ya antes, existía definitivamente en la época de Gallinazo, cuando se construyeron grandes canales. Gallinazo produjo impresionantes «huacos retrato»* de un estilo que se convertiría en típico de Moche, a la vez que sus concepciones arquitectónicas fueron efectivamente precursoras de las de Moche.

Las pirámides de Moche

El inicio del siglo I d.C. marcó el comienzo de la era mochica, con sus grandiosas edificaciones de adobe.

En Cerro Blanco, situado al sur del río Moche, un poco más cerca del mar que Cerro Orejas, se elevó la Huaca del Sol, la más grande de las pirámides mochicas y uno de los mayores monumentos nunca construidos en América prehispánica; su base abarca más de cinco hectáreas y tiene una altura de cuarenta y un metros. Durante el siglo XVII, los saqueadores desviaron las aguas del río Moche con el intento de partir la Huaca del Sol, y facilitar así la extracción de su contenido en cada nivel, por ello casi dos tercios de la plataforma fueron destruidos y el lado oeste fue arrasado por las aguas. Ha quedado un testimonio escrito del importante botín extraído en esa época. A partir de la gran cavidad creada por esta inundación puede verse que la construcción comenzó probablemente en la fase I del estilo Moche y continuó hasta el fin al de la fase IV.

A una distancia de cerca de 500 metros al sur de la Huaca del Sol está situado un monumento llamado Huaca de la Luna. Es diferente a la Huaca del Sol, ya que se trata realmente de un complejo de tres plataformas que antiguamente estaba rodeado por altas paredes de adobe. La más pequeña de estas plataformas fue construida al inicio de la era mochica, mientras que la más grande no se construyó hasta la fase Moche III. A diferencia de la Huaca del Sol, los muros de la Huaca de la Luna estaban adornados con impresionantes murales.

Estos dos grandes monumentos formaban parte de un amplio complejo urbano compuesto de bellas residencias de adobe para la clase dominante, de vastas plazas con muros con hornacinas y de muchos talleres para artesanos

* En la arqueología peruana se denominan «huacos retrato» a las vasijas de barro modelado que muestran rostros humanos con diferentes expresiones. *(N. de la t.)*

calificados. Se ha preservado poco de este complejo después de que la ciudad sufriera las grandes inundaciones del 600 d.C. aproximadamente. La destrucción fue tan devastadora que no es fácil determinar la naturaleza exacta de esos edificios, aunque las casas representadas en las vasijas de Moche proporcionan algunas pistas.

Dos tipos de construcción aparecen en la cerámica Moche: unas estructuras de adobe imponentes, edificadas sobre una plataforma o pirámide, que eran posiblemente casas de personas importantes o edificios religiosos; frente a ellos se representa lo que parecen ser grupos de dolientes o adoradores. Otras vasijas pintadas reproducen una residencia más modesta, de un tipo que puede verse hoy habitualmente en los campos aledaños; tales casas aparecen sin muros, lo cual es posiblemente una convención artística para permitir al observador ver a la persona o la escena pintada dentro de la casa.

Antes del novísimo descubrimiento de las tumbas de Sipán, que facilitó importantes vestigios de las prácticas de enterramiento de Moche, las excavaciones en asentamientos mochicas habían proporcionado cantidades enormes de bellas vasijas pintadas, pero ninguna tumba ni remotamente comparable a las de Sipán. Sólo se encontró una tumba de la primera fase Moche en la plataforma de la Huaca del Sol. Se excavaron unos cuantos entierros de Moche II al pie del sector occidental de la Huaca de la Luna. Las jarras con asa estribo típicas de esta fase sólo se diferenciaban en algunos detalles de las de la fase I; se dieron más variaciones en la fase III, en la que el pico es ancho y corto, como en las dos fases previas, pero la parte superior tenía un pronunciado ensanchamiento. En la fase IV, cuando las muestras de asa estribo son mucho más numerosas, el pico se hizo más grande que en las fases previas.

En suma, antes de los últimos descubrimientos, más de 350 tumbas Moche habían sido científicamente excavadas; de éstas, muchas se encontraron en asentamientos principales que también contenían las impresionantes pirámides del estilo Moche. En las tumbas más sencillas, el cuerpo estaba envuelto simplemente en una mortaja de algodón sin adornos y colocado boca arriba en un hoyo superficial. En los descubrimientos más complejos el cuerpo se encontró envuelto en varias mortajas y esteras de paja entretejida o colocado en un ataúd de carrizo.

Aunque no se había encontrado ninguna tumba real hasta entonces, ya que las que se hallaron en los principales yacimientos habían sido totalmente saqueadas hacía mucho tiempo, los entierros conocidos sugerían una sociedad sumamente estratificada.

Como hemos visto, se sabe ahora que la civilización Moche se expandió más allá de los lugares originarios del valle de Moche, y que en otros valles, desde el valle de Piura en el norte hasta el valle de Nepeña en el sur, a bastante distancia de Moche, había al menos uno o dos monumentos importantes que, si bien de menor tamaño, presentaban rasgos similares a los del propio valle de Moche, que continuó floreciendo como complejo urbano y como centro importante de gobierno hasta cerca del 600 d.C.



FIGURA 6. Danzarines mochicas tocando zampoñas.

DOCUMENTOS EN ARCILLA

Como todos los pueblos andinos, los mochicas carecían de escritura, por lo que todo intento de reconstruir su historia y su modo de vida está limitado por obstáculos evidentes. Sin embargo, ningún otro pueblo, con la posible excepción de los antiguos griegos, registró tantos detalles de su cultura en la cerámica como los mochicas. Claramente, como veremos, este legado de barro es rico en símbolos constantemente repetidos con el objeto de transmitir un significado específico. Pese a los saqueos de los huaqueros, subsiste un copioso acervo de vasijas mochicas; desenterradas sobre todo un poco antes de los grandes descubrimientos en Huaca Rajada, fueron descritas y dibujadas en el libro de Elizabeth Benson sobre los mochicas, donde se refleja con justicia su calidad e importancia. Evidentemente las piezas fueron fabricadas por magníficos artesanos, quienes nunca se representaron a sí mismos en ellas. En un gran número de cerámicas aparecen imágenes de señores, ofreciendo así una prefiguración de la cultura Mochica, algunos de cuyos aspectos fueron más tarde confirmados por la rica serie de enterramientos reales intactos encontrados más recientemente en Huaca Rajada. Otras muestran guerreros en lucha y procesiones rituales, la pesca y la caza del venado, junto con imágenes de barcas y casas, así como detalles geográficos como marismas y desiertos. Pero a pesar de este impactante realismo, estas vasijas tenían claramente una función sagrada. Son a la vez realistas y surrealistas. Una vasija en forma de calabaza puede tener un asa que se convierte en la cabeza de un pájaro; los pallares (alubias) tienen a veces rostros y piernas y llevan armas. Varias vasijas de la Huaca de la Luna, junto con un mural,



FIGURA 7. Jefe mochica con músicos.

muestran objetos animados tales como armas y atavíos de guerreros; pero también los grandes yelmos con frecuencia tienen piernecillas de hombre, las porras tienen rostro y los faldellines están salpicados de diminutos rasgos humanos.

Aunque la religión desempeñó un papel importante en esta iconografía cerámica, no es fácil de interpretar. La deidad suprema de los mochicas al parecer habitaba en las montañas. Como señaló Benson, se le representa con frecuencia sentado sobre una plataforma o trono, rodeado por montañas lejanas. No era humano ni se implicaba en los asuntos humanos, y así aparece como una especie de impasible *deus otiosus* que, como en algunas otras culturas, habiendo creado el mundo se retira de los asuntos humanos.

Con más frecuencia que este dios creador, se representa a un dios con un hocico de felino chavinoide, con pendientes en forma de cabeza de serpiente y un tocado de cabeza de jaguar, y con un cinturón del que salen unas serpientes. Esta segunda deidad aparece dotada de una figura robusta con piernas y brazos en continuo movimiento. Tiene siempre colmillos. Quizá podría ser considerado como un representante de la deidad suprema de la montaña, una especie de dios hijo. Aunque a veces parece ser un dios marino, es esencialmente la divinidad del pueblo costeño y lo protege de los monstruos marinos, entre los cuales eran típicos un pez y un cangrejo deformes; el primero era semihumano, con brazos y piernas de hombre, y generalmente portaba un cuchillo. Lo acompaña a veces un animal pequeño con manchas que lo sigue como si fuera una mascota y de vez en cuando mordisquea al cangrejo monstruoso.

Al parecer la música tenía un gran papel en el ritual mochica, particularmente en los ritos funerarios. Se representa a la propia deidad de los colmillos tocando zampoñas; éstas también se han encontrado junto a los cadáveres como si estuvieran listas para ser tocadas.

El tema del sacrificio abunda también. Algunos se realizaban en las montañas, y se trataba de ofrendas de vidas humanas al dios creador, que gene-



FIGURA 8. Danzarines rituales mochicas.

ralmente implicaban dos víctimas. El otro gran tema sacrificial involucra no al dios creador sino al dios de los colmillos y parece tener lugar en el mar. Otra vez hay dos víctimas, un cuerpo corre sobre la cresta de la ola que se rompe, mientras que el dios de los colmillos observa atentamente a las víctimas desde lejos. Por su parte, el dios supremo parece haber sido indiferente al destino de las víctimas.

Otras vasijas también representan sacrificios humanos, a veces se trata de escenas de guerreros desnudos con sogas alrededor del cuello. La representación de cabezas trofeo en la cerámica confirma la existencia de la decapitación sacrificial. En una escena, la víctima es amarrada a una estaca y abandonada a los buitres; en otras escenas, los pájaros picotean los ojos y los genitales de las víctimas atadas.

En el arte mochica aparecen numerosos animales, en muchos casos asociados con las prácticas religiosas. Para poner sólo algunos ejemplos cabe mencionar a los murciélagos, con frecuencia semihumanos, que aparecen con cabezas trofeo y asociados al ritual y los sacrificios humanos. Las águilas también abundan, con rasgos antropomorfos generalmente, y sirven como guerreros y como mensajeros al igual que los colibríes. Los ciervos actúan como mensajeros y a veces como guerreros; en una escena hay un ciervo sentado sosteniendo dos cervatillos tal como lo haría una madre humana. Un grupo de huacos retrato consiste en pájaros y zorros, junto con ciervos y focas sentados tocando un tambor.

La guerra es naturalmente un tema importante en esta rica documentación proporcionada por la cerámica mochica. Un rasgo curioso de estas escenas es que aunque la deidad principal aparece combatiendo con monstruos, nunca aparece como jefe en las batallas humanas, y las vasijas en que este dios lleva armas convencionales son muy escasas.

El carácter guerrero de los mochicas está ampliamente representado en



FIGURA 9. Cangrejo antropomorfo.

su cerámica, y existe un gran número de escenas de batalla pintadas, así como de imágenes de guerreros. Estos últimos llevan cuchillos al cinto, pero nunca son utilizados en las escenas de batalla. El arma principal es una larga porra y para la defensa se usa un escudo cuadrado o redondo. A veces los mochicas luchan entre sí en combates cuerpo a cuerpo, y en otros casos, a juzgar por el atuendo peculiar de los guerreros derrotados, éstos eran representados como extranjeros. Dichas escenas en la cerámica sugieren que no luchaban para matar sino para hacer prisioneros, ya que nunca se representa a ningún muerto en la batalla. Algunas escenas muestran prisioneros desnudos sentados, esperando evidentemente la decapitación ceremonial.

Aunque en las escenas de batalla reales los combatientes que toman prisioneros son siempre humanos, en otra categoría de vasijas pintadas se muestran figuras con traje de guerrero que tienen el rostro de colibríes, águilas, lechuzas, zorros, ciervos, e incluso serpientes, los cuales aparecen generalmente en parejas. Otro personaje curioso es el del guerrero con cuerpo de pallar.

Algunas vasijas pintadas muestran figuras humanas corriendo a través de un paisaje, llevando una bolsa que evidentemente contiene pallares. Al igual que las piezas que representan guerreros, las que representan corredores muestran a veces seres humanos y en otros aparecen animales antropomorfos de todo tipo que actúan como tales. En dos casos se ven dos corredores con cabeza de animal acercándose a una pirámide o templo; en uno de ellos, la deidad está sentada en lo alto del templo, con lo que parece que el corredor fuera su mensajero o servidor.



FIGURA 10. Guerrero moche con prisionero.

Varios aspectos de la economía mochica se reflejan en las vasijas. Muchas representan balsas. Con frecuencia se muestra una deidad en una balsa, pero incluso si tales escenas son parcialmente mitológicas, las balsas eran realmente utilizadas por hombres que, en efecto, iban al mar; los mariscos se representaban de forma abundante en la cerámica. Se reproducían también numerosas plantas cultivadas por los mochicas, incluidos el maíz, el pallar, el maní, el camote o batata, los pimientos y varias formas de calabazas. Muchas representaciones indican la importancia del maíz, y en ellas aparece la cabeza de la deidad de los colmillos surgiendo entre las mazorcas. Los pallares desempeñaron también un papel especial, eran las únicas plantas verdaderamente antropomorfas, con cabezas, brazos y piernas: los pallares aparecen como guerreros y mensajeros en versiones pintadas y modeladas.

Finalmente, el nacimiento y la muerte eran temas que fueron representados a menudo en las vasijas mochicas. Antes de los grandes descubrimientos de Sipán, uno de los enterramientos más importantes era la llamada tumba del sacerdote guerrero de la Huaca de la Cruz en el valle del río Virú. Sin embargo se solían representar muchos cadáveres en la cerámica de Moche. Tanto en vasijas como en figuras modeladas, las calaveras y costillas descarnadas servían para representar a los muertos, que estaban desnudos y con frecuencia mostraban el pene erecto.

Otro de los rasgos más curiosos es la representación de los muertos en escenas de actividad sexual. Tales figuras forman parte de un amplio corpus de arte erótico mochica. El beso es casi inexistente, y la frecuente representación del coito anal es un fenómeno notorio. La felación (el contacto entre la

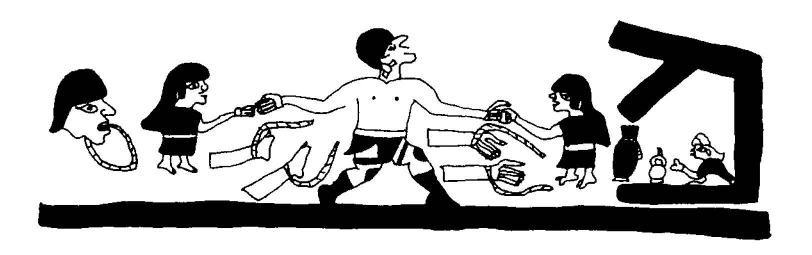


FIGURA 11. Descuartizamiento de cautivos.

boca de la mujer y el órgano sexual masculino) era también un tema común.

Es complicado encontrar una explicación de la abundancia de cerámica erótica mochica así como de sus características particulares. Rafael Larco Hoyle halló muchas vasijas eróticas en tumbas de niños, aunque también en otras tumbas había figurillas de esqueletos que realizaban actos sexuales, pero nunca el coito, y se hace difícil concluir que tal cerámica fuera simple pornografía. Por otra parte, si estas escenas son consideradas en un contexto religioso o ceremonial, estarían lógicamente relacionadas con la noción de fertilidad, tal como podría sugerir el realce de los órganos sexuales, pero si ese fuera el caso, ¿por qué tantas vasijas representan el coito anal?

HUACA RAJADA

Una vez presentados los datos de la cultura mochica obtenidos antes de finales de los años ochenta, es ahora conveniente explicar con más detalle la historia de los descubrimientos de Huaca Rajada, a unos 170 kilómetros al norte de las pirámides, los cuales, en palabras de Sidney Kirkpatrick, significaron un salto cuántico en nuestro conocimiento en comparación con lo previamente logrado.

Como ya se ha dicho, fue el huaquero Ernil Bernal quien descubrió las primeras cámaras mortuorias reales. Después de trabajar a un ritmo febril, Ernil y sus compañeros salieron exhaustos y ojerosos llevando once sacos de arroz llenos de tesoros, suficientes —como decía uno de los saqueadores— para convertir a los más pobres de entre ellos en el hacendado más rico de la costa.

Otros buscadores de tesoros no tardaron en entrar en el terreno y entonces sus acaloradas discusiones terminaron en un tiroteo. Sin embargo no fue hasta dos semanas después cuando el jefe de la policía local, Walter Mondragón, se puso en contacto con el doctor Walter Alva, inspector general de arqueología en Lambayeque y director del Museo Brunning de la localidad. Por supuesto, Alva había sabido del saqueo a gran escala de los yacimientos locales, ocurrido en buena parte durante los cinco años anteriores, pero había sido incapaz de evitar este continuo proceso de pillaje. Sin embargo, al



FIGURA 12. Ave guerrera mochica.

principio Alva pensó que el informe del jefe de policía era poco más que un engaño, pues Huaca Rajada no estaba asociada por lo común con Moche sino con Chimú, una cultura preincaica posterior.

Pero junto con la cabeza de oro de un puma (definitivamente un trabajo artístico mochica), Mondragón le entregó a Alva puñados de cuentas de oro y, entre otros tesoros, un cascabel ceremonial de oro con forma de media luna. Citando a Kirkpatrick: «Inciso en él estaba la indiscutible confirmación del origen del artefacto: la figura tallada de una temible divinidad mochica que sostenía un cuchillo ceremonial en una mano y la cabeza decapitada de un prisionero en la otra. Alva se quedó sin habla ... los huaqueros habían descubierto algo de cuya existencia dudaban la mayoría de los arqueólogos: la tumba intacta de un señor mochica».

A partir de ese momento, una serie de singulares acontecimientos se sucedieron rápidamente. Primero, antes de que una partida de ocho policías llegara a la casa de Bernal, Alva había descubierto con horror los añicos de unas 250 vasijas junto a una gran cantidad de ornamentos de cobre y algunas joyas en un cercano pozo de irrigación. Sólo habían conservado los tesoros más vendibles y ya los habían despachado a los anticuarios de Lima y Trujillo.

El destino de estos tesoros tuvo algunas extrañas consecuencias, de las que basta citar un único incidente. Uno de los primeros traficantes internacionales de arte robado en llegar a la escena fue Don Poli. Primero sacó 40.000 dólares de su banco en Lima, pero como el banco sólo podía proporcionarle billetes pequeños, Poli llegó a Trujillo con tres maletas que contenían dicha suma de dinero. Allí se puso en contacto con un traficante local, que usaba el seudónimo de Pereda. Después de largas negociaciones, Pereda presentó una única pieza (de las muchas que por lo visto tenía): una estatua

de un señor mochica del tamaño de la palma de una mano, con incrustaciones de lapislázuli en los ojos. En una mano el señor tenía un escudo finamente labrado y en la otra un cascabel de oro de forma piramidal. Poli llegó a un arreglo por 75.000 dólares (35.000 más que el contenido de sus maletas con billetes pequeños). Después de una prolongada búsqueda por el campo, Poli finalmente regresó con un cargamento completo de billetes aún más pequeños en cajas de cartón y bolsas de compra para completar el pago de los 75.000 dólares.

Poli pudo finalmente acumular una gran parte del botín de Huaca Rajada. A diferencia de otros implicados, eludió los litigios y órdenes de prisión más importantes en Perú y en Estados Unidos (adonde se habían enviado muchas otras piezas). También logró que el Instituto Nacional de Cultura de Perú lo registrara ¡como el propietario legal de 170 piezas del tesoro saqueado de Huaca Rajada! Algunos de los comentarios hechos por Poli ante la policía fueron incluidos en un informe de un organismo de información al presidente de Estados Unidos; este informe por fin originó, en junio de 1991, un cumplimiento más estricto de las normas sobre antigüedades y en particular la prohibición de la importación de artefactos de Huaca Rajada.

Aparte del cargamento de Poli, gran parte del tesoro real extraído por los saqueadores llegó a Estados Unidos por tortuosas rutas. Entre los implicados se destacó David Swetnam, un traficante profesional de objetos precolombinos. Uno de sus métodos para el contrabando de estas obras de arte en Estados Unidos era cubrirlas con una capa de arcilla de color crema, de forma que podían confundirse con las vasijas hechas actualmente por los indios shipibos de la Amazonia.

Muchos de los clientes de Swetnam se contaban entre los californianos más ricos, incluidos productores de Hollywood y empresarios de inmobiliarias de Los Ángeles, a quienes agasajaba con cócteles al borde de su piscina e incluso con suntuosos banquetes. Su carrera como traficante terminó cuando, en marzo de 1988, sesenta agentes de aduana armados emprendieron una vasta operación y lograron la captura más grande de arte precolombino en la historia de Estados Unidos. (La mayor parte de éste procedía no de Huaca Rajada, sino de otra cámara mortuoria real mochica descubierta en La Mina, situada al sur de Lambayeque.) En total fueron decomisados 1.369 objetos.

El litigio subsiguiente tuvo pocos resultados, ya que el proceso judicial fue llevado a un punto muerto por un excelente equipo legal de defensa, aunque Swetnam fue condenado a seis meses de prisión. Al final sólo 123 obras de arte peruanas retenidas por coleccionistas estadounidenses fueron devueltas a Perú. Se realizó una ceremonia el 2 de diciembre de 1989 en el aeropuerto de Lima para celebrar el acontecimiento, al cual Enrique Poli, el orgulloso propietario legal de la colección más grande de Huaca Rajada en manos privadas, ¡no fue invitado!

LAS TUMBAS REALES

La secuencia de sorprendentes acontecimientos antes esbozada está más relacionada con el destino final de los tesoros saqueados y con el de los propios saqueadores y sus acaudalados clientes.

Mucho más significativo en el contexto de los estudios sobre Moche fue la decisión tomada por Alva el 13 de abril de 1987 de emprender él mismo la excavación del resto de Huaca Rajada, después de que la policía hubiera despejado el sitio de saqueadores, así como de manifestantes que protestaban contra la hasta entonces inefectiva acción policial.

Más decisiva aún fue la llegada cuatro días más tarde de Christopher Donnan, el más destacado especialista en Moche. Alva estaba familiarizado con los dos libros de Donnan sobre los mochicas; por tanto, lo precedía su reputación cuando llegó al Museo Brunning y se presentó a Alva. La historia de lo sucedido después fue narrada por Donnan en el bello catálogo de la exposición realizada en el Museo Fowler de Los Ángeles, el Museo de Historia Natural de Nueva York y otras prestigiosas instituciones que mostraron los magníficos hallazgos de Huaca Rajada.

El relato de Donnan subraya que las ruinas cerca de Sipán habían permanecido prácticamente desconocidas antes de que comenzara el nuevo trabajo. Las dos grandes pirámides truncadas se comunicaban por una compleja serie de rampas; la tercera, donde estaba la tumba saqueada, era la más pequeña y parece haber sido una construcción exenta, conectada con las pirámides más grandes sólo por una plaza.

La construcción de este gran complejo se prolongó por un período de muchos años y había pasado por muchos cambios. Era claramente una creación moche, aunque algunos indicios sugieren que ocurrieron cambios adicionales después del final de la época mochica. La pirámide pequeña, como hemos visto, había sido objeto de un ataque mucho más agresivo por parte de los saqueadores. Paradójicamente, la tierra amontonada por los saqueadores había contribuido a preservar la forma original de la estructura, y rasgos sutiles de su arquitectura mostraron que había sido también el producto de sucesivos períodos de construcción. En su fase inicial parece haber sido meramente una plataforma rectangular baja. Donnan sugiere que esta fase pudo pertenecer al siglo I d.C. y fue seguida por cinco pisos más, de los cuales el último se completó en el 300 d.C.

Lo más sorprendente fue que los saqueadores habían pasado por alto algunos de los objetos originales de la tumba en que habían penetrado. De éstos, el más notable era con mucho un pesado cetro de cobre, de un metro de largo con un extremo en punta y un complejo modelo arquitectónico en el otro, que consistía en una pequeña estructura con un techo a dos aguas. En el caballete del tejado había diecisiete cabezas humanas bifrontes. La porción trasera, formada por una pared, representaba una escena fantástica: una criatura sobrenatural, mitad felino y mitad saurio, copulaba con una mujer sobre

una luna creciente. Este cetro formaba parte seguramente de los atributos ceremoniales de un señor mochica de muy alto rango. Alva y Donnan reconocieron esta criatura como el ser supremo de Moche en su más temible encarnación, semifelina y semireptil. Con la boca abierta y las garras extendidas, la deidad dentada hundía su pene entre las piernas abiertas de la víctima.

La tumba 1

Alva y Donnan decidieron no empezar a abrir un gran foso en la cima del complejo principal, pues habría quedado muy expuesto a los saqueadores una vez que la excavación concluyera.

Un estudio preliminar de un área de 10 metros cuadrados un poco por debajo de la cima proporcionó una notable colección de bellas piezas; un total de 1.137 vasijas fueron extraídas de una cámara que contenía el acervo más grande de cerámica precolombina jamás descubierto.

Mientras se estudiaba esta cámara, se examinó otra área situada ligeramente hacia el sureste. Primero se descubrió un esqueleto de un hombre a unos cuatro metros por debajo de la superficie original de la pirámide. Pero unos cincuenta centímetros debajo de este enterramiento se encontraron los restos de grandes vigas de madera. Un hecho era evidente: la disposición de estas vigas del techo estaba intacta y cualquier cámara que estuviera debajo de ella también había permanecido íntegra. Al penetrar en la cámara primero encontraron un hombre adulto, cuya edad oscilaría entre los 35 y 50 años en el momento de su muerte. Le faltaba el pie izquierdo, su cuerpo estaba cubierto con objetos de cobre y paralelamente a éste había una gran porra de guerra recubierta por una lámina de cobre. Al otro lado del entierro real había otro ataúd de carrizo colocado sobre una llama sacrificada; contenía una víctima masculina de entre 35 y 45 años.

La madera del ataúd del enterramiento real se había descompuesto hacía mucho tiempo. Sin embargo, su contenido estaba aún intacto y, tal como lo describieron Walter Alva y Christopher Donnan, constituía el enterramiento más rico excavado alguna vez en todo el hemisferio occidental; resultaría ser, por lo tanto, uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de nuestra generación. Entre los objetos encontrados se puede mencionar un gran lingote de oro colocado encima del tocado real de un metal tan puro que su superficie no había sufrido corrosión.

Gran parte del interior del ataúd estaba cubierta con pectorales de cuentas. Tales pectorales nunca se habían extraído de una excavación arqueológica, la tarea resultó ser un formidable desafío, y su extracción duró varias semanas.

A medida que se acercaban más al cuerpo, la cantidad y calidad de los ornamentos personales aumentaba. Por citar sólo un ejemplo de los abundantes tesoros: las orejeras más impresionantes eran un par que representaban guerreros. Detallados con meticulosidad, los dos guerreros eran casi del ta-

maño del pulgar de un hombre, y cada uno empuñaba una porra de combate en la mano. Las figuras llevaban nada menos que cuatro collares, incluido uno de dieciséis eslabones de oro en forma de cabezas humanas. El cadáver sostenía en su mano derecha un largo cetro de oro y plata; el cetro que portaba en la mano izquierda tenía un adorno en la parte superior.

Otros tres ataúdes de carrizo contenían mujeres adultas; los cuerpos de dos de ellas estaban superpuestos en la cabecera de la tumba principal, mientras que la tercera yacía a los pies. Al examinarlas, surgió un hecho extraño: los restos de estos esqueletos femeninos sugieren que estas mujeres habían muerto mucho antes que la figura principal y que sus cuerpos estaban parcialmente descompuestos cuando fueron colocados en su tumba. Los huesos estaban revueltos de una manera que no podía haber ocurrido si sus cuerpos se hubieran descompuesto *in situ*. No hay indicios de cuánto tiempo llevarían muertas, incluso es posible que hubieran muerto ¡antes de que el hombre principal hubiera nacido!

Cuando todos estos féretros adicionales estuvieron ya en su lugar, la tumba entera fue sellada por el techo de vigas, el cual era apenas más alto que las bancas construidas a lo largo de la cámara, de forma que las personas que entraron después no tenían espacio para estar de pie.

La tumba 2

Mientras se trabajaba aún en la primera tumba, se examinaban otras partes de la pirámide. En un punto, a 2,4 metros bajo la superficie del suelo, se encontró el cráneo de una llama, y unos cuantos centímetros más abajo un hombre adulto yacía en decúbito dorsal, enterrado en un ataúd de carrizo. Como el entierro situado encima en la tumba 1, el hombre carecía de pies. Después de extraer las vigas del techo, se encontró un ataúd de madera, más pequeño que el de la tumba 1, pero con bastantes indicios de tratarse también una tumba real.

Además de muchos bellos ornamentos, el ocupante de esta tumba llevaba dos extraordinarios collares de cuentas en forma de cabezas humanas; en un collar los rostros eran sonrientes, y en el otro, ceñudos. El motivo de los rostros sonrientes y ceñudos era hasta entonces desconocido en el arte peruano antiguo y permanece aún sin explicar.

El individuo en cuestión era un hombre adulto, de unos cuarenta años y 1,5 metros de estatura. A diferencia de la primera tumba esta figura principal no llevaba ornamentos ni joyas espléndidas. Sin embargo, debajo de donde reposaba su cabeza se encontró un espectacular tocado de cobre dorado en cuyo centro estaban la cabeza y el cuerpo de un búho, cuyos ojos estaban formados por incrustaciones de conchas blancas y turquesas. A cada lado de la figura principal yacía una mujer joven sin ataúd, mientras transversalmente a sus pies estaba el cuerpo de un niño de diez años colocado en un ataúd que contenía los esqueletos de un perro y una serpiente.

La principal diferencia entre las dos tumbas es de escala. No solo la segunda tumba es más pequeña, sino que tenía menos objetos, y con algunas excepciones, de menor calidad.

Mientras se estaban extrayendo estas ofrendas en la plataforma sur, se encontró aún una tercera tumba real, situada más de cinco metros por debajo de la superficie de la pirámide. Pronto se hizo evidente que al estar debajo de los últimos enterramientos, la tumba era más antigua que las descritas antes. El cuerpo principal no estaba colocado en una cámara del tamaño de una habitación, sino en un simple hoyo; no tenía un ataúd de madera sino que estaba envuelto en varias mortajas tejidas.

Sin embargo, esta antigua tumba proporcionó numerosas y bellas obras de arte, incluido un magnífico collar de oro de diez grandes cuentas, que representaban una araña con un cuerpo en forma de cabeza humana. Otra obra maestra era una cabeza de felino de cobre dorado, cuya feroz expresión se veía realzada por un tocado en forma de serpiente bicéfala. Tanto por encima como alrededor del cuerpo había juegos de los más bellos collares, orejeras y narigueras de oro y plata apilados uno sobre otro en un deslumbrante despliegue de riqueza y opulencia, demasiado numerosos para describir de forma pormenorizada. Finalmente, los excavadores llegaron al cadáver propiamente dicho; el cráneo, bastante bien conservado, y los restos del esqueleto pertenecían a un adulto de unos cincuenta años y 1,6 de estatura. Le habían puesto un gran lingote de oro en la boca y dos grandes lingotes de plata sobre el mentón.

El reino de Moche

Sin duda una de las principales lecciones que se extraen de las tumbas de Sipán es que la cultura Mochica era incluso más refinada y compleja de lo que se creía, pese a que las actividades representadas en la cerámica de Moche (accesible principalmente a través del archivo fotográfico de la Universidad de California en Los Ángeles) proporcionaban abundantes datos.

Pero ninguna tumba excavada previamente tenía el menor parecido con las de Sipán, ni habían proporcionado objetos de una finura comparable.

Por las ilustraciones en estos antiguos hallazgos, se apreciaba que la esencia de la guerra en Moche no parecían ser las batallas masivas, sino el ejercicio del valor individual en el que los guerreros se medían en un combate singular. Se daba la mayor importancia a la captura de prisioneros, que eran llevados a comparecer ante un individuo de alto rango cerca de una gran pirámide. Después de la comparecencia los prisioneros eran sacrificados ceremonialmente cortándoles la garganta y su sangre era bebida por los asistentes. En una escena típica, la figura principal es representada como sacerdote guerrero, acompañado por el ave sacerdote y el ave sacerdotisa.

Un rasgo muy significativo de la tumba 1 es que casi todos los objetos encontrados allí se relacionaban con la ceremonia de sacrificio representa-



FIGURA 13. Consumo de sangre ritual por un sacerdote.

da en la cerámica descubierta en décadas anteriores. Por citar un ejemplo: el pato aparece con frecuencia en la cerámica como un guerrero antropomorfo que participa en la ceremonia del sacrificio. El pato aparece también en las orejeras de oro y turquesa de la tumba 1, lo cual puede relacionarse con su participación en la ceremonia donde los prisioneros eran asesinados ritualmente.

El sacerdote guerrero mencionado antes era representado siempre con un gran yelmo cónico con ornamentos en forma de luna creciente, grandes orejeras, brazaletes y un traje guerrero con cola. Con frecuencia llevaba una nariguera en forma de media luna. Cada uno de estos objetos fue encontrado dentro del ataúd de madera de la figura central de la tumba 1.

Ya se ha subrayado la longevidad relativa de la civilización Moche y recientes investigaciones han agregado una nueva perspectiva a nuestro conocimiento de su refinamiento, complejidad, e incluso de su amplitud. Sipán está situado a unos 150 km al norte de las grandes pirámides del valle del río Moche; además, a partir de lo que hemos conocido a través de las cámaras mortuorias intactas de Sipán, casi se puede asegurar que la gran cantidad de bellos objetos de metal expoliados por los saqueadores en los años sesenta del yacimiento de Loma Negra, situado a 200 km al norte de Sipán, procedían también de tumbas de grandes príncipes mochicas.

Asimismo, en un congreso que tuvo lugar en Trujillo en 1993, aunque sin descartar las originales cinco fases de la cultura mochica de Larco Hoyle, se subrayó que los elementos que evocaban Moche I y Moche II se encontraban también en los asentamientos más septentrionales. Por tanto se sabe que los emplazamientos mochicas, tanto tempranos como tardíos, ocuparon una larga franja de la costa pacífica.

Menos conocida es la organización política de Moche, y es cada vez más cuestionable que haya existido algo parecido a un reino mochica compacto, sino más bien una serie de asentamientos que compartían una cultura común.

Por lo general se describe la figura central de las complejas tumbas de Si-

pán como un sacerdote guerrero. Sin embargo, en vista de las distancias que existen entre los numerosos asentamientos mochicas, parece lógico presumir que tales individuos enterrados con tan elaborado ceremonial fueran en la práctica potentados independientes más que súbditos o representantes de alguna especie de «emperador» mochica radicado en el valle de Moche o en otro lugar. Una situación que es quizá más comparable a la de los principados de la Italia renacentista que a la de los reinos unificados de Inglaterra o Francia.

3. NAZCA: ENIGMAS NO RESUELTOS

UN DESCUBRIMIENTO ASOMBROSO

Al sur de Lima el litoral peruano se vuelve incluso más austero. Sólo unos pocos valles amenizan el paisaje desértico presentando un exuberante contraste con las interminables dunas de arena. A unos 400 kilómetros al sur de Lima se encuentra una meseta elevada, situada a 75 metros de la costa y a una altitud de 500 metros, que limita al norte con el río Ingenio y al sur y al este con el río Nazca.

En contraste con los dos valles aparecen las llamadas pampas de Nazca, un inhóspito tramo de pardos guijarros, carente de vida animal y vegetal. Sin embargo, cuando se vio por primera vez desde un avión en 1926, este espacio yermo asombró a sus observadores porque las pampas estaban alfombradas de dibujos hechos por el hombre. Éstos mostraban perfiles sumamente realistas de plantas y animales, y entre estas formas más figurativas se intercalaba una plétora de líneas rectas dispersas en todas direcciones que en algunos casos se prolongaban por muchos metros. Este descubrimiento planteó a los arqueólogos un desafío formidable, ya que ninguno podía ofrecer una explicación plausible de por qué en algún momento de la antigüedad una franja de mero desierto había sido adornada de forma tan elaborada.

Las líneas de Nazca, en adelante tratadas como la nueva maravilla del mundo antiguo americano, aparecieron en sinnúmero de revistas, en programas internacionales de televisión de todo el mundo, y en muchos libros, incluidos los de ocultismo. Se convirtieron en fuente de inacabables especulaciones. Algunos se inclinaban por la idea de que los nazcas habían sobrevolado las pampas en alguna forma prehistórica de planeadores o globos de aire caliente, puesto que a ras del suelo no podrían haber observado su trabajo como nosotros lo hacemos hoy. Entre otros teorizadores, Erich von Däniken, el intrépido adalid de las visitas de extraterrestres a la Tierra, entró en liza; en su libro *Recuerdos del futuro* describe las líneas como pistas de aterrizaje para naves del espacio, una idea ya adelantada por George Hunt Williamson en su libro *Road in the Sky*, que contiene un capítulo sobre Nazca titulado «Faros para los dioses».

Von Däniken, que consiguió una enorme masa de seguidores intrigados por su insistencia en los orígenes extraterrestres de la civilización humana,

tiende a buscar, como Fausto, una respuesta a cada pregunta. Para este autor toda cabeza rapada de una estatua es en realidad un casco de astronauta, toda mano extendida se le presenta como si empuñara la palanca de una nave espacial, y toda mariposa estilizada se convierte en ¡una nave espacial! No satisfecho con la idea de que el profeta Ezequiel vio y describió una nave espacial, proclamó incluso que algunos pájaros e insectos del Museo del Oro de Bogotá eran realmente naves extraterrestres. Quizá, por tanto, no nos sorprende que en *Recuerdos del futuro* el autor reprodujera una foto de Nazca, afirmando que se trataba de «pistas de aterrizaje» semejantes a las de un aeropuerto moderno. No fue capaz de percibir que dichas marcas representaban en realidad la rodilla derecha y las cuatro garras que formaban parte de la silueta de un pájaro gigante.

Cuando vio y confrontó directamente un dibujo completo de este pájaro en un programa de televisión de la BBC, que también se transmitió en Estados Unidos, admitió por una vez que se había equivocado y que sus fotografías de «pistas de aterrizaje» eran un error. Pero simplemente modificó su postura y en otro libro, *Regreso a las estrellas*, otra vez afirmó que los visitantes del espacio habían utilizado Nazca como un aeropuerto improvisado.

Para ser justos con Von Däniken, debe decirse que otros escritores también se han deleitado con esas ideas estrambóticas. Por ejemplo, Jim Woodman, para probar la existencia de globos prehistóricos, en su libro *Nazca: Journey to the Sun*, nos dice que en 1975 él en persona pilotó sobre las pampas un tosco globo de aire caliente, construido con materiales de mortajas sacadas hacía tiempo de las tumbas de Nazca.

En 1983, un autor suizo, Henri Stierlin, concibió una teoría aún más extraña; insistió en que las líneas de Nazca estaban conectadas de algún modo con los talleres textiles y, por lo tanto, con la manufactura de los grandes mantos funerarios que formaban parte de la cultura Nazca.

En la búsqueda de soluciones más verosímiles, lo primero que sorprende es la desolación del emplazamiento. En contraste con el exuberante valle de Nazca situado al sur, las pampas donde se trazaron las líneas son casi completamente áridas; en un período de nueve años entre 1957 y 1965, el promedio de precipitación llegó a 4,53 mm por año, en seis de estos nueve años la pluviosidad anual fue inferior a 2 mm. No se ha realizado ningún estudio del clima que podría haber prevalecido en la época en que supuestamente fueron creadas las primeras líneas, pero los datos de otras zonas de la costa sur de Perú sugieren que no ha habido cambios en los últimos milenios.

Vistas desde el aire, las líneas de Nazca presentan un dibujo confuso, intersecándose de manera que dan una impresión semejante a la de una pizarra sin borrar al final de un día de clase de intensa actividad. La superficie de las pampas revela detalles de innumerables figuras que se yuxtaponen entre sí, por lo que es evidente que se dedicó un gran esfuerzo humano a su creación, probablemente durante un largo período.

Las formas representadas consisten por un lado en líneas rectas, rectángulos, espirales y trapezoides, pero otros diseños representan plantas y ani-

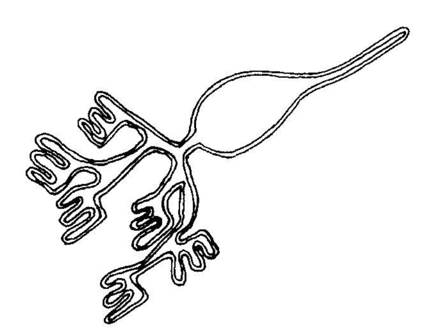


FIGURA 14. Líneas de Nazca: planta.

males, incluidos peces, pájaros, un mono y una araña, así como otras criaturas difíciles de identificar. La mayoría de los animales son de un tamaño bastante pequeño, en comparación con la gran longitud y complejidad de algunas líneas; sólo algunos son grandes, como la enorme araña y un pájaro cuya silueta llega hasta los 300 metros. En general predominan las líneas rectas. Además de líneas y zigzags, hay también más de cien siluetas de espiral, algunas de las cuales son de una extraordinaria complejidad. Se han observado unos pocos diseños inusuales, como el de una peculiar rueda de cinco paletas.

Aunque las figuras de animales se han localizado en un área, son importantes como forma de expresión artística. Las figuras como la orca, el lagarto y el rabihorcado (pájaro burro) son muy semejantes a las de las vasijas de Nazca.

NAZCA: EL ARTE DE UN PUEBLO

Se ha escrito mucho sobre las líneas de Nazca y el propósito para el que servían. Pero es difícil examinar esos temas a menos que uno estudie primero la cultura y los antecedentes del pueblo que supuestamente las creó. Como dice Anthony Aveni en su gran obra sobre Nazca, *Order in the Nazca Lines?*, se habla muy poco de los orígenes de Nazca y por tanto de las culturas más antiguas de la costa sur de Perú en la literatura sobre las líneas, para explicar las cuales se requiere plantear las preguntas básicas en un marco panandino.

Es importante señalar que estudios comparativamente antiguos, como el de la expedición de la Universidad de Columbia en 1952, plantearon que la cultura Nazca surgió del estilo muy anterior de Paracas, originado en una península situada a unos 160 kilómetros al noroeste de Nazca, con la que comparte un clima semejante.

Poco después de 1900 comenzaron a aparecer magníficos tejidos muy bien

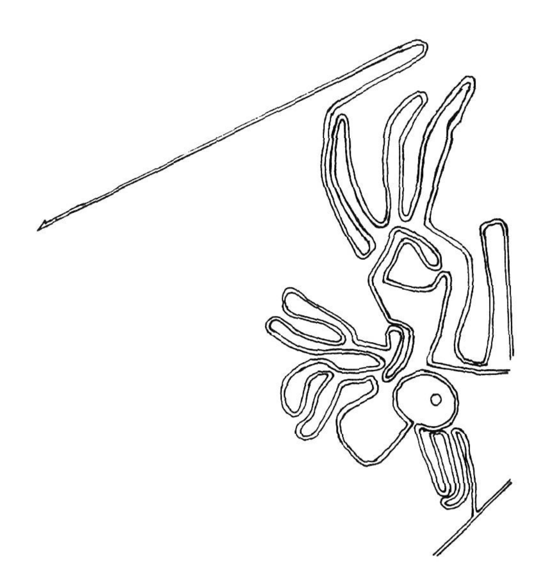


FIGURA 15. Líneas de Nazca: ave.

preservados y ricamente bordados, en las colecciones de Perú y Europa, que atrajeron una gran atención aunque su procedencia era oscura. El origen de estas prendas fue identificado por primera vez a finales de los años veinte, cuando Julio C. Tello visitó la península de Paracas. Fueron extraídos tejidos similares de las tumbas de tres zonas llamadas Cavernas, Arena Blanca y Necrópolis. Hoy se sabe que estos cementerios eran la obra de un pueblo que vivió en Paracas desde el 600 al 175 a.C. Las tumbas principales, las de Necrópolis, cubren un período de casi trescientos años, desde el 475 al 175 a.C. Las vasijas y botellas decoradas de Paracas tienen una clara relación con la fase final de la cultura Chavín, Janabarriu, con fecha probable desde aproximadamente el 400 al 200 a.C.

Los habitantes de Paracas eran más versátiles, y produjeron no sólo cerámica, sino porras de piedra finamente labradas, cuchillos de obsidiana, collares de hueso y concha, junto con ornamentos de oro martillado y bellos abanicos de plumas.

Anne Paul, la principal autoridad sobre Paracas, describe a los jefes del pueblo vistiendo magníficos tejidos, embellecidos con bordados de vivos colores. Estos bellos mantos cubrían túnicas, ponchos y camisas decoradas. Cuando un jefe moría, era cuidadosamente envuelto con los preciosos mantos que usó en vida y otros tejidos ofrecidos como dones. Los fardos funerarios, enterrados en el gran cementerio de Necrópolis, son el principal testimonio de la cultura Paracas.

La Necrópolis contenía 429 fardos. Bajo la supervisión de Julio C. Tello, más de cuarenta de los más grandes fueron desenvueltos y están guardados

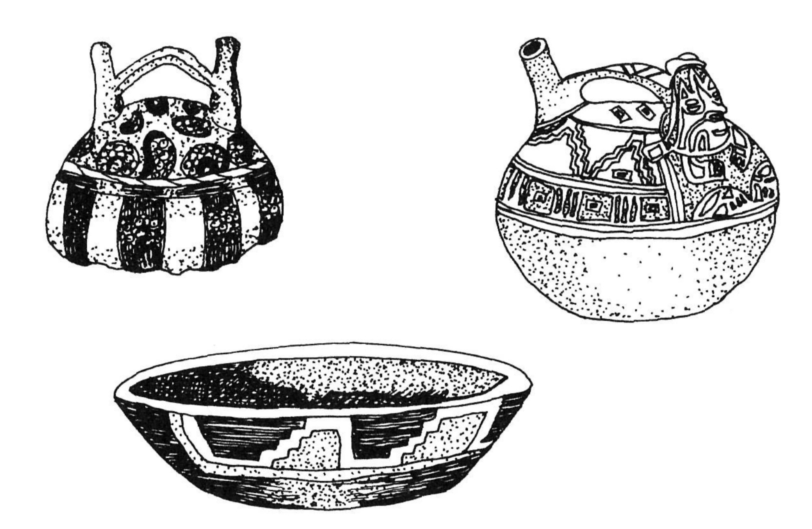


FIGURA 16. Vasos pintados de Paracas.

en el Museo de Arqueología y Antropología de Lima. Trasladados de un depósito a otro, expuestos a las garúas y a los insectos y dañados por la humedad del clima limeño, muchos se han deteriorado más en los últimos sesenta años que en los dos mil años anteriores. Por cierto, seis de los fardos más grandes fueron prestados a la Exposición Universal de Sevilla en 1929 ¡para nunca más volver!

Puede considerarse que en muchos sentidos la cultura Nazca fue la directa sucesora de Paracas, ya que floreció desde cerca de 200 a.C. hasta 600 d.C. En Nazca, la suprema forma artística fue la cerámica antes que el tejido; el tejido nazca es más simple y menos refinado. Sin embargo, las imágenes pintadas en sus vasijas desarrollan claramente muchos de los temas que figuraban en los tejidos de Paracas.

El Museo Etnográfico de Gotenburgo, en Suecia, tiene una colección única de vasijas que representan los temas típicos del estilo nazca. Una imagen frecuente y extraña retrata a un hombre de pie, de cuya boca sale una lengua de serpiente que termina en una cabeza-trofeo o a veces en dos. El hombre lleva un complejo tocado formado por animales raros o por otro rostro humano. Otras vasijas de Nazca presentan rasgos más directamente derivados de Paracas, como una figura con una insignia alada frontal que arrastra un apéndice caudal, acompañada de cabezas humanas decapitadas, un tema dominante en Paracas. A veces, una criatura felina rayada de aspecto más dócil aparece empuñando a menudo frutas u hortalizas, obviamente símbolos de la fertilidad; algunas vasijas antiguas de Nazca contienen singulares imágenes de pimientos o pallares.

Un rasgo peculiar de la cultura Nazca, cuyos alfareros desarrollaron tan refinada habilidad, es que no se basaba en grandes centros de población com-




FIGURA 17. Imágenes de vasijas nazca pintadas.

parables, digamos, a Moche, y menos aún al monumental asentamiento de Chan Chan. Parece que las vasijas nazcas fueron producidas en una serie de asentamientos más pequeños dispersos en un área bastante amplia; pese a algunas variaciones locales, los temas básicos simplemente se repetían de un valle al otro. No encontramos grandes y complejas ruinas en la zona que sugieran la existencia de un «imperio» nazca, y no existen rastros de instalaciones de almacenaje ni edificios administrativos más característicos de un estado conquistador. En cambio, los indicios sugieren que los pueblos de Nazca estaban simplemente dispersos en una serie de valles semifértiles.

CAHUACHI

Puede citarse como una excepción parcial a este patrón demográfico el asentamiento, bastante grande, de Cahuachi, situado al oeste del asentamiento nazca propiamente dicho. Se había sugerido que Cahuachi era un centro agresivo e incluso militarista, a causa de las numerosas vasijas que mostraban cabezas decapitadas, junto con cabezas humanas reales descubiertas en el lugar. Helaine Silverman ha realizado recientemente un trabajo de campo intensivo que describe en un voluminoso libro sobre Cahuachi publicado en 1993. Aunque la autora subraya que Cahuachi, que floreció desde el siglo I hasta 750 d.C., es con mucho el asentamiento más grande de la cultura Nazca, no sostiene la idea de que se tratase de un centro estrictamente urbano. En el 85 por 100 del área no existe ningún indicio de ocupación residencial; el restante 15 por 100 consiste en montículos ligeramente modificados que constituyen la única muestra de construcción monumental de Cahuachi. Los cuarenta montículos de diferente tamaño y forma parecen haber tenido propósito ceremonial antes que doméstico. Sólo se descubrió el

recinto intacto de un templo en un montículo pequeño. Como agrupación de centros sagrados dispersos en un paisaje secular, Cahuachi mismo adquirió un carácter sagrado más por la naturaleza de los ritos allí realizados que por la presencia de monumentos impresionantes.

Silverman, además, no considera que el lugar haya alcanzado la importancia comercial de otros centros de peregrinación, en particular, Pachacámac. Hay pocas instalaciones de almacenaje y los bienes materiales traídos hasta allí eran rápidamente consumidos. Por tanto Cahuachi da la impresión de haber sido un centro ceremonial que, dependiendo de la fecha, podía estar repleto de actividad o virtualmente despoblado.

La misma autora sugiere que esas actividades podrían haber significado el uso ritual de cantidades significativas de cerámica nazquense. Quizá el papel de Cahuachi no se puede comparar tanto al de Pachacámac, como al del actual centro de peregrinación de Yauca, a unos 190 kilómetros al norte, donde se encuentra el santuario de la virgen del Rosario de Yauca, utilizado esporádicamente; parece que Cahuachi, como Yauca, carecía de una población residente de gran tamaño. Para la fiesta de la Virgen, miles de campesinos acampan alrededor de la plaza de Yauca, la cual se transforma en un gran mercado con tenderetes. Unos pocos días más tarde el lugar puede ser abandonado y la «ciudad» desmantelada casi tan rápidamente como fue instalada.

De notable importancia ha sido el descubrimiento de Silverman de varias cabezas-trofeo, que se representan de manera tan abundante en la temprana cerámica nazca. Una de estas cabezas lleva un peinado de complicadas trenzas; otra tiene una cuerda para colgarla que sale de un agujero en el hueso frontal. A partir de los restos mortales recogidos en Cahuachi y otros lugares, Silverman sugiere que ¡aproximadamente el 5 por 100 del total de los habitantes de Nazca terminaron como cabezas-trofeo o cuerpos decapitados!

Se ha descubierto una serie de pequeños asentamientos domésticos contemporáneos de Cahuachi, la mayoría de los cuales tienen menos de 4 hectáreas. Sólo uno, Ventilla, es más grande y cubre 200 hectáreas. Por tanto, al considerar el contexto sociopolítico del famoso estilo nazquense, las ideas previas de que Cahuachi era la capital de un estado centralista, y aun de un imperio militarista, se hacen más difíciles de aceptar. En la cerámica de Nazca no se representa claramente una jerarquía social, como por ejemplo en el arte de Moche. Cahuachi y otros antiguos asentamientos nazca deben verse más como una suerte de conglomerado interactuante de sociedades separadas, ligadas por una tradición religiosa compartida. No se debe descartar totalmente la posibilidad de algún tipo de señorío formal en el cual la primacía podría haber sido rotativa, aunque Cahuachi fuera la sede. Sin embargo, la ausencia de construcciones residenciales o administrativas en ese emplazamiento haría parecer muy cuestionable la existencia de tan amplio señorío.

SIN RESPUESTAS SENCILLAS

A comienzos de la década de 1930 se realizaron muchos vuelos sobre las pampas de Nazca, de forma que tendió a prevalecer la idea de que las líneas sólo podían ser apreciadas y comprendidas al ser vistas desde arriba. Dichos vuelos llamaron mucho la atención, pero aparte de un breve estudio de Mejía Xesspe, un famoso arqueólogo peruano, publicado en 1939, la primera persona en buscar conclusiones más concretas fue Paul Kosok, un neoyorquino con amplios intereses (incluso fue director de la Brooklyn Civic Orchestra).

La primera visita de Kosok a Nazca tuvo lugar en 1941, y durante una breve estancia investigó una serie de líneas y varias formas rectangulares grandes junto con una extraña imagen estilizada de un pájaro. En este momento inicial quedó convencido de que las líneas tenían algún significado astronómico. Kosok no volvió a Nazca hasta 1948, y entonces trabajó allí un tiempo, aunque su principal libro, *Life, Land and Water in Ancient Peru*, no aparecería hasta 1965.

Su investigación fue continuada por María Reiche, una profesora alemana de matemáticas que ya había trabajado con Julio C. Tello en Paracas. Reiche aceptó retomar el estudio exhaustivo de los dibujos de Kosok, y durante el período siguiente pasó tantas horas en Nazca como pudo permitirse; el resto de su tiempo trabajaba en un café de Lima. Solía hospedarse en un viejo hotel en el pueblo de Nazca, y se levantaba a las tres de la mañana para viajar en los camiones que pasaban por la autopista Panamericana. Esta notable mujer dedicó su vida entera al enigma de Nazca. Aparte de una famosa película para la televisión, *Mystery on the Desert*, escribió varios libros y muchos artículos sobre el tema. En los primeros años de su larga estancia, la gente del lugar la dejaba de lado casi por completo, pensando que era una especie de bruja loca. Entonces tampoco ellos tenían mucha conciencia de las marcas en el desierto, porque son muy difíciles de apreciar a ras del suelo.

Subida a una escalera de dos metros, Reiche podía reconocer no sólo espirales y trapezoides, también identificó figuras de animales, como la orca y un pájaro gigante parecido al cóndor. Pero lo que más la sorprendió fue la reconocible figura de un mono que medía ochenta metros de la cabeza a la cola. Puesto que esos animales eran desconocidos en el valle de Nazca y no aparecen en sus vasijas pintadas, esto planteaba un enigma mayor. Convencida de que la figura debía tener también significado astronómico, afirmó que en el momento en que las líneas fueron dibujadas la forma de un mono podía haber sido vista en el cielo, formada por varias estrellas, incluida la Osa Mayor. Comprobando los ángulos de compás de las líneas rectas cercanas al dibujo del mono, encontró un largo trazo que apuntaba a la estrella Benetnasch, como se hubiera asomado por el horizonte alrededor del año 100 d.C. Esta estrella está en la punta de la cola, o brazo, de la constelación Osa Mayor.

Aunque durante muchos años Reiche prosiguió sus estudios en relativa tranquilidad, todo cambió cuando Nazca se convirtió en el centro de una explosión publicitaria, particularmente después de la publicación en 1968 del libro de Von Däniken, que describía Nazca como la pista de aterrizaje de naves espaciales; entonces las pampas fueron invadidas en un santiamén por carros, motocicletas e incluso senderistas con burros.

Tanto Kosok como Reiche se habían obsesionado con la idea de que el principal significado de las líneas era astronómico. Kosok basó su argumento en un estudio de los desarrollos sociales asociados con los primeros tiempos de Nazca. Sostenía que cualquier grupo que desarrollara un sistema agrícola complejo requería tener alguna comprensión de la astronomía, ya que el avance anual de las estaciones está relacionado con los movimientos de las estrellas, un proceso de carácter preciso que sólo podía ser comprendido por una clase de sacerdotes-astrónomos; por tanto, las líneas estaban relacionadas evidentemente con métodos para determinar las fechas importantes del calendario.

Al escribir con más detalle sobre el mismo tema, por citar un ejemplo, mencionaba una oscilación del acimut de 68° 15' a 70° 10', diciendo que las Pléyades y Escorpio aparecieron en esa dirección en 500-700 d.C. en la latitud de Nazca. Dentro de este intervalo de 68° a 70°, Reiche respaldaba su conclusión citando varias mediciones suyas de las líneas que incluían un lado de un triángulo, cuatro líneas dispersas y dieciséis fragmentos en zigzag de un único dibujo.

Aunque, como veremos, se ha tendido a cuestionar desde entonces las soluciones astronómicas al rompecabezas de Nazca, éstas todavía conservan alguna influencia. Los académicos que han escrito recientemente sobre el tema, como Johann Reinhard, coinciden con otros especialistas en que al menos algunas de estas líneas desempeñaron un papel en la realización de observaciones astronómicas. Reinhard, aunque admite que los dibujos plantean un problema para el que no puede haber una única solución, se ha sentido atraído sobre todo por la idea de que las líneas de triángulos y trapezoidales fueron trazadas para conducir la humedad del pie de las montañas de los Andes al este de Nazca.

Nazca y Stonehenge

Después de los trabajos de Kosok y de Reiche, cuya obra principal, *Mystery on the Desert*, fue publicada por primera vez en 1948, muchas preguntas han permanecido sin respuesta, pese a la firme adhesión de Reiche a las explicaciones astronómicas.

No fue hasta 1968 cuando el astrónomo Gerald Hawkins entró en el debate. En 1963 Hawkins había causado sensación en el mundo académico cuando publicó un artículo, «Stonehenge descodificado», en la revista británica *Nature*. Para probar su teoría, trazó líneas entre pares de piedras, hoyos

y pilares que fueron después introducidas en el ordenador. Primero muchos científicos cuestionaron su conclusión de que el trazado del famoso lugar, construido hace unos 5.000 años en la meseta de Salisbury, pudiera estar vinculado a observaciones estelares. Sin embargo, su teoría llegó a conseguir cierta aceptación científica y hoy pocos académicos dudan de que los constructores de Stonehenge fueran conscientes de los grandes ciclos del Sol y de la Luna.

Hawkins adoptó el mismo enfoque para el problema de Nazca. Con la ayuda de cartógrafos del Instituto Peruano de Geofísica primero trazó un mapa muy preciso basado en fotos aéreas. Después de haber medido la dirección de todas las líneas, puso en marcha un programa de ordenador parecido al de Stonehenge, comparando las numerosas alineaciones diferentes con los movimientos del Sol, la Luna y las estrellas en el horizonte.

Pero del total de las 186 alineaciones posibles que Hawkins seleccionó, sólo un número muy limitado correspondía con los ángulos del Sol y la Luna dentro de un margen de 1° a ambos lados. El resto se distribuía por todos los puntos del compás, aunque unas cuantas apuntaban a un grupo muy variado de cuerpos celestes, incluidas algunas estrellas bastante débiles.

Como Hawkins estaba convencido de que la teoría astronómica sólo podía ser aceptada si las líneas señalaban un patrón claro de objetos celestes, concluyó que el método aplicado a Stonehenge no era válido para el caso de Nazca. Nuevas pruebas de ordenador confirmaron su opinión, y Hawkins proclamó la muerte de la teoría astronómica. Después de sus investigaciones, ha prevalecido la opinión general entre los especialistas de que sólo unas cuantas líneas de Nazca podrían haber desempeñado un papel en la realización de observaciones astronómicas.

Nuevos enfoques

Después del absoluto rechazo de Hawkins a la convicción de toda la vida de Kosok y María Reiche de que las líneas de Nazca eran básicamente astronómicas, innumerables académicos se han interesado en el tema, aunque ninguno ha ofrecido hasta ahora ninguna explicación que sea totalmente convincente. Cada uno tiende a subrayar algún aspecto particular del problema sin aportar una solución global más definitiva.

Entre ellos podemos citar a Tony Morrison, un cineasta británico que escribió mucho sobre el tema en los años setenta, incluido un libro titulado *Pathways to the Gods* que despertó un considerable interés. Estaba muy influido por el libro del antropólogo francés Alfred Métraux, quien ya en 1934 había descrito los senderos hechos por los indios chipayas de Bolivia, que edificaban pequeños santuarios dispersos en largas filas hasta 16 kilometros de distancia de un pueblo. A Métraux le impresionaron sobre todo las líneas rectas o senderos abiertos a través de la vegetación que convergían en santuarios aislados como los rayos de una rueda. Morrison dirigió una expedi-

ción a Bolivia, donde le sorprendió ver senderos rectos de más de treinta kilómetros que casi llegaban a las faldas del Sajama, una de las montañas más altas del país. Finalmente llegó al pueblo de Sajama, situado a una altura de 4.250 metros. Aquí también encontró líneas rectas dirigidas en todas direcciones, por lo general desde las iglesias hasta las aldeas pequeñas. Aunque estas líneas eran muy diferentes a las de Nazca en su construcción, el trabajo de Morrison sirvió para llamar la atención sobre la posible función ceremonial, en oposición a la astronómica, de las líneas de Nazca.

Trabajando en la década de 1980, el antropólogo Johann Reinhard exploró de la forma más extensa el posible uso de las líneas de Nazca con fines ceremoniales; en los desiertos aun más remotos de Chile, descubrió un extraño grupo de dibujos en una montaña llamada Cerro Unitas que recordaba a los de Nazca. Una serie de líneas rectas llegaban hasta el cerro, cada una de las cuales terminaba en un mojón cerca a la cima. Así estableció claramente un caso de líneas que servían como senderos sagrados de los santuarios de deidades andinas, un fenómeno que asoció a la necesidad de agua en las regiones áridas.

Sin embargo, en tiempos recientes, el estudio más completo sobre las líneas de Nazca es con seguridad el de Anthony Aveni, que realizó la compilación: *Order in the Nazca Lines?* publicada en 1990, donde presenta su propio trabajo y también el de otros distinguidos académicos.

Como subraya Aveni, al examinar la literatura pertinente, se sorprendió al saber que sólo un puñado de investigadores había pisado alguna vez la desolada superficie de las pampas para mirar de cerca las líneas. Cuestiona el hecho de que la gente se haya acostumbrado tan rígidamente a mirar las líneas desde arriba, tal como las descubrieron aquellos que volaron sobre las pampas en los años veinte, y se pregunta por qué la idea de que fueron hechas para ser vistas desde lo alto se ha convertido en un dogma establecido. Aveni además llama la atención sobre el hecho de que un estudio detenido de los restos arqueológicos en las pampas (en contraste principalmente con el estudio de las líneas vistas desde el aire) es esencial para comprender por qué fueron realizadas las líneas. Al examinar los estudios anteriores, advierte que ninguno había emprendido un examen completo de la superficie donde las líneas y figuras habían sido dibujadas.

Una excepción a la observación de Aveni en este punto es el trabajo de Persis Clarkson, del cual se incluye un artículo en el libro de Aveni. Gerald Hawkins había reunido algunos fragmentos de cerámica de tres franjas de la superficie de las pampas; la mayoría de los fragmentos que recogió provenían de períodos relativamente antiguos, llamados Nazca 3 y 4 (aproximadamente desde 100 a.C. a 100 d.C.). Pero al utilizar esos restos como medio para fechar las líneas contradice notablemente la investigación de Clarkson, realizada en la superficie de un área de líneas diferente y mucho más extensa, quien encontró muy pocos fragmentos asociados con este antiguo período, por lo que su presencia no puede lógicamente tomarse como indicio seguro de que los fabricantes de esta cerámica construyeran las líneas.

Clarkson además señala que los geoglifos de la superficie que representan pájaros y otros animales no necesariamente son contemporáneos de la cerámica nazca más fina, incluso si estos glifos representan pájaros y lagartos del mismo tipo mostrado en dicha cerámica.

De forma un tanto sorprendente, cerca de muchos geoglifos se halló más cerámica que provenía del llamado Horizonte Medio o período huari, una época más tardía que va aproximadamente de 600 a 1000 d.C.; sin embargo, como observa Clarkson, si estos geoglifos ya estaban hechos durante el período huari, tienen poca relación con las concepciones y los motivos muy diferentes que entonces predominaban.

El informe de Aveni sobre sus investigaciones presenta primero un profuso examen de toda clase de estudios previos de las líneas de Nazca, algunos de los cuales habían sido descritos antes. Rinde debido tributo al incansable trabajo de María Reiche y describe algunos de sus descubrimientos como atractivos aunque inexplicables. Por ejemplo, ella descubrió que al medir los trapezoides, se repetían con frecuencia longitudes de 32,6 metros o el doble de esa cifra, así como los múltiplos de 26,7 metros, una medida que se cita en diez casos. Aveni llega al punto de examinar algunos cálculos de Reiche, como su análisis del abdomen de la imagen de la araña, formada por una docena de segmentos que pudieran tener alguna relación con el ciclo de las fases lunares. Sin embargo, se ve obligado a concluir que tal análisis es bastante arbitrario y no está relacionado con ninguna información sobre la cultura que lo produjo. Acaba señalando que tales consideraciones sobre la geometría exacta existente en las líneas de Nazca son efectivamente atrayentes pero no llevan a ninguna conclusión. Aveni incluye además un apéndice sobre el dibujo espiral de Cantalloc que forma parte de una figura más grande, pero los resultados de su estudio resultan básicamente negativos, aunque admite que el análisis de una única espiral no debe cerrar la puerta a nuevos estudios. En otro contexto señala que las alineaciones estelares y la astronomía, aunque ahora casi descartadas, pueden estar con todo imperceptiblemente presentes.

Uno de los temas principales de Aveni es su insistencia en que las líneas fueron hechas para que se caminara sobre ellas. Menciona en este contexto un estudio ingenioso aunque no muy conocido del arqueólogo H. Horkheimer, publicado en 1947. Este investigador peruano consideraba que los trapezoides estaban destinados a ser lugares de encuentro para reuniones sagradas dedicadas al culto a los muertos, y que las danzas sagradas que se realizaban también podían haber estado relacionadas con dicho culto.

Aveni cita asimismo entre las explicaciones más imaginativas, la teoría de G. von Breunig expuesta en una publicación de 1980, *Nazca, A Pre-Columbian Olympic Site?* Como su título indica, el autor supone que las líneas podrían haber sido construidas para realizar carreras de competición. Aunque la idea puede sorprendernos a primera vista, existen muchos indicios de que las carreras, caminatas y danzas rituales fueron importantes en el antiguo Perú. En el caso de Von Breunig, sin embargo, la teoría de las carreras per-

tenece con seguridad al reino de la fantasía, pues propone que las líneas sirvieron primero para carreras locales que culminaban en una especie de campeonato nacional con participantes vestidos con atuendos atléticos, todo lo cual se encontraría supuestamente en la cerámica de Nazca.

Antes de examinar los comentarios de Aveni sobre la vasta red de líneas rectas, podría ser útil considerar en primer lugar las figuras geométricas bastante inexplicables formadas por ciertas líneas. El examen de Aveni revela un total de 227 de estas figuras que cubren un área más grande de la pampa que las líneas rectas, junto con los dibujos de plantas y animales. Tales figuras geométricas son triángulos y rectángulos, aunque el término «trapezoides» se usa generalmente para designarlas a todas. Las figuras son muy grandes y veinticuatro de ellas cubren áreas de ¡más de 45.000 metros cuadrados! Los trapezoides de cuatro lados representan el 62 por 100 de todas las figuras geométricas examinadas, mientras que los triángulos forman el 27 por 100 del total, y los rectángulos son sólo el 9 por 100 del conjunto. El propósito de esas formas es difícil de explicar, pero se ha sugerido que los constructores intentarían establecer algún tipo de orientación local respecto al flujo de agua, un asunto que trataremos después con mayor detalle.

El propósito de las figuras de animales y plantas es aún más difícil de explicar. Unas tres docenas de este tipo de figuras biomorfas se ubican en su mayor parte en un área relativamente pequeña de las pampas de Nazca. También pueden haberse hecho para caminar sobre ellas, más que para ser vistas desde lo alto. Aunque se ha sugerido que las figuras geométricas y las de animales están relacionadas, Aveni se inclina a pensar que pueden representar actividades realizadas por grupos de personas totalmente diferentes en momentos distintos. En referencia a esto, vale la pena indicar que aunque muchas de las especies animales dibujadas en las pampas pueden también encontrarse en la cerámica típica de Nazca, fechada desde 200 a.C. a 600 d.C. aproximadamente; como hemos visto antes, los fragmentos hallados cerca de estos zooglifos pertenecen en su mayor parte a un período posterior.

Una conclusión importante

Mientras caminaba en las pampas realizando cuidadosas mediciones, Aveni llegó a una nueva conclusión de la mayor importancia. Tal como señala, aunque se ha dedicado mucha atención a las figuras de animales y plantas, los investigadores actuales apenas si han tabulado la amplitud y longitud de la vasta red de líneas, pese a que estos trazos rectos exigieron mucho más trabajo y planificación en la antigüedad. Muchas fotografías indican claramente que los patrones interconectados de las líneas pueden ser identificados. Además, algunos de los mapas de Reiche contenían líneas que parecían converger en los puntos que ella llamaba los «centros estrellados» o «redes».

Utilizando una ampliación de uno de estos mapas, y borrando todos los rasgos que no fueran las líneas rectas, Aveni y Garry Urton estudiaron una

franja de 50 km^2 del desierto que bordea la ribera sur del valle del río Ingenio (que constituye el extremo norte del área marcada por las líneas), y pudieron identificar cuatro puntos específicos desde los cuales un total de 88 líneas surgían o convergían en un patrón radial; no se encontró ni una sola línea que no se conectara con uno de estos puntos focales. Acto seguido caminaron sobre algunas líneas de esta misma área que se dirigían a otros centros radiales estrellados al otro lado de las pampas.

Los anteriores estudios de las líneas basados en una investigación del terreno habían sido escasos y ofrecían poca información detallada. En cambio, Aveni y Urton pasaron largos períodos caminando sobre las líneas, en muchos casos hasta el final. Habiendo estudiado los cuatro patrones radiales ya explorados, examinaron el área hacia el sur, bordeando el valle de Nazca, y descubrieron otros cinco centros radiales formados por las líneas. Pronto se percataron de que estos centros radiales tenían ciertos rasgos comunes: consistían todos en un grupo de colinas o montículos, y la mayoría estaban ubicados en la parte de las pampas donde se puede divisar el último monte que baja desde las montañas más altas. Estas colinas estaban casi todas situadas a lo largo del borde de la pampa colindante con los ríos principales y sus afluentes; pocos centros focales se encuentran en medio de las pampas. En total fueron tabuladas 762 líneas que surgían de 62 centros. De dichas líneas, 224 fueron clasificadas como anchas y 538 como angostas. El promedio de la longitud del trazo de las líneas desde su centro mide 13 kilómetros. La más larga mide 19 kilómetros. Sólo se ha encontrado una línea cuya conexión con uno de los 62 ejes no se ha demostrado.

Aunque nadie ha cuestionado el trazado demostrable de las líneas según este patrón radial, que converge en centros identificables, el descubrimiento en sí mismo no revela los propósitos para que servían las líneas. Actualmente se plantea que su objeto principal estaba relacionado con la peregrinación ritual, el aprovisionamiento de agua y la división del territorio en franjas definidas.

Si bien Aveni insiste en que las líneas fueron hechas para caminar por ellas, los habitantes de las pampas tendrían que haber sido caminantes infatigables para necesitar 762 líneas para una mera peregrinación, aunque Cahuachi era sin duda un importante centro de peregrinación a juzgar por los restos materiales. Asimismo, el uso de líneas como límites divisorios parece cuestionable dada su extrema complejidad.

En vista del énfasis dado por Aveni y otros al hecho de que el agua constituía el recurso más importante para la colectividad nazca, parecería lógico que las líneas tuvieran alguna relación con la búsqueda de agua. Las pampas están rodeadas por dos afluentes del río Grande: el Ingenio y el Nazca; los canales que atraviesan las pampas drenan agua de las alturas de los Andes en esta estrecha franja, situada entre los Andes y el océano Pacífico, donde casi nunca llueve, un proceso en el curso del cual el precioso líquido desciende desde los 3.000 metros hasta el nivel del mar. Al examinar atentamente las líneas, muchas parecen haber sido trazadas a lo largo de los dos ríos y de sus

afluentes que descienden desde las montañas hacia las pampas. Un haz de líneas convergen en puntos que parecen haber sido establecidos deliberadamente en relación a los afluentes que conectan las pampas principales con los valles fluviales. Por razones que no son claras en absoluto, tales centros radiales están vinculados exclusivamente al río Nazca, incluidos aquellos situados más cerca del río Ingenio, ubicado al norte de las líneas. Hay una altísima concentración de puntos radiales en la ribera norte del río Nazca exactamente opuesta a Cahuachi.

Aunque los estudios etnográficos de la región sugieren que Cerro Blanco (que mide 2.078 metros de altura), visible desde las pampas, era importante en los ritos locales para atraer la lluvia, y era adorado con el fin de conseguir agua, es paradójico que no haya una sola línea que se oriente a cinco grados de ese pico desde los centros más cercanos a él. Sin embargo Aveni, después de haber estudiado con minuciosidad otras posibilidades, incluidas las explicaciones de fundamento astronómico, se adhiere a la opinión de que, aunque los indicios aún no son concluyentes, el recurso dominante que correlaciona sus datos sobre los centros radiales es el agua, tan vital para la región. La ubicación de 62 ejes de las líneas a lo largo de los ríos principales o muy cerca de sus afluentes es demasiado constante para ser una coincidencia.

Nuevas comparaciones

Puede surgir la tentación de ver las líneas de Nazca como un fenómeno único, sin paralelo en Perú o en otros lugares. Pero como hemos visto antes, Alfred Métraux, que trabajó en Bolivia en 1934, había descubierto senderos que llevaban a innumerables pequeños santuarios hechos por los indios chipayas. Explicó que tales senderos convergían en santuarios aislados a la manera de los ejes de una rueda, lo cual evoca de alguna forma el mapa trazado por Aveni de las líneas de Nazca. Se puede igualmente mencionar el descubrimiento de Reinhard de un fenómeno parecido en el desierto norteño de Chile.

Aveni incluso llama la atención sobre los paralelos entre las líneas de Nazca y los largos caminos rectos que irradiaban del Cuzco, la capital incaica. Inexplicablemente algunos de estos caminos se ampliaban de manera repentina, cambiaban de rumbo y asumían parcialmente una forma trapezoidal.

También se han hecho comparaciones entre las líneas y el sistema incaico de *ceques* (*ceque* es una palabra quechua que significa línea). Según el cronista Bernabé Cobo, el sistema *ceque* del Cuzco consistía en cuatro líneas o *ceques* que irradiaban del Templo del Sol en el Cuzco; a lo largo de estos *ceques* se situaban 328 lugares sagrados o *huacas*. Tom Zuidema, que pasó muchos años investigando el tema, dice que la mayoría de los *ceques* no eran senderos reales y que no podían ser claramente identificados en el suelo. Más bien, los incas los concebían como conexiones invisibles entre estas *huacas*

distribuidas a lo largo de su recorrido, aunque con frecuencia sin situarse en el mismo curso recto de la línea. Sin embargo, los *ceques* estaban también relacionados con ciertas formas de sacrificios humanos, y las víctimas, particularmente los niños, eran obligadas a seguir una línea recta trazada para este fin siguiendo el rumbo de un *ceque* para llegar al lugar del sacrificio. Es importante también observar que algunos otros *ceques* no comienzan en el Templo del Sol del Cuzco, y por lo tanto, en cierto sentido, no existió un único sistema unificado.

Según la interpretación de Zuidema, entre las 328 *huacas* se contaban templos, montículos de piedra o incluso ciertos árboles. Más significativo es que algunas estuvieran asociadas a fuentes y otros pozos naturales. En muchos casos el tema del agua y su asociación con el calendario incaico es evidente. Por ejemplo, un *ceque* de la región de Chinchasuyo, conocido como Sucana, era una colina a través de la cual la acequia de Chinchero llegaba a la ciudad. Otros *ceques* estaban asociados con los meandros de los ríos, y ciertos rituales asociados con el sistema de *ceques* destacaban la relación entre los habitantes y el agua.

El sistema de *ceques* a su vez puede compararse con la imagen del *quipu*, cuyo uso desarrollaron los incas y otros pueblos andinos en sustitución de la escritura para guardar información. El *quipu* consistía en una gruesa cuerda de algodón de la que colgaban muchas cuerdas más delgadas, cada una de las cuales tenía grupos de nudos. Si se extiende un *quipu* en una superficie plana puede verse fácilmente que parece un plano de *ceques*, ya que las cuerdas de los *quipus* irradian hacia fuera en todas direcciones, tal como las líneas de los *ceques*. Como veremos más adelante, el *quipu* era fundamental para el sistema global de control del imperio incaico, y aunque no podemos interpretar los *quipus* que han quedado, los documentos confirman que era posible registrar en ellos una cantidad increíble de datos.

El misterio no resuelto

Como señala correctamente Johann Reinhard, el vasto patrón de líneas, trapezoides y geoglifos de Nazca captura nuestra atención principalmente porque no existe una explicación simple de sus orígenes o su finalidad. Probablemente nunca llegaremos a una conclusión precisa sobre su significado o sobre el propósito para el que servían; podrían haber tenido usos que ignoramos por completo.

Nuevas investigaciones pueden contribuir a esclarecer el problema general y las muchas preguntas sin respuesta que surgen. Por ejemplo, el clima prehistórico de la región de Nazca es apenas conocido aun en el presente. Asimismo todavía hay opiniones diferentes sobre si las líneas y los geoglifos son contemporáneos o pertenecen a diferentes horizontes culturales.

Persis Clarkson, como hemos visto, está convencida de que los geoglifos no son necesariamente contemporáneos con la cultura inicial de Nazca, aso-

ciada por lo general con estas líneas, y analiza la posibilidad de que pudieran pertenecer más bien al período siguiente, el Horizonte Medio, que comenzó alrededor del 600 d.C., aunque relativamente pocos fragmentos de esta época se han encontrado cerca. En todo caso, la creación de estas líneas y glifos se prolongó durante un largo período. Debería agregarse que Nazca, tan notable por su alfarería, continuó manteniendo cierta importancia como principal proveedor de algodón para tejidos.

Mientras ahora tiende a descartarse la significación astronómica de las líneas, Aveni, Urton y otros han sustentado convincentemente que estaban muy relacionadas con ritos asociados a la importancia crucial del abastecimiento de agua, y que, como tales, estaban hechas para transitar por ellas.

Existen paralelos en otras civilizaciones. Los antiguos egipcios subían hasta el desierto para realizar rituales específicos. Pero las líneas de Nazca eran esencialmente parte de una característica constante de las culturas andinas, en las que una devoción mística a las formas de líneas rectas, halladas también en los desiertos de Bolivia y Chile, está muy arraigada y desempeña un papel que no tiene un parangón exacto en otras partes del globo terráqueo.

Lejos de ser una práctica limitada a una época o región particular, la concepción lineal constituye un rasgo notable de la cultura andina prehispánica. Incluso el sistema incaico de caminos puede incluirse en esta concepción, que implica en algunos casos la ampliación de caminos construidos en el área de Nazca mucho antes.

4. LOS REINOS DEL HORIZONTE MEDIO

TIAHUANACO

Cuando se eclipsaba la época mochica, esencialmente marítima, adquirió preeminencia una nueva cultura de la sierra peruana, centrada principalmente en el valle de Ayacucho, situado a unos 500 kilómetros al sureste de Lima, y cuya sede principal fue Huari; su iconografía está estrechamente vinculada a la de Tiahuanaco, en el sur del lago Titicaca, en lo que es actualmente parte de Bolivia. Su época de ascenso, ahora llamada Horizonte Medio, duró aproximadamente desde 600 hasta 1000 d.C.

Indudablemente Tiahuanaco tiene una historia más larga que Huari, y por tanto es mejor considerarlo primero. A diferencia de la cronología más conservadora ahora generalmente aceptada del apogeo de Tiahuanaco como centro principal en el Horizonte Medio, algunos investigadores anteriores llegaron a conclusiones exageradas. Algunos insistían en que Tiahuanaco era ya una ciudad floreciente eones antes de la era cristiana. En 1875 un destacado lingüista boliviano aseguró incluso que el aimara era la lengua humana más antigua y que por tanto Tiahuanaco, donde se hablaba aimara, era la ciudad más antigua del mundo.

Tales opiniones tenían un atractivo irresistible para Erich von Däniken, el incansable inventor de teorías sobre los orígenes del hombre americano.

Von Däniken describe su «exhaustiva investigación» en Tiahuanaco y propone la fecha de 600 a.C. para sus principales edificios, puesto que el encuentro del profeta Ezequiel con una nave espacial tuvo lugar en 592 a.C., un hecho que apoyaba su conclusión de que hombres extraterrestres establecieron su base en Tiahuanaco. Supuestamente no trajeron materiales de construcción, sino que utilizaron sus propias herramientas especiales para levantar sus fabulosos edificios.

Esta idea puede haber estado indirectamente inspirada por ciertas observaciones del cronista Pedro Cieza de León, que visitó el lugar a mediados de la década de 1550. Cieza advierte primero que Tiahuanaco no era un pueblo demasiado grande, aunque era famoso por sus enormes edificaciones dignas de ser contempladas. Afirma Cieza que no podía imaginar qué herramientas se usaron para labrar la monumental entrada, y además sugiere que

el centro era el más antiguo de Perú. Efectivamente, al menos hasta la época incaica, la cantería de Tiahuanaco fue la más bella de todos los Andes. Las piedras quedaban ensambladas por espaldones y empalmes y sujetas con abrazaderas de cobre.

Fantasías aún más audaces sobre los supuestos orígenes de Tiahuanaco las formuló H. S. Bellamy, discípulo del austríaco Hans Horbiger, cuyo sistema de «cosmología glacial» se basaba en la idea de que la Tierra había tenido muchas otras lunas anteriores a la actual. Éstas habían sido originariamente planetas independientes que giraban alrededor del Sol siguiendo cierta órbita situada entre la Tierra y Marte. Uno por uno estos satélites chocaron con la Tierra con consecuencias devastadoras, de forma que con cada desastre pereció alguna gran civilización.

Las teorías de Horbiger sobre las muchas lunas anteriores de la Tierra fueron adoptadas por Bellamy, que en 1943 publicó un libro, *Built Before the Flood*, donde insistía en que Tiahuanaco había florecido desde tiempo inmemorial y que la ciudad originaria fue devastada cuando una de las lunas de Horbiger chocó con la superficie de la Tierra.

Rechazando por absurda la idea de que Tiahuanaco hubiera sido efectivamente construido a 4.000 metros de altitud, Bellamy sostenía que después del primer desastre, el centro se volvió a fundar sobre un terreno que entonces se encontraba al nivel del mar; esta situación prevaleció porque, después de que la Tierra fuera despojada de sus primeros satélites, la luna actual, prosiguiendo con su triunfante longevidad, adoptó un curso extraño, girando alrededor de la Tierra tres veces cada cuarenta y ocho horas. Su velocidad y proximidad atrajo las aguas hacia las regiones ecuatoriales, con lo que casi toda Suramérica quedó inundada. Por tanto, el Tiahuanaco actual fue edificado a nivel del mar en una isla refugio en medio del océano que había sumergido el continente entero. Cerca de 13.000 años después de la construcción de este segundo Tiahuanaco, cuyas ruinas serían las que vemos hoy, el mar se hundió, y el territorio circundante quedó más alto y seco, excepto por el actual lago Titicaca.

La leyenda de la inmensa antigüedad de Tiahuanaco fue citada por otros cronistas españoles además de Cieza. Autor casi un siglo posterior, Bernabé Cobo cuenta una leyenda (a la que se refiere como «otro desvarío»)[1], según la cual el dios creador creó todas las cosas en Tiahuanaco, su presunto lugar de residencia.

Tiahuanaco, a causa de su impresionante altitud, fascina a todos los que gustan de historias extrañas sobre los orígenes de América, y el lugar los atrae como la miel a las moscas. Bellamy es así uno de tantos que, para apoyar la idea de una inmensa antigüedad, también se figuró complejas interpretaciones de los símbolos esculpidos en el más famoso monumento de Tiahuanaco, llamado la Puerta del Sol. El fundamento de esta pseudociencia radica en el concepto de que los seres humanos no pueden haber construido

1. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, 2 vols., Atlas, Madrid, 1956; *cf.* vol. 2, lib. 11, cap. 2, p. 62.

este asentamiento en su actual altitud; se supone que los grandes bloques de piedra visibles hoy no podrían haber sido llevados a su actual situación por manos humanas, pues el esfuerzo requerido para trabajar a este nivel sobre el mar habría sido excesivo.

Dichos autores, sin embargo, tienden a olvidar que los efectos de la altura son muy relativos. Los modernos buscadores de mensajes ocultos dibujados en las ruinas obviamente bufan y resoplan cuando salen de sus vehículos y respiran el aire enrarecido del altiplano boliviano. (Yo mismo una vez viajé en taxi desde La Paz hasta más allá de una piedra que señalaba una altitud de 4.500 metros; ¡todo lo que pude hacer fue salir gateando del taxi, lanzar una bola de nieve al conductor y volver!) Pero es cómodo soslayar el hecho de que los indios que viven actualmente cerca del lago Titicaca están adaptados de forma natural a esas altitudes y que además sus cuerpos no funcionan tan bien a nivel del mar. En un pueblo minero llamado Totoral, al sur del Cuzco, situado a una altitud de 4.800 metros, se juega al fútbol con entusiasmo, y en la cercana La Paz, situada un poco por debajo de Tiahuanaco, se realiza todo tipo de trabajo manual de una manera perfectamente rutinaria.

Puede agregarse que incluso Arthur Posnansky, que publicó muchos datos valiosos sobre el emplazamiento de Tiahuanaco en los años cuarenta, se adhirió sin embargo a la idea de que ¡había sido edificado de catorce a quince mil años antes! Pero, como veremos, los investigadores actuales han llegado a conclusiones más prosaicas. No obstante, al igual que a sus antecesores más imaginativos, les causa asombro la grandeza del asentamiento edificado a esa altura. Además dichos vestigios de antiguo esplendor ya habían impresionado a los incas y a los conquistadores españoles. Bernabé Cobo relata que el inca Pachacútec admiraba tanto la cantería de esas estructuras, diferente a todo lo que había visto antes, que ordenó a sus hombres observar cuidadosamente cómo habían sido edificadas, pues deseaba que su propia capital, el Cuzco, fuera reconstruida de la misma forma.

La investigación actual

Según la actual investigación, se ha datado efectivamente en cerca de 200 a.C. una fase inicial del asentamiento de Pucará, situado al norte del lago Titicaca. Pucará influyó incuestionablemente en Tiahuanaco, cuya elaborada cerámica Chiripa es de antigüedad comparable. Muchos de los monumentos principales de Tiahuanaco fueron levantados probablemente en los primeros siglos de nuestra era, durante el período llamado Tiahuanaco III. Por tanto precedieron a la etapa «expansionista» de Tiahuanaco, que tiene una distintiva iconografía religiosa, estrechamente relacionada con el Horizonte Medio peruano (600-1000 d.C.) en Huari y otros lugares. Aunque el Tiahuanaco que vemos hoy es más contemporáneo de Bizancio, digamos, que de las antiguas estructuras egipcias, no por ello es menos imponente.

El lugar permite apreciar un panorama del desolado altiplano rodeado de

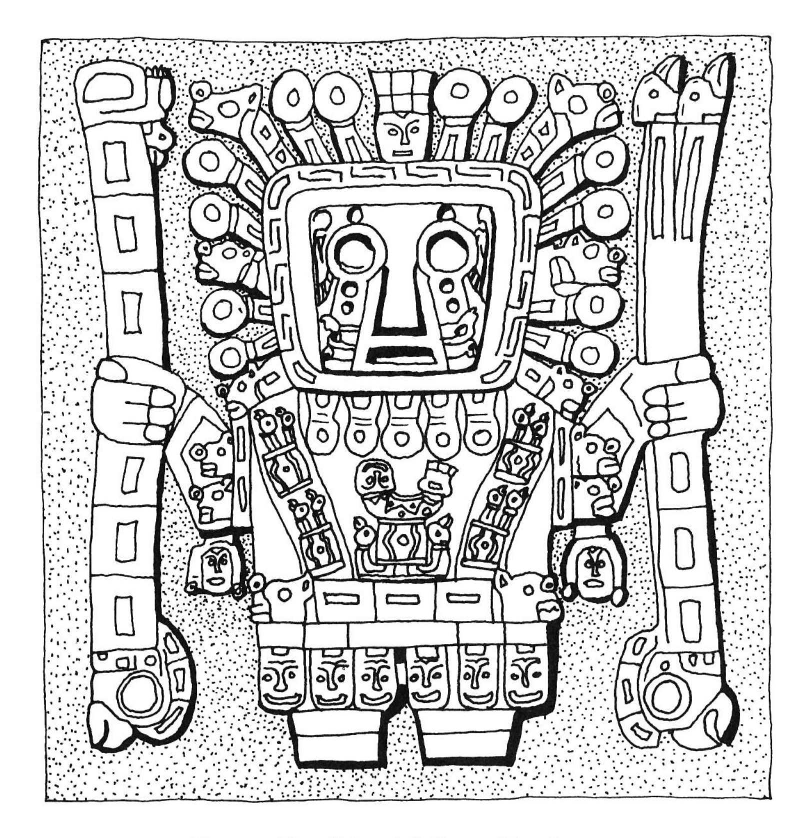


FIGURA 18. Friso del dios sol lacrimoso.

picos nevados, y en la dirección opuesta, al noroeste, a unos veinte kilómetros de distancia, se extiende en toda su amplitud el lago Titicaca. Como las ruinas, que sugieren una ciudad originaria de imponente grandiosidad, están situadas 100 metros más altas que las aguas, dominan una bella vista del lago, el cual hoy se ve mejor desde el aire, desde donde es posible admirar la vasta extensión de sus aguas de un profundo color turquesa.

Tiahuanaco es tan impresionante que, aparte de las exóticas especulaciones descritas antes, empezó a atraer académicos ya en fecha temprana. Los arqueólogos alemanes Alfonso Stubel y Max Uhle publicaron una extensa monografía en 1892. Estuvieron entre los primeros que establecieron una antigüedad cultural básica en el área andina demostrando que el arte escultórico de Tiahuanaco era anterior al de los incas. Después muchos otros arqueólogos trabajaron en Tiahuanaco, como Wendell Bennett en 1934 y Alfred Kidder en 1956. A partir de entonces, Carlos Ponce ha emprendido una amplia investigación.

El emplazamiento de Tiahuanaco, que mide aproximadamente 1.000 por 500 metros, tal como originariamente aparece en un mapa trazado por Pos-

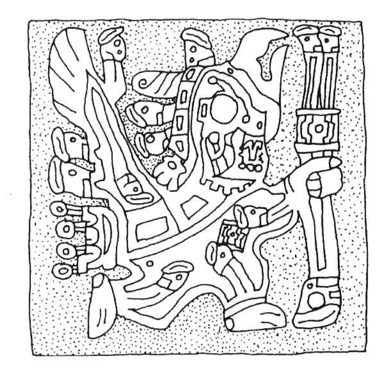
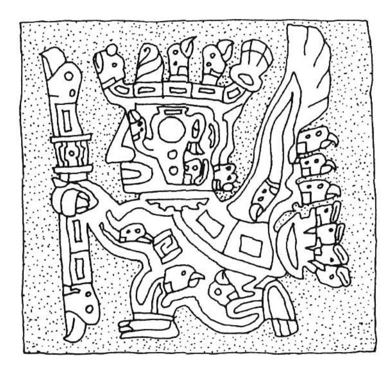



FIGURA 19. Figuras que flanquean al dios sol de Tiahuanaco.

nansky, constituye la primera ciudad monumental planificada de Suramérica. Las excavaciones más recientes han descubierto una zona urbana que ocupaba un área de cerca de cuatro kilómetros cuadrados. El área central de la ciudad contiene la imponente pirámide de Akapana y el templo hundido más conocido de Kalasaya. Cerca se yergue la famosa Puerta del Sol, donde está esculpido el ejemplo más conocido del tema iconográfico esencial del Horizonte Medio: el Dios de los Báculos flanqueado por acompañantes de perfil, los cuales también aparecen, como veremos, en la sierra peruana e incluso en urnas ceremoniales de la costa.

Carlos Ponce sugiere que los templos monumentales fueron edificados en algún momento antes de 300 d.C. Hasta el período subsiguiente (según una serie de fechas de radiocarbono que comienza alrededor de 600 d.C., aunque algunos autores prefieren una fecha algo posterior) no se adoptó la que se convertiría en la iconografía típica de Tiahuanaco. Los templos que originariamente no tenían esta imagen del Dios de los Báculos (entre los que se contaba la Puerta del Sol) fueron entonces renovados con fachadas y esculturas repletas de esta figura. Los orígenes de esta iconografía, de la cual el friso de la Puerta del Sol es bastante típico, son desconocidos. Este friso consiste en un dios sol que sostiene dos báculos adornados con cabezas de puma y de cóndor. Derrama una especie de lágrimas zoomorfas, cuya forma fue variando a medida que el motivo se difundió en la sierra de Perú. El dios central está flanqueado por figuras con báculos en las manos y alas plegadas.

En términos cronológicos, al menos los objetos de estilo Pucará son un antecedente de esta iconografía tiahuanacoide, que fue también adoptada en lugares del Perú central. Su tema básico muestra versiones extrañas de esta deidad cuya faz se presenta de frente, rodeada por unos acompañantes muy parecidos a los de variantes más tardías. Las fechas de radiocarbono de estas imágenes de Pucará se agrupan en el siglo I a.C. El asentamiento debe haber persistido por varios siglos, pero William Isbell sospecha que pueden existir algunos otros posibles antecedentes de la iconografía tiahuanacoide típica,



FIGURA 20. Vasija tiahuanaco para beber.

especialmente en la región poco conocida situada entre el lago Titicaca y la selva amazónica.

HUARI

Cuando Tiahuanaco se hallaba en su apogeo, en la segunda mitad del primer milenio, Huari era un alejado centro principal en el noroeste de la sierra de Perú, situado en la vertiente oriental del valle de Ayacucho, entre 2.700 y 3.100 metros sobre el nivel del mar. Aunque comparten una iconografía común, las ruinas de Huari, mucho menos preservadas, no lograron impresionar a los españoles tanto como las de Tiahuanaco. No obstante, el infatigable observador Cieza de León visitó el área a mediados del siglo XVI y habló de grandes y antiguos edificios en el río Vinaque, claramente identificables con el emplazamiento de Huari: «... adonde están unos grandes y muy antiquísimos edificios, que cierto, según están gastados y ruinados, debe de haber pasado por ellos muchas edades. Preguntado a los indios comarcanos quién hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros, los cuales muchos tiempos antes que los incas reinaron, dicen que vinieron a estas partes e hicieron allí su morada».[2]

2. Pedro Cieza de León, *La crónica del Perú*, ed. Manuel Ballesteros, Historia 16, Madrid, 1984, cap. 87, p. 327.



FIGURA 21. Vasija huari para beber con una deidad lacrimosa similar a las de Tiahuanaco.

Cieza además observó que dichos edificios eran por lo general cuadrados, mientras que los de los incas eran largos y estrechos.

Huari abarca un área de 15 km² por lo menos, que no sólo es alta sino también seca y carece de un aprovisionamiento natural de agua. El núcleo del asentamiento contiene muchos edificios de piedra; sólo se ha identificado una estructura perteneciente al Horizonte Temprano y el resto corresponde al Horizonte Medio. Pese a su evidente relación con Tiahuanaco, algunos de los primeros visitantes, como el alemán Disselhof, insistieron en que ciertos aspectos de su cultura también procedían de Nazca.

Huari fue edificada sin un plan preconcebido, pero se desarrolló de forma más espectacular después de que la piedra labrada megalítica (tan característica de Tiahuanaco) apareciera por primera vez en Huari en las fases iniciales del Horizonte Medio, probablemente entre 550 y 600 d.C. Las estimaciones de población varían notablemente, pasando de un máximo de 70.000 hasta un mínimo de 20.000.

Después de la visita de Cieza alrededor de 1550, Huari recibió poca atención hasta que Julio C. Tello visitó el valle de Ayacucho en 1942. Richard Schaedel publicó en 1948 fotografías excelentes de las estatuas de piedra de Huari y en 1950 Wendell Bennett dirigió una temporada de excavaciones. En los años sesenta, Luis Lumbreras y Dorothy Menzel realizaron nuevos estudios y plantearon la cuestión, aun no resuelta por las investigaciones más recientes, de si Huari era la capital de un estado conquistador.

Los complejos amurallados son característicos de la arquitectura de Hua-

ri. Estos recintos están divididos en secciones rectangulares que constituyen patios rodeados por una serie de habitaciones. Pueden haber sido residencias familiares bastante parecidas a barracas, ya que algunas contenían cocinas.

Los restos arqueológicos indican tres fases distintas en la arquitectura de Huari. En la primera fase de su existencia, antes de los recintos amurallados, se construyó una serie de templos que convirtieron la ciudad en una sede residencial y ceremonial. Uno de ellos proporciona una fecha de radiocarbono de 580 ±60 d.C. Estos templos más antiguos fueron edificados de piedra labrada, forma de construcción que fue luego abandonada. Se encontraron cámaras de piedra labrada también en Cheqo Wasi, una sección en la parte sur del área urbana de Huari.

La segunda fase, la de los recintos amurallados, también llamada fase de la construcción de complejos con patio, fue más prolongada y la mayor parte del núcleo de la ciudad estuvo ocupada durante este período. En este momento se hacen evidentes fuertes diferencias entre las mitades norte y sur del asentamiento, lo cual sugiere la existencia de alguna forma de división dual de la comunidad. El complejo Moraduchayuq, en el centro de Huari, es el ejemplo mejor conocido de la arquitectura de complejos con patio. La organización espacial dentro de los recintos era muy regular; las habitaciones y los patios estaban conectados por puertas. Esta fase de los complejos con patio en la arquitectura del sector norte de Huari parece haberse organizado alrededor de dos avenidas que se intersecaban. El acceso se limitaba a una entrada principal en el muro occidental y tres entradas secundarias en otros tramos del muro. El complejo estaba formado por lo menos por siete grupos casi idénticos de habitaciones o complejos con patio.

Se desenterraron muchos artefactos que sugieren que el complejo pudo haber servido de residencia para la clase alta. No sólo la proporción de los vasos, cuencos y tazas del servicio es mayor que la que sería normal para el uso doméstico, sino que además se encontraron muchas de las vasijas de boca ancha utilizadas para el almacenaje y fermentación de la chicha ritual. La naturaleza de los restos sugiere que los ocupantes realizaban celebraciones y que por tanto pertenecían a la clase funcionarial. Asimismo, el complejo proporcionó un elevado porcentaje de cerámica elaborada, así como de artículos suntuarios importados como la concha *Spondylus*. Casi todos los artefactos eran productos acabados y las herramientas normalmente asociadas con la agricultura o con la manufactura brillaban por su ausencia.

En la última fase de la existencia de Huari se derribaron algunos de sus edificios para dar lugar a una espectacular reconstrucción. Los restos más impresionantes de esta tercera fase que subsisten hoy son edificios de proporciones monumentales con muros muy altos, que nunca llegaron a terminarse pues la ciudad fue misteriosamente abandonada. William Isbell define este desarrollo como la fase de la construcción de los grandes muros, aunque ésta cesara antes de que los edificios estuvieran terminados. Es difícil clasificarlos como centros residenciales y no han sido identificadas calles amuralladas; además, no tienen equivalente en ningún otro asentamiento del mismo período.

La parte sur de Huari se diferencia en muchos aspectos del sector norte descrito antes. No sólo los edificios están peor preservados, sino que los muros están tan destruidos que son difíciles de identificar. Además los edificios de Huari meridional son mucho más pequeños que los del norte. Estas construcciones también pertenecen básicamente a la fase de los complejos con patio.

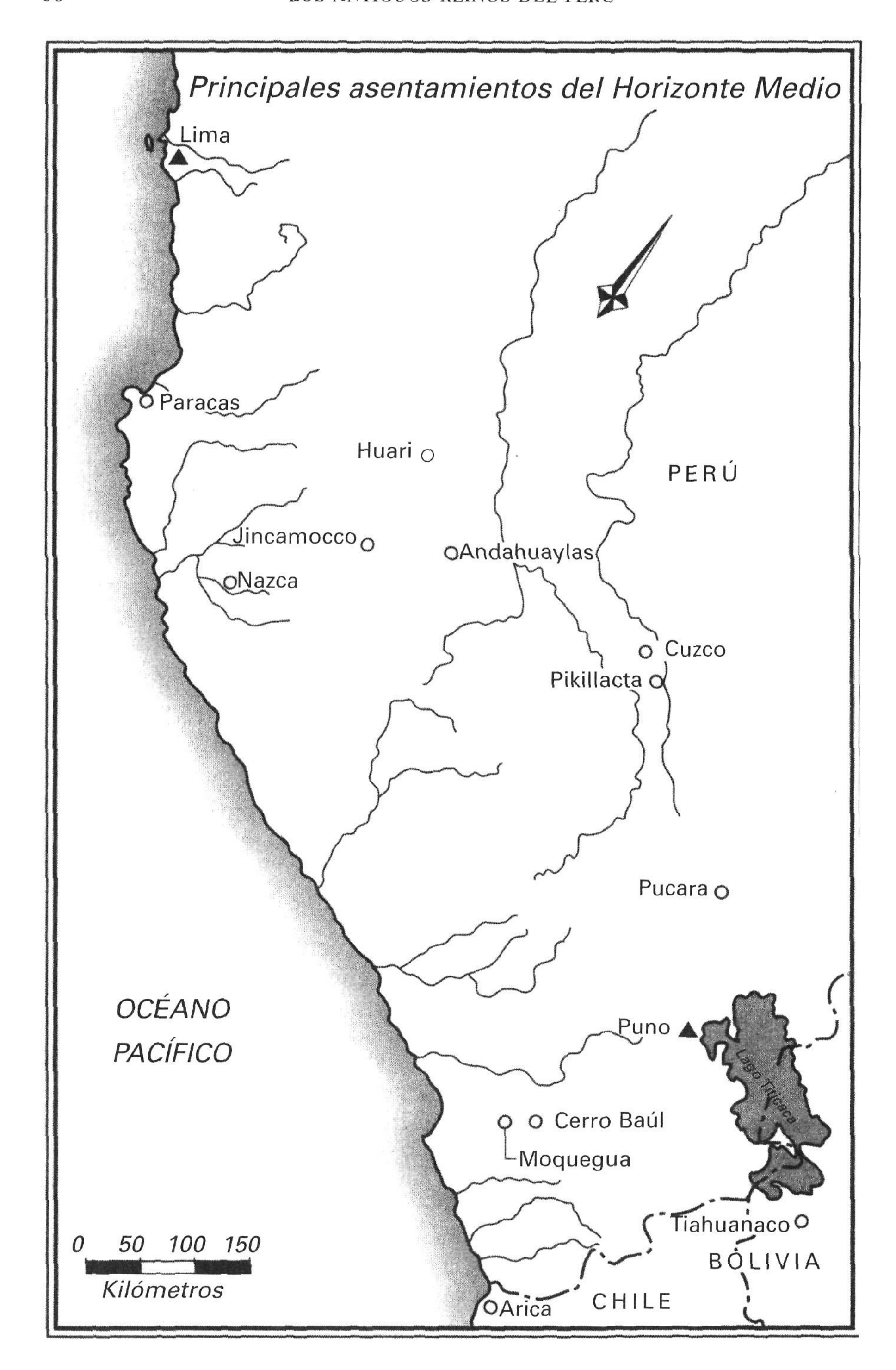
Si bien es posible describir tres fases de desarrollo en el impresionante asentamiento (aunque mal preservado) de Huari, es más problemático ofrecer una interpretación de su verdadero significado dada la falta de tradiciones escritas. Se plantea la interrogante sobre si el dominio de la clase dominante o funcionarial de Huari (definida así tentativamente antes) fue ejercido sólo sobre la ciudad, o si comprendió un estado que incluía algunos centros vecinos o incluso un imperio mucho más extenso. También son relevantes para dichos problemas las relaciones de Huari con Tiahuanaco en sus últimas fases y es evidente la importancia de la distintiva iconografía compartida por ambos centros. Sin embargo, antes de abordar tales cuestiones, debemos considerar los rasgos más destacados de algunos otros asentamientos del mismo período.

Los centros cercanos

Se han excavado en los Andes otros asentamientos cuya arquitectura y cerámica evocan en diverso grado las de Huari. Algunos estudiosos, como veremos después, los denominaron centros provinciales huaris; los que están situados, al igual que Huari, en el valle de Ayacucho se cuentan entre los más importantes. Uno de ellos es Conchopata, en el cual Julio C. Tello encontró en 1942 enormes urnas de cerámica con iconos policromos similares a los de algunas estatuas de Tiahuanaco, y que fueron a menudo consideradas como el ejemplo más antiguo de una iconografía común entre Tiahuanaco y Huari.

Conchopata se encuentra en las afueras del actual Ayacucho, a una distancia de aproximadamente 10 kilómetros en línea recta de Huari. Es más importante por sus artefactos y cerámica relacionados con los de Huari y Tiahuanaco que por su arquitectura, que ha sido destruida en su mayor parte. Las investigaciones más recientes han establecido que Conchopata estaba ya ocupada en tiempos anteriores a Huari durante los siglos IV y V d.C.; en esta época estaba relacionado estilísticamente con la región de Nazca. A diferencia de otros centros, las estructuras no son típicas del trazado huari y parecen sugerir que se trataba más bien de un asentamiento rural que crecía según sus necesidades. La producción alfarera era abundante; es probable que se trabajara también el metal, y el comercio a larga distancia incluía artículos suntuarios como turquesas, oro y cobre.

Azángaro, otro asentamiento del valle de Ayacucho, está situado cerca de 15 kilómetros al noroeste de Huari. La mayor parte de sus ruinas presenta un


Principales asentamientos del Horizonte Medio
Lima
Paracas
Huari
PERÚ
Jincamocco
Andahuaylas
Nazca
Cuzco
Pikillacta
Pucara
OCÉANO
PACÍFICO
Puno
Lago Titicaca
Cerro Baúl
Moquegua
Tiahuanaco
BOLIVIA
0 50 100 150
Kilómetros
Arica
CHILE

trazado regular en forma de retícula. Comprenden un cerco rectangular que cubre un área de ocho hectáreas dividida en tres sectores distintivos. A lo largo del trabajo realizado en el lugar, aparecieron muchos rasgos inesperados. La sección septentrional contiene espaciosos recintos rectangulares, típicos de la construcción huari. En cambio, el sector central consiste en cuarenta hileras de habitaciones mucho más pequeñas, mientras que el sector meridional consiste otra vez en patios y galerías, pero de construcción menos regular que el sector septentrional.

La presencia de bienes suntuarios y rituales subraya la existencia de diferencias de clase. Más notables por su presencia son las herramientas agrícolas. Pero Azángaro parece demasiado elaborada para haber sido sólo la residencia de aquellos que cultivaban los campos vecinos, una paradoja que llevó a Martha Anders, que investigó en el lugar, a observar que los pobladores andinos, en el pasado y en el presente, tienden a favorecer estructuras que transmiten mensajes complejos; partiendo de ello, Azángaro puede describirse más acertadamente como un centro ceremonial calendárico que como un mero centro agrícola. El trazado del sector central sugiere que podría haber sido un precedente del elaborado ritual de los santuarios del Cuzco incaico. Abandonado al final del Horizonte Medio, las fechas de radiocarbono se agrupan alrededor de sus años postreros, que van de 760 a 990 d.C.

Entre los centros del período huari sobresale Pikillacta, ubicado al sureste de la ciudad de Cuzco, en la cuenca del río Lucre al extremo sur del valle del Cuzco. No fue hasta 1959 cuando se publicó el plano de la planta de Pikillacta, en un momento en que todavía se suponía que era un asentamiento incaico. William Sanders dirigió las primeras excavaciones en los años sesenta; descubrió pocos artefactos, pero concluyó correctamente que pertenecía más bien a Huari que a la cultura incaica. Desde 1982 Gordon McEwan ha realizado excavaciones exhaustivas y ha proporcionado una copiosa información sobre el asentamiento.

Pronto se hizo evidente que Pikillacta no era una aislada plaza fuerte de Huari, sino uno entre otros grandes asentamientos situados en la cuenca del Lucre y sus alrededores; cada uno ocupa una de las cinco entradas a la cuenca, siendo Pikillacta el centro neurálgico de estos baluartes.

El rasgo arquitectónico sobresaliente de Pikillacta es un gran recinto rectangular que mide 745 por 630 metros; a cada lado de este inmenso bloque hay otros recintos. En total el asentamiento cubre un área de dos kilómetros cuadrados. Pikillacta era esencialmente una ciudad planificada. El examen estructural de McEwan descubrió el hecho bastante sorprendente de que los muros que formaban el perímetro del asentamiento fueron edificados primero como un armazón estructural para un proyecto general preconcebido. Puesto que los canales subterráneos fueron construidos también como parte de este proyecto, el plano debía de haber sido muy detallado.

Pikillacta, originalmente considerado por Sanders como una especie de guarnición fronteriza de Huari, ahora es descrita por McEwan como un importante centro residencial. Las excavaciones proporcionaron hasta 18.000

fragmentos de cerámica y 25.000 huesos y fragmentos de huesos, junto con un lote bastante voluminoso de artefactos; las fechas de radiocarbono para algunos de éstos van de 500 a 600 d.C. Los datos hasta ahora disponibles hacen difícil estimar la población total. McEwan sugiere que las dos funciones básicas del lugar eran la residencial y la ceremonial; ambas habrían dependido de un tercera función administrativa, la cual podría haber sido el propósito original de su construcción planificada, si es que efectivamente formó parte de un amplio dominio controlado por Huari.

El Horizonte Medio en el norte

En contraste con los centros cercanos de Azángaro y Pikillacta, los asentamientos de la época huari de Huamachuco y Viracochapampa se sitúan muy al noroeste de Huari. Viracochapampa está a menos de cuatro kilómetros del moderno pueblo de Huamachuco. Consiste en una serie de edificios rectangulares típicos de los asentamientos del período huari. Agrupados alrededor de una plaza central, muchos de ellos son recintos de muros con hornacinas, esto es, contienen muchas hileras de nichos. El propósito exacto de dichas hornacinas no es del todo claro, pero como debilitan los muros, las salas están con frecuencia mal preservadas. En total se han levantado mapas de diecinueve aposentos con hornacinas.

Viracochapampa aparentemente nunca se terminó. Existe un indicio crucial que apoya esta presunción: un sistema de canales en el subsuelo de los edificios nunca fue conectado, los suelos no fueron acabados, y en algunos casos, la mampostería provisional que sostiene los dinteles de las puertas y las grandes hornacinas nunca fue retirada. Además, el muro limítrofe del centro quedó incompleto.

Existen otros asentamientos del mismo período en las cercanías de Huamachuco. En Cerro Amaru se encontró un complejo de edificios circulares identificados como almacenes. Fueron construidos sobre suelos elevados con ventilación subterránea, lo cual apunta al almacenaje de semillas, una hipótesis confirmada por la prueba de que se guardó maíz en estas estructuras. Después de un período de uso, estos almacenes fueron incendiados y al parecer sus estructuras se remodelaron como viviendas domésticas. De dos muestras de carbón se obtuvieron fechas entre 480 y 600 d.C. En Cerro Amaru se encontró un mausoleo que contenía gran abundancia de cerámica. La fecha de todos estos elementos corresponde al Horizonte Medio y muchos pueden ser identificados con la iconografía huari, aunque algunas otras vasijas evidencian la influencia de la costa pacífica, así como de Cajamarca. Además se encontraron conchas *Spondylus*, obsidiana y lapislázuli. Las conchas *Spondylus* eran traídas de Ecuador sobre todo y el lapislázuli muy probablemente provenía de la región del Cuzco.

Los muros con hornacinas eran también comunes en el centro vecino de Marca Huamachuco, al parecer edificado durante un período de 500 años,

que abarca aproximadamente todo el Horizonte Medio. Marca Huamachuco es el asentamiento del período huari más grande conocido en el norte de Perú. A diferencia de casi todos los otros, tan estrictamente rectangulares, sus ruinas presentan galerías curvas. Como algunas edificaciones de Cerro Amaru, sus orígenes son anteriores a Huari con construcciones que comienzan antes de 400 d.C.

Como veremos más adelante, la relación entre Huari y los centros de Huamachuco no es fácil de definir. Al igual que Pikillacta, Viracochapampa era un asentamiento planificado, aunque su planificación fue quizá menos rígida. Es difícil establecer una cronología exacta y se plantea la interesante cuestión de si las galerías y salas con hornacinas también existentes en Huari y Pikillacta se habrían originado en los centros de Huamachuco. Viracochapampa, que nunca se terminó, era quizá uno de los primeros centros provinciales en ser planeado y construido. Aunque las características arquitectónicas de tipo huari son notables, muchos asentamientos de Huamachuco carecen de cerámica huari. Sólo se ha encontrado un poco en Viracochapampa, aunque en Cerro Amaru es más abundante.

John Topic describe la relación entre Huari y Huamachuco como breve pero intensa. En Cerro Amaru la evidencia arqueológica señala la importancia del intercambio con el sur de Perú, y el comercio parece haber sido crucial en la relación con Huari. El hallazgo más reciente sugiere igualmente que otro asentamiento, Marca Huamachuco (donde la construcción comenzó antes de 600 d.C.), floreció durante y después del período que indica la presencia de Huari.

Pero aún más al norte algunos centros bastante importantes florecieron al inicio del Horizonte Medio. Los más notables son Pampa Grande en el río Lambayeque, a unos cuarenta kilómetros tierra adentro, y Galindo al suroeste de Cajamarca, situado en el río Moche. En la misma Cajamarca, los fragmentos de estilo huari son raros, y la presencia huari no está bien documentada. Sin embargo, al menos existían relaciones de intercambio entre las dos regiones, ya que muchas piezas de estilo Cajamarca se han encontrado en centros del valle de Ayacucho.

Pampa Grande, que floreció entre 600 y 700 d.C., presenta ciertas influencias huaris pero pertenece básicamente a Moche V, la fase transicional que corresponde al momento en que los asentamientos mochicas más antiguos ya habían sido abandonados. Parece haber sido la efímera capital de una importante sociedad costeña del norte. La iconografía de Moche V, como hemos visto en el capítulo 2, marca un cambio bastante radical respecto a sus predecesoras, con mucho más énfasis en las actividades marítimas, y la balsa hecha de totora* aquí se convierte en una forma generalizada de arte.

* «totora»: especie de espadaña con tallos en forma de caña que son usados para hacer balsas, especialmente las embarcaciones típicas de la costa norte peruana llamadas «caballitos de totora». (*N. de la t.*)

Galindo, a unos 160 kilómetros al sur de Pampa Grande, es un asentamiento mucho más pequeño que corresponde al inicio del Horizonte Medio y donde se ha encontrado también cerámica de Moche V. A diferencia de Pampa Grande, Galindo estaba sólidamente fortificado, con complejos muros defensivos que alcanzaban más de un kilómetro, y que mostraban rastros de reparaciones y reconstrucción. En determinados aspectos este centro podría verse como precursor de Chan Chan, el poderoso reino que, como veremos, floreció en la costa de Perú después de la época huari. En Galindo se ha encontrado una estructura muy parecida a los cercos del gran palacio de Chan Chan. Los muros de Galindo son más sorprendentes que sus monumentos; las fortificaciones encontradas en esta región llevaron a la presunción de una posible conquista huari. Sin embargo, el valle de Moche no contiene restos ni remotamente parecidos a los de Huari. Las defensas en Galindo ya no pueden verse por tanto como una respuesta a una amenaza tan distante y se tiende a descartar cualquier auténtica presencia de Huari en un punto tan lejano.

Estado o imperio

El Horizonte Medio continúa confundiendo a aquellos que intentan interpretar su esencia. Pero antes de tratar de definir los papeles respectivos en el Horizonte Medio de Huari y Tiahuanaco, los centros principales del período indiscutiblemente relacionados por una iconografía común, la pregunta que se plantea es: ¿cuál fue la relación entre Huari y los diversos centros del período huari descritos antes? ¿Hasta dónde se extendió el control de Huari más allá de los límites de la ciudad propiamente dicha?

Durante los años cincuenta, cuando Larco Hoyle y otros advirtieron la influencia estilística de Huari en la costa peruana, se llegó a suponer que tal influencia podría derivarse de la conquista militar huari. En los años sesenta, Luis Lumbreras describió Huari como un imperio, y Dorothy Menzel, en su estudio de la cerámica del Horizonte Medio, concluyó que Huari podría considerarse la capital de un vasto estado conquistador. Este punto de vista fue compartido como hipótesis por otros académicos importantes, y en la década de 1960 la teoría de la expansión militar como la clave para la difusión de la influencia huari fue ampliamente aceptada.

Durante los años ochenta, William Isbell y otros han continuado lidiando con la pregunta de cuán lejos podía haber llegado Huari en sus conquistas más allá del valle de Ayacucho. La naturaleza militarista de la planificación de la ciudad de Huari con sus lóbregos recintos amurallados podría sugerir tales planteamientos. Se ha dicho acertadamente que sobre las secciones celulares repetidas de su planta se cierne la misteriosa sensación de estar ante una prisión o campo de concentración. Podría señalarse, además, la rígida división de clases evidente en Azángaro, o los muros con limitado acceso que dividen los diferentes sectores en este y otros centros. En Huari mismo, altos

muros separan los distritos de la ciudad y se hace difícil imaginar cómo las personas podían pasar de un sector a otro.

Sin embargo, en años recientes los estudiosos tienden más a interpretar el Horizonte Medio peruano como una era de centros regionales independientes y sostienen que el alcance de cualquier conquista huari puede haberse exagerado a veces. Sugieren asimismo que durante ese período existieron varias sociedades independientes y que la iconografía Huari-Tiahuanaco que se ha encontrado en todos los Andes centrales se difundió más por contactos comerciales que por mera conquista. Max Uhle ya en 1986 escribió sobre las estrechas relaciones entre el estilo Pachacámac, propio de un gran asentamiento al sur de la actual Lima, y Tiahuanaco, y desde entonces las conquistas costeñas de Tiahuanaco y Huari han sido descartadas. Además, la idea de una conquista huari de la costa peruana al norte del río Moche debe por ahora dejarse de lado; los trabajos recientes en asentamientos anteriormente relacionados con Huari por unos escasos restos de cerámica muestran que tales centros son mucho más tardíos o, como Chan Chan, se basan en tradiciones locales. Aunque los hallazgos de cerámica de estilo huari pueden sugerir que Huari tuvo cierto impacto en la sociedad moche tardía, son prácticamente inexistentes los indicios de una conquista militar.

Al considerar los asentamientos del Horizonte Medio cercanos a Huari propiamente dicho, se hace más plausible la idea de algún tipo de estado unificado, aunque no es fácil de probar. El grupo de asentamientos en las cercanías del actual Huamachuco muestra en verdad ciertos rasgos típicos del mismo Huari: por ejemplo, la división en grandes recintos rectangulares amurallados, algunos de los cuales servían como residencias bastante austeras para numerosas familias. Viracochapampa es notable por sus salas con hornacinas y por el hecho palmario de que nunca fue terminado, lo cual difícilmente prueba una larga y estable sumisión al estado huari. Las salas con hornacinas se encuentran también en Marca Huamachuco, pero estos y otros edificios de estilo huari en este centro pertenecen en su mayoría a etapas más antiguas de su construcción. La cerámica huari aparece en unos cuantos asentamientos en la región de Huamachuco, pero su relación con Huari mismo parece haber sido bastante breve. El papel de la coacción militar, si ésta tuvo alguno, no se ha aclarado aún. El problema podría entenderse mejor si se pudieran definir con más precisión las relaciones de intercambio; existen indicios referentes a la presencia en Huamachuco de objetos procedentes del sur como también del norte, pero actualmente es difícil determinar los mecanismos de intercambio.

Pikillacta, más cerca de Huari, muestra efectivamente algunos de sus rasgos, y las fechas de radiocarbono del asentamiento casi abarcan la duración total del Horizonte Medio. Como en Viracochapampa, otra ciudad planificada, aparecen muros por todas partes. No sólo tiene Pikillacta un muro circundante construido antes que el pueblo, sino que hay muros que también sirven como divisiones entre estructuras y como límites entre estructuras y avenidas. Si en realidad las funciones de Pikillacta eran sobre todo residen-

cial y ceremonial, la administración podría haber sido su principal tarea, quizá bajo los auspicios del mismo Huari.

Tiahuanaco y Huari

Las implicaciones más amplias de la relación entre las dos sociedades vinculadas por una iconografía común incluyen a Moquegua, un asentamiento situado bastante al sur de Huari, junto con las vecinas ruinas en la cumbre de Cerro Baúl.

En total se ha estudiado un conjunto de nueve emplazamientos arqueológicos en el valle de Moquegua. La mayoría de ellos, excepto Cerro Baúl, parecen haber estado asociados más bien con Tiahuanaco que con Huari. En varias localidades se han descubierto objetos decorados que son prácticamente indistinguibles de los de la fase final de Tiahuanaco. En un gran cementerio en Chan Chan la cerámica muestra los rasgos más típicos de Tiahuanaco, como el flamenco estilizado, junto con algunos diseños geométricos. La cerámica Chan Chan en Moquegua es incluso comparable a la de Cochabamba, un lejano reducto de Tiahuanaco.

En acentuado contraste, en Cerro Baúl, edificado en un escarpado monte cercano, la arquitectura monumental, lejos de parecerse a los centros locales de estilo tiahuanacoide del valle, es más comparable a la de Pikillacta y a la del mismo Huari. Además, la cerámica de Cerro Baúl, bastante distinta de la de Tiahuanaco, recuerda en cada detalle el estilo de las fases iniciales de la expansión huari.

Como la investigación de Cerro Baúl está lejos de haber acabado, es difícil ofrecer siquiera una explicación hipotética de cómo y por qué se diferencia tanto en estilo y forma de sus vecinos. No obstante, los datos del valle de Moquegua demuestran que la influencia Huari se extendió muy al sur, mientras que la penetración cultural de Tiahuanaco llegó también al occidente de este asentamiento.

Al estudiar las relaciones entre Tiahuanaco y Huari, los problemas cronológicos son importantes. El gran asentamiento de Tiahuanaco sin duda existió antes de la construcción de Huari y de otros centros de la época huari en Perú. La opinión de que Tiahuanaco fue el origen de la iconografía del Horizonte Medio y la potencia dominante durante ese período ha sido categóricamente defendida por el arqueólogo boliviano Carlos Ponce. Muchos otros estudiosos, sin embargo, subrayan que los indicios procedentes de Tiahuanaco no confirman la creencia de que una iconografía compartida estuviera presente en ese lugar mucho antes de que apareciera en el área huari.

Se ha sostenido que los orígenes de la iconografía que aparece posteriormente en Huari y Tiahuanaco (pero no en las fases iniciales de este último) podrían situarse en Pucará, cuyos comienzos datan de alrededor de 200 a.C. La cerámica más antigua de Tiahuanaco parece que también recibió la in-

fluencia de objetos costeños, descubiertos en 1896 por Max Uhle en Pachacámac. Este estilo híbrido fue entonces llamado Tiahuanaco costeño.

No fue sino algún tiempo después de 500 d.C. cuando los monumentos de Tiahuanaco, que ya hacía siglos que existían, fueron reconstruidos y dotados por tanto de los símbolos de la iconografía distintiva del Horizonte Medio, representando de forma frontal al Dios de los Báculos, presente tanto en centros de Huari como de Tiahuanaco. Antes de esta renovación, la escultura lítica de Tiahuanaco estaba decorada sobre todo con las mismas figuras de reptiles y felinos de períodos anteriores.

Mientras el modelo de la deidad central fue un tema adoptado tanto por Huari como por Tiahuanaco, es problemático determinar de cuál de los dos asentamientos procedía. Aunque los detalles iconográficos pueden variar según el lugar, los principales componentes consisten en deidades con báculos, retratadas de frente, flanqueadas por acompañantes de perfil y otras figuras humanas. El medio de expresión varía; en Tiahuanaco el tema se presenta sobre todo en los grandes monolitos. En Huari, aparece principalmente en la cerámica, en particular en grandes vasijas y urnas rituales. También se representa en cucharas de madera con mangos decorados y en miniaturas de piedra.

Las imágenes típicas de la iconografía Huari-Tiahuanaco incluyen tanto seres naturales como sobrenaturales. Las figuras del Dios de los Báculos, representado de frente, y sus acompañantes tienen rasgos sobrenaturales. Estos últimos aparecen encarados de perfil, y aunque sus rasgos son humanos, se encuentran con frecuencia pequeñas cabezas-trofeo alrededor de los ojos y mentones. Llevan una vara en la mano izquierda, un hacha y una cabeza-trofeo en la derecha, un rasgo que les ha ganado el epíteto de «sacrificadores». Generalmente tienen una pierna avanzada y la otra hacia atrás como si estuvieran postrándose o corriendo. Algunos de estos acompañantes tienen alas, están ataviados elaboradamente y su tocado no es muy diferente al de la deidad. Debe agregarse que la noción de una deidad retratada de forma frontal es un símbolo andino muy antiguo y estaba ya difundido durante la época chavín.

El cuerpo de la deidad con báculos, representada de forma frontal en el arquitrabe (el relieve decorativo que corona la entrada) de la famosa Puerta del Sol, sólo es visible parcialmente. El tocado está adornado de felinos, la deidad empuña los báculos simbólicos en cada mano y unos motivos a manera de lágrimas rodean sus ojos. Se representan más de cuarenta figuras de acompañantes que en vez de flotar horizontalmente como en otros casos, parece como si corrieran con las alas extendidas. La puerta y el acceso asociados con el friso del monumento parecen haber sido de suma importancia simbólica. Los tapices y tejidos encontrados en las cercanías tienen una estrecha similitud; además, el friso y la abertura de la puerta se repiten a menudo en forma de miniatura como recurso icónico en otros edificios. No conocemos ningún friso que date de la fase final de Tiahuanaco, pero el tema se mantuvo en textiles y cerámica producidos con mucha posterioridad al último friso.

Pero si las semejanzas iconográficas entre las dos grandes sociedades del Horizonte Medio pueden ser fácilmente identificadas, también son patentes ciertas diferencias. En primer lugar, pese a algunas creencias comunes, la principal característica de la cultura Tiahuanaco, compartida por muchos centros de la región, era la escultura lítica, que no fue nunca transmitida a Huari. La cantería en Huari no descuella, y la escultura lítica no es un componente principal de la tradición artística del valle de Ayacucho. Incluso los monolitos que se han encontrado no son típicos del estilo Tiahuanaco. Donde se utilizó la piedra, sirvió para propósitos diferentes; en Huari, por ejemplo, sirvió para ciertas cámaras mortuorias, pero de un tipo no hallado en Tiahuanaco.

Ante todo la arquitectura de las dos sociedades es absolutamente diferente, tanto en la forma como en la concepción. Sólo algunos rasgos específicos aparecen en ambas, por ejemplo, el templo hundido existe en Huari, pero es muy diferente de los típicos de Tiahuanaco, tanto en el estilo como en el trazado. También existen semejanzas entre los métodos de construcción de las edificaciones de Huari y de las colosales estructuras de piedra de Tiahuanaco y la tecnología de la cantería megalítica en los dos centros está seguramente relacionada.

Pero en lo fundamental, la arquitectura de Tiahuanaco se diferencia tanto conceptual como formalmente de la de Huari. Como se ha subrayado antes, el asentamiento huari transmite la impresión de ser una prisión; por ejemplo, Pikillacta consiste en una serie inacabable de recintos y habitaciones rectangulares cuyo diseño sugiere sorprendentemente que carecen de una entrada o accesos identificables. En Azángaro, las edificaciones rectangulares de los sectores norte y sur del asentamiento están divididas por una pared continua sin entradas que las comuniquen. En cambio, en Tiahuanaco la arquitectura parece diseñada más para impresionar al espectador y para transmitir un sentimiento espiritual y cívico; ningún muro sombrío divide los principales edificios, cuyo fin parece ser religioso. Mientras que la arquitectura huari parece carecer de entradas formales, Tiahuanaco tiene una larga tradición de puertas y portales decorados, que probablemente servían para los grandes rituales cívicos. Tanto los asentamientos de Tiahuanaco como los de Huari despliegan un sentido geométrico bastante distinto al de otros períodos andinos, aunque lo expresan de una manera esencialmente diferente. El del primero es horizontal, mientras que en las estructuras rectangulares de Huari la concepción es esencialmente vertical.

La naturaleza de los vínculos políticos o comerciales entre las zonas culturales de Tiahuanaco y Huari es aún más difícil de definir. La presencia de Huari en Cerro Baúl ha sido atribuida a una «intrusión colonial» en un complejo que contiene centros administrativos de estilo Tiahuanaco. Pero aunque se han propuesto razones para afirmar que Huari era un estado conquistador, hasta ahora son escasas las huellas referentes a la existencia de un conflicto armado entre Huari y su vecino meridional. En ausencia total de textos escritos, las piedras silenciosas nos dicen poco. La conquista militar

con frecuencia deja pocas trazas en los documentos arqueológicos, que tienden a ofrecer sólo unos escasos indicios de asedios y batallas conducentes a la conquista.

Por tanto, dado el presente estado de la cuestión y el nivel del conocimiento disponible, se puede considerar que Huari y Tiahuanaco formaron parte de una época bien definida cronológicamente y eran portadoras de una cultura común, pero a la vez sus diferencias invitan a un mayor estudio.

5. EL GRAN CHIMÚ

EL SURGIMIENTO DE CHIMÚ

Antes de que aparecieran los incas, el reino de Chimú (o Chimor) llegó a dominar una larga franja del Perú costeño que se extendía más allá de Tumbes (en la actual frontera entre Perú y Ecuador), y que por el sur llegaba casi hasta Lima, a unos 1.000 kilómetros de distancia. Es por tanto el único gran reino de Suramérica conocido anterior al de los incas, ante los cuales finalmente sucumbió.

Se ha conservado una narración sobre el primer gobernante de Chimú:

> ... en esta cassa estubo tiempo de un año ussando ... dichas ceremonias y de la comunicación que tubo con yndios que los fue sujetando deprendió la lengua, los quales le obedecían y le daban sus hijas. De allí vino a tomar el nombre de Chimor Capac.
>
> No se sabe de adonde huviese venido este ... mas de que dio a entender que un gran Señor ... hera le avia embiado a gobernar esta tierra ... de la otra punta del mar. Los polvos am(arillos) que ussaba en sus ceremonias y los paños de algodón con que trahia cubiertos las partes vergonzosas son muy conocidas en estas tierras y la balsa de palos se ussa en la costa de Payta y Tumbez de adonde se presume que dicho yndio no hera de parte muy remota.
>
> Este Tacaynamo tubo un hijo que se llamo Guacricaur, el qual adquiriendo mas señorio que su padre fue ganando yndios y principales deste valle.[1]

Así comienza el documento conocido como la «Historia anónima de Trujillo», escrito en 1604. Trujillo, ciudad situada a unos 800 kilómetros al noroeste de Lima, está junto a Chan Chan, la capital del reino llamado Chimú. De ahí que al estudiar Chimú nos interese el período protohistórico de la historia del antiguo Perú, en comparación con los grandiosos aunque mudos vestigios de sus fases más antiguas, descritas en capítulos anteriores. Mientras que su pasado legendario fue inmortalizado en algunos documentos coloniales, en décadas recientes Chimú ha sido objeto de intensa investigación científica. En particular se publicó en 1990 un voluminoso tomo, en el que se re-

1. Rubén Vargas Ugarte, «La fecha de la fundación de Trujillo», *Revista histórica*, tomo X, entrega II, Lima, 1936, p. 231.

coge un simposio realizado en Dumbarton Oaks, que abarcaba casi todos los aspectos del reino costeño estudiados por los principales académicos actuales; algunos de ellos han tratado de relacionar sus hallazgos con los datos bastante fragmentarios procedentes de los documentos conservados.

El reino de Chimú, tal como aparece en la «Historia anónima» y en la descripción de sus provincias norteñas, escrita por el cronista Cabello de Balboa, había ya interesado a los arqueólogos desde el siglo XIX, atraídos por el vasto acervo de cerámica y objetos de metal sacado de sus tumbas, y sobre todo por los espectaculares palacios de Chan Chan, la ciudad capital tan única por su tamaño y estructura.

Debe decirse antes que, a diferencia del imperio de los incas, Chimú no fue un imperio panperuano y que otras grandes sociedades florecieron en el largo período que se extiende desde el final de la época de Huari-Tiahuanaco, alrededor de 1000 d.C., hasta el surgimiento de los incas cerca de 400 años después. Este período es llamado generalmente Intermedio Tardío. Perduran también algunas descripciones de los reinos aimaras de esa época, en particular los collas y los lupacas ubicados en el lado occidental del lago Titicaca, los cuales crearon estilos distintivos de cerámica. Las condiciones en los Andes bolivianos después de la decadencia de Tiahuanaco parecen haber sido inestables. La investigación reciente sugiere que muchos pobladores abandonaron las riberas del lago Titicaca y se retiraron a asentamientos más seguros en las cumbres de las montañas, a altitudes de más de 4.000 metros, rodeados de murallas defensivas. Sólo después de la ocupación incaica, varios siglos después, se indujo a los habitantes a regresar a condiciones menos duras.

En el valle del Cuzco, el futuro núcleo incaico, después del ocaso del centro huari de Pikillacta, surgieron sociedades más pequeñas que utilizaban una cerámica llamada Killca, mientras que en la sierra al noreste de Chimú, el reino de Cajamarca ya estaba establecido. En la parte meridional de la costa peruana, nunca conquistada por Chimú, floreció el gran santuario y oráculo de Pachacámac, así como algunos antiguos reinos que, como veremos después, estuvieron entre los primeros pueblos en ser conquistados por los incas.

Los antecedentes de Chimú

Algunos rasgos identificables relacionan la cultura de Chimú con Huari, así como con Moche V, la fase final de Moche, y sirven para ilustrar el trazo de continuidad que recorre los sucesivos períodos andinos.

Como hemos visto en el capítulo 2, en Moche V, período posterior a la caída de los grandes monumentos de la Huaca del Sol y la Huaca de la Luna y a la decadencia del culto de la serpiente bicéfala, el urbanismo se hizo más definido. Sobre todo el arte norcosteño de Moche V representa una vuelta a los motivos marinos y las nuevas deidades marítimas, que quizá subraya el mayor papel del océano en el mundo real. La serpiente bicéfala mochica también se conservó en algunos frisos del período Chimú en la costa norte.

También es posible identificar otros elementos básicos de Moche en el arte chimú: los monos cogidos a los picos de las jarras de asa estribo Chimú se pueden remontar a los de Moche V. Galindo, cuyas grandes ruinas están situadas de forma que se divisan desde la gran Huaca del Sol mochica, era asimismo originariamente un asentamiento mochica, con rasgos urbanos que la asemejan a una verdadera ciudad, lo cual constituye un cambio importante en comparación con los centros religiosos dominados por huacas de las fases anteriores de Moche. La primera estructura palaciega de un tipo que se hizo muy característico de Chan Chan fue edificada en Galindo, y puede considerarse un antecedente mochica de los palacios de Chimú.

Pampa Grande, más al norte en la garganta del río Lambayeque, más tarde conquistado por Chimú, se presenta también como un centro mochica con características urbanas distintivas. Algunos rastros de influencia huari también están presentes en Pampa Grande. En Batán Grande, otro importante asentamiento de Lambayeque, una ocupación Moche V subyace bajo las ruinas de la era chimú.

A la vez, pese a que es posible identificar esas influencias más antiguas, el surgimiento de Chan Chan representa en muchos sentidos un nuevo punto de partida. Aunque los muros tienen un claro precedente en las tradiciones tanto de Moche como de Huari, las inmensas dimensiones de los que rodean cada uno de los palacios de Chan Chan, que con frecuencia son llamados ciudadelas, representaban un nuevo desarrollo. Su tamaño puede interpretarse como una expresión de poder y como la creación de una nueva imagen.

Los comienzos

En contraste con la versión más alegórica de los hechos ofrecida por las fuentes escritas, la investigación arqueológica proporciona un creciente volumen de datos concretos. La construcción monumental comenzó en Chan Chan, un lugar en el que, a diferencia de otros, las partes eran más importantes que el todo. La unidad real no era la ciudad misma, sino sus diez grandes complejos o palacios: las ciudadelas.

En la fase inicial (a la cual pertenecen las primeras tres o quizá cuatro ciudadelas), la expansión más allá de Chan Chan propiamente dicho fue de un nivel bastante modesto. Esta fase, quizá mejor descrita como de consolidación básica, puede haber comenzado en algún momento después de 900 d.C. y continuó hasta 1050 d.C.; durante esta época los valles cercanos de Virú y de Chicama se aliaron probablemente a la dinastía chimú o se sometieron a ella. Antigua cerámica chimú se ha encontrado en Cerro Lescano, en el valle de Chicama, aunque también se ha descubierto en el valle del río Virú asociada con muros y pequeñas estructuras.

Por tanto la expansión chimú inicial tendió a dirigirse al comienzo hacia las sierras más productivas antes que a los valles costeños. Al sur de Tumbes, el litoral forma parte del desierto más seco del Nuevo Mundo, donde la pre-

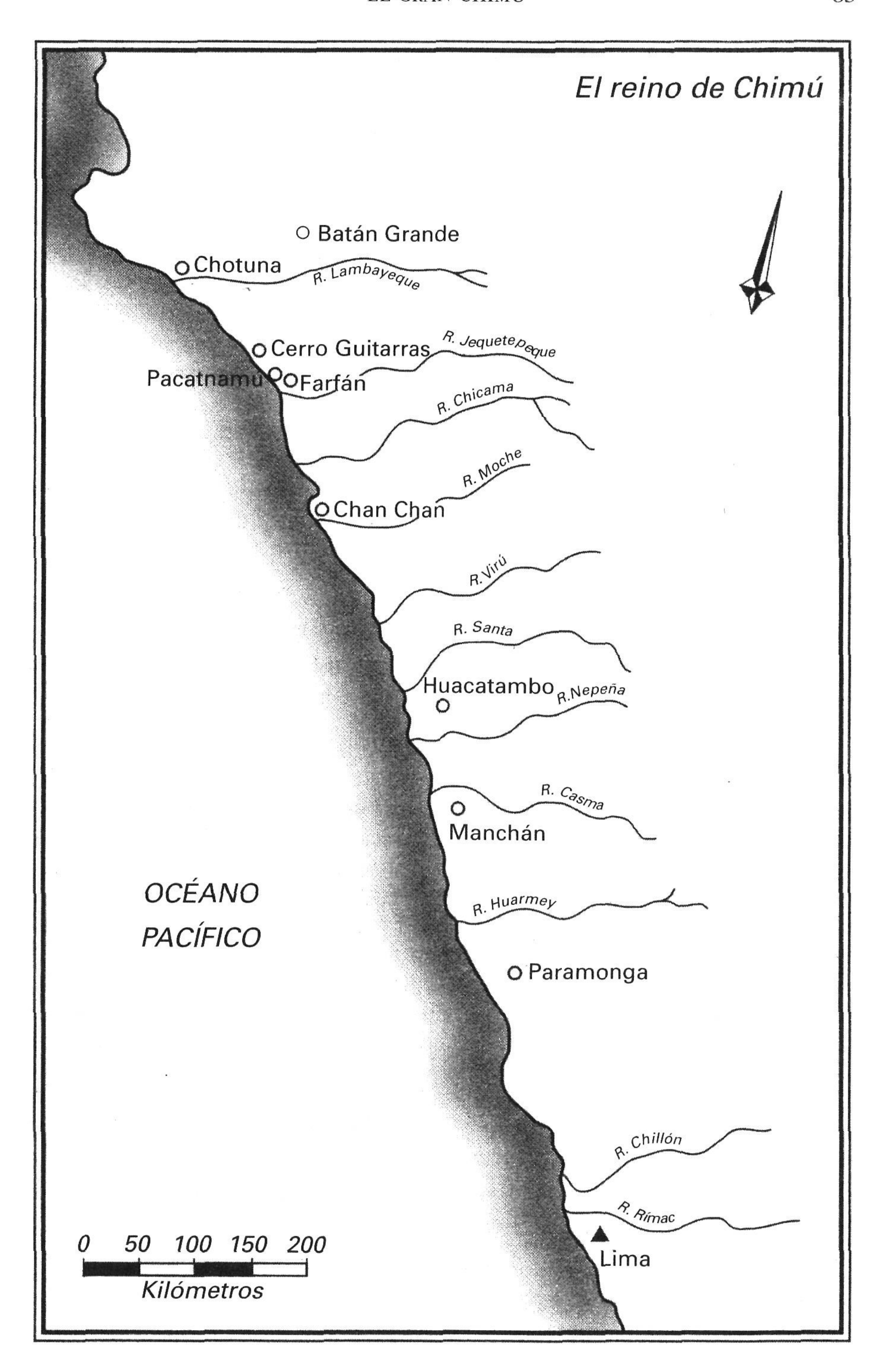
cipitación anual a una altitud inferior a los 1.500 metros es prácticamente insignificante. La agricultura depende de los ríos que descienden de la sierra. Más tarde Chimú llegaría a dominar la mayoría de estas grandes canalizaciones del desierto, que son más frecuentes en la parte norte de la costa peruana que más al sur.

El proyecto Fortificaciones de 1980 investigó el avance inicial hacia el interior. En el Cerro de la Cruz, un asentamiento edificado a unos veinte kilómetros hacia el interior en el valle del río Chao, el proyecto encontró restos de un asedio, y la presencia de fragmentos chimús sugiere que los invasores eran también chimús. Un fuerte chimú, Cerro Colorado, fue también edificado en el río Chao a unos diez kilómetros corriente abajo hacia la costa.

Quedan asimismo rastros de una antigua fase de consolidación en las ruinas de fortificaciones en Cerro Galindo y Cerro Orejas, asociados con la antigua cerámica chimú. Estos dos emplazamientos están situados cerca del río Moche, a unos diecisiete kilómetros hacia el interior. También situado en el río Moche a otros diez kilómetros del mar, Cerro Pedregal señala probablemente el punto de avance más lejano en el interior de los inicios de Chimú; los restos de un antiguo muro, situado a 325 metros sobre el nivel del mar, servían como barrera defensiva y quizá como puesto fronterizo.

Expansión imperial de Chimú: la primera fase

Sin embargo, Chimú, en absoluto contraste con sus sucesores incaicos, tardó en iniciar una conquista de gran alcance, y los arqueólogos han establecido que sólo alrededor de 1130 d.C., varios siglos después de la aparición de Chan Chan, se inició una fase más ambiciosa de conquista imperial en oposición a una mera expansión local. Al noroeste de Chan Chan se han hallado huellas de batallas libradas alrededor de esa fecha en Talimbo, en el valle del río Jequetepeque. Por entonces Chimú también asumió el control de Pacatnamú, un importante centro ceremonial ubicado en el punto donde este río llega a la costa; con todo, ahora es el gran asentamiento de Farfán, situado a alguna distancia hacia el interior, el que se considera el probable centro del poderío chimú en la región. Las ruinas de Farfán (su fecha de radiocarbono más antigua es 1155 ±130 d.C) son las más grandes en el valle de Jequetepeque y contienen seis espaciosos complejos rectangulares, con algunos detalles que se relacionan con las ciudadelas de la misma Chan Chan. Las más grandes tienen cierto parecido a las del complejo Uhle de Chan Chan. La plataforma funeraria fue usada sólo una vez para un individuo de alta posición. Como veremos más tarde, el cronista fray Antonio de Calancha escribió en 1638 una crónica de la conquista chimú de la región de Jequetepeque por el general Pacatmanú, que quizá está relacionada con estos hallazgos arqueológicos más recientes. Parece que muy poco espacio de Farfán estaba ocupado por viviendas domésticas, y los restos indican que fue un centro administrativo principal, destinado a controlar políticamente la región circun-


El reino de Chimú
Batán Grande
Chotuna
R. Lambayeque
Cerro Guitarras
R. Jequetepeque
Pacatnamú
Farfán
R. Chicama
R. Moche
Chan Chan
R. Virú
R. Santa
Huacatambo
R. Nepeña
R. Casma
Manchán
OCÉANO
PACÍFICO
R. Huarmey
Paramonga
R. Chillón
R. Rímac
Lima
0 50 100 150 200
Kilómetros

dante. El tamaño limitado de los almacenes de Farfán sugiere que servían más para bienes suntuarios que para productos agrícolas ordinarios.

Se conoce muy poco sobre las conquistas chimús al sur de Chan Chan en esta primera fase de expansión. Carol J. Mackey sugiere que no llegaron más allá del valle del río Santa, a unos doscientos kilómetros al sur de Chan Chan, y donde, como ya se ha mencionado, estaba situado Cerro Coronado. Durante este período parece que Chimú también amplió su hegemonía hacia el interior desde la capital hasta el valle de Moche en las cercanías del actual pueblo de Poroto. Este avance parece haber sido un proceso costoso, a juzgar por los numerosos restos de fortificaciones que al parecer los chimús se vieron forzados a construir con el fin de establecer un contacto más estrecho con la sierra, más productiva. Poroto proporciona un buen acceso hacia ese territorio, con rutas para las caravanas de llamas y personas que transitaban desde una altitud de 700 metros hasta las tierras situadas a 3.400 metros sobre el nivel del mar.

Nuevas conquistas

El lapso entre la fundación de Chan Chan y la etapa inicial de conquista más amplia fue, como se ha visto, bastante prolongado. Su dominio tanto al sur como al norte sólo alcanzó su máxima extensión con las conquistas que se realizaron unos cuatrocientos o quinientos años después de la fundación de la capital.

Después de la etapa inicial de grandes conquistas descrita antes, el mejor indicio de una segunda etapa de expansión, al menos un siglo después de la invasión del valle del río Santa, proviene del valle del río Casma. En el gran asentamiento de El Purgatorio se produjo un estilo de cerámica llamado Casma inciso. También se han encontrado algunos restos chimús en El Purgatorio, aunque por lo visto el lugar fue entonces abandonado en gran parte, ya que los invasores prefirieron construir su principal centro de poder en Manchán. Igualmente construyeron dos centros más cerca de la desembocadura del río Casma. Además, los chimús ocuparon no menos de diez centros administrativos y cinco pueblos en el valle del río Casma. (Los asentamientos definidos como administrativos son aquellos que contienen complejos de adobe o piedra divididos en habitaciones y patios.)

Manchán, el asentamiento principal de la región, es mucho mayor que los demás del valle, y abarca un área de 63 hectáreas. La mayoría de sus habitantes vivían en estructuras de paredes de caña, en las cuales se encontraron pruebas de la producción de artefactos de cobre y textiles; una de esas estructuras era un taller especializado en trabajar el cobre. La fundación relativamente tardía de Manchán se ha confirmado en años recientes; diecisiete muestras de radiocarbono dieron fechas que iban de 1305 a 1430 d.C. Carol Mackey y Ulana Klimyshyn asociaron tentativamente ambas fechas y las características de los objetos chimús encontrados en Manchán con los de la ciu-

dadela Velarde, el sexto de los diez complejos palaciegos de Chan Chan, generalmente fechado entre 1300 y 1350. A pesar de todo es difícil establecer una comparación directa entre Chan Chan y Manchán. No hay rastros de la presencia de administradores de alto rango en Manchán, mientras que aquellos de segunda y tercera categoría, como sus colegas en Chan Chan, no fueron enterrados en plataformas funerarias. Sus instalaciones de almacenaje fueron modestas en comparación con los palacios de Chan Chan.

Pese a ello, más al sur, pasado el valle de Casma, los indicios sugieren que el control de Chimú nunca se consolidó de la misma forma que en los límites septentrionales de su imperio. Sólo en los valles de Casma y de Nepeña, un poco más al norte, existen pruebas de un absoluto control imperial. Por el sur se ha encontrado cerámica chimú hasta en el valle del Huaura, pero hasta ahora ningún centro de poder chimú. Las fuentes etnohistóricas, sin embargo, sugieren que la influencia chimú se extendió hacia el sur a través del valle de Chancay e incluso hasta el río Chillón, situado justo al norte de Lima, donde se han hallado vestigios de cerámica y otros objetos chimús. El notable estilo de la cerámica Chancay, con bellos vasos caracterizados por una pintura negra sobre roja sobre barbotina blanca, era común en ambos valles antes de la incursión chimú. Los motivos de la cerámica Chancay eran generalmente geométricos, aunque también se representaron plantas, animales y personas. Las tumbas de Chancay contenían figuras sentadas envueltas en elaborados tejidos.

LAMBAYEQUE

Christopher Donnan databa alrededor de 1370 el inicio de la segunda etapa de la conquista chimú hacia el norte, más allá de Farfán, de forma que resultaba más o menos contemporánea con la segunda ola de avance hacia el sur hasta el valle de Casma. En su expansión septentrional, Chimú se enfrentó con la cultura Lambayeque, bien implantada y ampliamente extendida. En los años cuarenta, Larco-Hoyle fue el primero en llamar así a esta cultura basándose en el término utilizado por Cabello de Balboa en su crónica del siglo XVI sobre el mito y la historia de la región. El término Sicán (el nombre indígena del importante asentamiento de Batán Grande) fue también usado para la misma cultura. Los objetos de Lambayeque se confundían con frecuencia con los más conocidos de Chimú. Pero aunque ambas culturas deben mucho a las tradiciones mochicas, las piezas de Lambayeque son con frecuencia estéticamente superiores, aunque algunas, como las máscaras de oro batido, pueden atribuirse con acierto a Chimú.

Entre 1980 y 1982 Donnan excavó en los asentamientos casi contiguos de Chotuna y Chornancap, situados a unos dieciséis kilómetros al suroeste de la ciudad de Lambayeque. Chotuna, del que hasta entonces ni siquiera existía un mapa detallado, consiste en una serie de palacios, pirámides y recintos cercados dispersos en un área de casi veinte hectáreas; de éstas sólo una par-

te es todavía visible hoy. Los muros de una de las pirámides están cubiertos con frisos que probablemente pertenecen a la etapa intermedia del asentamiento, por lo que anteceden a la ocupación Chimú. Chornancap, por otra parte, consiste en una única pirámide truncada, a la que se añade por su lado norte una extensa área de estructuras de adobe, junto con salas, corredores y patios abiertos. La cronología de Chotuna puede dividirse aproximadamente en tres fases: la primera desde 700 a 1100 d.C., la segunda de 1100 hasta la ocupación Chimú alrededor de 1370, y la tercera desde 1370 a 1600, comprendiendo la conquista incaica hacia 1470 y la subsiguiente llegada de los españoles. Los frisos de Chotuna guardan una notable similitud con los de la Huaca del Dragón, en el valle de Moche cercano a Chan Chan, aunque se diferencian en algunos detalles. En ambos lugares el tema predominante es una serpiente bicéfala que no figura en la iconografía imperial de Chimú.

El informe de Donnan se ocupa parcialmente de la posible relación entre Chotuna y Naylamp, la dinastía local de Lambayeque según las fuentes históricas. Una diferencia notoria en el estilo señala la transición de la primera a la segunda fase Chotuna, que ocurrió alrededor de 1100 d.C. y posiblemente fue causada por una gran inundación. En años recientes ha habido numerosas pruebas de la destrucción devastadora sembrada por la extraña catástrofe llamada El Niño. En un año normal no llueve cerca de la costa. Sin embargo puede suceder que haya lluvias torrenciales e inundaciones destructivas a consecuencia de este fenómeno, capaz de producir cambios radicales incluso en los sistemas de riego de los que dependían los habitantes del desierto costeño. Donnan admite que no está completamente claro si los notables cambios de alrededor de 1100 d.C., atribuibles quizá al fenómeno de El Niño, marcaron el inicio o el fin de la legendaria dinastía Naylamp de Lambayeque, descrita en fuentes españolas y explicada con más detalle más adelante.

Izumi Shimada, al referirse a Batán Grande, otro importante centro situado en el valle de Lambayeque a más de cien kilómetros de Chotuna, prefiere utilizar el término Sicán antes que el de Lambayeque para definir sus sucesivos períodos. Como en el caso de la cronología de Donnan, sólo las últimas tres fases señalan la ocupación chimú. Sicán temprano se inicia alrededor de 700 d.C., después de la decadencia de la hegemonía del valle de Moche sobre la región; Sicán medio se prolonga desde alrededor de 900 d.C. a 1100 d.C., mientras que el Sicán tardío termina con la invasión de Chimú, hipotéticamente situada un poco después de 1350. Batán Grande, notable por el tamaño y el número de sus edificios, tiende a ser considerado como el principal centro administrativo del valle de Lambayeque. Aunque al parecer carecía de fortificaciones, Batán Grande ocupa un área enorme con grandes pirámides en su recinto, junto con cementerios y residencias de la elite. Se han identificado también canteras de piedra, minas de cobre y áreas cultivadas con canales de riego. Los estudios de Batán Grande han localizado miles de importantes tumbas, y muchos de los objetos de oro peruanos que quedan fueron extraídos de este amplio cementerio. Se sabe que de una sola de estas



FIGURA 22. El señor de Sicán montado sobre una serpiente.

tumbas se sacaron más de doscientos collares de oro y plata, junto con innumerables objetos decorados con piedras preciosas.

Shimada ha definido sus períodos cronológicos de forma algo diferente a la de Donnan. Mientras la primera fase de Donnan en Chotuna continúa hasta cerca de 1100 d.C., Shimada señala un cambio notable cerca de 900 d.C., cuando comienza su período Sicán medio. La iconografía de Sicán medio se distingue por la presencia en los diseños artísticos de una figura casi ubicua llamada el señor de Sicán. Hipotéticamente Shimada ha identificado a este señor, distintivo de la iconografía de Sicán medio, con Naylamp, fundador de la legendaria dinastía de Lambayeque, implicando así que su llegada se produjo alrededor de 900 d.C., antes que en 700 d.C. o en 1100 d.C. como plantea el informe de Donnan. El gran señor de Sicán aparece con frecuencia como un «hombre pájaro», ya que muchas veces se le representa con pequeñas alas, nariz ganchuda que parece un pico y pies en forma de garra. En algunos vasos aparece como si estuviera volando, montado sobre una serpiente cuyo cuerpo tiene una cabeza en cada extremo. La cabeza del señor de Sicán se modelaba a menudo sobre el pico de las vasijas flanqueado por dos cabezas de serpiente, un motivo mochica común. De ahí que la cerámica de Sicán medio, generalmente piezas barnizadas en negro y marrón, que casi siempre presentan al señor de Sicán, constituya un estilo fácilmente reconocible y muy diferente del de Chimú.

En cambio, los vasos de Sicán tardío se destacan por la casi total ausencia del señor de Sicán, y carecen casi por completo de lo que podrían ser llamados diseños ideológicos.

La frontera septentrional

Finalmente, al definir los límites máximos de la expansión de Chimú (según las fuentes históricas se extendió hasta Tumbes en la frontera ecuatoriana), es necesario también considerar la costa norte más alejada de Perú, separada de Lambayeque por el desierto de Sechura.

La costa montañosa, aunque árida, está atravesada por tres valles: el del río Piura, el del Chira y el del Tumbes. Esta región entre el desierto de Sechura y la frontera ecuatoriana es una zona de transición entre la costa peruana extremadamente árida y el paisaje tropical de Ecuador. El valle del alto Piura se sitúa parcialmente dentro de la zona de lluvias y tiene el área irrigada más grande de todos los valles peruanos. El Chira, más al norte, es el tercer río más grande en cuanto a caudal. La cerámica preincaica encontrada en la región de Piura se distribuye en las siguientes fases: fase I, de 500 a 700 d.C.; fase II, de 700 a 1000 d.C.; y fase III, de 1000 a 1450. Sólo en la segunda parte de la fase III se refleja la presencia imperial chimú en los estilos de esta cerámica.

Hay unos setenta y ocho emplazamientos registrados en el valle del alto Piura. Quizá el más marcado por Chimú es Chalacala en el valle del alto Chira, un asentamiento dominado por una serie de complejos amurallados y un gran recinto rectangular. Hay, además, una sorprendente similitud entre los adobes de Pacatnamú, en el valle de Jequetepeque, y los adobes circulares de los valles de Piura y de Chira.

Sin embargo, la cerámica verdaderamente indicativa de la influencia de Sicán o de Chimú se presenta muy rara vez en las recogidas superficiales de los valles de Piura y de Chira, y a partir de los datos disponibles no sabemos si esta área fue realmente conquistada o estuvo simplemente sometida a cierta influencia chimú. La región era tal vez un eslabón crucial en el comercio marítimo entre Ecuador y Perú, que incluía sobre todo las apreciadísimas conchas *Spondylus* del norte.

La ciudad imperial

Entre los aspectos más desconcertantes del reino de Chimú están los relativos a la misma Chan Chan. Aunque era la capital de un importante reino, es difícil denominar ciudad, en la acepción corriente de la palabra, a un asentamiento carente de plazas y calles. La unidad real no era la ciudad sino el complejo o ciudadela, cada una con un muro circundante casi ciclópeo, cuyas proporciones parecen eliminar cualquier amenaza a la seguridad. Chan Chan es así única y su trazado es completamente distinto al de otros centros conocidos.

Se trata de un lugar grande, de unos veinte kilómetros cuadrados, alrededor de un tercio del cual forma el núcleo urbano. Se ha estimado el máximo de población en 36.000 habitantes. Las fechas de radiocarbono son pocas y

contradictorias; en términos generales puede proponerse para Chimú temprano una cronología absoluta de 900 a 1200 d.C.; para la fase media de 1200 a 1300, y para Chimú tardío, de 1300 a 1470, fecha aproximada de la conquista incaica.

Según se incluyan o no las construcciones más antiguas, hay en Chan Chan entre nueve y once majestuosas ciudadelas. (El término «palacio» resulta poco apropiado, ya que existen algunas dudas sobre si cada uno pudo corresponder a uno o más gobernantes.) Todos los muros interiores parecen haber sido decorados con grandes frisos de adobe que impresionaron a los antiguos exploradores. Los muros del palacio Velarde, descubiertos en 1980, pero destruidos por lluvias torrenciales pocos años después, estaban entre los más imponentes.

Según Alan Kolata, los dos primeros conjuntos fueron edificados en el sector sureste alrededor de 900 d.C. La ciudad se expandió entonces por el norte con la construcción de dos complejos llamados Max Uhle, en honor del arqueólogo alemán, y después hacia el oeste, donde se levantaron dos complejos más. El extremo septentrional fue completado con la edificación más grande de todas, llamada el Gran Chimú; la ciudad entonces se replegó y los últimos recintos fueron edificados cerca de la costa. El tamaño de los complejos varía mucho, desde un mínimo de 72.000 metros cuadrados hasta un máximo de 265.000 metros cuadrados.

El sector central de cada complejo tiene como eje a la gran plataforma funeraria, con excepción del complejo Laberinto que inexplicablemente carece de ella. El segundo rasgo importante de cada complejo consiste en las estructuras llamadas «audiencias», cuya función generalmente se cree que era administrativa. Inicialmente las «audiencias» fueron construidas dentro de la ciudadela, pero durante el Chimú medio comenzaron a colocarse en los anexos de cada recinto. Las «audiencias» suelen ser tan pequeñas que en ellas sólo podía caber cómodamente una persona sentada. Con frecuencia las paredes están adornadas con frisos de adobe. Además de la tumba central y de la «audiencia», los complejos contenían pozos y almacenes, así como otras habitaciones, cuya reducida dimensión sugiere más bien actividades mercantiles que un uso residencial. Se cree que los nobles más importantes vivían y trabajaban en los elaborados anexos septentrionales de los complejos tardíos, opuestos a la plataforma central, el área privada donde la realeza tenía su corte. Se supone que los recintos más pequeños adyacentes a los complejos fueron posiblemente residencias de la baja nobleza y funcionarios estatales, mientras que un tercer tipo de construcción prosaicamente llamadas «agrupaciones de pequeñas habitaciones irregulares», parecen haber alojado a la mayoría de la población urbana, muchos de los cuales eran artesanos. Se encontraron instalaciones para el almacenamiento principalmente en el interior de estos complejos o contiguas a ellos.

La importancia exacta de cada complejo ha sido objeto de diversas interpretaciones. No se ha encontrado ningún artefacto que haya podido contribuir a clarificar la cuestión. Los datos arqueológicos tienden a apoyar la atri-



FIGURA 23. Sección de un friso de un palacio de Chan Chan.

bución de cada complejo a un único gobernante (el número de complejos y el de gobernantes mencionados en relatos etnohistóricos parecen corresponderse). Siguiendo esta presunción, un monarca cuya plataforma funeraria formaba el sector central de la estructura, dejaba su propiedad a una especie de gremio, formado principalmente por parientes o descendientes, y el complejo se convertía entonces en una institución, quizá comparable a las imponentes fundaciones de los monarcas incas fallecidos que se mantenían a perpetuidad y eran llamadas *panacas*. Con este sistema, denominado generalmente «herencia partida», la propiedad de cada monarca era preservada separadamente.

LA VERSIÓN DE LOS CRONISTAS

Llegados a este punto conviene considerar los fragmentos que han quedado de la historia de Chimú tal como la narraron los cronistas españoles. Como veremos son bastante enigmáticos, en comparación con los abundantes datos proporcionados en décadas recientes por la investigación arqueológica sobre el emplazamiento de Chan Chan y su expansión meridional y, más particularmente, septentrional.

En términos generales, los principales arqueólogos, lejos de rechazar la

historia de los cronistas como mera leyenda, han tratado de reconciliar los datos etnohistóricos con sus propios hallazgos.

John H. Rowe, al recopilar estos documentos en 1948,[2] sugirió que en los archivos peruanos y españoles aún quedaba por descubrir mucho material adicional sobre la historia de Chimú; hasta hoy tales esperanzas no han sido completamente colmadas.

El principal documento existente es la «Historia anónima de Trujillo», cuyo primer capítulo contiene un breve resumen de la historia de Chimú. El capítulo fue primero publicado por el padre Rubén Vargas Ugarte en 1936, tomado de un manuscrito encontrado en Lima; el comienzo está incompleto, debido al deterioro del documento. Tal como la resume Rowe, la historia es la que sigue: un hombre llamado Taycanamo, o Tacaynamo, llegó a Chan Chan en una balsa de troncos; vestía un taparrabo de algodón y portaba unos polvos mágicos amarillos. No explicó cómo había venido, pero declaró que había sido enviado por un gran señor de allende el mar con el propósito de gobernar Chimú. Durante el primer año edificó un santuario, donde ejecutaba ciertos ritos utilizando sus polvos amarillos. Los habitantes locales lo aclamaron como gobernante, y él aprendió su idioma y llegó ser llamado «rey de Chimú».

El hijo de Taycanamo, Guacricaur, sólo realizó conquistas limitadas, y fue su hijo y heredero Nancen-pinco quien realmente puso los fundamentos del reino; no sólo lo expandió hacia el interior hasta la entrada del valle de Chimú, sino que conquistó parte de la costa, avanzando por el norte hacia el río Zaña y por el sur hasta el río Santa, con lo cual adquirió un reino que se extendía aproximadamente doscientos kilómetros de sur a norte. Siete soberanos sucedieron a Nancen-pinco y realizaron nuevas conquistas, pero la «Historia anónima» sólo nombra al último de estos gobernantes, Minchancamán, que reinó en la época de la conquista incaica dirigida por Túpac Yupanqui alrededor de 1470 d.C.

El importante cronista Cabello de Balboa, que residió en 1581 en Lambayeque, recogió un relato con detalles dinásticos relacionados con este valle norteño, más tarde absorbido por Chimú. Según Cabello, el primer gobernante histórico, Naylamp, vino desde el sur en una flota de balsas con su esposa Ceterni, junto con un harén y un grupo de cortesanos; llevaba un ídolo de piedra verde llamado Yampallec. (Cabello dice que el nombre de Lambayeque procede de Yampallec.) Después de que hubo fundado un asentamiento y edificado un gran palacio en Chot, Naylamp gobernó por muchos años y tuvo muchos hijos. Al morir fue enterrado secretamente por sus servidores, quienes propagaron por todo el reino que había volado lejos con las alas que tenía. Su hijo mayor Cium heredó el reino y gobernó por muchos años.

Nueve soberanos nombrados por turno sucedieron a Cium, y el último de

2. Véase John Howland Rowe, «The Kingdom of Chimor», *Acta americana: revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, vol. VI (enero-junio de 1948), pp. 26-59.

ellos se llamó Fempellec. Éste decidió sacar al gran ídolo de Yampallec de Chot, pero después de fracasar repetidas veces en su intento, el diablo se le apareció en la figura de una bella mujer. Apenas durmió con ella, comenzaron a caer lluvias de una intensidad desconocida en este reino desértico y se siguieron desastrosas inundaciones; para castigar a Fempellec por el sufrimiento padecido, el pueblo lo tomó prisionero y lo lanzó atado de pies y manos al mar. Con su muerte terminó la dinastía de los señores nativos de Lambayeque y el reino fue conquistado por el soberano de Chimú, quien instaló como soberano vasallo a un señor llamado Pongmasa, cuyo nieto, Oxa, estaba gobernando en su lugar en el momento en que ocurrió la conquista incaica.

Debe agregarse que, según el cronista Antonio de Calancha, que escribió en 1638, Jequetepeque, situada al sur de Lambayeque, había sido previamente conquistada y anexionada por un jefe militar chimú llamado Pacatnamú. El rey de Chimú lo premió nombrándolo gobernador del valle de Jequetepeque, que fue gobernado por el general desde una capital llamada con su mismo nombre: Pacatnamú.

Los estudiosos se han dedicado a relacionar los relatos bastante crípticos de las hazañas de estas dinastías legendarias de Chan Chan y Lambayeque con la investigación arqueológica de décadas recientes. Como señala Michael Moseley, aunque Taycanamo es considerado el fundador de la dinastía de Chan Chan, se dice muy poco de sus éxitos. Constituye más bien una figura bastante esquiva, no construyó monumentos ni realizó heroicas proezas. Dado el futuro poder y prestigio disfrutados por Chimú, resulta paradójico este relato sin embellecimientos de sus antecedentes. Además apenas se habla de su heredero Guacriacaur, quien según se relata emprendió una modesta expansión hacia el interior. Quizá el papel más característico de un verdadero fundador lo desempeña el tercer gobernante, Nancen-pinco, que amplió su reino con la realización de conquistas más espectaculares, cuya dimensión la «Historia anónima» quizá exagera; tales logros podrían en verdad haberse realizado en varias generaciones.

Los indicios arqueológicos, como hemos visto, fechan la conquista de Jequetepeque alrededor de 1200 d.C., pero sitúan la fundación de Chan Chan casi en 900 d.C. Por tanto la «Historia anónima» tiene que ser considerada un documento muy incompleto, ya que por lo visto los primeros tres siglos de la historia chimú se han condensado en los reinados de sólo tres soberanos. Después de la larga serie de gobernantes anónimos que sucedieron a Nancen-pinco, aparece la figura de Minchancamán, mucho más concreta, quien supuestamente gobernó toda la costa desde Tumbes hasta Carabayllo (justo al norte de Lima), hasta que los incas, habiendo conquistado el reino, lo llevaron al Cuzco. Presuponiendo que la fecha correcta del sometimiento completo de Lambayeque pueda corresponder a la segunda mitad del siglo XIV, se concluiría entonces que éste fue apenas un siglo anterior a la conquista incaica de Chimú y no debería por tanto ser atribuido a Minchancamán, sino a sus predecesores más inmediatos.

Christopher Donnan, al escribir sobre Chotuna, señala que este asenta-

miento presenta una secuencia cronológica razonablemente comparable con la del relato de Cabello sobre la dinastía Naylamp. Como hemos visto, Donnan fecha de forma provisional la fase inicial de Chotuna aproximadamente entre 750 y 1100, y señala que en años recientes han aparecido indicios sustanciales de una importante inundación provocada por El Niño que tuvo un efecto tan devastador que llevó incluso al abandono de Pacatnamú, situado a unos ochenta kilómetros al sur de Chotuna; también hay rastros de una gran inundación en el valle del Moche en ese momento, así como de otros desastres en la región.

Donnan ofrece dos cronologías posibles para la dinastía de Naylamp y sus diez sucesores ya mencionados, dando por supuesto que éstos efectivamente existieron. La primera, como se ha explicado antes, relaciona a Naylamp con la fundación de Chotuna alrededor de 750 d.C., y a su último sucesor, Fempellec, con una inundación catastrófica provocada por El Niño a finales del siglo XI d.C. Alternativamente sugiere que la llegada de Naylamp también pudo corresponder al período *posterior* a esa devastación, y su dinastía podría entonces correlacionarse con la fase final de Chotuna, que se extiende aproximadamente desde 1100 d.C. hasta 1300 d.C. Por una parte, fue durante esta fase cuando se pintaron los grandes frisos asociados con una serpiente bicéfala, que podrían tener alguna relación con las tradiciones de la dinastía de Naylamp. Por otra parte, no hay indicios de una gran catástrofe provocada por El Niño a finales de este período.

De ahí que resulte imposible fechar la dinastía de Naylamp con alguna certeza. Sin embargo, la investigación arqueológica no demuestra que el relato sea puramente mítico, pues un acontecimiento como la lluvia de treinta días mencionada en la narración de Cabello no es en modo alguno imposible en el norte de Perú. Además, la excavación de Chotuna podría igualmente haber demostrado que la historia de Naylamp *no* corresponde al asentamiento, fuera porque el centro hubiese sido edificado, por así decir, en 500 d.C., o fuera porque manifiestamente se tratara de una construcción tardía que correspondiera más bien a la ocupación incaica de la región.

Se han hecho otras sugerencias que difieren de las soluciones alternativas de Donnan y que datan la figura de Naylamp basándose más en las formas artísticas que en las catástrofes naturales. Como hemos visto, Izumi Shimada sugiere una posible identificación de Naylamp con el llamado gran señor de Sicán, la ubicua figura antropomorfa que asume una posición dominante en el arte de Sicán medio, centrado en la región de Lambayeque, pero que desaparece repentinamente en el período final de Sicán. Shimada, por tanto, no relaciona la leyenda de la llegada de Naylamp, ni con el período Chotuna inicial del siglo VIII ni con la fase de Chotuna que comienza en el siglo XI, sino más bien con el período del gran señor de Sicán que se inicia alrededor de 900 d.C. y está estrechamente asociado con el centro de Batán Grande. Sicán medio no terminó con una inundación, sino con un incendio generalizado que destruyó varios de los principales asentamientos.



FIGURA 24. Orejera pintada chimú.

CHIMÚ: ARTE, ARTESANÍA Y COMERCIO

Los grandes logros artísticos de Chimú se ubican sin duda en el campo de la arquitectura. Sobresaliente en este sentido es la gran Chan Chan y sus espectaculares monumentos, descritos anteriormente. Chan Chan era, además, una ciudad de artesanos, notables ante todo por su orfebrería en la cual se usaron el cobre, el bronce, la plata y el oro. El oro y la plata se martillaban para elaborar bellos vasos, junto con muchas máscaras, platos y orejeras. Una gran proporción de los objetos de oro que se han conservado proviene del período chimú. Además del oro y la plata, se usó mucho el bronce, ampliamente empleado a partir de alrededor de 1000 d.C. para hacer ornamentos, armas y utensilios, tanto martillados como vaciados. Buena parte de lo que se ha descrito como arte chimú proviene en realidad de Lambayeque. Muchas de las famosas máscaras de oro batido fueron también hechas por artesanos lambayecanos, aunque después de que esta región fuera conquistada por Chimú, algunos de estos orfebres se trasladaron a la capital de Chan Chan. Chimú también se distinguió por su cerámica, de la cual se han conservado muchas piezas, en particular las características vasijas negras, aunque también se produjo mucha cerámica roja.

Algunos tipos de vasijas, en particular los vasos de asa estribo, evocan los diseños mochicas, incluidas las vasijas de doble pico. Las figuras de Chimú tienden a ser bastante estilizadas y pocas pueden ser descritas como «huacos-retrato» del tipo realizado en la época de Moche. Muchos vasos se hacían en moldes, y gran parte de la cerámica se producía en serie, por lo que tiende a





FIGURA 25. Vasijas chimús de cerámica negra.

mostrar menos creatividad estilísticamente que la de Moche. Los instrumentos musicales eran un motivo importante; con frecuencia se representaba una figura central tocando un tambor. Algunos textiles chimús están bien conservados, incluidos los tapices. La tela sin adornos era también decorada con pintura y entre las piezas confeccionadas se incluían taparrabos, bandas o turbantes, así como grandes mantos.

Los artistas de Chimú fueron muy apreciados por los incas. Muchos fueron llevados al Cuzco, donde disfrutaban de gran prestigio; en cambio se encuentra muy poca cerámica incaica en los territorios chimús.

En términos generales, aunque se mantuvieron algunas formas mochicas, muchos temas básicos del arte chimú indican una gran diferencia con el estilo moche más común. Tierra adentro de Chan Chan se encuentra el emplazamiento de Galindo, con su gran recinto de unos cuarenta kilómetros, que ha sido descrito como un precursor de las primeras ciudadelas chimús. Sin embargo, Galindo corresponde a Moche V que, como hemos visto, se diferencia mucho de Moche IV, e implica un cambio de acento estilístico que se manifiesta en la adopción de temas marítimos, rara vez presentes en la cerámica mochica más antigua. Característico del arte de Moche V, como precursor de Chimú, es la presencia de varios dioses marinos, junto con el tema distintivo de las balsas de totora, sobre las cuales con frecuencia figuran dos hombres; uno de ellos lleva una camisa corta y empuña porras de guerra y escudos mientras que el otro, ataviado con una gran túnica y un elaborado tocado, aparece rodeado de rayos. También característica de Moche V es la ola antropomorfa, en la cual un dios barquero rema mientras lucha contra una figura sobrenatural con garras. Una ola antropomorfizada casi idéntica se encuentra en un friso en el recinto Uhle en Chan Chan, que es una de las estructuras más antiguas, presentando así una continuidad entre los temas artísticos de Moche V y de Chimú.

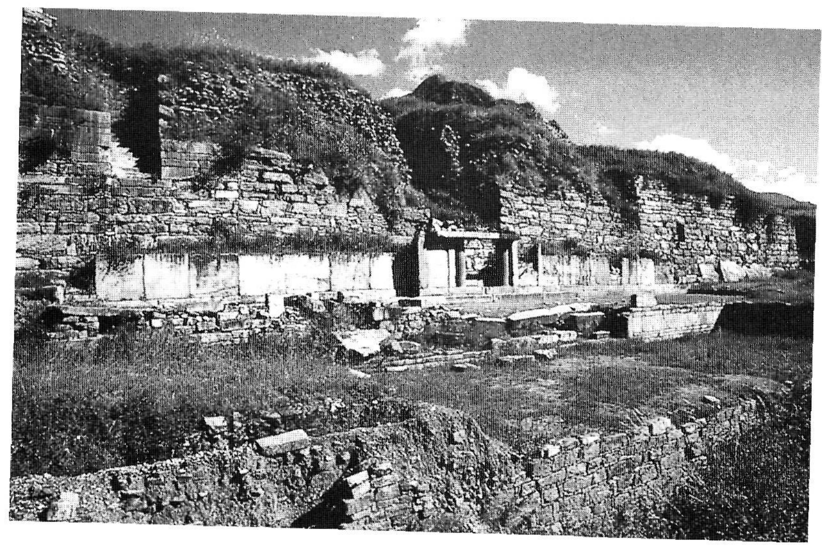
En general, la iconografía marina es predominante en el arte chimú, y es-

taba presente en muchos de los frisos que adornaban las diez grandes ciudadelas de Chan Chan, otros frisos representaban aves y diversos animales. El vuelco a lo marítimo empezó en el período Moche V y el hecho de que alcanzara su culminación en el arte chimú ilustra la creciente importancia del mar, y en particular del tráfico marítimo, en la economía de la región. Típico de este nuevo énfasis son los remos, manejados por las divinidades marítimas guerreras que llevan el cargamento, el cual incluye a veces prisioneros. Mientras que antes el océano era visto como el escenario de la pesca ritual, ahora asume una nueva importancia relacionada con el comercio marítimo. Dicho arte no representa específicamente a aquellos fundadores dinásticos venidos del mar, Naylamp y Taycanamo, pero indirectamente implica que sus historias estaban vinculadas al viaje oceánico.

Si bien es probable que otras formas de tráfico marítimo cobraran mayor relevancia durante la época chimú, la importancia religiosa de al menos una parte del cargamento subraya el papel predominante de las conchas *Spondylus* en el ritual chimú. *Spondylus princeps* es originaria de Ecuador y no se encuentra en las aguas más frías del litoral peruano. La *Spondylus* no figura en el arte moche tradicional, aunque otros tipos de conchas aparecen en la tardía fase Moche V. De modo que aunque las conchas de *Spondylus* eran representadas con menos frecuencia durante los horizontes inicial y medio, la situación cambió espectacularmente con el florecimiento de Chimú.

La elite chimú utilizaba conchas en cantidades sin precedentes y en Chan Chan los entierros reales estaban acompañados por estupendas ofrendas de conchas enteras, cortadas y pulverizadas. Se han encontrado también enormes alijos de *Spondylus* en El Dragón, en el valle del río Moche. La gestión del gran comercio de *Spondylus* pudo haberse organizado en el señorío de Lambayeque. Trece ejemplos artísticos de Lambayeque y de Sicán medio (*c.* 900 a.C. hasta 1100) representan buzos recogiendo estas conchas. En una tumba colectiva del período Sicán medio se encontraron no menos de 400 conchas *Spondylus*, enterradas con un número estimado de 200 personas que habían sido sacrificadas. Se conservan algunas representaciones de las técnicas de buceo para capturar las preciadas *Spondylus* e incluso de las balsas utilizadas para transportarlas. En un tejido que está en el Museo del Hombre de San Diego (California) el motivo en cada caso es una balsa representada como un tronco horizontal completado por lo que parece una sombrilla o un mástil, que lleva dos personas en la cubierta. Estos buzos sostienen herramientas que posiblemente se utilizaban para arrancar los moluscos de las rocas a las que estaban adheridos. Varias orejeras de Sicán medio muestran una estampa curiosa del buceo para recoger *Spondylus*: un barco, al parecer de madera de balsa, con asientos para dos individuos que sostienen cuerdas atadas a otros dos individuos sumergidos bajo la embarcación con un pequeño objeto atado a sus cinturones, quizá un lastre. Otras orejeras de metal muestran una versión más simple de esta pesca de conchas, en la que una figura central única parece reemplazar a la embarcación con sus dos ocupantes.

1. Cámara ritual en La Galgada (Terence Grieder).



2. Templo principal de Chavín de Huantar (John Curtis/Andes Press Agency).

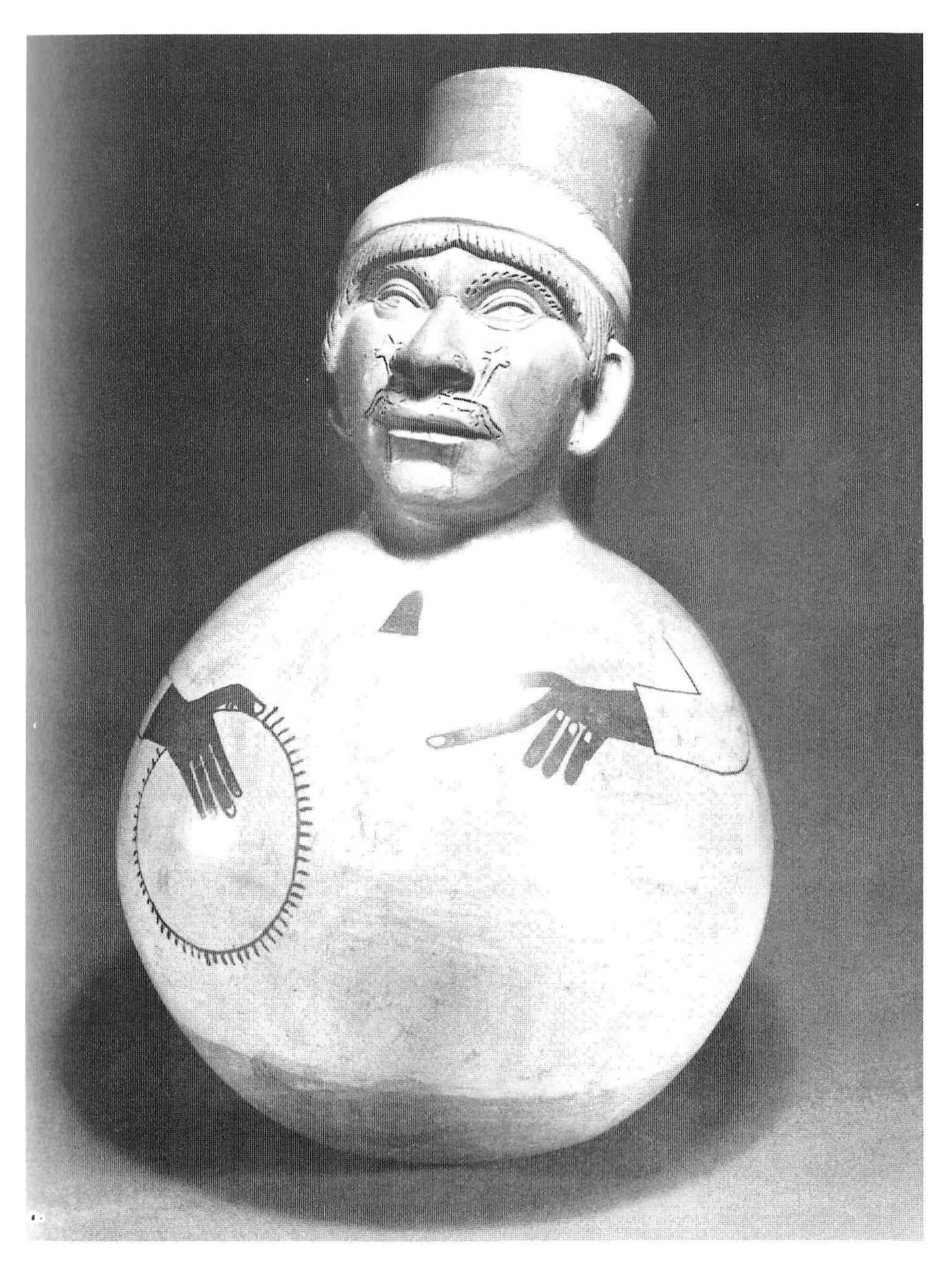
3. Vista panorámica del templo principal (Johan Reinhard).



4. Cerámica mochica: vasija escultórica (Robert Woodlard).



5. Cerámica mochica: vasija en forma de ave (Robert Woodlard).



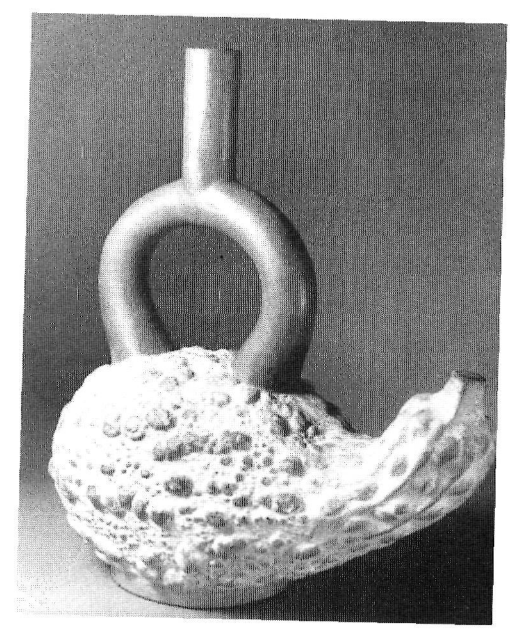
6. Cerámica mochica: vasija-retrato (Robert Woodlard).

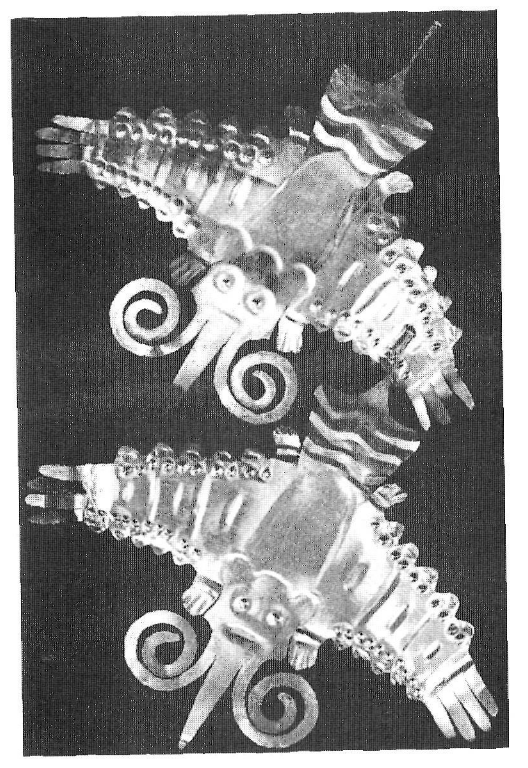


7. Cerámica mochica: vaso modelado en forma de casa (Robert Woodlard).

8 *Derecha*: Cerámica mochica: vasija con asa estribo (Robert Woodlard).

9 *Abajo*: Vasija nazca con asa puente (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

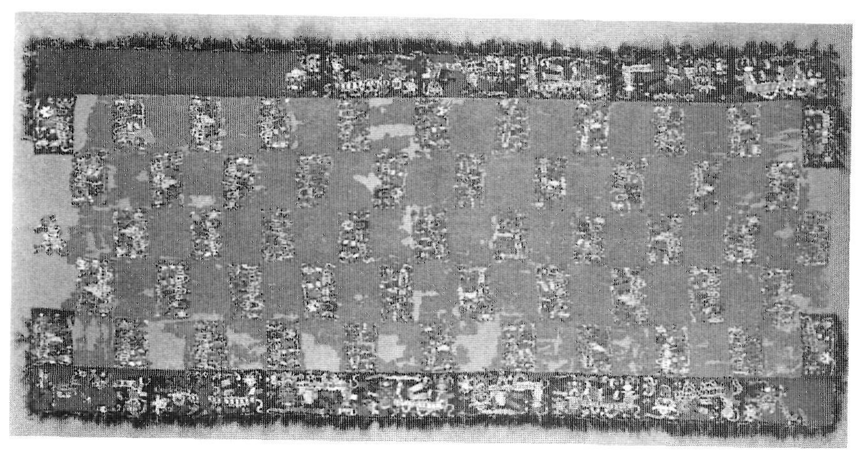




10. *Arriba*: Cuenco nazca pintado con un motivo de gallinazo (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

11. *Izquierda*: Objetos nazcas de oro martillado que representan quizá esfinges (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

12. Máscara de cerámica de Paracas (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

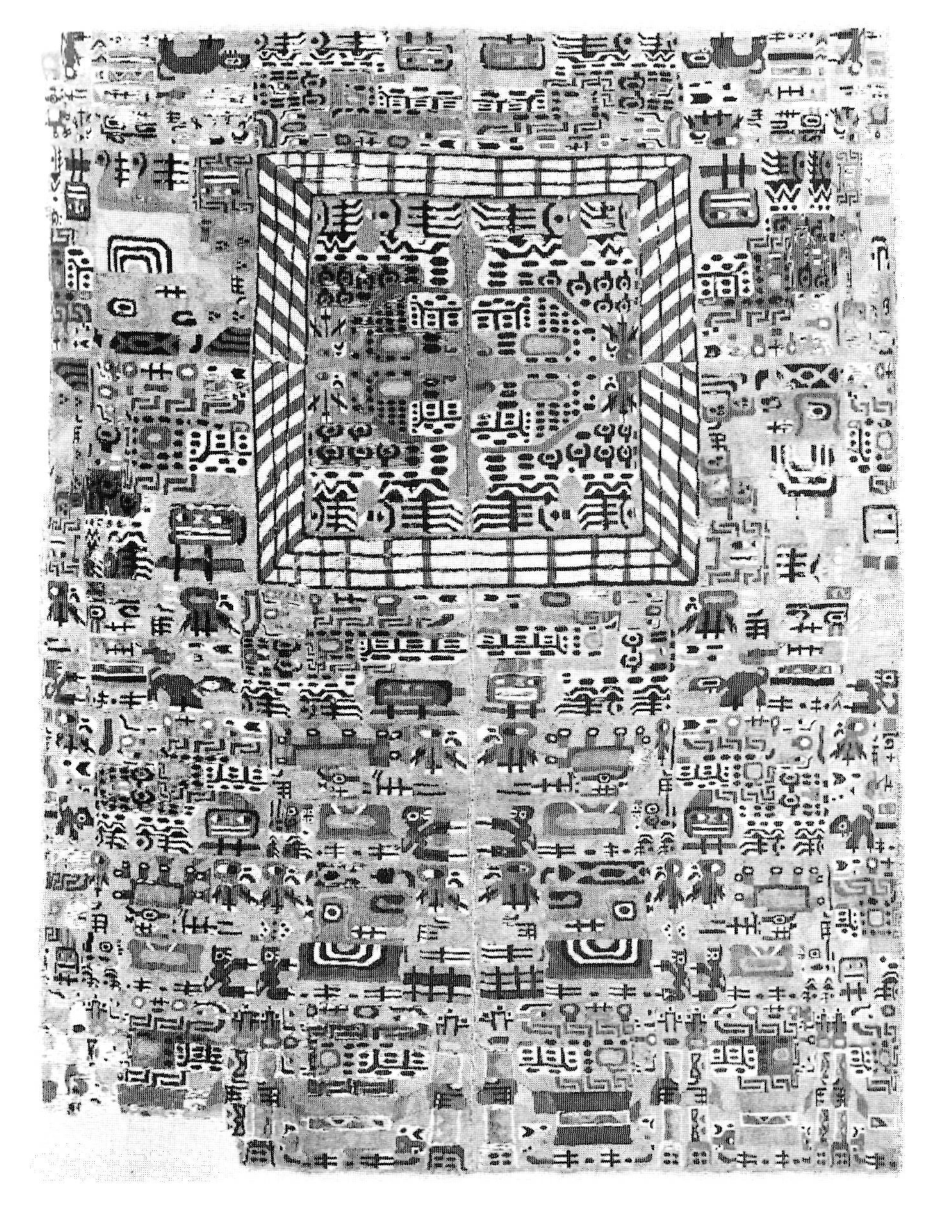


13. Gran manto bordado de Paracas (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

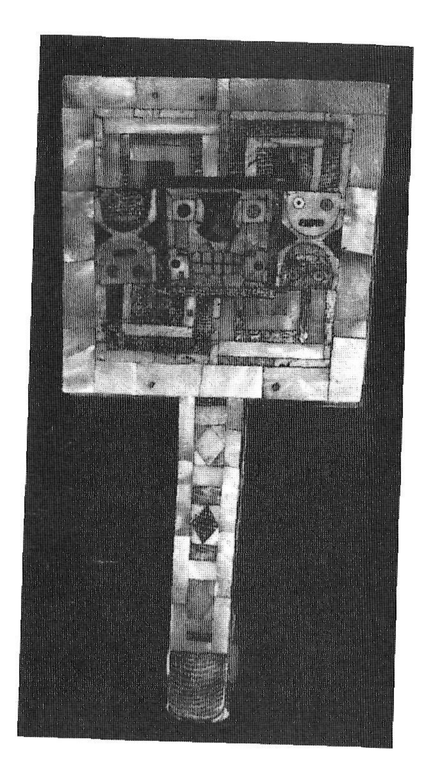


14. *Arriba*: Escaleras del templo de Kalasaya en Tiahuanaco sobre las que se levanta el monolito (Palma Ingles).

15. *Izquierda*: El monolito: una figura ricamente ataviada sostiene un vaso alargado y un cetro corto (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).



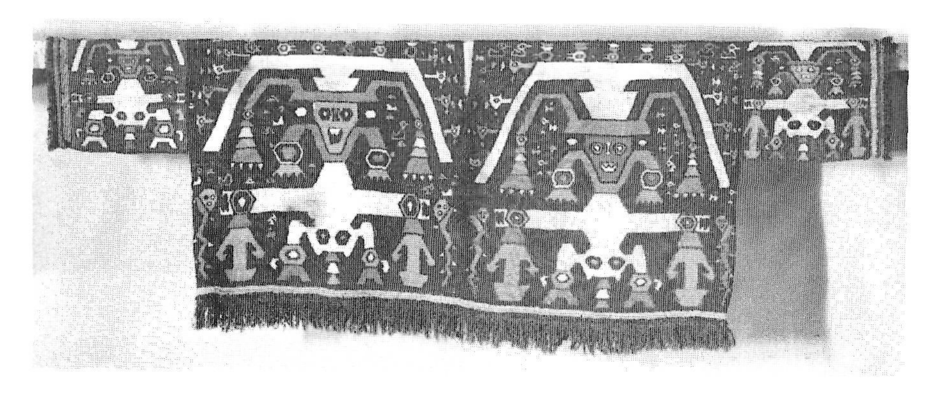
16. Poncho de Tiahuanaco costeño tardío (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).



17. *Izquierda*: Espejo huari (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

18. *Abajo*: Vasija huari de doble pico con una calavera pintada (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

19. Botella de cerámica chimú (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

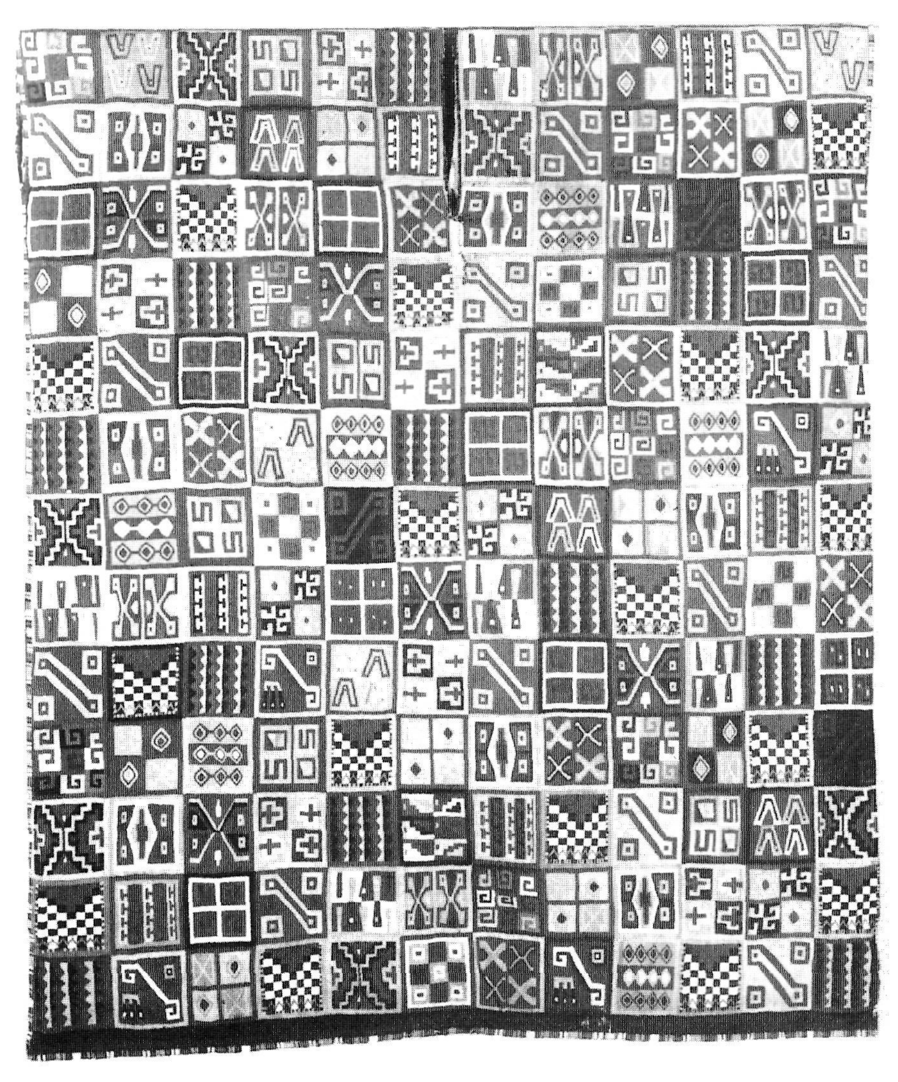


20. Poncho bordado chimú (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

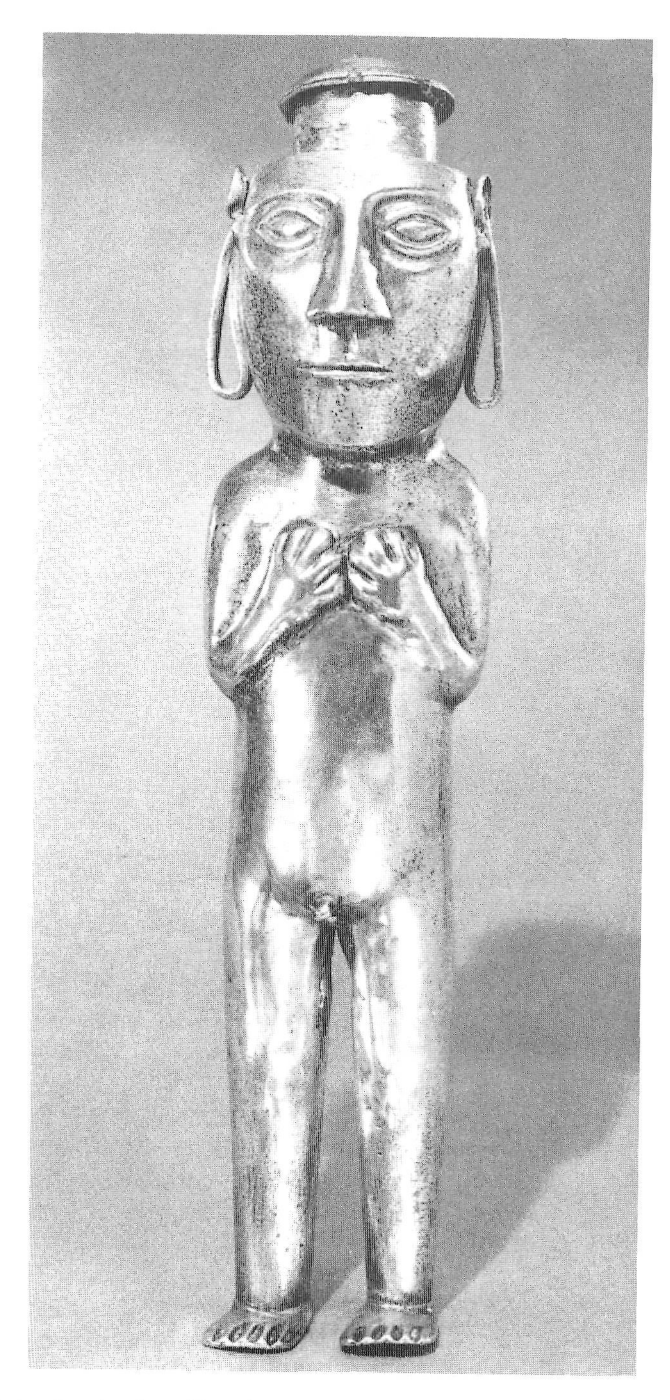


21. *Arriba*: Disco chimú de plata martillada (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

22. *Izquierda*: Manto de Chancay con motivos de aves (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).



23. Poncho inca (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).



24. Figurilla incaica de plata (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).

25. Fortaleza inca de Sacsahuamán (Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington D.C.).



26. Piedra de los doce ángulos (Max Milligan).

27. Templo de Santo Domingo en el Cuzco, construido sobre las piedras sin argamasa del Coricancha (South American Pictures).



28. Estatua de Francisco Pizarro en su ciudad de origen, Trujillo, en Extremadura, España (John Hemming).

Esas figuras encontradas en el arte de Sicán no tienen equivalente en el valle del Moche controlado por Chimú, ni en el sur del propio Ecuador, pero como el aprovisionamiento de *Spondylus* tiene una antigua historia en Ecuador, parece probable que los buzos representados en esos objetos sean ecuatorianos. Sabemos que buena parte de la costa de Ecuador estaba entonces controlada por el reino de Salangone, una sociedad cuya principal fuente de ingresos era el comercio marítimo. Bartolomé Ruiz, el piloto del conquistador Francisco Pizarro, vio una balsa presumiblemente del tipo utilizado para el comercio, que iba cargada de objetos, incluidos algunos identificables como conchas de *Spondylus*. Representaciones de balsas utilizadas en los siglos posteriores a la conquista muestran la misma embarcación representada en el arte de Sicán; casi todas ellas tienen forma plana con los extremos achatados; la balsa que vio Ruiz incluso tenía una cabina.

Hay que añadir que el gran señor de Sicán era representado a veces llevando una concha de *Spondylus*, un detalle que sugiere la posibilidad de que una figura característica como Naylamp pudiera haber desempeñado un papel principal en la popularización de *Spondylus princeps* como objeto de profunda significación religiosa, alcanzando el rango de tesoro al ser asociada a los enterramientos reales.

Aunque el comercio marítimo y los bienes importados parecen así haber tenido un papel más relevante en su economía que en la de sus conquistadores incaicos, Chimú también descolló por la abundante producción de sus artesanos locales, no sólo en términos de cantidad, sino asimismo, como ya hemos visto, de calidad.

A resultas de las grandes excavaciones realizadas en la década de 1970, se esclareció que la principal ocupación de la población de Chan Chan era la producción artesanal a gran escala; dicha investigación sugirió que había muchos especialistas a tiempo completo organizados probablemente en gremios jerárquicos.

Dicha producción artesanal parece haberse desarrollado bastante tardíamente en la historia del reino. Gran parte de nuestro conocimiento sobre la tejeduría a gran escala de tejidos finos y la elaborada metalurgia proviene del último siglo previo a la conquista incaica. Durante el florecimiento preincaico los indicios existentes sugieren que el grueso del pueblo vivía en cuatro barrios o distritos, que albergaban unas 25.000 personas, de las cuales casi la mitad eran artesanos especialistas. Dentro de cada barrio los artesanos estaban distribuidos en unidades unifamiliares, como las que se han descubierto en el barrio de la ciudadela Laberinto. Dichas unidades contenían cocinas familiares junto con espacio para almacenaje. Parece que la mayoría de las casas servían tanto para actividades de metalurgia como de producción de tejidos bastante elaborados. Aunque existen huellas de carpintería y de talla de objetos de piedra, el principal énfasis estaba en la producción metalúrgica, de la que quedan muchos ejemplos.

De ahí que sea lógico suponer que aunque Chan Chan importaba algunos objetos suntuarios, tal como lo representan los frescos de las balsas marinas,

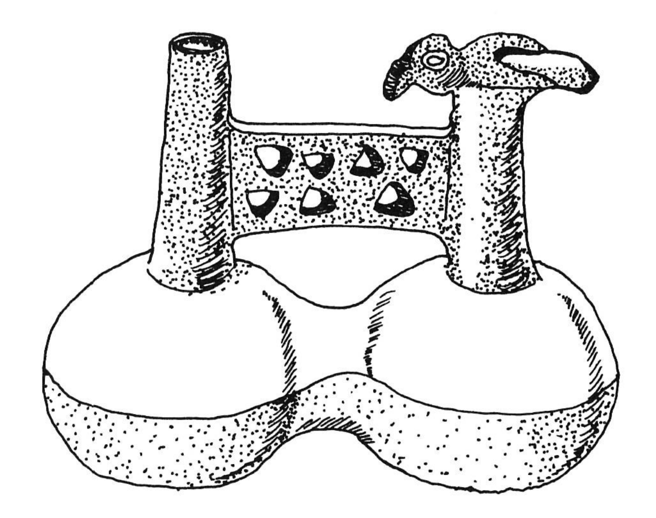


FIGURA 26. Vasija chimú con doble pico.

también disfrutaba de un comercio exportador significativo, sustentado en la producción en serie de algunos objetos.

Lo que no está del todo claro es si los artesanos comerciaban sus propios productos con la población urbana y con otros centros controlados por Chan Chan, o si ese comercio estaba limitado a una clase especializada de mercaderes. Sin embargo, a juzgar por el volumen aparente de producción, ésta parecía exceder lo que era necesario para la propia ciudad. Suponiendo que hubieran existido tales mercaderes, habrían importado también materias primas esenciales, como lana de alpaca para los tejidos finos y lingotes de metal, probablemente de yacimientos minerales situados tierra adentro, en la cabecera del río Moche, y tales redes de intercambio probablemente se extendían no sólo a lo largo de la costa sino hacia el interior en la sierra y quizá más allá.

Lo que es evidente a partir de esa investigación es el grado de concentración de la producción artesanal en la propia Chan Chan. Por ejemplo, las excavaciones en el importante centro administrativo de Farfán, así como en otros centros al norte del valle de Moche, revelan pocas huellas de tales actividades, en una escala comparable, en dichos lugares. Si esos oficios eran practicados en las provincias, la producción sería mucho más limitada. Igualmente, las instalaciones de almacenaje ubicadas en la misma Chan Chan son inmensamente más grandes que las de aquellas situadas en centros provinciales.

EL ESTADO CHIMÚ

Finalmente queda por considerar en términos generales la naturaleza del estado chimú, la base de su economía y en particular el grado en que pudo servir de precedente a los logros de sus conquistadores incaicos. En el momento de la conquista incaica, el soberano chimú, como su equivalente incaico, era un gobernante divino. Puede quedar alguna duda sobre si el rey había disfrutado de esa elevada posición desde los primeros tiempos, o si se trató un desarrollo posterior, quizá a partir de la conquista de Lambayeque. Sin embargo, la estructura básica de Chan Chan indica una sociedad jerárquica, donde cada vasto recinto palaciego tenía como eje las tumbas reales. Los grandiosos complejos septentrionales sugieren además la presencia de una elite de nobles, cuya importancia aumentó como parte del proceso de expansión imperial.

La economía del estado chimú inicial (de 900 a 1100 d.C.) se basaba probablemente en la producción agrícola, aunque siguiendo la vigorosa expansión militar iniciada a finales de este período, cabe pensar que Chimú empezara a depender más de recursos externos.

La antigua Chan Chan pudo sostenerse con recursos de la costa cercana, reforzada por un proceso de agricultura en huertos en hoyas, que implicaba el uso de pozos superficiales. La primera fase de expansión llevó al control de la cuenca alta del río Moche y al desarrollo de sistemas de canales protegidos por fortificaciones. Existen también indicios de la presencia de colonos costeños en la sierra en períodos posteriores, que llegarían a la región de Cajamarca; su presencia se debió probablemente a la necesidad de controlar los canales que mantenían los sistemas hidráulicos de la creciente población costeña.

La búsqueda de mayores recursos agrícolas quizá fuera también un acicate para la continua expansión costeña, particularmente hacia el sur hasta el valle de Casma, donde Manchán y otros centros administrativos chimús se concentraron en áreas provistas de mucha tierra cultivable, cuyo control era seguramente una de las principales tareas de los administradores chimús de este valle. La concentración de asentamientos en el río Casma, que tenía un flujo de agua seguro, sugiere que el control del agua era una consideración importante. En los valles de Chicama y de Jequetepeque al norte de Chan Chan, los centros administrativos (con la excepción notable de la aparente capital provincial, Farfán) estaban situados donde mejor podían controlar los canales de regadío, y los indicios existentes sugieren que el fenómeno de El Niño, ocurrido aproximadamente en 1100 d.C., hizo mucho daño a este sistema de irrigación. Debe agregarse que a finales de la etapa chimú, alrededor de 1300 d.C., posiblemente debido a la devastación por una inundación anterior causada igualmente por El Niño, los chimús hicieron sólo intentos limitados para mantener y restaurar sus sistemas locales de irrigación. Después de la anexión de Lambayeque se hace patente una tendencia a confiar ampliamente en la renta derivada de nuevos recursos adquiridos con la ex-

pansión, una idea que se basa en el tamaño y la estructura mayores de los lugares de almacenaje en la capital imperial.

Al considerar la expansión chimú, la importancia de la absorción final de Lambayeque se hace evidente, pues se trataba de un reino formidable. Las ruinas de Lambayeque son más grandes que las de otras zonas andinas y muchos de sus grandiosos monumentos están relacionados con la cultura de Chimú. La ocupación de estos poderosos y ricos reinos norteños durante las fases finales de Chimú preincaico fue así un factor crucial. Sin embargo parecería que tanto en los territorios limítrofes septentrionales como meridionales de sus dominios, los chimús tendieron a dejar buena parte del poder en manos de los señores locales. La dominación chimú no parece haber trastornado demasiado los patrones económicos anteriores, a diferencia de los efectos mucho más profundos del dominio inca, como veremos después.

Parece que particularmente con respecto a su expansión hacia el sur, Chimú prefirió compartir el poder con los señores tradicionales. La investigación arqueológica en el valle del río Casma sugiere que Chimú mostró poca tendencia a cambiar las formas existentes de gobierno.

En esta región meridional, en los cuatro centros administrativos que se han estudiado, sólo dos tienen complejos edificados por los invasores. En la arquitectura de Manchán, el centro principal, el estilo chimú y el local se mezclan, y los indicios de respeto a la autoridad de los señores locales sugieren la continuidad del modelo de gobierno existente. Sin embargo en las zonas norteñas del imperio la influencia chimú sobre la arquitectura parece haber sido mayor que en el sur. En Farfán, por ejemplo, hay un complejo con una plataforma funeraria que recuerda las de las grandes ciudadelas de Chan Chan.

Los restos preservados sugieren que la fase chimú de gran expansión militar pertenece a los siglos finales de su existencia como gran estado (las fechas de radiocarbono para la ocupación chimú del valle del Casma, situado casi a mitad de camino hacia la frontera meridional definitiva, han sido ahora revisadas y dan una cifra promedio de aproximadamente 1300 d.C.). Aun después de que tales políticas expansionistas hubieran sido adoptadas, aunque los señores locales retuvieron cierta autoridad y aunque se utilizó la jerarquía local con propósitos administrativos, la política predominante dictó que el poder debía continuar concentrándose en Chan Chan. En términos físicos, este principio resulta confirmado por el tamaño inconmensurablemente mayor de dicha ciudad en comparación con cualquier centro provincial.

Dicha disparidad, como ya se ha subrayado, se ve reforzada por la gran diferencia entre el número de instalaciones de almacenaje en la capital y en otros centros. En dos centros provinciales que han sido completamente excavados, la investigación no ha podido descubrir un gran número de almacenes. En Farfán cerca de la mitad de los almacenes están situados detrás de las plataformas funerarias, lo que indica que fueron diseñados para contener bienes para la elite más que comestibles. La comparación entre los almace-

nes incaicos y chimús muestra que hay una diferencia básica entre los dos sistemas. La capacidad de almacenaje de Chimú parece haberse basado ante todo en la producción artesanal, mientras que el modelo incaico permitía guardar cantidades mucho mayores de productos básicos.

Algunos indicios sugieren que el poder y la influencia de una clase de nobles de alto rango se vieron afianzados durante la fase culminante de la conquista a gran escala. Dicho predominio se fundó en el concepto de parentesco divino, que se había convertido seguramente en un rasgo destacado de Chimú en el momento de la conquista incaica.

Posiblemente la concepción de un soberano divino no era un rasgo de la estructura original de Chimú, sino que se desarrolló de forma gradual. En los recintos palaciegos más tardíos la parte central adquiere cada vez más el carácter de un espacio privado que casi con seguridad estaba reservado al rey y a sus principales servidores. Igualmente impresionante es el desarrollo gradual de complejos septentrionales más elaborados anexos a los palacios. Eran quizá residencias de los nobles de alto rango que llegaron a constituir una elite de administradores. Al mismo tiempo se dio la notable expansión del espacio de almacenaje dedicado probablemente a acumular bienes suntuarios, lo que indica la transición a una economía tributaria. Una comparación con la arquitectura de centros provinciales como Manchán sugiere que los administradores de alto rango no estaban presentes en los centros regionales. Por el contrario, como hemos visto, los indicios apuntan a cierta confianza de Chimú en compartir el poder con la elite local existente, mientras que el reasentamiento de la población se mantuvo en un mínimo.

La cuestión del grado en que un gobernante chimú divino o semidivino compartía el poder con un asociado, como muchas veces ocurría en Perú, queda como una cuestión abierta en cierta manera, aunque Patricia Netherly insiste en que en la costa norte ningún gobernante gobernaba solo. Como ella subraya, si bien los cronistas europeos se empeñaban en ofrecer listas reales de antiguas dinastías, los relatos andinos son más proclives a definir o redefinir el orden social, y las personas y los hechos más cercanos al presente preponderan sobre aquellos más lejanos. De ahí que, por ejemplo, la historia de la dinastía de Naylamp y su final desastroso bajo Fempallec sea, como hemos visto, difícil de asociar con cualquier serie de hechos conocida, incluido el fenómeno de El Niño que ocurrió más de una vez. Dada la proclividad andina a registrar los nombres y los hechos más recientes, sería más realista asociar Naylamp y sus sucesores con el período siguiente antes que con el que precedió a El Niño ocurrido aproximadamente en 1100 d.C.

El soberano chimú Minchancamán es más fácil de situar, puesto que se llamaba como el rey que sucumbió a los incas alrededor de 1470 d.C. Fue llevado al Cuzco y se le hizo contraer matrimonio con una hija del inca. Cuando los incas secuestraron al último rey, incuestionablemente el Chimú dominado por ellos continuó siendo una sociedad elitista con señores de alto rango que movilizaban el trabajo humano para servir a los conquistadores, aunque los incas suprimieron a los administradores chimús de alto nivel.

El cronista Agustín de Zárate relata que se produjo una rebelión contra la ocupación incaica, y que desde entonces no les fue permitido llevar armas a los habitantes de la costa. Como resultado de esta rebelión muchos más pobladores de Chimú fueron sacados de su patria y llevados al Cuzco. De ahí que, aunque el poder chimú fue aniquilado, aspectos de su arte y su cultura permanecieron y, como veremos, la propia monarquía incaica mostró ciertos rasgos que probablemente habían prevalecido ya durante el curso de muchos siglos en el vencido reino costeño.

6. EL SURGIMIENTO DE LOS INCAS

La última etapa prehispánica en la historia de los Andes centrales es la del imperio incaico. Los incas eran inicialmente una pequeña tribu de orígenes inciertos que se había establecido en el valle del Cuzco, pero sus conquistas empequeñecieron las de pueblos andinos más antiguos y, por su amplitud, son comparables a las de los grandes imperios del Viejo Mundo.

En el período que transcurre entre la caída de Huari y el ascenso de los incas (aproximadamente de 1000 a 1400 d.C.), mientras el reino de Chimú dominaba la costa norte, pequeños señoríos marítimos florecían más al sur. Se destacaba entre estos el de Ychma, situado a ambos lados del valle de Lima. Todavía quedan restos de Cajamarquilla, su ciudad principal, en un suburbio de la Lima actual. Pero aún más al sur, los pueblos de Ica y Nazca continuaban confeccionando bellos tejidos y produciendo formas peculiares de cerámica.

En la sierra peruana, sin embargo, parece que existió cierto vacío de poder después de la época huari. Por ejemplo, el valle del Cuzco estaba habitado por pueblos que vivían en asentamientos en las cumbres de las montañas y producían una cerámica llamada Killke. Excavaciones bastante recientes nos indican que Pikillacta, el gran asentamiento huari situado en el valle del Cuzco, fue abandonado mucho antes de la época incaica.

Debido a la ausencia de cualquier sistema de escritura y a la escasez de textos posteriores a la conquista en quechua (el idioma nativo), buena parte de nuestro conocimiento del pasado incaico procede de los conquistadores y cronistas españoles.

Sus informes inicialmente tuvieron poco impacto en el mundo no hispánico. Con todo no pasó mucho tiempo antes de que los incas comenzaran a atraer una audiencia más amplia. Las descripciones de una verdadera montaña de plata descubierta por los españoles en Potosí, en el altiplano boliviano, embellecieron la leyenda de El Dorado, remoto y misterioso, afamado por sus riquezas. Pronto comenzaron a difundirse en Italia y Francia historias espectaculares de la conquista española del reino incaico y de la tenaz resistencia nativa, y comenzaron a circular informes escritos, llenos de fábulas sobre la riqueza peruana, ejemplificada por el enorme rescate de oro puro ofrecido al conquistador Pizarro por el destronado emperador Atahualpa. Ya en 1534 un folleto titulado «Nouvelles certaines des isles du Pérou» fue impre-

so en Lyon. En el siglo XVII escritores como Locke en Inglaterra y Spinoza en Holanda comenzaron a exaltar los reinos primitivos de los indios americanos y particularmente los de Perú.

La idea del buen salvaje, aplicada originariamente sobre todo a los indios de Brasil, arraigó con firmeza en la imaginación de los filósofos franceses del siglo XVIII, estimulados por las noticias de una gran reino situado en los Andes y dotado de fabulosas riquezas. Voltaire escogió Lima como escenario de su *Alzire*, un drama de gran éxito. Su trabajo más famoso, *Candide*, publicado en 1759, ofrece el relato idealizado de un El Dorado cuyos habitantes supuestamente eran descendientes de los incas. La obra de Jean François Marmontel, *Les Incas ou la destruction de Pérou*, dedicado al rey Gustavo III de Suecia, fue publicada en 1777. La acción, centrada principalmente en el destino de Atahualpa (auxiliado por refugiados del reino del destronado azteca Moctezuma), tenía lugar en Quito.

En acentuado contraste con esas exóticas historias, en la década de 1840 William Prescott publicó su *Conquest of Peru*. Utilizando las fuentes españolas ya publicadas, relató con prosa majestuosa la épica de la conquista de Perú, comenzando con la extraña historia del primer encuentro de los españoles con el inca Atahualpa.

En los inicios del siglo XX, Perú comenzó a atraer un creciente número de autores de diferente tipo. Ya no se imaginó a los incas como capitalistas avariciosos y ostentosos, obsesionados únicamente con atesorar oro, sino que a menudo fueron retratados como los primeros socialistas, y a veces ¡presentados incluso como comunistas!

Más recientemente los incas y sus predecesores han sido objeto de intenso estudio por académicos de muchos países, cuyas obras han producido resultados espectaculares, si bien queda mucho por hacer.

LOS HUMILDES ORÍGENES

En contraste con los grandilocuentes relatos de sus triunfos y tragedias, la historia de los humildes orígenes de los incas es más difusa. Los cronistas españoles generalmente concuerdan en señalar a Tici Viracocha como su dios creador, una divinidad vinculada por la leyenda a las orillas del lago Titicaca. Entre las descripciones más vívidas está la de Juan de Betanzos, quien cuenta que el creador, Tici Viracocha, en un tiempo en que todo estaba aún oscuro gobernaba un pueblo cuyo nombre nadie recuerda. El dios entonces emergió del lago Titicaca, mató a estos misteriosos seres que por alguna razón lo habían ofendido y los convirtió en piedra. Después salió una vez más del lago, creó el Sol y la Luna, y modeló nuevos seres, algunos de los cuales eran mujeres embarazadas; todas estas criaturas fueron enviadas a diferentes lugares, incluido el Cuzco.

Aunque Viracocha es su denominación más común, el creador inca se asocia a veces con Pachacámac (que significa «creador del mundo» en que-

chua), el cual era el dios tutelar del famoso santuario costeño de ese nombre. Sin embargo, el lugar del acto de la creación era esencialmente el lago Titicaca. Los pueblos aimaras de esa región adoraban también al dios trueno Thunapa como deidad primordial.

La cosmogonía andina hacía poco hincapié en la creación del mundo *ex nihilo*, al contrario de lo que ocurre, por ejemplo, en el libro del Génesis. Los cronistas preferían hablar de dioses tutelares que procedían a crear a la humanidad en un mundo que ya existía, el cual no obstante carecía de Sol y de Luna, un rasgo que recuerda las leyendas mexicanas ya conocidas por los españoles. En una versión andina, las primeras criaturas fueron convertidas en gatos negros, en otra, en monos; sólo posteriormente fue creada la raza humana, incluidos los incas naturalmente.

De ahí que los relatos españoles que conocemos traten menos de la creación primordial del hombre en el continente, que de los hechos acontecidos cuando los humanos ya vivían en la región andina, una omisión poco sorprendente: para los cronistas españoles, imbuidos del prodigio de la creación divina del mundo tal como estaba descrita en la Biblia, habría sido una herejía evidente aceptar cualquier noción de una segunda creación en el Nuevo Mundo con sus propios Adán y Eva viviendo en una versión andina del Jardín del Edén.

De forma que es necesario subrayar que disponemos de un ciclo dual de mitos de origen; uno, centrado en el lago Titicaca y el antiguo centro de Tiahuanaco, se basa en la creación —en verdad una segunda creación— del Sol y la Luna, y destaca el papel del creador Viracocha. Pero además de esos mitos hay una versión alternativa que nos cuenta cómo el primer inca, Manco Cápac, surgió del lago Titicaca y de allí viajó literalmente bajo tierra hasta la cueva de Pacaritambo en el valle del Cuzco. En vista de la sacralidad de las antiguas fábulas relativas a las orillas del lago Titicaca en tiempos preincaicos, cualquier vínculo con esas tradiciones daba legitimidad adicional a las pretensiones de los incas a conquistar otros pueblos. Es hasta cierto punto paradójico que la ubicación de Pacaritambo, un punto central en los mitos incaicos asociados con el valle del Cuzco, esté lejos de ser clara, ya que Gary Urton ha demostrado que el pueblo de ese nombre no existió sino hasta 1571.

Además, la verdadera fecha de la aparición de los incas en el valle del Cuzco no se ha determinado aún. Según las excavaciones de 1994 y 1995 en Choquepuquio, situado a 27 kilómetros al sureste del Cuzco, Gordon McEwan opina que la cultura preincaica terminó alrededor de 1200 d.C. y considera que el lugar es incaico y no preincaico desde esa fecha en adelante.

Así, mientras la evidencia científica plantea la posibilidad de una presencia incaica más antigua, los cronistas ofrecen una versión bastante uniforme de la aparición de este exiguo grupo de incas en el valle del Cuzco en una fecha que es implícitamente posterior. Su historia puede resumirse así: cuando salieron finalmente de la cueva de Pacaritambo al sureste del Cuzco, su jefe Manco iba acompañado por sus tres hermanos, cada uno con su respectiva

hermana-esposa. A medida que caminaban, un hermano, Ayar Cachi, fue inducido a entrar en una cueva para recoger unos vasos de oro. Siendo una figura deiforme de fuerza prodigiosa, Ayar Cachi podía aplastar las piedras hasta arrasar montañas enteras. Una vez que Cachi hubo entrado en la cueva, sus hermanos cerraron la entrada. Atrapado de esa forma, quedó transformado en piedra y su huaca se convirtió en uno de los objetos más sagrados del ritual incaico. (Como veremos después, las innumerables piedras sagradas llamadas huacas dispersas en todo el territorio incaico desempeñaron un papel principal en su cosmogonía.) Cuando Manco y su grupo llegaron al cerro Huanacaure, a unos trece kilómetros del Cuzco, un segundo hermano, Ayar Uchu, también quedó transformado en una huaca de piedra. Del tercer hermano, Ayar Auca, se dice que le crecieron alas y se le ordenó volar hasta el Cuzco precediendo a Manco, pero cuando descendió se convirtió en la piedra llamada huaca del Cuzco, guardiana de la ciudad.

Habiéndose librado de sus hermanos, Manco quedó sin rivales que lo desafiaran, y prosiguió su camino hasta el Cuzco acompañado por su hermana-esposa y por las de sus tres hermanos. Los relatos explican que el lugar estaba ya ocupado y describen encuentros bélicos entre los incas y los pueblos llamados huallas y alcavizas; el pequeño grupo de incas no cedió terreno y se estableció en el triángulo entre los ríos Tullumayo y Huatanay, donde se dice que Manco edificó el primer templo del Coricancha.

Los primeros gobernantes

Una vez esbozada la fundación del Cuzco siguiendo lo que en realidad son relatos legendarios, en este capítulo resumiremos la historia incaica antes de la llegada de los españoles a partir de lo que sabemos por los cronistas. Dedicamos los dos capítulos siguientes a otros aspectos del breve aunque espectacular período de realizaciones incaicas, comprendiendo las ciudades, incluida el Cuzco, el estilo de vida, y sobre todo el sistema de control del gran imperio que conquistaron.

En su mayoría los cronistas coinciden en los nombres de los primeros siete reyes incas, listados así por John H. Rowe:

Manco Cápac
Sinchi Roca
Lloque Yupanqui
Mayta Cápac
Cápac Yupanqui
Inca Roca
Yáhuar Huaca

Algunos autores, como el Inca Garcilaso de la Vega, atribuyen conquistas espectaculares a estos antiguos (si bien nebulosos) soberanos. Según este cro-

nista, el tercer inca, Lloque Yupanqui, ya habría llegado hasta la provincia del Collao, situada a las orillas del lago Titicaca, mientras que el cuarto, Mayta Cápac, habría ocupado el antiguo centro de Tiahuanaco y después subyugado la región de Arequipa. Los estudiosos de la historia incaica de inicios del siglo XX, como Clements Markham, tendieron a aceptar esta versión de los hechos; Philip Ainsworth Means, cuya *Ancient Civilizations of the Andes* fue publicada en 1931, no sólo consideró completamente histórica la lista oficial de los antiguos incas, sino que extendió esta cronología atribuyéndoles la conquista de la región del lago Titicaca cerca del 1200.

Podría agregarse que si bien algunos estudiosos tienden ahora a opinar que los incas llegaron al valle del Cuzco mucho antes de lo que insinúan los relatos de los cronistas, no sugieren que en esa fecha ya hubieran realizado conquistas de gran alcance.

Pese a unas cuantas noticias de triunfos espectaculares, la mayoría de los relatos son vagos y contradictorios, hasta el punto que se hace difícil ofrecer una versión histórica de cada reinado de este período incaico. Del sucesor de Manco, Sinchi Roca, no se ha registrado casi nada de importancia, mientras que al tercer inca, Lloque Yupanqui, se le retrata generalmente como pacífico o inactivo. Del cuarto inca, Mayta Cápac, se dice que se enfrentó con los alcavizas, descritos como «nativos del Cuzco», lo que implica que los incas no eran los primeros en ocupar ese lugar y que su dominio era todavía parcial y débil. Se sostiene que dicha tribu atacó a los incas cuando el padre de Mayta Cápac todavía reinaba y que sus guerreros llegaron hasta los muros del Coricancha, el baluarte sagrado de los incas.

Varios relatos ofrecen una historia confusa de cómo los alcavizas enviaron diez indios con la misión de matar a Mayta Cápac y a su padre, Lloque Yupanqui, entonces reinante, en su morada en el Coricancha. Pedro Sarmiento de Gamboa narra que el príncipe Mayta Cápac mató a uno de los diez indios, lanzándole una pelota con la que estaba jugando en ese momento; los demás huyeron de inmediato. Después una granizada, más devastadora que el acertado proyectil de Mayta, puso en fuga a los alcavizas. El príncipe subió pronto al trono, pero al parecer gobernó de manera pacífica y no combatió en más guerras.

Se considera generalmente que el sexto rey, Inca Roca, fue el primero en dividir el Cuzco en Hanan (alto) Cuzco y Hurin (bajo) Cuzco. Por tanto, los soberanos dejaron de residir en el recinto del templo del Coricancha, situado en Hurin, y cada uno edificó su palacio en Hanan Cuzco. La división de las ciudades andinas en una mitad alta y otra baja, que todavía persiste hoy en algunos casos, se difundió en la época incaica, si no antes, y apareció en lugares tan distantes entre sí como Puno en el lago Titicaca, la región cañari en Ecuador y las antiguas ciudades de la costa sur de Perú. Incluso los chancas, quienes, como veremos, se convertirían en los implacables enemigos de los incas, estaban divididos en Hanan y Hurin Chanca, cada parte con su propio gobernante; como ocurriría también en el caso del Cuzco, Hanan era la mitad predominante. En la capital incaica, aunque los gobernantes que suce-

dieron a Inca Roca edificaron sus palacios en Hanan, Hurin conservó no obstante cierto prestigio como sede de la jerarquía religiosa, centrada en el Coricancha.

Entre los enemigos inveterados de los primeros soberanos incaicos había otro grupo, los ayarmacas, de quienes muchos cronistas dicen que tuvieron encuentros guerreros con los incas durante el reinado de Inca Roca. El más notable de estos relatos es el del secuestro de Yáhuar Huaca, hijo y heredero de Inca Roca, por los ayarmacas: raptado cuando era sólo un niño, Yáhuar Huaca fue forzado por sus captores a servir como simple pastor durante todo un año. Después de una batalla encarnizada, el príncipe fue rescatado y el conflicto entre incas y ayarmacas quedó al menos temporalmente cerrado con un doble matrimonio entre sus casas reinantes.

John H. Rowe, que puede ser considerado el pionero de la etnohistoria peruana moderna, plantea la pregunta de si los siete gobernantes que precedieron al octavo, Viracocha Inca, realizaron alguna conquista real. Concluye que los presuntos triunfos de estos reyes eran probablemente poco más que incursiones y que se tendía a perder y recuperar las mismas localidades en reinados sucesivos. Sin embargo, Rowe plantea que aun en el caso de que su control de la región circundante fuera débil, los primeros siete incas nombrados en los textos pudieron haber conseguido al menos cierta primacía sobre sus vecinos más cercanos, aunque no la capacidad para imponer un tributo regular.

A primera vista, resulta tentador coincidir con los estudiosos que descartan como pura ficción la historia bastante imprecisa de estos siete monarcas. Pero en última instancia, si estos monarcas fueran suprimidos del registro histórico, como figuras puramente fabulosas, habría que reemplazarlas con jefes anónimos, y atribuir al último más o menos los mismos logros, esto es, la hazaña de haber asegurado en unas pocas generaciones cierto grado de control del valle del Cuzco, como preludio a las espectaculares proezas de sus sucesores. La lista de los antiguos incas podría compararse tal vez con la lista de los reyes de Alba que, por una curiosa coincidencia, también eran siete nebulosos monarcas que reinaron antes de que Roma se convirtiera en una nación conquistadora, y cuya existencia puede estar de moda negar, pero cuya principal función, fuera legendaria o histórica, era llenar el vacío entre la caída de Troya y la fundación de Roma.

MITO E HISTORIA

Dada la naturaleza imprecisa de los relatos sobre los antiguos soberanos, surge un problema evidente respecto a las fuentes disponibles para el estudio de los períodos más dinámicos de la ulterior expansión incaica. A falta de un *corpus* de documentos prehispánicos o de relatos posteriores a la conquista escritos en el quechua nativo, los intentos de crear una historia del ascenso incaico al poder presentan problemas inevitables y quedan muchas du-

das sin resolver. Como hemos visto, los escritos sobre los incas de los siglos XVI y XVII fueron casi todos generados por cronistas que escribían en castellano, a diferencia de México, donde quedaron algunos códices pictóricos prehispánicos, así como una copiosa documentación en lengua náhuatl creada por informantes nativos poco después de la conquista. Con excepción del texto ilustrado de Felipe Huamán Poma de Ayala, cuyos numerosos dibujos con descripciones escritas de los incas y de los conquistadores se singularizan por su retrato detallado de aquellos personajes, la mayor parte de nuestros datos derivan de fuentes españolas, las cuales, aunque las opiniones de sus autores varían, tienden a describir la sociedad inca desde un punto de vista europeo.

Estos cronistas recogieron sus datos de las tradiciones orales transmitidas por los incas de generación en generación. Buena parte de esta información procede de la elite del Cuzco y por tanto refleja más el sistema estatal de la capital que la situación del imperio en su conjunto. Al carecer de textos escritos que antecedan a la conquista de Perú, es difícil juzgar hasta qué punto los hechos registrados en las crónicas son verdaderamente históricos; los relatos de los hechos de los incas pueden a veces ser meras interpretaciones españolas de la jerarquía incaica, sustentadas en nociones europeas de parentesco y, particularmente, en los principios de sucesión dinástica.

Los incas, aunque carecían de escritura en el sentido aceptado del término, tenían un método excelente para registrar algunos datos: las cuerdas anudadas del *quipu*, que constituían un elaborado procedimiento para guardar datos. El *quipu*, era un cuerda única a la que se le anudaban otras cuerdas en forma paralela, mientras que otras salían de un punto común de partida. Por medio de nudos y colores distintos las cuerdas podían expresar número y significado. Paradójicamente, sin embargo, pocos de los abundantes datos de los *quipus* parecen haber llegado a los cronistas españoles, aunque éstos a veces se refieran a los quipucamayos, los expertos especializados que controlaban el sistema de *quipus*.

Actualmente no pueden relacionarse los *quipus* que quedan, extraídos sobre todo de los cementerios, con los objetos con los que fueron enterrados. Estos *quipus*, encontrados principalmente en las regiones desérticas de la costa, después de ser sacados de las tumbas quedaron separados de los individuos y los objetos que formaban su contexto, y fueron enviados individualmente o en fardos de contenido heterogéneo a diferentes museos; de ahí que sea imposible identificar el trabajo de un quipucamayo individual. Sabemos que el *quipu* servía para compilar estadísticas vitales, tales como el producto de las cosechas y la capacidad de almacenaje, así como para registrar los datos de población, esenciales para la planificación militar. Después de la conquista española, los *quipus* fueron todavía utilizados para compilar datos sobre los daños hechos a los cultivos y a las casas en aquellos lugares por donde habían pasado las fuerzas españolas.

Si hubiera surgido la necesidad, el sistema de *quipus* podría haber servido con seguridad para registrar otro tipo de información, como la duración precisa del reinado de cada soberano. Pero, lamentablemente, el interés in-

caico en la cronología dinástica parece haber sido mínimo. De ahí que los *quipus* no ofrezcan información sobre tales asuntos. Los españoles que realmente tomaron parte en la conquista forman una única categoría de información. Como testigos oculares, ofrecen animados retratos de la vida y el ritual incaicos, de los cuales, sin embargo, comprendían muy poco. Por ejemplo, se podría citar el fascinante relato de Francisco de Xerez del primer encuentro entre Atahualpa y su captor, Francisco Pizarro. Xerez incluso describió exhaustivamente la residencia del inca en Cajamarca. También describió el gran templo de Pachacámac, que visitó cuando todavía funcionaba como centro de peregrinación.

Un gran problema para el estudioso moderno es el hecho de que los dos relatos más detallados y sistemáticos de la historia incaica, el de Sarmiento de Gamboa y el de Cabello de Balboa, fueran escritos muchos decenios después de la conquista, en un momento en que pocos informantes que hubieran sido testigos presenciales quedaban vivos. Como veremos después con más detenimiento, aunque sus versiones son diferentes en algunos aspectos, extraen mucha información de una o más fuentes comunes. La historia de Sarmiento de Gamboa fue encargada por el virrey Francisco de Toledo y terminada en 1572. Su obra, aunque está basada en una meticulosa investigación, muestra sin embargo algunos prejuicios contra el inca, ya que Toledo quería dejar sentado que los incas eran unos meros usurpadores antes que verdaderos propietarios del vasto territorio que gobernaban en el momento de la conquista. Buena parte de la narración de Cabello de Balboa, escrita en 1586, sigue claramente a Sarmiento de Gamboa, aunque describe con detalles más vívidos las prolongadas y feroces guerras incaicas contra las tribus de Ecuador, donde Cabello de Balboa había vivido.

En contraste con estas dos crónicas, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, publicados en Lisboa en 1609, ofrecen una vigorosa apología de la conquista incaica. El propio autor era de linaje incaico. Aunque cita textualmente a cronistas más antiguos, se tiende ahora a tratar con cierta prudencia la semblanza de sus antepasados incas como benévolos déspotas dirigiendo un inmenso estado de bienestar, adquirido con un uso mínimo de la fuerza. Casi cincuenta años después, en 1663, el padre Bernabé Cobo escribió su *Historia del Nuevo Mundo*. Utilizando todas las fuentes entonces disponibles, su convincente y valioso examen es más el de un historiador que el de un cronista.

Pedro Cieza de León proporciona un retrato mucho más antiguo y algo más pragmático de las realizaciones incaicas. Su punto de vista en general es proincaico aunque no intenta, como Garcilaso, idealizar el régimen. Cieza viajó primero por Colombia y Ecuador antes de llegar a Perú en 1548; su relato ofrece la información que le proporcionó sobre todo la nobleza incaica. Entre los cronistas iniciales, Juan de Betanzos, que se casó con una hija de Atahualpa y que hablaba el quechua con fluidez, estaba bien situado para registrar la versión inca de sus propias tradiciones.

Aunque las obras de algunos de estos autores se publicaron relativamen-



FIGURA 27. El contador mayor del inca sosteniendo un *quipu* (ilustración de Huamán Poma).

te pronto, muchas otras quedaron sepultadas durante siglos. El *Señorío de los incas* de Cieza fue impreso por primera vez en 1880. La historia de Sarmiento, bellamente encuadernada, fue enviada al rey Felipe II; el manuscrito acabó en la Universidad de Gotinga en 1785, pero ¡permaneció inédito hasta 1906! Parte del trabajo de Betanzos era ya conocido, pero el texto completo fue encontrado por primera vez en Mallorca y publicado en 1987 en Madrid.

Algunos otros cronistas merecen atención especial. Juan Polo de Ondegardo, un destacado jurista, ofrece una valiosa información sobre las cuestiones sociales. Polo escribió en las décadas de 1560 y 1570 y fue muy citado por Bernabé Cobo. En tiempos bastante recientes, nuestro conocimiento del pasado andino se ha visto enriquecido con la publicación de una serie completa de *visitas* realizadas por los inspectores administrativos españoles en las

provincias del imperio; destaca entre ellas la *Visita* de Garci Díez de San Miguel en 1567 a la provincia aimara de Chucuito y la *Visita* de Íñigo Ortiz de Zúñiga a Huánuco.

PACHACÚTEC

Por lo menos Viracocha, el octavo inca, y su heredero Pachacútec pueden ser considerados figuras históricas, a diferencia de los siete incas anteriores ya mencionados, a quienes algunos tratan como auténticos soberanos mientras que otros los sitúan más bien en el reino de la ficción.

Los principales cronistas, como Sarmiento, atribuyen a este octavo inca Viracocha la conquista o reconquista de lugares cercanos al Cuzco, de los cuales se dice que habían sido ocupados por anteriores soberanos y más tarde abandonados por haberse rebelado. Según dichos cronistas, Viracocha no sólo consolidó el control incaico del propio Cuzco, sino que hizo conquistas más amplias que sus predecesores.

Pero los relatos de los logros de Viracocha son a veces tan vagos que han llevado a destacados estudiosos como María Rostworowski a dudar de que éste haya existido alguna vez, y a sugerir que Viracocha y su heredero Pachacútec pueden haber sido una sola persona. Incluso suponiendo que Viracocha fuera efectivamente un personaje histórico, en la descripción de su reinado se mezclan muchas veces leyenda y realidad.

En particular el Inca Garcilaso de la Vega ofrece una versión absolutamente diferente de los hechos, insistiendo en que fue Viracocha, y no su hijo Pachacútec, quien combatió con los chancas y los derrotó, y quien emprendió ambiciosas campañas conquistando un vasto territorio. En otras palabras, el autor simplemente hace retroceder en el tiempo muchas de las más espectaculares hazañas de Pachacútec y las atribuye al padre de éste.

Varios cronistas coinciden en presentar a Pachacútec como hijo y heredero legítimo de Viracocha, y por tanto como el noveno inca. Sin embargo, algunos relatos confunden la cuestión al señalar que Urco, un hijo ilegítimo de Viracocha, era el sucesor elegido por el monarca. Cieza de León incluso dice que Urco reinó efectivamente por un corto tiempo antes de ser destronado por Pachacútec y luego asesinado.

Al parecer la amenaza chanca ya había surgido antes del entronizamiento de Pachacútec. Se conoce tan poco de ellos que sólo se puede especular sobre sus orígenes. En todo caso, en las versiones más comunes de la historia, a inicios del reinado de Viracocha los chancas habrían ocupado la región de Andahuaylas, situada al oeste del valle del Cuzco, una proeza que los colocaba muy cerca del territorio dominado por los incas.

Sin embargo cuando los chancas penetraron hasta el mismo valle del Cuzco, Viracocha era ya un anciano. No obstante, en este momento el temor a estos intrusos causó tal pánico que muchos incas abandonaron toda esperanza de resistencia. Entre éstos estaba el anciano Viracocha, que huyó del Cuz-

co acompañado por Urco, su heredero, y se refugió en una fortaleza situada a cierta distancia de la capital.

La versión más común de lo que ocurrió después es la siguiente: Pachacútec, secundado por dos hábiles generales y un decidido grupo de nobles, se mantuvo firme y resolvió defender el Cuzco hasta el final. Los chancas sitiaron la ciudad y trataron de tomarla. Varios relatos presentan a Pachacútec alternativamente como un conquistador humano y un héroe legendario. Según una de estas versiones, en esta coyuntura decisiva la rueda de la fortuna dio un giro espectacular pues las mismas piedras se transformaron en guerreros armados a instancias de Pachacútec. Con estos refuerzos, el ataque fue rechazado, y entonces recogieron las piedras y las colocaron en los principales santuarios de la ciudad. En nuevos encuentros las fuerzas chancas fueron aplastadas y se retiraron del Cuzco hacia Andahuaylas. Los dos principales generales chancas fueron muertos y sus cabezas expuestas en lanzas y sus cráneos convertidos en copas para beber. Pachacútec llevó la insignia del chanca derrotado a su padre Viracocha; según la mayoría de los relatos, Viracocha entonces abdicó y Pachacútec ocupó el trono como décimo inca.

Después de la derrota chanca, Pachacútec asumió el mando supremo. Según las principales fuentes, su reinado señaló la transformación de la antigua aldea en una resplandeciente capital. Se reorganizó la jerarquía religiosa y se remodelaron los cultos primordiales de forma que constituyeran una fuerza dinámica que expresara la voluntad incaica de conquista.

La reedificación en Hurin Cuzco del gran santuario, antiguamente también residencia del monarca, fue su primera tarea. El Coricancha era un imponente recinto, cuyo edificio más grande era el Templo del Sol. Hoy en día quedan los muros y salas divididas del complejo que forma la estructura del convento dominico, aunque ninguno de los muros existentes en los claustros dominicos pueden identificarse con seguridad como restos del templo solar.

Flanqueando el Templo del Sol había otros edificios sagrados que albergaban a los dioses, a los sacerdotes y a las *mamaconas*, las innumerables mujeres del templo, que más tarde fueron traídas al Cuzco de todos los rincones del imperio y enseñadas a tejer primorosamente, a preparar *chicha*, la bebida ritual, y a cumplir otras tareas sagradas.

Bajo sus sucesores, el Coricancha fue continuamente embellecido, pero Pachacútec dio al Templo del Sol un aura especial colocando en él estatuas de oro de los antiguos monarcas, espléndidamente ataviados y completamente armados. Una nueva imagen del dios sol, Inti, fue vaciada en oro puro; ante este ídolo se quemaron en sacrificio llamas y magníficas vestimentas, y se enterraron vivos ante su imagen numerosos niños y niñas. El cronista Juan de Betanzos relata que Pachacútec también adornó el Templo del Sol con una segunda estatua de oro, la imagen de un niño, en recuerdo de una figura que se le había aparecido milagrosamente la noche anterior a su triunfo sobre los chancas. Cuando el inca oraba ante la estatua, se dice que ésta le hablaba. Sólo los nobles más importantes podían venerar esta imagen.

Además de los templos, la ciudad fue también adornada con imponentes



FIGURA 28. El inca Pachacútec (ilustración de Huamán Poma).

palacios, incluido el del propio Pachacútec. Aunque su situación exacta es difícil de identificar, algunos atribuyen un palacio llamado Casana a Pachacútec, pero generalmente se cree que fue de su nieto, Huayna Cápac.

Pachacútec reformó totalmente la estructura de Sacsahuamán, la gran fortaleza que dominaba el Cuzco; sus dimensiones sin embargo son tan enormes que sugieren que su conclusión fue obra de varias generaciones de soberanos. El edificio servía como principal almacén de armas y ropa de la ciudad, y guardaba también grandes cantidades de joyas, oro y plata que posteriormente sirvieron para pagar tributo.

Pachacútec no se limitó a reedificar la ciudad y remozar su infraestructura, sino que tuvo un impacto profundo en el entramado social de la colectividad. Los incas auténticos, con frecuencia parientes del monarca, eran llamados *orejones* porque sus orejas estaban perforadas por enormes agujeros. Fueron divididos en once *ayllus*, que pueden definirse como grupos de parentesco transmitido por línea masculina.

Un problema crucial, sin embargo, surgió a causa de que estos incas

auténticos u *orejones*, pertenecientes a los once *ayllus* vinculados por lazos de sangre, eran muy pocos para satisfacer todas las necesidades de un estado en expansión. Para remediar la situación, Pachacútec confió en una clase nueva, la de los «incas de privilegio», que conformó otros diez *ayllus* que también se convirtieron en parte de la organización del Cuzco. El título de «inca de privilegio» fue gradualmente extendido para incluir a muchos de los que hablaban quechua, procedentes de la región circundante.

Pachacútec estableció un sistema de *corvées* a fin de conseguir los trabajadores necesarios para edificar la capital imperial. Los *mitimaes* eran un elemento esencial de este sistema, que alcanzó grandes proporciones al expandirse el imperio. Se trataba de grandes grupos de personas, arbitrariamente trasladados de las regiones ya sometidas a tierras recién ocupadas para fomentar su adaptación al régimen incaico; a cambio, gente de otras regiones era establecida en el valle del Cuzco. Como veremos después, el sistema de *mitimaes* fue fundamental en el método incaico de control imperial.

En el Cuzco prevaleció la extraña costumbre de que los descendientes del monarca fallecido formaran un grupo llamado *panaca*, cuya misión era conservar la momia del inca muerto e inmortalizar sus hazañas. Las *panacas* podrían haber existido antiguamente en la historia incaica, quizá heredadas de Chimú, pero Pachacútec consolidó el sistema. Se dice que hizo desenterrar los cuerpos de los siete primeros incas y formar fardos funerarios con sus restos, los cuales fueron entonces colocados en tronos junto a su propio padre en el Templo del Sol.

El alcance de las conquistas de Pachacútec implica la existencia de al menos un embrión del sistema de caminos incaico, que más tarde llegaría a tener dimensiones espectaculares. Es posible que los caminos sirvieran para propósitos militares durante el período huari, pero el sistema viario inca tuvo un simbolismo propio, pues sus cuatro caminos principales irradiaban desde el centro del Cuzco, dividiendo la capital y el Tahuantinsuyo (nombre quechua del imperio), en cuatro partes: Chinchaysuyo, Antisuyo, Collasuyo y Contisuyo (con frecuencia escrito Condesuyo en las fuentes).

Las conquistas iniciales

El triunfo incaico sobre los chancas sirvió como plataforma para una expansión territorial explosiva, aunque los avances realizados por el mismo Pachacútec en comparación con los de sus sucesores no son fáciles de definir. Su primera tarea fue completar la conquista —o reconquista— del valle del Cuzco y la región circundante, en la que los incas eran ahora la potencia suprema.

Siguiendo este proceso de consolidación, han quedado relatos de una expedición al Collao, dirigida por Pachacútec en persona, en la que enfrentó a los pueblos de la región del lago Titicaca. Después de una encarnizada batalla, tomó el importante centro de Hatuncolla; el derrotado gobernante colla

fue enviado al Cuzco y decapitado allí. Se dice que los indios lupacas, cuya capital era Chucuito, se rindieron; después Pachacútec visitó las grandes ruinas de Tiahuanaco, donde asombrado por la bella cantería, registró cuidadosamente los métodos de construcción, con miras a la propia reconstrucción del Cuzco.

La última gran campaña del reinado de Pachacútec se dirigió al noroeste, hacia Huánuco, y estableció la conquista del interior serrano del actual Perú. El general que comandaba esta expedición era Cápac Yupanqui, hermano de Pachacútec; sin embargo avanzó más allá de Huánuco y ocupó Cajamarca. Al hacerlo excedió sus instrucciones y pese a sus victorias, fue ejecutado al volver a la capital.

Según todas las fuentes, Pachacútec gozó de un reinado bastante largo, durante la última parte del cual uno de sus hijos, Amaru, después sustituido por Túpac Yupanqui, fue inca correinante. John H. Rowe, a partir de la cronología ofrecida por Cabello de Balboa, sugiere que reinó de 1438 a 1471, pero reconoce que tales fechas son provisionales ya que no existe un sistema incaico seguro de datación.

Según algunos relatos, Pachacútec puede haberse quedado como inca correinante durante la primera parte del reinado de su sucesor Túpac Yupanqui, pero después de la expedición a Cajamarca desaparece efectivamente de la escena y tanto las riendas del gobierno como el mando militar fueron asumidos por Túpac Yupanqui.

Puesto que Pachacútec presenta un aspecto dual de creador legendario y de rey humano, es difícil separar ambos y evaluar su papel histórico. Si bien puso los cimientos de un estado organizado para regir un imperio ilimitado, quedan algunas dudas sobre hasta qué punto sus instituciones realmente deben su origen a este único gobernante. Es posible que algunos estudiosos prefieran subrayar su carácter semidivino como creador antes que de conquistador, sucesor de Manco Cápac, el fundador original del imperio. Pero si es perfectamente legítimo cuestionar los relatos tradicionales de esas prodigiosas hazañas, también hay muchos indicios que sugieren que su reinado inició la expansión del Tahuantinsuyo en un sentido histórico. Cuando se convirtió en soberano, los incas formaban tan sólo una modesta comunidad aldeana. En el momento de su muerte contaban ya con un imperio expansionista.

Los últimos incas

Aunque el noveno inca, Túpac Yupanqui, no fue venerado al igual que su padre como un héroe cultural, fue no obstante un genial comandante. En la tradición incaica sus talentos marciales eran legendarios; a su muerte los incas dominaban un vasto territorio, que se extendía por más de 3.000 kilómetros desde el norte de Ecuador hasta el Chile central; en términos de extensión esta hazaña es comparable a los triunfos de Alejandro Magno, cuyo máxima penetración en Asia, lograda con el auxilio decisivo de caballos y ca-

rros, le llevó hasta el río Oxus, una distancia de unos 4.000 kilómetros en línea recta desde su base de operaciones en Macedonia.

Los cronistas Sarmiento y Cabello de Balboa presentan un relato bastante detallado y paralelo en muchos aspectos de las conquistas de Túpac Yupanqui y su sucesor; la obra más antigua de Cieza de León y la última versión de Cobo ofrecen en términos generales datos similares.

Según Sarmiento y Cabello, la primera campaña de Túpac tomó el camino septentrional hacia el Chinchaysuyo, ocupó Cajamarca y continuó hacia el noroeste, llegando hasta Tumebamba (la actual Cuenca) en Ecuador, tierra del pueblo cañari, quienes aún ocupan la región circundante. Tumebamba se convirtió en la capital septentrional del imperio, un segundo Cuzco; los restos de sus templos y palacios impresionaron mucho a Cieza en su viaje por Ecuador, aunque pocos vestigios quedan hoy en día. Se dice que Túpac también conquistó la región de Quito pero, como veremos, ni los cronistas ni los arqueólogos aceptan la idea de que Quito se hubiera convertido en el principal centro incaico de la región.

Las cuatro fuentes españolas mencionadas antes coinciden en que Túpac Yupanqui bajó entonces desde Tumebamba hasta la costa ecuatoriana y siguiendo a través de Tumbes emprendió la conquista de Chimú, una importante proeza de la que sólo quedan relatos brevísimos. El soberano chimú fue llevado al Cuzco y su gran reino fue anexionado. Después de la conquista de Chimú, Túpac Yupanqui visitó el gran santuario de Pachacámac; esto más que una conquista era una ceremonia, e implicaba la consulta con el famoso oráculo. El emperador estableció entonces su control sobre muchos antiguos señoríos situados en la costa sur de Perú, como Ica y Chincha. A primera vista la idea de que tales reinos se hayan rendido casi sin lucha podría sorprender. Sin embargo, debido a la habilidad de los incas para formar grandes ejércitos reclutando a los pueblos sometidos y conseguir así una aplastante superioridad numérica, la resistencia en algunos casos ya parecía inútil. Además en las regiones desérticas de la costa los invasores podían proporcionar a los defensores un golpe mortal e incluso forzarlos a rendirse cortando las tomas de los canales de irrigación de los que dependían para aprovisionarse de alimentos.

Según se dice, este gran ciclo de conquistas, que se extendía desde el centro de Ecuador hasta el sur de Perú, fue seguido por una expedición que abarcó un territorio aún más vasto, pero de la que subsisten sólo relatos fragmentarios. Túpac Yupanqui marchó al sureste del lago Titicaca. Superó algunas resistencias en el Collao y entonces siguió avanzando y tomó el importante centro de Cochabamba, situado también en Bolivia. Después prosiguió hacia lo que es ahora el noroeste de Argentina. Su campaña terminó en Chile donde, según la mayoría de los relatos, el río Maule, al sur de la actual capital Santiago, marcó el límite meridional de la conquista incaica.

Aunque el material etnohistórico sobre la penetración incaica en el noroeste argentino es casi inexistente, las fuentes locales, como Gerónimo de Bilbar, describen la fiera resistencia opuesta por los pueblos de Chile, dirigi-



FIGURA 29. Túpac Inca Yupanqui en su tambo en el Collao (ilustración de Huamán Poma).

dos por dos jefes principales, Michimalongo y Antalongo. Estas fuentes sugieren que en Chile los invasores incaicos encontraron finalmente un rechazo casi total y tuvieron que luchar encarnizadamente para conquistarlo.

Pero aparte de estas enigmáticas noticias de un ciclo tan espectacular de conquistas, quedan en cambio informes más copiosos sobre las luchas bastante infructuosas pero inacabables de Túpac Yupanqui y su sucesor con los pueblos primitivos que vivían al este y al sureste del Cuzco en las vertientes cálidas y húmedas de los Andes, que descienden hacia el oriente hasta la Amazonia. Aunque se hacen constar invariablemente victorias bastante exiguas, estas campañas parecen haber conseguido relativamente poco, y en un

clima tan inhóspito, los incas sufrieron graves pérdidas. Puede citarse como ejemplo un relato de Sarmiento de cómo en una de estas arduas incursiones más allá de los picos andinos, entre las «más terribles y espantables montañas de muchos ríos»,[1] muchos soldados murieron debido a las enfermedades. Túpac Yupanqui con los supervivientes, sólo un tercio de su fuerza original, vagaron perdidos en las montañas por muchos días hasta que fueron rescatados por Otorongo Achachi, un importante comandante inca. El cronista explica puntualmente que Perú es frío y seco, mientras que las «montañas» (esto es, las vertientes orientales de los Andes) son cálidas y húmedas.

Túpac Yupanqui regresó después al Cuzco, donde edificó y adornó grandes palacios y fortalezas. Agotado por inacabables intrigas, cayó enfermo y dejó de recibir visitantes. Cuando estaba a punto de morir reunió a los nobles, sus parientes, y les dijo que estaba a punto de partir hacia la casa de su padre, el sol.

Generalmente se acepta que Pachacútec, luego de su triunfo sobre los formidables chancas, fue el gobernante que transformó lo que era, a lo sumo, una ciudad-estado en un imperio creciente por medio de grandes expediciones militares de largo alcance.

Pero Túpac Yupanqui era sin duda un genial comandante que, según todos los relatos existentes, conquistó un territorio inmenso que se extendía desde Ecuador hasta el centro de Chile. La pregunta obvia que se plantea es: ¿cómo, frente a las formidables dificultades de dirigir las campañas a tales distancias de su lugar natal, los incas vencieron y sometieron a un número enorme de pueblos diferentes tan alejados del Cuzco? Estos pueblos luchaban por la independencia de su territorio, no se enfrentaban a problemas de logística como los que asediaban a los incas y no soportaban agotadoras marchas para llegar al campo de batalla. Pero a pesar de tales adversidades, aunque se ha dicho que sufrieron muchos fracasos, los incas finalmente prevalecieron.

Además aunque los incas aprovecharon sus magníficas vías de comunicación, existen apenas indicios de que estuvieran mejor armados que sus adversarios; sus armas no constituyeron ningún avance respecto a las de otros pueblos andinos, y ciertamente no impresionaron a los españoles, que se maravillaron en cambio de sus caminos y edificios. Aunque la honda era también muy utilizada, su arma favorita era la porra, originariamente de piedra, pero después fabricada de una madera muy dura con una cabeza de bronce, arma que aún puede verse en muchos museos y colecciones. Tales porras eran muy poco efectivas contra los españoles, ya que debían levantarse por encima de la cabeza para poder asestar un golpe, mientras que los españoles podían despachar a un indio tras otro con relampagueantes movimientos de espada. Efectivamente, el armamento inca presenta apenas un avance importante frente al de los señores de Moche, cuyos guerreros, representados

1. Pedro Sarmiento de Gamboa, «Historia Índica», en el Inca Garcilaso de la Vega, *Obras*, 5 vols., Atlas, Madrid, 1965, vol. 5, § 49, p. 254.


El imperio inca en 1532
Pasto
COLOMBIA
Otavalo
Quito
Lacatunga
R. Santiago
ECUADOR
Guayaquil
Tumebamba
Tumbes
R. Marañón
Ayahuaca
Huancabamba
R. Marañón
Lambayeque
Cajamarca
Chan Chan
Huamachuco
R. Haullaga
BRASIL
Huánuco
Bombón
PERÚ
Pachacámac
Lima
Jauja
Vilcabamba
Machu Picchu
Ollantaytambo
Huari
Cuzco
Chincha
Pisco
Huamanga
BOLIVIA
Ica
Nazca
Lago Titicaca
Puno
Arequipa
La Paz
Chucuito
Tiahuanaco
Copacabana
Cochabamba
Incallacta
Arica
OCÉANO PACÍFICO
Porco
Potosí
CHILE
Cachi
Pueblo inca
Límites aproximados del imperio inca
Tucumán
Copiapó
Pucara de Andagala
Ciudad moderna
Límites políticos modernos
Coquimbo
ARGENTINA
0 200 400 600
Kilómetros
Mendoza
Santiago
R. Maule

en la cerámica, ya utilizaban grandes porras mil años antes, además de hondas y estólicas (tiraderas).

Tampoco los triunfos incaicos pueden atribuirse a una táctica superior. Quizá tenían la ventaja de estar casi siempre a la ofensiva contra adversarios que adoptaban una defensa bastante pasiva y parecen haber tomado pocas medidas para interrumpir las líneas de comunicación incaicas obviamente vulnerables. Pero aunque podría concederse que los incas al ser la fuerza atacante llevaban la iniciativa, los relatos de los cronistas, particularmente el de Cabello de Balboa, sobre las encarnizadas campañas ecuatorianas, sugieren que ambos lados adoptaron tácticas casi idénticas, basadas con frecuencia en una estrategia de posiciones fortificadas y expediciones de ataque.

El éxito incaico puede quizá atribuirse más a la habilidad y determinación del alto mando. Los soberanos tenían a su servicio generales de habilidad indiscutible; en muchos casos dichos jefes eran parientes cercanos, hermanos, hijos o sobrinos del inca.

Pero una sólida jefatura, además del armamento y la táctica, difícilmente explican el deslumbrante ciclo de victorias incaicas. Sus triunfos se explican mejor quizá por su capacidad para desplegar un número superior en un punto crucial extrayendo recursos humanos de un dominio en expansión. Si los incas sufrían un revés, como por ejemplo en Ecuador, podían utilizar la red de caminos y mensajeros para convocar rápidamente reservas de los collas y otros pueblos firmemente leales al imperio, mientras que sus enemigos, exhaustos por la tropa de relevo, no podían recuperar las fuerzas agotadas en las primeras batallas. Por tanto la conquista incaica podría atribuirse en parte por lo menos a su habilidad política para adoctrinar a los antiguos pueblos enemigos, ahora sometidos, que se mostraban entonces dispuestos a recorrer vastas distancias y arriesgar sus propias vidas en pro de sus antiguos conquistadores.

HUAYNA CÁPAC

Como ocurría con frecuencia, la sucesión fue disputada; se generó una conspiración fomentada por intrigas femeninas para suplantar al heredero elegido por Túpac Yupanqui por otro hijo a quien el monarca había propuesto anteriormente como sucesor. Con el respaldo del hermano de Túpac Yupanqui, el plan fue frustrado y Huayna Cápac, el heredero designado, ocupó el trono tal como le correspondía.

Huayna Cápac era todavía un joven cuando se convirtió en monarca. Habiendo cumplido primero con los complicados ritos funerarios de su padre, se dirigió al norte en su primera campaña. Algunas descripciones de su ruta y los objetivos de esta y otras expediciones guardan una misteriosa semejanza con las que realizó Túpac Yupanqui. Pero siempre debe tenerse en cuenta que nuestra información proviene de tradiciones orales basadas en la memoria individual, lo que lleva a posibles confusiones entre un reinado y otro

en los relatos de los cronistas españoles que registraron aquellas tradiciones. La arqueología hoy nos dice más del alcance final de tales conquistas, que del orden en que ocurrieron.

Según todos los indicios, después de una corta expedición a Cajamarca y otros territorios más al norte, Huayna Cápac regresó a su capital y de allí en adelante cubrió en un corto lapso la inmensa distancia entre el Cuzco y Chile, donde combatió en muchas batallas; algunas noticias sugieren que pasó un año entero en esa región. Al partir de allí, en su viaje de regreso, se estableció primero en Cochabamba; en este fértil valle boliviano introdujo muchos *mitimaes* o colonos de otras partes del imperio para cultivar el rico suelo. Cochabamba se convirtió así no sólo en un bastión militar, sino en un verdadero granero de las fuerzas incaicas en la parte meridional de su territorio. Después de una peregrinación al importante santuario de Copacabana, situado en el lago Titicaca, el monarca regresó al Cuzco. Después de esta gran expedición hacia el sur, los informes del reinado de Huayna Cápac se centran en su lucha interminable con los implacables pueblos de Ecuador.

Las crónicas difieren en cuanto al alcance final de las conquistas norteñas de Huayna Cápac, pero los indicios disponibles sugieren la existencia de una forma bastante laxa de frontera que seguía más o menos la frontera actual entre Ecuador y Colombia. Cabello de Balboa en particular ofrece un vívido relato de las guerras ecuatorianas del inca, que ocuparon el último decenio de su reinado, describiendo estas campañas casi paso a paso. El propio Cabello parece que pasó varios años en Quito antes de terminar su libro en 1586 y llegó a saber muchas cosas a través de los jefes locales, quienes seguramente aún veneraban las tradiciones de las batallas realizadas por sus antepasados.

Por citar un solo ejemplo de muchos de estos encuentros: una de las campañas de Huayna Cápac se dirigió contra los caranquis. La descripción del suceso final y más dramático en esa guerra es una buena muestra de la vívida narrativa de Cabello. Durante cinco días enteros los incas atacaron un fuerte caranqui pero fueron incapaces de romper sus defensas. Se llevó a cabo entonces un nuevo intento que era en realidad sólo un asalto fingido, de modo que la fuerza atacante se retiró dejando a los desprevenidos caranquis ocupados en una ardorosa persecución. Entretanto, una segunda fuerza incaica pudo penetrar en el fuerte ya desguarnecido, mientras un tercer contingente encabezado directamente por el inca cayó sobre los caranquis que habían salido. Rodeados por todas partes, se fueron hundiendo en un pantano de carrizos en el que se ahogaron o fueron asesinados; el lugar fue llamado desde entonces Yahuarcocha, el lago de sangre, y como tal todavía figura en los actuales mapas de Ecuador. Cuando Cieza de León visitó Yahuarcocha apuntó los relatos de testigos presenciales de la matanza de veinte mil guerreros en el lago de sangre.

Después de haber dedicado la parte final de su reinado a estas guerras ecuatorianas, Huayna Cápac visitó la costa, cayó enfermo y murió, posiblemente de viruela, enfermedad importada originariamente por los primeros

visitantes españoles al Nuevo Mundo, pero que puede haberse extendido al Perú antes de que los mismos españoles llegaran allí. Se dice que los servidores del emperador enviaron dos postas al gran santuario de Pachacámac para preguntar lo que debía hacerse para curar a su señor. El oráculo replicó a través de la boca del ídolo que el inca debería salir a tomar el sol y que entonces se pondría bien. El consejo fue seguido estrictamente, pero con el resultado opuesto, pues cuando el inca salió al sol murió rápidamente.

La investigación arqueológica

La investigación arqueológica contemporánea nos dice poco sobre los inicios incaicos, pero sirve para enriquecer nuestro conocimiento sobre la amplitud y extensión de la conquista incaica, previamente basado en datos procedentes casi por completo de las fuentes escritas. Se está ahora haciendo evidente, después de muchas décadas de estudio, que el hallazgo de cierta cantidad de los tipos más comunes de cerámica incaica de la época imperial en un lugar son un indicio seguro de la presencia de conquistadores incas. De ahí cabe suponer que la arqueología desempeñará un papel siempre creciente, ya que puede conocerse mucho acerca de los límites de la expansión incaica registrando simplemente en un mapa los puntos donde se ha encontrado dicha cerámica. Si encontramos la cerámica inca presente en un lugar determinado, pero deja de aparecer en otro situado, por ejemplo, a veinte kilómetros al sur, entonces en muchos casos (aunque no siempre) puede establecerse una frontera provisional.

Queda mucho por hacer en este sentido y grandes sectores de la frontera imperial permanecen mal definidos, particularmente en el norte de Perú y el sur de Bolivia, donde los mapas provisionales pueden contener errores al respecto. Puede citarse como un buen ejemplo de la actual indefinición de fronteras la costa de Ecuador, que tradicionalmente ha sido tratada como parte del imperio. Sin embargo, la huella de una presencia incaica es escasa no sólo en el sur de Colombia, sino también en la costa de Ecuador; la cerámica inca brilla por su ausencia y la persistente tendencia de ciertos cronistas a describir el Ecuador costeño como una provincia imperial se hace menos aceptable. Las expediciones referidas por los incas fueron presumiblemente antes incursiones que conquistas propiamente dichas. Otro caso en que se han reformulado conclusiones previas concierne al área situada al oeste de la ciudad boliviana de Santa Cruz, que ahora se considera que formó parte del imperio a partir de la investigación del centro de Samaipata. También proporciona alguna pista sobre el alcance final de la conquista el hecho de que los restos incaicos hasta ahora descubiertos en la zona más austral sean el cementerio de Nos en San José de Maipu y la fortaleza de Chena, ambos situados a menos de veinte kilómetros al sur de Santiago, la actual capital de Chile.

Los relatos de los cronistas de las guerras ecuatorianas mencionan con

frecuencia el uso de fuertes. Los arqueólogos han confirmado algunos de estos relatos al descubrir, por ejemplo, no menos de treinta y siete fortalezas en los Andes septentrionales ecuatorianos, aunque todavía no es fácil determinar la identidad de los constructores de esas edificaciones, donde se ha encontrado tanto cerámica incaica como preincaica.

En lo que se refiere a la propia región del Cuzco, se ha estudiado inicialmente una serie de emplazamientos en las cumbres de los alrededores de la que sería la capital incaica que contienen cerámica Killke, fechada ya a partir de 1000 d.C.; uno de estos centros está situado literalmente dentro del recinto de la gran fortaleza de Sacsahuamán, que protegía el Cuzco. Como hemos visto antes, las excavaciones recientes sugieren que alguna forma de presencia incaica puede haberse establecido en la región antes de la fecha tradicional de su llegada, aunque no necesariamente localizada dentro de la ciudad del Cuzco.

En muchas regiones las fortificaciones formaban una parte tan integral de la infraestructura militar que su importancia en tiempos incaicos podría ser casi comparable a la de los castillos en la guerras europeas medievales. Aunque prácticamente no se han encontrado verdaderos fuertes en la región de la frontera oriental de Perú, se han hallado emplazamientos defensivos en el noroeste argentino, una región que proporciona escasos datos históricos, aunque no es del todo claro hasta qué punto podría tratarse de puestos fronterizos.

Como hemos visto, los relatos de los cronistas de las guerras de los dos últimos grandes emperadores incas tienden a centrarse en las agotadoras campañas que emprendieron contra los fieros pueblos de Ecuador, con muy escasas referencias a otras campañas importantes. El asedio y la captura de fortalezas en Ecuador se narran a menudo de forma vívida, pero la localización de tantas fortalezas en los Andes septentrionales ecuatorianos otorga ahora cierta autenticidad al alcance de esta guerra de asedio, tal como fue descrita por los cronistas.

Huáscar y Atahualpa

Cuando los conquistadores españoles llegaron, encontraron el imperio incaico todavía inmerso en la convulsión que marcó el trágico epílogo de sus grandes realizaciones.

A la muerte de Huayna Cápac, se dio otra vez una pugna de poder entre los elementos rivales. Un hijo legítimo de Huayna Cápac, Huáscar, fue debidamente coronado en el Cuzco y escoltado nada menos que por otros cuarenta hijos del monarca fallecido. Sin embargo, una profunda rivalidad prevaleció entre Huáscar y Atahualpa, al cual se le considera por lo general como un hijo ilegítimo de Huayna Cápac. Atahualpa inicialmente no hizo ningún esfuerzo para apoderarse del trono, pero la enemistad de los dos hermanos se intensificó como consecuencia de la matanza de muchos

nobles partidarios de Atahualpa que acompañaban el cuerpo de Huayna Cápac al Cuzco.

Estalló una guerra en la que las fuerzas de Huáscar triunfaron inicialmente; su general Atoc marchó hacia el norte a Ecuador, ocupó Tumebamba y capturó a Atahualpa. Este último, sin embargo, logró escapar milagrosamente excavando un agujero en un muro con una barra de plata que le dio una importante dama a la que se le permitía visitarlo. ¡Ay!, los españoles mostrarían ser carceleros más eficientes.

Después de su liberación, Atahualpa reunió una gran fuerza y derrotó a Atoc en Ambato (al sur de Quito). El ejército de Atahualpa marchó entonces hacia el sur y combatió en una serie de batallas con las fuerzas de Huáscar, cuyo propio reinado terminó finalmente de forma trágica. Despertado de su modorra de beodo al mediodía y advertido de que los generales de Atahualpa, Quizquiz y Calcuchimac, se aproximaban al Cuzco, Huáscar en persona reunió precipitadamente un gran ejército. Pero su conducción fue tan inepta que acabó derrotado y hecho prisionero, siendo posteriormente ejecutado por su escolta por orden de Atahualpa.

Pero, como veremos en el capítulo final, el triunfo de Atahualpa fue efímero. En el mismo momento que estaba celebrando en Huamachuco las noticias de la captura de Huáscar, recibió las portentosas nuevas del desembarco de un pequeño grupo de exóticos seres que ya marchaban tierra adentro.

7. LA CIUDAD SAGRADA

EL PUMA EN LA MONTAÑA

Al describir el Cuzco, Garcilaso de la Vega dice que los incas «tuvieron toda aquella ciudad por cosa sagrada y fue uno de sus mayores ídolos».[1] El Cuzco era pues, en cierto sentido, una huaca, dotada de una especial santidad, que representaba para los incas tanto un concepto como una ciudad; se la figuraron con frecuencia como un puma, recostado sobre su flanco derecho, mientras que la gran fortaleza de Sacsahuamán formaba su cabeza, el río Tulumayo su lomo, y su cola se dibujaba a partir de la unión de este río con el río Huatanay. Según el cronista Juan de Betanzos, la parte suroeste de la ciudad era llamada Puma Chupán, que significa «la cola del puma».

El Cuzco era en sentido estricto el corazón del reino, lo que formaba parte de su aura simbólica, pues de su centro irradiaban cuatro caminos que llevaban a los cuatro *suyus* o partes del imperio, llamado en quechua con el nombre colectivo de Tahuantinsuyu.

El Cuzco de la época imperial, tal como lo vieron los invasores españoles, fue creado esencialmente por Pachacútec, aunque sus sucesores realzaron más su esplendor. No se conservan planos ni mapas del Cuzco prehispánico, pero algunos de los primeros españoles que vieron la ciudad dejaron constancia de sus impresiones. Describieron una ciudad refinada y esplendorosa, a la vez que retenía algún toque primitivo: los templos estaban ricamente decorados de oro, pero cubiertos con techos de paja. Como muestra, se puede citar el gran palacio de Casana, donde el conquistador Francisco Pizarro se alojó inicialmente, que tenía dos torres de piedra finamente labrada coronadas por techos de paja. Existían tejas de pizarra en Perú, pero los incas continuaron utilizando paja sobre un armazón de madera. La parte central del Cuzco, con sus estrechas calles serpenteantes, poseía cierta grandeza sombría, pero carecía de los panoramas monumentales destinados a realzar el esplendor de otras ciudades imperiales. Sin embargo, el visitante actual no puede evitar sentir que en sus calles estrechas y angostos callejones se acerca más al auténtico pasado e incluso aprecia más cómo podría haber sido real-

1. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, 2 vols., Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976, vol. 2, lib. VII, cap. VIII, p. 103.

mente el antiguo Cuzco, que al ver los vestigios de otras ciudades imperiales del Viejo Mundo, o incluso de Tenochtitlán, donde la metrópoli española fue edificada sobre las ruinas de la ciudad azteca.

Para hacernos una idea se puede citar al antiguo visitante del Cuzco Pedro Sancho de la Hoz, quien, aunque impresionado por la arquitectura de las grandes casas de piedra, subrayó la estrechez de las calles y las describe como «[h]echas ... en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua revestido de piedra. La falta que tienen es el ser angostas, porque de un lado del caño sólo puede andar un hombre a caballo y otro del otro lado».[2]

Pese a los comentarios de De la Hoz, los españoles, acostumbrados a las ciudades medievales de apretada estructura que conservaban algunos rasgos moros, intentaron hacer pocos cambios en el plan original, a excepción de reducir el gran espacio abierto formado por las dos plazas principales de Aucaypata y Cusipata.

Además de la división en cuatro *suyus*, formada por los cuatro caminos convergentes, la ciudad estaba dotada de un curioso sistema de líneas ideales llamadas *ceques*, que partían como los radios de una rueda de un eje central: el recinto del gran templo del Coricancha. El sistema de *ceques* se ajustaba a una tendencia andina a expresar conceptos en términos lineales, presente en Nazca y presente también entre muchos grupos andinos, incluidos los pueblos aimaras de la región del lago Titicaca.

En total había 41 *ceques* o líneas ideales en el Cuzco, que salían principalmente del Coricancha, el templo del sol. El doctor Tom Zuidema es el autor de importantes estudios que destaca la extrema complejidad del sistema. Sobre los 41 *ceques* se situaban no menos de 328 *huacas* o piedras sagradas, junto con numerosos santuarios. Los *ceques* no sólo fueron importantes en la religión incaica, sino también esenciales para el sistema del calendario. Un aspecto desconcertante es el carácter evidentemente arbitrario de su relación con las *panacas*, las familias de los reyes difuntos, puesto que la *panaca* de Pachacútec estaba dotada generosamente, mientras que la de su sucesor Túpac Yupanqui estaba identificada con un solo *ceque*.

Los dos Cuzcos

Para el trazado y para la concepción general del Cuzco fue fundamental la existencia de dos mitades en la ciudad, Hanan (alto) y Hurin (bajo) Cuzco, este último situado en la parte sureste en el área donde los ríos Tuluma-

2. «Relación para S. M. de lo Sucedido en la Conquista y Pacificación de estas Provincias de la Nueva Castilla y de la Calidad de la Tierra después que el Capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a su Magestad la Relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del cacique Atabalipa», en *Los cronistas de la conquista*, Horacio Urteaga, ed., Desclée de Brouwer, París, 1938, pp. 176-177.



yo y Huatanay se juntan. Como hemos visto, Manco Cápac y su sucesor inmediato residieron en el recinto del templo del Coricancha, situado en Hurin, mientras que la división en dos mitades fue atribuida a Inca Roca, el sexto soberano. Desde entonces los incas vivieron en Hanan, donde cada uno levantó su propio palacio. Edificados a una escala grandiosa, estos palacios incluían patios donde podían recibir hasta 3.000 personas. Estaban provistos con complejas cañerías, y cada palacio tenía sus propios baños con agua caliente y fría que fluía a través de canales de piedra.

Dicha división en Hanan y Hurin, lejos de ser una innovación, estaba muy extendida por muchas regiones, tan alejadas una de otra como los señoríos lupacas del lago Titicaca y la sierra del Ecuador central. Aunque algunos académicos sugieren que los incas podrían haber impuesto el sistema en algunas zonas de su vasto dominio, donde no había existido antes, éste,

como otros muchos aspectos de su régimen, parecía provenir de tiempos preincaicos.

La división del Cuzco en dos mitades está en la propia base de su sistema de gobierno, ya que desde la época de Inca Roca en adelante Hanan Cuzco asumió cierta primacía en la guerra y el gobierno secular, mientras que Hurin, donde estaba el Coricancha junto con numerosos templos y santuarios, era la sede de la jerarquía religiosa.

La división en Hurin y Hanan ha llevado a algunos autores a plantear la pregunta de si había dos Cuzcos, alto y bajo, que podrían haber estado gobernados por dos dinastías, como ocurrió, por ejemplo, entre los lupacas, que en la época de la *Visita* de Garci Díez de San Miguel en 1567 estaban todavía divididos en dos mitades, Hanansaya y Hurinsaya, gobernadas respectivamente por dos curacas llamados Cari y Cusi. En el Cuzco, pese a la primacía política de Hanan, la jerarquía tradicional de Hurin Cuzco mantenía claramente mucha influencia, ejercida por ejemplo en su apoyo a Huáscar en la guerra civil contra Atahualpa justo antes de la conquista.

Para la reconstrucción del Cuzco emprendida por Pachacútec fue fundamental un ambicioso programa de obras públicas, centrado en la canalización de los dos ríos, cuyos desbordamientos en la estación lluviosa eran una constante amenaza, ya que con frecuencia inundaban la ciudad. El cronista Juan de Betanzos describe la compleja infraestructura. Una vez estudiado el problema en detalle, Pachacútec convocó a los señores locales y les ordenó reunirse en el Cuzco con grandes provisiones y muchos trabajadores. La obra implicaba un proceso de canalización que llegaba hasta Mohina, punto situado cuatro leguas más abajo de la confluencia entre los dos ríos. Se necesitaron grandes cantidades de piedra tosca para completar la tarea. Siguiendo la tradición local, estos trabajos fueron precedidos por cinco días de ayuno ritual; después de que la obra estuvo concluida se iniciaron nuevas festividades que se prolongaron por seis días y representaron un abundante consumo de chicha y de coca, acompañado del ofrecimiento de regalos.

Como hemos visto, Pachacútec reconstruyó el gran recinto del templo de Coricancha, que también había servido de residencia a los primeros incas, cuyo culto era un elemento esencial del santuario. Del Coricancha queda actualmente un muro curvo en el lado oeste de la iglesia de Santo Domingo. Los primeros españoles en llegar al Cuzco encontraron los edificios del templo aún revestidos de oro, que debieron arrancar por sí mismos con barretas de cobre, puesto que ningún indio se prestaba a ayudarles. En total, 700 planchas del Coricancha que pesaban unos dos kilos cada una fueron incluidas en el oro enviado al norte.

La cantería a hiladas de los muros del Coricancha consiste en piedras labradas en forma rectangular colocadas en hileras horizontales regulares. Otro ejemplo adicional de este complejo proceso se puede apreciar todavía en el Acllahuaci, la casa de las escogidas del Inca, que es actualmente el convento de Santa Catalina. A todo visitante del Cuzco se le muestra la piedra de Hatun Rumiyoc, que forma parte de una edificación levantada encajando

exactamente bloques de piedra poligonales, una forma de construir utilizada por los incas para sus edificios principales; la famosa piedra tiene no menos de doce ángulos en su cara exterior. En este complejo sistema de cantería poligonal las piedras simplemente se entrelazan al hacer encajar la parte convexa de una exactamente con la forma cóncava de la otra. Tal destreza para labrar la piedra recuerda la técnica empleada en antiguas épocas en el lago Titicaca y en particular las grandes ruinas de Tiahuanaco.

Aunque su finalización fue obra de sucesivos soberanos, la fundación de la gran fortaleza de Sacsahuamán también exigió de Pachacútec un gran despliegue organizativo. Cieza de León escribe que la tarea básica necesitó el trabajo de 20.000 hombres, quienes trabajaban sólo por un período limitado, después del cual eran relevados por otros. Cuatro mil hombres picaban piedra, mientras seis mil la llevaban al lugar designado y otros cavaban los profundos cimientos. Los trabajadores fueron alojados en edificios cercanos, cuyos muros eran todavía visibles en tiempos de Cieza, quien se refirió al gran tamaño de los bloques de piedra, muchos de los cuales pueden verse hoy en día. Además confirma que Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac e incluso Huáscar continuaron la obra.

El visitante actual puede compartir el asombro de los primeros visitantes españoles ante el hecho de que piedras tan enormes hayan sido transportadas hasta el Cuzco desde una distante cantera y luego reunidas en un complejo rompecabezas, todavía parcialmente visible, aunque los geólogos modernos están en desacuerdo con Garcilaso y Cieza y sugieren que la mayor parte del material para Sacsahuamán fue extraído a cien metros al norte de la misma montaña. El edificio fue edificado para servir como almacén y como fortaleza, y los españoles se quedaron atónitos por las enormes cantidades de finas joyas, oro y plata que encontraron allí. Era también importante como santuario, pues servía como templo del sol casi rival del Coricancha.

Esencial para el trazado general de la ciudad era el gran espacio abierto creado por las dos plazas contiguas: Aucaypata y Cusipata. Hoy se ha edificado en el área de Cusipata, mientras que Aucaypata se ha convertido en la Plaza de Armas que ha quedado como la plaza principal de la ciudad actual. Originariamente Aucaypata estaba reservada para las principales festividades religiosas, mientras que Cusipata era el escenario de ceremonias y desfiles militares. Muchos palacios de los gobernantes de Hanan se edificaron en Aucaypata. En el lado norte estaba Cuyusmanco, situado donde ahora se levanta la catedral; en este edificio se refugiaron los españoles durante la rebelión de Manco Inca. Al lado noroeste de la plaza había dos grandes estructuras, Casana y Coracora. Casana era el palacio más grande, se cree que edificado por Pachacútec, y cuya característica sobresaliente era un gran cobertizo sostenido por columnas de madera; Garcilaso de la Vega, que nació en 1539, lo vio cuando era niño: «En muchas casas de las del Inca había galpones muy grandes ... En la ciudad del Cuzco alcancé a ver cuatro galpones de éstos, que aún estaban en pie en mi niñez ...

el mayor era el de Casana, que era capaz de tres mil personas».[3] El gran galpón de Casana fue destruido después en la época colonial para hacer sitio para tiendas y portales. En el lado opuesto de la plaza estaba el palacio de Huayna Cápac, Amaru Cancha, con una gran entrada de mármol multicolor. Sancho de la Hoz lo describe como el más impresionante de los palacios de la plaza. La bella iglesia rosada barroca de la compañía de los jesuitas ocupa ahora su lugar.

Al describir los edificios del Cuzco céntrico, el corazón de la ciudad, es importante tener en cuenta que sólo la nobleza y sus servidores, los *yanas*, junto con los miembros de la jerarquía religiosa, tenían el privilegio de vivir dentro de sus límites.

Varios cronistas confirman que a los incas de privilegio, en contraste con los *orejones*, o nobles de cuna, no les era permitido residir en el centro del Cuzco. Vivían fuera del triángulo limitado por los dos ríos; sus residencias, más simples que aquellas del Cuzco céntrico, estaban separadas de éste por un tramo de campo abierto. A diferencia de las mansiones de piedra de la antigua nobleza, Cieza dice que sus casas estaban hechas de madera y paja y hoy casi no quedan vestigios de ellas. Cieza hace el comentario probablemente sorprendente de que la mayoría de la ciudad estaba habitada por *mitimaes*, aquellos innumerables colonos traídos de las provincias conquistadas, después de que muchos habitantes nativos del extrarradio del Cuzco hubieran sido transferidos a regiones más remotas como medio de establecer un firme control inca sobre los pueblos recientemente conquistados.

De modo que el extrarradio del Cuzco era una extensa área de viviendas habitadas por incas de privilegio y un sinnúmero de artesanos y especialistas. Las estimaciones de la población total son muy variables; mientras que el centro de la ciudad, donde residía la elite, evidentemente no era grande, pues según algunos cálculos contenía unas 10.000 casas, el conquistador Sancho de la Hoz calculaba que en todo el valle del Cuzco había 100.000 casas, pero esa cifra puede haber incluido muchas viviendas situadas incluso mucho más allá de los límites del extrarradio.

Los dioses del Cuzco

Viracocha, como hemos dicho, era la divinidad creadora originaria. Estrechamente asociada a las orillas del lago Titicaca, salió de éste cuando todo era oscuro y creó o recreó el Sol y la Luna. Mató entonces a los habitantes anteriores y formó nuevas personas de la piedra, entre los cuales estaban los flamantes incas, a quienes condujo al valle del Cuzco.

3. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, 2 vols., Caracas, 1976, vol. 2, lib. 6, cap. IV, p. 16.

Los cronistas atribuyen sin discusión a Viracocha el papel de creador de todas las cosas. Pero ofrecen interpretaciones bastante enigmáticas respecto a si éste retuvo el rango de deidad suprema, o bien cedió el control del mundo que había creado a los dioses celestes, entre los cuales el principal era Inti, el sol, adorado como antecesor divino de la dinastía inca.

Es difícil lograr una comprensión clara de la religión incaica, ya que dependemos de los escritos de sacerdotes y conquistadores del siglo XVI, obsesionados con la salvación del mundo pagano por medio del cristianismo, una idea totalmente extraña a sus informantes nativos. Aquellos estaban, por tanto poco dispuestos a explorar las sutilezas del pensamiento religioso incaico, y sus crónicas tendían a reinterpretar y occidentalizar las ideas recogidas de unos informantes ajenos por completo a ellos. En consecuencia prevaleció la tendencia a encasillar a las deidades andinas y a considerar a cada dios o diosa como asociado con ciertas funciones específicas, ligadas a facetas muy definidas de la vida humana.

John H. Rowe es el principal entre los académicos que han intentado interpretar los relatos de los cronistas. Sostuvo que el mito inca de creación es una compilación tardía, introducida en la religión por Pachacútec como parte de un proceso de reforma religiosa que tendió a modificar la función de su deidad tribal, Inti, el cual fue así reducido al papel de un simple hijo del creador supremo. Otros académicos, por el contrario, tienden a subrayar la supremacía de Inti y a describir a Viracocha como poco más que un «dios creador ocioso».

Sin embargo, como ha insistido Arthur Demarest en su estudio del dios superior andino, parece que las ceremonias más espléndidas estaban dedicadas a adorar al sol antes que a Viracocha, y el sacerdote de Inti, el sol, presidía todos los rituales importantes. El propio inca confesaba sus pecados no a Viracocha, sino directamente al dios sol, quien es descrito en general como el padre de los incas. Además, fue Inti el que inspiró el culto del inca como conquistador y propietario titular de los vastos dominios en cuyos centros principales los incas invariablemente construían un templo para adorar al sol.

En todos los relatos se asigna un lugar importante en el panteón inca a Illapa, el dios del trueno o del clima, el cual en su papel de dador de la lluvia fue sumamente venerado y a cuyo culto se dedicaron muchos templos. Su imagen estaba expuesta junto a la de Inti en la gran plaza del Cuzco y su efigie se llevaba en procesión sobre andas recubiertas de oro.

Casi todos los cronistas dicen que el dios creador, el dios sol y el dios trueno compartían el altar mayor del templo del sol en el recinto del Coricancha. Huamán Poma los dibuja juntos sobre el altar; además sus imágenes siempre aparecían en las principales ceremonias religiosas.

Al menos en teoría, la jerarquía incaica estaba dotada con una gran riqueza en tanto propietaria de una parte de las tierras de cada provincia conquistada. Al frente de esta jerarquía estaba el sumo sacerdote del Coricancha, el centro del culto imperial, donde Pachacútec colocó las estatuas de

antiguos soberanos sentados en tronos de oro. Estos restos momificados eran celosamente guardados por sus *panacas*.

Como parte de la reforma religiosa, Pachacútec también había introducido el culto al «sol niño», a quien dedicó otra magnífica estatua de oro macizo,* albergada en un templo propio.

Las vírgenes del sol, llamadas *acllacona* en quechua (que significa simplemente «escogidas»), eran esenciales para el funcionamiento del centro ceremonial. El nombre es acertado ya que el proceso de selección era riguroso. Durante un noviciado de tres años aprendían a realizar tareas prácticas, como cocinar e hilar; cuando llegaban a los quince años más o menos, el sumo sacerdote, acompañado por el inca en persona, iba al templo y les ordenaba escoger entre casarse con un noble o dedicarse al servicio del sol.

En todas las provincias, cada centro inca importante tenía su convento de *acllacona*, sometido a la autoridad de una mujer respetada por su calidad de prometida del dios sol. El más grande de estos establecimientos, el del centro ceremonial del Cuzco, tenía más de mil quinientas mujeres. Entre sus muchas tareas estaba la preparación de la comida ritual y de la chicha, bebida consumida en grandes cantidades durante las fiestas. Las delicadas prendas tejidas por estas mujeres estaban destinadas al soberano y a su familia, así como a los principales sacerdotes; algunas se usaban en ritos sacrificiales. Una estricta castidad les fue impuesta a las vírgenes del sol; si quebrantaban esta regla, se las enterraba vivas.

RITUALES INCAICOS

Las vírgenes del sol desempeñaban un papel principal en el ceremonial incaico, del cual quedan vívidos relatos, algunos provenientes de testigos presenciales españoles. Se dice que fue Pachacútec el creador del ceremonial incaico en su versión más espectacular; bajo su dirección fue rediseñado el calendario de ritos mensuales de manera que escenificara la vida espiritual del pueblo y reforzara el culto imperial.

Fundamental para su propósito era la ceremonia inaugural que tenía lugar en diciembre, llamada Cápac Raymi (gran fiesta), que comprendía rigurosas pruebas de resistencia como preludio a la iniciación de los jóvenes nobles.

Tras agotadoras noches a la intemperie en las faldas heladas de un pico cercano, los jóvenes bajaban al Cuzco, donde, después de haber realizado una danza especial, eran azotados en los brazos y piernas por sus parientes más experimentados. Sólo al decimocuarto día subían de nuevo a las faldas de otra montaña. A esta subida seguía una veloz carrera cuesta abajo que a

* El Punchao. *(N. de la t.)*

veces provocaba mutilaciones o incluso muertes. El mismo proceso se repetía dos veces, el extraño ritual de ascenso y descenso de las cuatro montañas quizá simbolizaba la división cuatripartita del Tahuantinsuyo. El día vigésimo primero los jóvenes eran ataviados lujosamente y se les agujereaba los lóbulos de las orejas para insertarles allí las orejeras; con esta ceremonia se les confería formalmente el título de *orejones*.

La fiesta más suntuosa era el Inti Raymi, dedicada a celebrar la cosecha del maíz en junio. Los españoles, como parte de su política de apaciguar al gobernante títere, Manco Inca, antes de que éste finalmente se rebelara, permitieron a los incas realizar algunas de sus grandes ceremonias, las cuales habían sido inmediatamente suprimidas en México después de la conquista. Por tanto disponemos de una descripción del Inti Raymi de Cristóbal de Molina, un clérigo español. Después de los primeros sacrificios realizados por el propio inca, se sacaban las estatuas o momias de los antiguos soberanos y se colocaban bajo finos toldos de pluma. Iban acompañadas de orejones ricamente ataviados con mantos y túnicas de plata. Cuando el sol salía, comenzaban a cantar en magnífica armonía y al unísono. El inca, sentado en un taburete bajo un dosel, era el primero en dar la voz.

En palabras de Cristóbal de Molina:

> ... y en todo ese tiempo le hacían grandes ofrecimientos; en una parte, en un terraplén donde estaba un árbol, estaban indios que en un gran fuego no hacían sino echar carnes y quemarlas allí y consumirlas en el fuego, y en una mandaba el Inga echar cantidad de ovejas [llamas] a los indios comunes y pobres a la rebatiña, lo cual era cosa de gran pasatiempo. A las ocho del día, salían del Cuzco más de doscientas mujeres mozas cada una con su cántaro nuevo grande de más de arroba y media de chicha, embarrado con su tapadera, los cuales todos eran nuevos y un mismo embarramiento, y venían de cinco en cinco y con mucha orden y concierto, esperando de trecho en trecho; ofrecían aquellas al sol muchos cestos de una yerba que ellos comen que se llama *coca* en su lengua, que es hoja a manera de arrayán; y tenían otras muchas ceremonias y ofrecimientos que sería largo de contar; baste que ya, cuando a la tarde el Sol se quería cubrir, ellos, en el canto y en sus personas, mostraban gran tristeza por su ausencia y enflaquecían de industria mucho las voces, y ya cuando del todo se entraba el Sol que se desaparecía a la vista de ellos, hacían una gran admiración, y, puestas las manos, le adoraban con profundísima humildad y alzaban luego todo el aparato de la fiesta y se quitaba la toldería y cada uno se iba a su casa y tornaban aquellos bultos y reliquias pésimas a sus casas y adoratorios, y así por la misma orden, vinieron ochos o nueve días arreo. Y es de saber que aquellos bultos de ídolos que tenían en aquellos toldos, eran de los Ingas pasados que habían señoreado el Cuzco; cada uno tenía allí gran servicio de hombres que todo el día les estaban mosqueando con unos aventadores de plumas de cisnes de espejuelos y sus mamaconas, que son como beatas; en cada toldo había como unos doce o quince. Pasadas todas las fiestas, en la última llebavan muchos arados de mano, los cuales, antiguamente, eran de oro, y hechos los oficios, tomaba el Inga un arado y comenzaba con él a romper la tierra, y lo mismo los demás

> señores para que de allí en adelante en todo su señorío hiciesen lo mismo; y siempre que el Inga no hiciese esto no había ya quien osase romper la tierra ni pensaban que produjese si el Inga no la rompía primero...[4]

El ritual de roturar la tierra realizado por el inca era un medio de afirmar su autoridad personal sobre todos sus dominios. El sacrificio era fundamental en el ceremonial incaico. Las ofrendas más comunes eran las de llamas y de cuyes (conejillos de Indias), ofrecidos en abundancia a muchas huacas. Las llamas de color marrón eran ofrecidas a Viracocha, y las llamas y alpacas blancas, al sol. El sacerdote conducía al animal alrededor de la imagen, después le giraba la cabeza hacia el dios y le cortaba el cuello. También se solían presentar alimentos y chicha como ofrendas rituales a las *huacas* y a las momias de los antiguos soberanos.

El sacrificio humano, muchas veces considerado como monopolio de los antiguos mexicanos, no era infrecuente. En algunos casos, cuando una nueva provincia era conquistada, se llevaban al Cuzco a unos cuantos de los habitantes más agraciados para ser ofrecidos al sol en agradecimiento por la victoria. Aunque el sacrificio casi no se practicaba en forma masiva, hombres, mujeres y sobre todo niños eran sacrificados cuando era necesario realizar una invocación especial a los dioses; esto podía ocurrir si se iniciaba un nuevo reinado, si el soberano estaba muy enfermo, si ocurría un terremoto o si alguna otra calamidad amenazaba al imperio. En las provincias remotas el sacrificio humano también se practicaba. Los templos incaicos necesitaban niños; tenían que ser físicamente perfectos, sin marcas ni cicatrices. Antes del sacrificio eran agasajados para que no murieran hambrientos ni descontentos, y a los mayores con frecuencia se los embriagaba. Algunos eran enterrados vivos, pero la mayoría debían dar tres vueltas alrededor de la imagen del dios, después de lo cual les cortaban la garganta o les arrancaban el corazón, que aún palpitante era ofrecido al dios. Los cuerpos eran enterrados en cementerios especiales junto a santuarios importantes como Pachacámac, cuyo contenido ha sido estudiado por los arqueólogos. El sacrificio, principalmente de niños y llamas blancas, tenía también propósitos adivinatorios, un elemento clave de la práctica religiosa incaica. Los incas creían en la necesidad de consultar a las fuerzas sobrenaturales antes de iniciar una empresa importante, particularmente en relación con las operaciones militares. Con tales fines se utilizaban algunos santuarios importantes, incluidos el de Pachacámac y también el de Apurímac, situado a las orillas del río Apurímac cerca del Cuzco.

La adivinación para asuntos cotidianos se hacía observando los movimientos de culebras y arañas. Según Bernabé Cobo, en el centro y norte de Perú, cuando un adivino era consultado, abría una gran vasija que contenía

4. «Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú atribuidas a Cristóbal de Molina, el almagrista», en *Crónicas de interés indígena*, Atlas, Madrid, 1968, pp. 92-83 (Biblioteca de Autores Españoles, 209).

una araña viva; si una de sus patas estaba doblada era un mal augurio. Los malos augurios tendían a sobrepasar a los buenos. Los eclipses y las estrellas fugaces predecían desastres, como la muerte de un soberano. Cuando un cometa apareció durante la captura de Atahualpa en Cajamarca, éste concluyó (sin equivocarse) que su fin se acercaba. Se creía que incluso fenómenos naturales como el graznido de una lechuza o el aullido de un perro predecían la muerte de algún pariente.

Tropezar con serpientes, lagartos, arañas, sapos e incluso gusanos grandes era un mal augurio. Si se encontraba una serpiente en una casa, el propietario la mataba, orinaba sobre ella y luego la aplastaba con su pie izquierdo para alejar el mal.

La concepción del más allá, generalmente tan esencial para la práctica religiosa, era vaga. Las personas virtuosas iban a vivir con el sol en los cielos; mientras que los pecadores iban al interior de la tierra, donde no tenían alimento sino piedras. Los nobles, no obstante, se ahorraban tales privaciones y teóricamente iban al cielo con independencia de sus virtudes.

EL SAPA INCA

El soberano, oficialmente llamado sapa inca, dominaba tanto los asuntos espirituales como los terrenales. Pero, a pesar de su encumbrada posición, el proceso por el cual llegaba hasta ella estaba bastante mal definido. La mayoría de los cronistas, imbuidos de la noción europea de primogenitura, supuso erróneamente que el hijo mayor del soberano era el heredero legal.

El estudioso polaco Mariusz Ziolkowski deduce de los datos disponibles que en los tiempos más antiguos el sumo sacerdote, como portavoz del sol, era directamente responsable de escoger al nuevo soberano, cuya elección tenía lugar en el Coricancha. A la pregunta de quién a su vez elegía al sumo sacerdote, no existe una respuesta clara. Pero según el mismo autor, después de la reforma religiosa de Pachacútec, los papeles quedaron invertidos: el sumo sacerdote fue desde entonces designado por el soberano, mientras que la elección del soberano correspondía simplemente a los «señores del Cuzco», que escogían al más apto entre la parentela del último inca.

Cuando el imperio se expandió, cada sucesión estaba marcada por una lucha por el poder. El número de candidatos potenciales al trono estaba teóricamente limitado a los hijos de una sola esposa real, llamada *coya* (reina), que hacia finales del imperio solía ser hermana del nuevo soberano, con el cual se casaba el día en que éste recibía la borla real.* Sin embargo, algunas *coyas* no dieron herederos, mientras que otras tenían varios hijos que se convertían en candidatos rivales, lo que generaba una encarnizada lucha por el poder cuando el trono quedaba vacante.

* *Mascapaycha*. (*N. de la t.*)

Se introdujo un procedimiento adicional para eliminar el conflicto: la adopción de un heredero como correinante durante la vida del soberano. Pero esta práctica tendió a fracasar, pues los soberanos podían cambiar de opinión y sustituir con un segundo inca correinante al primer elegido, fomentando así la posibilidad de un enconado conflicto entre los sucesivos incas correinantes a la muerte del padre. Pachacútec, por ejemplo, eligió a Amaru Yupanqui, pero después puso a Túpac Yupanqui en su lugar. Éste, que era el candidato favorito de la jerarquía militar y no de la religiosa, se enfrentó después de su ascenso al trono a una rebelión palaciega, fomentada entonces por otro de sus hermanos. El propio Túpac Yupanqui nunca designó un inca correinante oficial pero alteró su elección original de heredero, nombrando ya en su lecho de muerte a Titu Cusi, hijo de su esposa-hermana Mama Ocllo. Titu Cusi sólo después de una implacable lucha se impuso y ocupó el trono, asumiendo el nombre de Huayna Cápac.

De aquí resulta claro que las disputas por la sucesión no se limitaron al caso final y más desastroso: la guerra civil entre Atahualpa y Huáscar; este último era en cierta medida la opción preferida de la jerarquía religiosa del Bajo Cuzco, mientras que Atahualpa era el favorito de los ejércitos norteños.

Pese a tales obstáculos iniciales, el monarca incaico, una vez debidamente entronizado, era un gobernante absoluto, cuya autoridad era incuestionable. Un aura de divinidad realzaba su papel como hijo del sol. Esta asociación con Inti, la deidad solar, era parte del culto que unía no sólo el imperio sino el universo entero, ya que se concebía al Tahuantinsuyo en correspondencia con el mismo universo.

La insignia formal de autoridad del inca, equivalente a la corona europea, consistía en una banda trenzada multicolor anudada varias veces alrededor de la cabeza, de la cual colgaba una fleco rojo con borlas unidas a canutillos de oro. En ocasiones importantes, el inca, como parte de sus insignias, llevaba una porra con una cabeza en forma de estrella hecha de oro. Viajaba en una litera con un cortejo inmenso y su dignidad exigía que avanzara de manera muy pausada, no más de diecinueve kilómetros diarios. Cualquier persona que deseara una audiencia, sin importar su rango, tenía que quitarse el calzado y colocarse un peso simbólico sobre la espalda; el monarca generalmente se sentaba detrás de un velo y sólo en ocasiones excepcionales recibía al visitante a cara descubierta.

La condición semidivina de los últimos soberanos se vio realzada por la presencia de un círculo protector de mujeres, incluidas las esposas secundarias, madres de numerosos hijos, muchos de los cuales desempeñaron un papel importante en los asuntos civiles y sobre todo militares. En la época de Atahualpa, según explicaba su hermana, Inés Yupanqui, las esposas del inca eran tenidas en tan alta estima que nadie se atrevía a mirarlas a la cara; no obstante, una esposa que cometiera cualquier falta era inmediatamente ejecutada.

En su relato sobre la conquista española John Hemming describe la fascinación de los españoles con estos elaborados rituales que formaban parte

de la refinada existencia del monarca inca, incluso cuando estaba cautivo. Citemos a Pedro Pizarro:

> Estando un día comiendo, que estas señoras ya dichas le llevaban la comida y se la ponían delante en unos juncos verdes muy delgados y pequeños, estaba sentado este señor en un dúo de madera de altor de poca más de un palmo [veinte centímetros]; este dúo de madera colorada muy linda teníanle siempre tapado con una manta muy delgada, aunque estuviese él sentado en él. Estos juncos ya dichos le tendían siempre delante cuando quería comer, y allí ponían todos los manjares en oro, plata y barro, y el que a él apetecía señalaba se lo trujesen, y tomándolo una señora de estas dichas se lo tenía en la mano mientras comía. Pues estando un día de esta manera comiendo y yo presente, llevando una tajada del manjar a la boca, le cayó una gota en el vestido que tenía puesto, y dando de mano a la india se levantó y se entró a su aposento a vestir otro vestido, y vuelto sacó vestido una camiseta y una manta pardo oscuro. Llegándome yo, pues a él, le tenté la manta, que era más blanda que seda, y díjele: «¿Inga, de qué es este vestido tan blando?». Él me dijo: «Es de unos pájaros que andan de noche en Puerto Viejo y en Túmbez, que muerden a los indios». Venido a aclararse, dijo que eran de pelo de murciélagos.[5]

En otra ocasión, Pedro Pizarro fue llevado a ver los almacenes reales, llenos de pectorales de cuero. Algunos almacenes contenían toda la ropa que el inca había descartado. Otros guardaban las esteras que habían colocado ante sus pies cuando comía, así como los huesos de animales y aves que había comido. Todo estos objetos tenían que ser quemados, puesto que a nadie le estaba permitido tocar cualquier cosa que hubiera sido tocada por los soberanos, como hijos del sol, y esos objetos tenían que ser reducidos a cenizas para luego lanzarlos al aire en esa forma.

La adulación al emperador llegó a extremos sublimes. Otro testigo, Juan Ruiz de Arce, recuerda que el inca no escupía en el suelo, pues una mujer extendía la mano para que él escupiera allí. Las mujeres recogían todos los cabellos que caían en su ropa y los comían, debido a que el inca temía que alguien lo embrujara mediante sus cabellos si no eran comidos. Tan profundo era el respeto que se tributaba al soberano, que incluso cuando estaba prisionero de los españoles los señores de muchas provincias se presentaban ante él besándole las manos y los pies. El inca se comportaba ante ellos de la manera más principesca, sin que el hecho de estar prisionero y haber sido derrotado menoscabara la majestad que había tenido antes.

Como el inca disfrutaba de una condición de semidiós, su muerte daba ocasión a complicados ritos en los que todo el imperio participaba. Se suponía que sus mujeres favoritas lo acompañarían en el otro mundo, de forma que se las embriagaba antes de estrangularlas. Su cuerpo cuidadosamente en-

5. Pedro Pizarro, «Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú», en *Crónicas del Perú*, 5 vols., Atlas, Madrid, 1965, vol. 5, pp. 186-187 (Biblioteca de Autores Españoles, 168).

vuelto era depositado en su palacio y puesto al cuidado de sus descendientes.

En virtud de esta concepción de la inmortalidad espiritual del inca, su sucesor sólo recibía el ejercicio del poder, no sus riquezas. Esta riqueza, al menos en la época de Pachacútec si no antes, quedaba, como hemos visto, inmediatamente encerrada dentro de su *panaca*, institución que incluía a sus parientes consanguíneos y a sus criados. La *panaca* comenzaba a funcionar tan pronto un gobernante moría; su momia, espléndidamente albergada, recibía un meticuloso cuidado durante el día, sus concubinas incluso le servían sus platos favoritos como si estuviera vivo. Sus plantaciones de coca seguían funcionando, y se seleccionaban las mejores hojas para el uso del antiguo soberano, mientras que los pastores continuaban llevando la cuenta de las llamas recién nacidas en sus rebaños. La momia real incluso tenía voz, que hablaba a través de los labios de sus representantes en forma de oráculo, así podía conversar con los vivos, brindar a la salud de otros gobernante fallecidos y en ocasiones invitarlos a su palacio a que le hicieran una visita.

El sistema de *panacas* creó muchos problemas, tanto políticos como económicos. Las enormes propiedades de las *panacas*, que comprendían muchas de las mejores tierras del valle del Cuzco, eran un fondo de riqueza congelado en el tiempo, inalienable y estancado. Para un nuevo soberano, esta riqueza era inviolable, y tenía que crear un patrimonio propio para subvenir sus necesidades y dotar a su propia *panaca* futura. Los medios por los que un inca reinante podía acumular tales riquezas no son claros; las tierras incaicas en todas las provincias eran de propiedad del estado más que propiedad personal y seguramente era difícil para el monarca obtener una propiedad privada cerca de su residencia, ya que gran parte de la mejor tierra alrededor del Cuzco, fuera de las propiedades de las *panacas*, pertenecía a los *ayllus* reales. El sistema de los *ayllus* del Cuzco comprendía no sólo estos once *ayllus* reales sino también otros, probablemente doce, que incluían a los incas de privilegio, los cuales vivían fuera del centro del Cuzco.

Es difícil definir el *ayllu*, un grupo de parentesco que existe todavía en el Perú actual, y los relatos de los cronistas no clarifican su papel. John H. Rowe, que rechaza la descripción de *ayllu* como clan, lo define como un grupo de parentesco por línea masculina cuya principal función es la propiedad de un territorio definido.

Los señores del Cuzco

Los cronistas se refieren con frecuencia a que la elección del nuevo soberano la realizaban los «señores del Cuzco», esto es, los *orejones*. Su posición era en este sentido única, ya que sólo estos nobles, junto con los *yanas* que los servían, podían vivir en la parte central de la ciudad; sólo ellos tenían derecho a usar una lujosa vestimenta y sus hijos se educaban en una escuela especial.

Los antecedentes de esta clase dominante no son totalmente claros. Pues-

to que el inca poseía una plétora de esposas secundarias, además de la esposa principal (la *coya*), cada uno podía tener una numerosa prole. Pero aunque todos los *orejones* eran teóricamente de sangre real, en el curso de unos pocos siglos los soberanos solos a duras penas habrían podido engendrar suficientes hijos para formar cuando mucho el núcleo de una fuerza capaz de conquistar un gran imperio. De ahí la importancia del papel de los incas de privilegio, que aunque no tenían sangre real, podían haber sido muy numerosos, sobrepasando con mucho a los *orejones* auténticos.

El papel de los *orejones* como jefes del ejército era muy notorio. Los parientes cercanos, fueran tíos, hermanos o hijos del inca, con frecuencia eran designados como generales en jefe y también como gobernadores provinciales. Sin embargo, aunque la distinción entre el ejercicio del mando militar y la administración civil era a menudo confusa, los *orejones* con seguridad dirigían el conjunto de la infraestructura imperial, que incluía cuestiones tales como la irrigación, la planificación de asentamientos y la construcción de caminos.

Los indicios sugieren que los puestos clave de gobierno estaban en manos de los *orejones*, aunque sin duda los incas de privilegio desempeñaban un papel importante en la administración. Pero cuando muchas veces las fuentes se refieren a los «señores del Cuzco» o a «los más grandes de la tierra» que deciden asuntos clave, en particular la sucesión al trono, presumiblemente se refieren a los *orejones*.

Las noticias sobre cómo funcionaba el estado incaico difícilmente son explícitas. Mientras que algunas fuentes hablan de un consejo de doce que asesoraba al monarca, las referencias más numerosas hablan de cuatro consejeros, uno por cada uno de los cuatro *suyus*, de cuyo consejo el inca dependía para las decisiones cruciales. Por lo visto éstos tenían poder para solucionar todas las cuestiones, excepto las más difíciles, sin consultar ni aun al inca, y desempeñaban un papel directriz en decidir cuándo se iba a la guerra.

Pero aparte de un círculo cerrado de asesores, estuviera éste formado por doce o cuatro *orejones* principales, era evidentemente necesario algún tipo de cuerpo administrativo central para controlar los dominios incas que se extendían por tan enormes distancias. Los autores modernos se refieren a menudo a éste como la «burocracia incaica», aunque el término derivado de la palabra *bureau*, que designa escritorio, apenas si retiene el mismo significado en un contexto en que la escritura y por tanto el papeleo estaban ausentes.

Debe tenerse en cuenta que, particularmente durante el reinado de Huayna Cápac, el inca en persona estaba guerreando en alguna zona remota de Ecuador o de Chile incluso, y muchas decisiones urgentes, que no podían ser remitidas al monarca, pese a la buena red viaria, debían ser tomadas en el Cuzco. Una rebelión, o quizá un desastre ecológico, por ejemplo en el Collao, requeriría acción inmediata, que implicaba quizá la movilización y el envío de ejércitos. Esto era complicado especialmente por un factor: a diferencia de ciertos imperios antiguos en los que el ejército se reclutaba sobre todo en

la región metropolitana, los incas realizaron numerosas levas de pueblos ubicados a lo largo y ancho de su extenso dominio. El despliegue a vastas distancias de tales fuerzas, y su llegada en el momento y lugar oportunos, debe haber implicado un trabajo de dirección militar de carácter complejo.

La infraestructura de caminos del sistema imperial también debía necesitar de un constante proceso de toma de decisiones en la capital, así como de personal preparado para diseñar planes pormenorizados. Aunque no han quedado archivos de planos o mapas, se plantea la cuestión de hasta qué punto podían tomarse decisiones a escala imperial sin documentos de este tipo, ya que casi parece fuera del alcance del cerebro humano el memorizar el conjunto del sistema caminero y todos sus detalles, incluido cada puente.

Un instrumento clave para el gobierno de las provincias fue el sistema decimal, que sería manejable seguramente sin la ayuda de los *quipus*, utilizados para registrar números, pero rara vez acontecimientos. Los indicios de los pormenores del funcionamiento del sistema son escasísimos, aunque Cieza de León afirma que en cada provincia residían unos funcionarios llamados *quipucamayos* que utilizaban los *quipus* para hacer la cuenta de los hombres y los recursos disponibles. Cieza cita como ejemplo los métodos a través de los cuales los *quipucamayos* de la provincia de Jauja mostraron su talento; así, a partir de sus registros en forma de nudos de los *quipus*, pudieron detallar las cantidades exactas de oro, plata, tejidos, alimentos y animales que los españoles habían extraído de esa provincia. Dotes semejantes sirvieron obviamente para tener un registro de guarniciones, almacenes y otros aspectos de la administración imperial, fuera militar o civil, y tales registros, no limitados a un marco meramente local, con seguridad requirieron un cuerpo central que coordinase los datos de cada provincia, un sistema en el cual tenían que basarse las decisiones del soberano (u otros, dado el caso de sus frecuentes ausencias). De esos aspectos de la administración incaica, de escaso interés para los cronistas españoles, apenas han quedado detalles.

La vida diaria en el Cuzco

Hasta aquí nuestro retrato del Cuzco se ha centrado en las clases privilegiadas, cuyo control sobre la organización militar y civil era absoluto. Casi toda la información de los cronistas se refiere mucho más a este tipo de personas que a las vidas de los habitantes comunes y corrientes.

Bernabé Cobo subraya que la elite no se restringía ni mucho menos a los incas de sangre:

> Tras éstos [los *orejones*], gozaban de las inmunidades y franquezas de hidalgos, en igual grado que los *orejones*, los gobernadores, capitanes, caciques y jueces del Inca con sus hijos; los cuales todos no sólo eran exentos de las contribuciones que pagaban la gente común, más antes tiraban gajes de su rey y

eran sustentados por el tributo de servicio personal que a ellos daban los mitayos y pecheros.[6]

No obstante esta estricta distinción que traza Cobo entre los ricos y «la gente común», menciona la existencia de muchas categorías diferentes entre esta última. En particular menciona a los artesanos, quienes, en premio a sus habilidades, eran privilegiados en algún sentido, pues seguramente recibían más que una persona promedio, que simplemente pagaba el tributo en forma de trabajo:

> En lugar de tributo trabajaban los oficiales en servicio del Inca, de la religión o de sus caciques, cada uno en el oficio que sabía, como en labrar ropa, oro y plata, en sacar estos metales de las minas y beneficiarlos; en hacer vasos de barro y de madera, y en los demás oficios.[7]

El cronista, sin embargo, continúa afirmando que a los artesanos se les proporcionaba herramientas e instrumentos, y que no invertían nada suyo excepto el trabajo manual.

Los *queros*, o vasos de madera, mencionados por Cobo, están entre las formas de arte inca más características, aunque en algunos aspectos tiende a parecer bastante vulgar comparado con el arte de las culturas peruanas más antiguas. Algunos *queros* fueron tallados en forma de cabeza de jaguar o puma y otros en forma de cabeza humana. La mayoría tenían incrustaciones de laca con diseños geométricos, distribuidos en zonas e incisos en la superficie. Se continuaron fabricando estos vasos de madera de estilo incaico durante la época colonial, representando no sólo indios con trajes hispánicos sino también españoles. Tal como observa John H. Rowe, los diseños de estos vasos eran magníficos y sus figuras de escenas de guerra, de caza, de expediciones a la selva, de danzas y festivales, de plantas y animales, ilustran casi todos los aspectos de la vida de ese período: ¡Rowe incluso los compara con la obra maestra de los códices mexicanos!

Aunque efectivamente el atractivo estético de esta cerámica es apenas comparable a la de algunas culturas más antiguas, las vasijas incaicas tardías, si bien poco imaginativas, son características. La alfarería inca tiene el grano fino, muy duro, y su superficie presenta un acabado muy pulido. Su decoración se caracteriza por la constante repetición de diseños geométricos: rombos, cuadrados y sombreados. Rara vez aparecen seres animados, a la vez que los colores son bastante oscuros predominando el rojo, el negro y el blanco. Esa cerámica, como hemos visto, estuvo ampliamente difundida en todo el imperio, ofreciendo al arqueólogo una prueba concreta de la extensión de éste.

6. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, en *Obras*, vol. 2, lib. 3, cap. 27, p. 119.
7. *Loc. cit.*



FIGURA 30. Vaso incaico o *quero* procedente de Ollantaytambo.

En contraste con el esplendor de los palacios y templos incaicos, las viviendas de los plebeyos eran tan simples que Bernabé Cobo afirmó que debían ser llamadas realmente cabañas o chozas antes que casas. Las paredes eran de barro, y en la costa, de adobe. No tenían ventanas ni chimeneas, el humo del fuego salía a través del techo cubierto de paja; la única entrada era baja y pequeña. En estas construcciones simples de una sola planta había una única habitación en la cual vivía, cocinaba y dormía toda la familia y cuyo suelo servía a la vez de mesa y cama. Las pieles de llama extendidas en la tierra y dobladas servían de lecho, una mitad como colchón y la otra como cubierta.

En estas modestas habitaciones, la familia rara vez se reunía antes del anochecer. Estaban dispersos debido a sus diversas ocupaciones o permanecían en cuclillas en el umbral. Las autoridades vigilaban estrechamente este austero modo de vida; las casas eran inspeccionadas por funcionarios dos veces al año, y la colgadura de la entrada tenía que estar abierta a la hora de las comidas, de forma que los inspectores pudieran verificar que se respetaran todas las reglas.

Los vestidos usados por el pueblo eran casi tan sencillos como sus casas.

En el frígido altiplano el vestido era una necesidad, mientras que en la costa se utilizaba sólo para cubrir algunas partes sensibles del cuerpo. El traje de hombre típico inca era un taparrabos y una túnica sin mangas, con un manto grande para el clima frío y ocasiones más formales. La túnica sin mangas consistía en una larga pieza de tela con un corte en el centro para la cabeza y llegaba casi hasta las rodillas. A mayor altitud estas vestimentas eran confeccionadas de lana de llama; una vez que se comenzaba a usar este traje a diario, se continuaba con él hasta que se gastaba.

Las mujeres usaban una túnica larga, sujeta con un cinturón y abierta a los lados para dejar libres las piernas al caminar; también utilizaban mantas grises, sujetas sobre el pecho con un alfiler largo. Hombres y mujeres iban generalmente descalzos, pero a veces utilizaban sandalias con suelas de cuero de llama, atadas con cordones de lana de brillantes colores.

Aunque las fuentes tienden a adscribir a las condiciones de vida de las masas trabajadoras cierta uniformidad, el mejor índice de la riqueza y prestigio de un hombre era quizá el número de esposas antes que el estilo de su vivienda. Pero la mayoría eran demasiado pobres para tener más de una esposa, ya que la poligamia era un atributo de la riqueza. En todos los casos, la primera esposa tenía prioridad sobre las esposas siguientes, muchas de las cuales eran cautivas de guerra que el inca obsequiaba a sus súbditos de más méritos. Estas esposas secundarias no podían ocupar el lugar de la primera esposa si ésta moría, pero si el esposo moría, las esposas secundarias podían ser heredadas por un hijo.

Las familias incas corrientes vivían en grupos para los cuales todavía se usa el término *ayllu*. En la sociedad indígena moderna, el *ayllu* consiste en un número de familias extensas no emparentadas que viven juntas en un área delimitada y que siguen ciertas reglas de rotación de cultivos. No hay duda de que existían sistemas comparables en tiempos antiguos, pero su naturaleza exacta es difícil de definir. Es importante tener en cuenta que en el extrarradio del Cuzco, más allá del centro tradicional y estrechamente agrupado, las condiciones no eran tan urbanas y el cultivo de la tierra disponible desempeñaba un papel importante en la vida de las personas. John H. Rowe insiste en que, como hemos visto, el *ayllu* en la época incaica no era exactamente un clan, sino una suerte de grupo de parentesco con, al menos en teoría, un antecesor masculino común y control sobre un territorio definido en el cual cada familia cultivaba una parte. En tiempos incaicos estas parcelas familiares eran redistribuidas cada año en conformidad con las cambiantes necesidades.

Bernabé Cobo al escribir sobre el matrimonio incaico reprueba la falta de interés en la castidad de la novia:

> ... no se puede bien explicar (ni conviene detenernos en hacerlo, sino pasar de corrida por tan hediondo senegal) el albañal de torpezas y deshonestidades en que como animales inmundos, se revolcaban y recreaban estos idólatras. Nunca conocieron el resplandor y hermosura de la castidad, para hacer

> estima della; antes les era muy ofensiva la virginidad en sus mujeres, porque decían que las que estaban doncellas no habían sido de nadie queridas; si bien pienso eran raras las que conservaban su integridad hasta tomar estado ... Conforme a esta depravada costumbre, cuando el indio pone los ojos en alguna para tomarla por mujer, no escudriña ni se informa de si ha vivido honesta o disolutamente, porque no es negocio este (para entre ellos) que le añade o quita calidad; lo que ante todas cosas miran es qué bienes tiene la esposa y lo segundo si es hacendosa y que lo sabrá bien servir y regalar. Mas, como esto segundo es dificultoso de averiguar, si no es con la experiencia, para hacerla, se suele amancebar con ella primero y tenerla en prueba algunos meses y aun años...[8]

Aunque esta actitud hacia la conducta sexual pueda parecer notablemente laxa, en otros aspectos los niños estaban sujetos a reglas precisas y a una disciplina estricta. Cuando un niño llegaba a cierta edad (la cual fluctuaba según las regiones entre los cinco y doce años), se le integraba en el grupo con el corte ritual del cabello y las uñas. Un ceremonia aún más formal tenía lugar entre los doce y catorce años, cuando el niño era incorporado en el *ayllu* y la nación. Los ancianos azotaban las piernas del joven, y le recordaban sus deberes para con sus padres y sus superiores.

A excepción quizá de los numerosos días festivos, la dieta de los no privilegiados era bastante austera. Se servían dos comidas, una por la mañana temprano y otra al caer el sol. Los platos se colocaban en el suelo, donde el hombre y la mujer se sentaban espalda contra espalda comiendo de dos platos separados, en los cuales los cuyes y perros podían meter los hocicos a su antojo. La comida básica, llamada *chuño*, estaba hecha de patatas molidas y mezcladas con agua, sal y ají, para formar una especie de gachas. Una alternativa era el maíz tostado, hervido o molido en harina. La dieta popular parece haber sido algo escasa en proteínas; las llamas por lo general no servían de alimento, pues se usaban exclusivamente para proporcionar lana y como medio de carga. Se domesticaban cuyes, pero sólo eran comestibles a las doce horas de haberlos matado. Para dar sabor a las comidas se utilizaban aves, ranas e incluso gusanos.

De esta información disponible bastante parca, se tiene la impresión de que la dieta del pueblo, en contraste con la de la clase alta, era bastante baja no sólo en proteínas, sino en calorías, particularmente en relación con el duro trabajo que se esperaba que realizaran. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que mucha de nuestra información sobre tales asuntos proviene de Cobo, que escribió más de un siglo después de la conquista y extrajo su información principalmente de sus propias observaciones de cómo vivía el pueblo en su época y no en la época anterior a la conquista. Los cronistas más antiguos, como Cieza de León y Juan de Betanzos, ofrecen poca información sobre temas como la dieta, aunque Cieza, al relatar su largo viaje entre Ecuador y

8. Cobo, *Historia*..., lib. 11, cap. 7, en *Obras*, vol. 2, p. 22.

Perú, describe con frecuencia la fertilidad de la tierra. Además, en los centros incaicos edificados a lo largo de las principales rutas, se almacenaban grandes cantidades de alimentos; quedan también relatos de los grandes esfuerzos realizados por los incas para mejorar la irrigación y por lo tanto, para aumentar la producción de alimentos en todo el imperio.

8. EL INMENSO IMPERIO

UN PATRÓN DIVERSIFICADO

En años recientes, los restos que quedan de la presencia incaica a lo largo y ancho del imperio han sido objeto de una intensa investigación por parte de los arqueólogos, que revela una infraestructura compleja y sugiere un patrón de control firme. De ahí el lector podría pensar que este gran dominio, que se extendía desde el norte de Ecuador hasta los 35° latitud sur, era básicamente homogéneo.

Pero en realidad, el imperio no era una entidad monolítica sujeta a un sistema uniforme de gobierno. Frente a las diversas variaciones entre las diferentes regiones, la estructura del poder incaico mostró una capacidad notable para adaptarse a condiciones diferenciadas. Entre los factores variables se contaban la ecología de un determinado territorio, la cultura de su pueblo y el tiempo transcurrido desde el momento en que había sido conquistado. El modelo imperial sólo mantenía cierta uniformidad en términos generales. La costa era desértica o semidesértica en la mayor parte de su extensión, mientras que la sierra, coronada por los Andes nevados, se elevaba abruptamente hasta el altiplano, antes de caer más gradualmente por el lado oriental hacia las planicies tropicales y subtropicales situadas al extremo de la cordillera; a unos 1.500 metros de altura el medio ambiente cálido y húmedo se comportaba como una barrera a la mayor penetración incaica hacia el interior.

Por consiguiente, antes de describir los rasgos básicos del régimen incaico y sus efectos sobre los pueblos sometidos, pueden ser útiles unos cuantos comentarios sobre la diversidad cultural y ecológica de las principales regiones.

LA REGIÓN PRINCIPAL

Los incas propiamente dichos eran oriundos de la sierra; el núcleo de su territorio se situaba en esta región del Perú actual. En los últimos siglos previos al surgimiento del Cuzco, esta extensa región se había dividido en una serie de señoríos belicosos que ocupaban muchas veces un solo valle; los reinos más grandes buscaban constantemente dominar a sus vecinos más pe-

queños. Una vez conquistados por los incas, estos señoríos quedaron bajo el control de una serie de centros administrativos planificados. La sierra de Ecuador era en muchos aspectos una proyección septentrional de la tierra natal de los incas; como hemos visto, la ciudad principal de Tumebamba, casi figuraba como un segundo Cuzco.

Podría surgir alguna confusión sobre el régimen incaico en Ecuador porque muchos cronistas insisten en la importancia de Quito, ciudad que después se convirtió en capital española. Sin embargo, un testigo de inicios de la colonización como Cieza de León, que viajó por la región en 1548, habla poco de Quito, pero menciona los «suntuosos palacios» en las cercanías de Tumebamba, cuyas ruinas vio. Describe el templo del sol edificado con grandes bloques de piedra, que evocaba los edificios incaicos más grandiosos del Cuzco y otras zonas. Se refiere a los palacios incaicos con techo de paja, aunque contenían una bellísima escultura de piedra y muchos objetos de oro. Trabajaron muchos orfebres en Tumebamba, y Cieza menciona grandes almacenes antiguamente repletos de bellos tejidos de lana, confeccionados por las doscientas vírgenes residentes en el templo del sol. Habla de los cañaris, habitantes de la región de Tumebamba, y menciona su costumbre de llevar el cabello largo, que aún se mantiene en la verde campiña que rodea la actual ciudad de Cuenca.

Quito, en cambio, probablemente era notable en tiempos incaicos por su posición estratégica y por su utilidad como centro comercial. Como ha señalado Frank Solomon, la escasez de testimonios sobre Quito incaico se ve apenas modificada por la investigación arqueológica reciente, que ha ampliado en muy poco nuestro limitado conocimiento de los edificios incaicos en Quito; los restos de arquitectura militar, cuyo ejemplo son los fuertes alrededor de la ciudad, son más impactantes que los insignificantes rastros de edificaciones ceremoniales.

Cajamarca era un centro principal en la sierra peruana, aunque no el más grande; allí fue capturado Atahualpa, el último inca, por los españoles; la plaza, que describen como tan grande como cualquiera en España, estaba rodeada por un alto muro y tenía dos entradas. Poco ha quedado de estas tardías ruinas prehispánicas y los arqueólogos han descubierto sólo una estructura incaica.

Mientras que lugares como Cajamarca y Chan Chan habían florecido antes de la conquista incaica, en otros valles del interior los incas construirían centros que utilizaban para los servidores imperiales siguiendo un esquema rotativo; tales lugares reflejan de una u otra manera ciertas facetas del propio Cuzco. Invariablemente incluyen rasgos típicos como la plaza, el palacio principal y el templo del sol. Un asentamiento característico es Incahuasi, situado a unos veintiocho kilómetros de la costa en el valle del río Cañete cerca de Lima. (Como veremos más adelante, los incas utilizaron algunos lugares existentes en la región costeña como centros administrativos.) En años recientes Incahuasi ha sido excavado por John Hyslop, quien sugiere que el trazado formal del Cuzco estaba al menos parcialmente presente, incluyendo

la integración de algunos de los conceptos astronómicos más importantes en el trazado de la ciudad.

Huánuco, a unos quinientos kilómetros al noroeste del Cuzco, es el mejor preservado de los centros incaicos provinciales, y en la actualidad ha sido estudiado intensamente por un equipo encabezado por Craig Morris. Situado a unos tres mil setecientos metros de altura, Huánuco ha preservado un número mayor de edificios originarios, porque fue abandonado después de la conquista y los intentos de edificar una ciudad española en el emplazamiento incaico resultaron infructuosos. Fue construido en su mayor parte con piedra tosca, y sólo las estructuras más importantes exhiben una bella mampostería. Se ha levantado un mapa completo de la ciudad, que contiene 4.000 calles, de las que se ha excavado una amplia muestra representativa del pueblo en su conjunto.

No sólo había muchos sectores residenciales, sino también grandes áreas de almacenaje, claramente un rasgo principal de tales centros. De éstos han sido excavados más de cien: contenían cerca de 38.000 metros cúbicos de espacio para almacenar, gran parte del cual se utilizó para alimentos. Su significado es confirmado por Ortiz de Zúñiga, quien hizo una visita oficial en 1562 a Huánuco. Su informe describe el continuo envío de grandes cantidades de alimento a esta ciudad en los inicios de la etapa española.

Huánuco fue edificado al parecer con bastante rapidez para servir como centro administrativo; muchos de sus habitantes venían de otros lugares y trabajaban allí como parte de su servicio de *mita*, una forma de tributo impuesto por los incas y que se explica con mayor detalle más adelante. Como muchos centros incaicos, no tenía muros defensivos ni edificaciones militares. En muchos de estos casos los incas aparentemente no confiaban tanto en la ocupación militar como en el rápido traslado de grandes y seguros grupos de *mitimaes*, que servían para controlar a los pueblos recién conquistados.

En años recientes los arqueólogos han prestado una atención creciente a la manera en que las personas viven hoy en tales condiciones climáticas. Por ejemplo, Ann Kendall ha investigado las viviendas rurales del valle del Cuzco, un enfoque que contribuye a comprender cómo las personas pudieron sobrevivir tan bien en un medio bastante inclemente. Por cierto, los cuyes oriundos de Perú son criados aún hoy en muchas casas. A una altitud donde la mayor parte del año predomina un calor tropical durante el día, mientras que por la noche se hielan, por así decir, la carne de pato seca e incluso las patatas (papas), el almacenaje se convierte en una técnica crucial.

La magia de Machu Picchu

Al escribir sobre los restos que quedan de la arquitectura incaica imperial, la más sorprendente, pero en modo alguno la más grande, es Machu Picchu, hoy una de las principales atracciones turísticas de América Latina. Es impresionante por la sola belleza del lugar y por la perfecta integración en-

tre arquitectura y medio. Al llegar en el trenecito, causa asombro saber que Machu Picchu está a menor altitud que el Cuzco, un hecho que se evidencia en su vegetación más exuberante.

Este lugar, que sobrecoge, fue descubierto por un estadounidense, Hiram Bingham, que estaba buscando el baluarte principal del «emperador» rebelde Manco Inca. Salió con dos compañeros hacia el territorio adyacente al río Urubamba en julio de 1911. Después de cruzar el río, se vio de repente ante un panorama sorprendente: un magnífico trecho de terrazas de piedra escalonadas sobre la empinada falda de la montaña. Subiendo tanto como pudo a través de la selva virgen, descubrió un edificio tras otro enterrado en la espesa maleza. Por citar a Bingham: «De repente me encontré en un laberinto de bellos edificios de granito».

Unos años después del descubrimiento de Machu Picchu, Bingham exploró las montañas que están río arriba en el valle del Urubamba, donde encontró una serie de asentamientos incaicos a lo largo de lo que hoy se conoce como la ruta incaica, inventando nombres apropiados para aquellos que no tenían denominación local. Estos lugares fueron limpiados en los años cuarenta por expediciones que descubrieron todavía nuevos centros, incluido Cusichaca, después estudiado y restaurado por Ann Kendall; su equipo incluso reconstruyó algunos canales incaicos de irrigación para uso de los agricultores locales.

Un buen consejo para el visitante de Machu Picchu puede ser subir primero a la parte más alta, llamada el cementerio superior, flanqueado por dos muros defensivos. Este mirador ofrece un buen panorama del grupo de bellos edificios de la ciudad interior, dividida por plazas centrales, que recuerdan ligeramente el trazado del mismo Cuzco.

Al final del cementerio superior hay una pequeña construcción conocida como el «puesto de vigilancia». El tejado a dos aguas ha sido restaurado, y procura a los visitantes un buen refugio para la lluvia.

La ciudad interior consiste en edificios bellamente construidos que dan la impresión de haber sido una especie de «barrio sagrado». Las escaleras situadas al final de este grupo llevan al famoso torreón o bastión, cuyo curvo muro (un rasgo raro en la arquitectura incaica) recuerda los muros curvos del Templo del Sol del Coricancha en el Cuzco.

Pese a ser famoso por su sillería, Machu Picchu no tiene las dimensiones de una verdadera ciudad. Sus doscientos edificios permitían albergar una población de cerca de mil habitantes. Originariamente descrita como una fortaleza, la abundante literatura sobre el lugar ofrece ahora muchas alternativas para su posible uso, que sigue siendo un misterio. Incluso se encontró en sus cercanías una constelación de asentamientos más pequeños; por ejemplo, Winay Wayna, que se compone de un grupo de veinte cámaras, una serie de baños en la cuesta de una montaña, un torre redonda y muchas terrazas. En esta cadena de asentamientos a lo largo del río Urubamba la presencia de elaboradas terrazas y arquitectura religiosa sugiere que su función era ceremonial y agrícola antes que militar.

El Perú costeño

Los florecientes señoríos de la costa sur de Perú, situados al este y suroeste del Cuzco, estuvieron entre los primeros objetivos de la expansión incaica.

En los valles sureños de Ica y Nazca, los invasores encontraron poca oposición, pero más al noroeste otros pueblos se resistieron encarnizadamente. Representativo de estos últimos era el de Chincha, uno de los señoríos más importantes de la costa sureña. Cuando su capital fue conquistada se convirtió en un centro incaico provincial, agregándosele un templo del sol; *mitimaes* de otras regiones fueron asentados en sus cercanías. Al señor de Chincha se le otorgó un rango de gran prestigio en la jerarquía imperial, y en el primer encuentro entre Francisco Pizarro y Atahualpa en Cajamarca, se señala que este príncipe fue el único dignatario que además del inca era llevado en una litera.

Más al norte, en la parte central de la costa peruana, predominaban dos señoríos. Ychma, que comprendía el valle de Lima, y Collique, al norte de la actual Lima. Los asentamientos que quedan: Cajamarquilla y Pachacámac, estaban ambos situados entonces en Ychma. El último se había convertido en una gran ciudad en la época huari y su población probablemente comenzó a disminuir antes del final de este período.

Sin embargo, Pachacámac retuvo su prestigio como santuario y su fama atrajo peregrinos de lugares muy distantes. El cautivo Atahualpa hechizó a Pizarro con la historia del tesoro de oro guardado allí para el ídolo. Uno de los primeros españoles que conoció el lugar fue Francisco de Xerez, que acompañó a Hernando Pizarro, hermano de Francisco, a visitar Pachacámac, cuyas ruinas, situadas a una distancia razonablemente accesible de Lima, pueden visitarse en la actualidad.

El propósito de Hernando Pizarro era buscar la enorme cantidad de oro depositada en el santuario. Formaban la expedición veinte jinetes, y Xerez ofrece un fascinante relato de un viaje quizá típico de los grupos de españoles que buscaban oro en los primeros días después de su llegada. Salieron de Cajamarca el 5 de enero de 1533, y viajaron por el gran camino que conducía hasta el Cuzco. Después de casi dos semanas, contados los períodos de descanso, salieron del camino principal en Marcara y unos pocos días después llegaron a Pachacámac.

El cacique local inicialmente les dio pequeñas cantidades de oro y declaró no tener más. El capitán, como Xerez llama a Hernando Pizarro, dijo que tenía interés en ver al famoso ídolo que servía como oráculo. El ídolo era tan reverenciado que la gente venía a consultarle desde distancias de hasta 300 leguas, trayendo espléndidos presentes de oro y plata; además recibía gran cantidad de metales preciosos de los habitantes de la región circundante.

Los sacerdotes se quedaron pasmados de que el capitán fuera admitido ante la presencia del ídolo y temieron morir todos en castigo por esta profa-

nación. La exigencia de oro fue finalmente satisfecha porque Xerez cuenta que muchos caciques de los centros aledaños, incluido el importante señor de Chincha, vinieron a Pachacámac y trajeron ricos dones que se sumaron al botín tomado por los propios españoles en el templo del sol situado cerca al oráculo.

En la parte norte de la costa peruana se situaba el gran reino de Chimú, descrito con bastante detenimiento en el capítulo 5. En el momento de ser conquistado por Túpac Inca Yupanqui, no era en modo alguno un reino moribundo destinado a la ruina. Por el contrario, estaba todavía ampliando sus fronteras justo cuando la expansión incaica estaba cobrando impulso.

En contraste notorio con los abundantes datos sobre Chimú proporcionados por la moderna investigación arqueológica, las noticias de las fuentes tradicionales sobre la conquista incaica son superficiales y contradictorias y hacen poca justicia a lo que debe haber sido uno de los capítulos más deslumbrantes, si no el más sobrecogedor, de los anales de las guerras incaicas. Algunos relatos de que Chimú se rindió sin presentar lucha parecen faltos de credibilidad. Aunque todos los relatos coinciden en que el rey fue llevado al Cuzco, cabe dudar de que un monarca tan poderoso se sometiera a un destino degradante y entregara su imponente capital sin lucha.

Chimú fue saqueado sin piedad por los incas y algo del oro enviado al Cuzco fue utilizado para hacer una gran lámina del precioso metal que revistiera el muro del Templo del Sol en el Coricancha. El rey vencido fue mantenido en aislamiento en el Cuzco; un hijo suyo subió al trono como marioneta de los incas, y fue sucedido a su vez por su hijo y su nieto, aunque se erosionó metódicamente cualquier asomo de poder que ejercieran estos soberanos fantasma. Chimú descollaba por su organización y su cultura, aunque todavía conocemos muy poco de su régimen para estar seguros de qué aspectos pudieron haber tomado prestados los incas. La escasez de edificios o artefactos de estilo incaico en esta región da testimonio de cierto respeto por las normas chimús y de una consiguiente reluctancia a imponer la cultura incaica. Con sólo los indicios arqueológicos, sería difícil establecer un período «incaico» en la zona, a diferencia de las grandes edificaciones y del abundante volumen de cerámica puramente incaica existentes en Pachacámac.

COLLASUYU

De importancia comparable para el imperio incaico era el Collasuyo, la región adyacente al lago Titicaca. Aunque el esplendor de la civilización de Tiahuanaco se había desvanecido hacía tiempo, muchas narraciones daban testimonio de los estrechos vínculos entre el Collao y el legendario pasado incaico. El valle del Cuzco y el altiplano del Collao podrían considerarse interdependientes y algunas fuentes sugieren incluso que los señoríos de lengua aimara apoyaron a Pachacútec contra los chancas.

Pese a los previos vínculos basados en una igualdad virtual entre collas e

incas, en la primera fase de la expansión incaica de largo alcance, Pachacútec impuso su voluntad a los collas por la fuerza, derrotando en el campo de batalla al señor de Hatuncolla y anexionando su reino. Aunque de allí en adelante, Hatuncolla sirvió de base incaica a la que se agregó un templo del sol y muchos almacenes, el principal centro provincial de la región en tiempos incaicos fue Chucuito, la capital del señorío lupaca, situado un poco más al suroeste, cerca de la actual ciudad de Puno.

La administración de la región por los sucesores españoles de los incas ha sido descrita con cierto detalle en la *Visita* oficial de Garci Díez de San Miguel, realizada en 1567. Allí se presenta un reino próspero y populoso, todavía gobernado, como en tiempos incaicos, por dos señores llamados Cari y Cusi.

El famoso santuario del Collao, Copacabana, situado en una península en la parte sur del lago Titicaca, fue primero ocupado por Túpac Inca Yupanqui, quien instaló grupos de *mitimaes* cuidadosamente seleccionados para guardar sus recintos y supervisar el flujo de peregrinos. Entre otras características, los collas se distinguían por la forma peculiar del tocado masculino, que consistía en un sombrero alto sin ala que se estrechaba en la copa, tal como lo representa un dibujo de Huamán Poma. Las cabezas de los hombres collas eran deliberadamente deformadas para que se adaptaran a la forma de este sombrero, usado en toda la región del lago Titicaca; con este propósito, se envolvía la cabeza del niño recién nacido con lana trenzada durante más de un año.

En notorio contraste con las elevadísimas altitudes de la región del Titicaca, el exuberante valle boliviano de Cochabamba al sureste está a una altura más templada de 2.100 metros. Fue conquistado también por Túpac Yupanqui y bajo su sucesor se convirtió en un gran baluarte imperial. Al ser colonizado por muchos *mitimaes* de diferentes provincias, el rico valle se transformó en un verdadero granero que proporcionaba abundantes provisiones a los servidores incaicos de las zonas meridionales del imperio.

Entre los asentamientos más notables que quedan en la región aledaña están Incaracay e Incallacta, los cuales parecen haber combinado la función dual de fortaleza y centro residencial. Nordenskjöld, que investigó en Incallacta ya en 1915, menciona un palacio de gruesos muros, pero describió el lugar sobre todo como una fortaleza.

En las fronteras más definidas del imperio al sur de Cochabamba, brillan por su ausencia los restos de centros administrativos más grandes. Aunque se han desenterrado muchos vestigios de la ocupación incaica en esta región en años recientes, parece que cuando los incas se establecían en los pueblos locales tendían a adaptarlos meramente a sus necesidades residenciales y administrativas. En el noroeste argentino, por ejemplo, nada puede compararse a los vestigios incaicos de Tumebamba en Ecuador. Puesto que el territorio austral no se consolidó hasta el reinado del último inca, el tiempo necesario para el desarrollo urbano fue limitado. La bella mampostería incaica no se encuentra en Argentina y Chile, pero el arqueólogo argentino Rodol-

fo Raffino y sus colaboradores han descubierto restos de fuertes en el sur de Bolivia y el noroeste argentino; es difícil decir hasta qué punto eran éstos puestos fronterizos. Raffino también menciona fuertes en Chile cerca del río Maule, el límite probable del territorio controlado por los incas. Más al noroeste quedan restos bastante numerosos de la ocupación incaica. Hanns Niemayer descubrió no sólo grandes cantidades de fragmentos incaicos en el valle del río Copiapó, sino también amplia huella de actividades mineras incaicas. Como hemos visto, los incas encontraron una implacable resistencia en Chile, una provincia remota que fue probablemente la única en los momentos iniciales de pacificación.

La infraestructura imperial

La infraestructura era fundamental para el control de un imperio de vastas dimensiones, que abarcaba un territorio tan variado y fragoso. En este sentido, el gran logro incaico fue su red viaria, aunque nunca conoceremos su extensión máxima, pues muchos caminos han desaparecido. No obstante, otros tantos están aún intactos, y han sido estudiados en tiempos recientes. El proyecto Caminos del Inca, realizado entre 1978 y 1981 bajo la dirección de John Hyslop, se sitúa entre los logros más espléndidos en los estudios andinos contemporáneos.

Algunos caminos pertenecen a categorías especiales, como aquellos que conducen a santuarios a una altitud elevada, generalmente por encima de los 5.000 metros. Otros caminos fueron construidos con propósitos militares. La mayoría, sin embargo, tenían principalmente fines administrativos, siendo utilizados para el transporte de bienes. El gran camino costeño que atraviesa el desierto de Atacama y comunica el Cuzco con Chile central corresponde a esta categoría, pues al ser muy escaso el abastecimiento de agua su importancia militar era marginal.

Hyslop inspeccionó un total de 108 kilómetros del camino en el desierto de Atacama, parte del cual todavía está en excelente estado de conservación; su anchura original parece haber sido de tres metros. Encontró unos treinta y dos *tambos* (posadas) y otros asentamientos a lo largo del camino.

De los caminos incaicos, el más importante era el de la ruta Cuzco-Quito. Muchos grandes centros incaicos se encontraban a su paso y ningún otro camino del imperio mantenía tal anchura de forma constante, se han conservado numerosos informes pues muchos de los primeros viajeros españoles lo utilizaron, y es el camino que las fuentes históricas describen con más frecuencia. Cualquiera de los primeros visitantes españoles de la sierra andina tuvo la posibilidad de viajar por este camino esencial. La anchura media, incluso cuando cruzaba por terrenos agrícolas, fluctuaba entre cuatro y seis metros, pero en algunos tramos llega hasta catorce metros. Otro camino importante, descrito con frecuencia, es el camino costeño septentrional que enlazaba los valles de Lambayeque y de Moche, al cual Cieza de León dedicó

varios capítulos exhaustivos; según Hyslop, este camino era parte de una red ya construida por los pueblos preincaicos de la región. Hyslop, además, identificó y describió el camino entre Santiago de Chile y el río Aconcagua, situado en el extremo sur del imperio tan recientemente conquistado.

Los constructores de los caminos se enfrentaron a muchos problemas al encontrarse con tipos muy diferentes de terreno. Las arterias costeñas edificadas sobre suelo arenoso no necesitaban una superficie artificial. Aquellas edificadas sobre suelo rocoso sólo requerían construcción cuando subían por cuestas empinadas. Muchos caminos pasaban a través de terrenos cultivados y, según los primeros cronistas, estaban flanqueados por muros que servían para proteger las cosechas de viajeros y animales. La anchura de estos muros era generalmente de uno a dos metros, formando así una barrera real más que simbólica. Entre los rasgos más notables de los caminos incaicos están los pasos elevados, cuya base se alzaba de medio metro a dos metros sobre la superficie del agua circundante; el más notable, descrito por los cronistas españoles, estaba situado cerca del Cuzco. Otro gran paso elevado construido a orillas del lago Titicaca llevaba al sur desde el importante centro de Chucuito, y cubría una distancia de cinco kilómetros, cruzando dos bahías poco profundas del lago; parte de este paso elevado tiene veredas de piedra.

Los puentes constituían un elemento clave del sistema de caminos. Muchos consistían en estructuras bastante simples colocadas sobre contrafuertes de mampostería de piedra. Pero lo que impresionó a los primeros españoles fueron los puentes colgantes con superestructuras de fibra, pues al parecer eran nuevos para los europeos, quienes las primeras veces cruzaron sus bamboleantes superficies con inquietud. Los puentes colgantes, como el gran puente sobre el río Apurímac, eran capaces de abarcar distancias considerables; podían hacerse de fibras accesibles localmente, pero tenían el inconveniente de que necesitaban un mantenimiento constante. Hyslop insiste en que los puentes colgantes de los incas eran mucho más complejos que los pocos que quedan hoy; por ejemplo, las barandillas de un puente que vio el conquistador Sancho de la Hoz estaban tan cuidadosamente elaboradas que incluso si un caballo caía de cuatro patas no podía precipitarse al abismo. Sancho de la Hoz señala que esto se hacía para evitar que los viajeros cayeran al río, pues en las regiones alejadas del mar casi ningún indio sabía nadar.

Parte integral de la red viaria eran los *tampu* (tambos), áreas de alojamiento y almacenamiento situadas a un día de camino entre sí. El propósito principal del *tambo* era guardar armas, ropa, combustible y alimentos necesarios para el funcionamiento del imperio.

En contraste con los tambos más sólidamente edificados, es difícil para los arqueólogos identificar los puestos de los chasquis (*chaski*), hechos de madera y paja perecederas, ubicados a intervalos más cortos que los *tambos* pues lo requería el sistema de corredores de postas que transportaban pequeños objetos y mensajes a gran distancia en cuestión de días. Cieza de León los describe como casetas, ocupadas por dos hombres procedentes

de la población local, que juraban mantener el secreto más estricto sobre los mensajes que llevaban; pero al carecer de escritura, quizá corrían el riesgo de quedar tergiversados ¡al ser repetidos de uno a otro chasqui!

El gobierno imperial

Tradicionalmente la información sobre el régimen imperial se ha basado sobre todo en los relatos de los cronistas españoles; sin embargo, en aspectos como las instalaciones de almacenaje, las comunicaciones, las obras de irrigación y la agricultura en general, la investigación arqueológica ofrece ahora un flujo siempre creciente de datos concretos.

Buena parte de la información sobre el gobierno imperial en los ámbitos regionales procede de dos antiguas crónicas: la de Damián de la Bandera sobre la región de Huamanga, escrita en 1557, y la de Castro Ortega Morejón sobre Chincha escrita en 1558. Además de los importantes detalles proporcionados por estas y otras *Visitas* españolas, Cieza de León y Polo de Ondegardo ofrecen muchos datos generales sobre el papel de los gobernadores provinciales y el sistema de distribución de las tierras.

Tales fuentes coinciden en señalar que cada provincia del imperio estaba gobernada por un gobernador escogido entre las filas de la elite incaica. Residían en los principales centros provinciales, donde un templo del dios sol simbolizaba la supremacía incaica. Además de los templos, Cieza menciona la presencia en dichos lugares de una fuerte «guarnición», junto con orfebres y otros artesanos implícitamente formados por grupos leales de *mitimaes* trasladados de otra región.

Periódicamente el monarca reinante visitaba la provincia, donde era agasajado por su gobernador con deslumbrante pompa y ceremonia. Cieza agregaba que él mismo llegó a conocer a unos cuantos gobernadores provinciales que habían continuado ejerciendo cierta autoridad incluso después de la conquista incaica. Se desconocen muchos detalles sobre la posición de estos procónsules; por ejemplo, es difícil determinar si poseían tierras en las provincias que gobernaban.

Las fuentes también describen una clase diferente de funcionarios denominados visitadores o inspectores, que aparecían de cuando en cuando y elaboraban informes para el gobierno central sobre asuntos específicos, tales como la exactitud del número de habitantes proporcionado por los *quipus*. Otros inspectores se ocupaban de la administración de justicia o la recaudación del tributo. Había un grupo especial de visitadores a cargo del cuidado de las *mamaconas*, las vírgenes del templo dedicadas al culto solar.

Los gobernantes anteriores de los territorios conquistados por los incas, llamados usualmente curacas, también desempeñaban un papel importante. Estos curacas tenían posiciones muy diferentes, y el término se podía aplicar tanto a hombres que controlaban poderosos reinos, como los del Collao, que

habían gobernado desde tiempos inmemoriales, como al jefe de un pequeño valle, que gobernaba dos o tres aldeas. Tales disparidades surgían no sólo del tamaño de su reino, sino también de profundas diferencias culturales entre la sierra y la costa, y entre los grupos de pastores del altiplano y las comunidades sustentadas por irrigación en tierras más bajas.

El soberano inca, o en realidad el estado inca, se convirtió en teoría en propietario no sólo de toda la tierra de la provincia recién conquistada, excepto de la que se adjudicaba a la comunidad en su conjunto; tomaba asimismo posesión de las minas y los rebaños de llamas. El curaca retenía al menos el derecho a los servicios en trabajo de los miembros de su comunidad y, en la práctica si no en teoría, según los informes de los administradores españoles, también conservaba el control de una parte de sus antiguas tierras. Garcilaso, por ejemplo, escribe sobre la propiedad curacal de la tierra y afirma que en cada lugar el pueblo estaba obligado a cultivar las posesiones del curaca. Siempre deseoso de subrayar el carácter benigno del régimen incaico, el cronista declara además que las personas más pobres sólo tenían el deber de servir al curaca después de que habían cultivado sus propios campos; asegura que durante el reinado de Huayna Cápac un funcionario fue condenado a muerte ¡porque antepuso el cultivo de la tierra del curaca a la de una pobre viuda!

Los curacas tenían ciertas funciones administrativas, incluida la organización de la mita, la prestación general en trabajo que generaba los bienes y los servicios extraídos por el estado incaico. Además tenían un papel clave en el intercambio de bienes esencial para los complejos rituales incaicos de reciprocidad. Sin embargo, aunque estos jefes locales retuvieron ciertos poderes y privilegios, el control incaico era estricto; los hijos de los señores provinciales, o al menos los de los miembros más importantes de esta elite, estaban obligados a residir en la corte del inca desde los catorce años de edad; esto permitía a sus amos formarse una buena idea de qué hijo era el sucesor más apto; en muchos casos no era necesariamente el mayor.

Se impuso otra limitación a los curacas: no se les permitía sentenciar a muerte a sus súbditos, aunque podían mandarlos azotar en ciertos casos. Además, debían atenerse a reglas estrictas de protocolo. Sólo un príncipe de alto rango tenía el privilegio de hacer un brindis ceremonial con el soberano inca (al cual le presentaba su copa después de beber). Sus recursos además fueron recortados en comparación a las rentas de tiempos preincaicos, cuando la riqueza excedente extraída de la población habría estado completamente a su disposición.

NEXOS IMPERIALES

Antes de considerar otros aspectos del régimen incaico, es necesario destacar el culto imperial como forma de consolidar su dominio. Este culto, centrado en el Cuzco, servía como modelo, en una escala reducida, no sólo al

imperio, sino al universo, ya que se entendía que el imperio, llamado Tahuantinsuyo, se correspondía al propio universo.

El factor religioso servía no sólo como un fundamento posible para la conquista, sino que era igualmente un medio para asegurar la lealtad de los conquistados. Las fuentes subrayan la imposición generalizada de la deidad solar, Inti, personificada en el propio monarca en tanto era hijo del sol.

No sólo en el Cuzco, sino en los centros provinciales, con su templo principal dedicado al sol, la adoración solar se convirtió en la fuerza religiosa dominante, preeminente en ceremonias funerarias y otros ritos principales. En cambio se sabe que los incas tomaban como rehén al ídolo principal de una provincia recién conquistada y lo enviaban al Cuzco, donde era venerado con los mismos ritos que en su lugar de origen. Algunas personas de esas provincias eran llevadas al Cuzco para que aseguraran la correcta observancia del culto a su deidad, cuya efigie quedaba radicada en la capital. Los ritos de las deidades locales continuaron celebrándose en cada región, pero se imponía el culto del sol a las religiones locales como una fuerza unificadora.

La cohesión imperial fue reforzada con el uso general de la lengua quechua, hablada por los incas, aunque el aimara era el idioma nativo del extenso territorio del Collao. Se suponía que la elite provincial conocería la lengua del Cuzco. La importancia del quechua como lengua franca se vio realzada por la babel de lenguas creada con el traslado de tantos grupos de emigrantes de un extremo del imperio a otro; estos *mitimaes* estaban obligados a veces a hablar quechua, aunque conservaban su propio idioma nativo en sus nuevos pueblos, donde predominaba alguna otra lengua. Después de la conquista, los españoles también propagaron el uso del quechua; el virrey Francisco de Toledo, convencido de que esta lengua sería el mejor instrumento para difundir el Evangelio, estableció cátedras en la Universidad de San Marcos, en Lima, para su enseñanza, y también se imprimió en quechua el catecismo. Los españoles incluso dan noticias de que en el noroeste argentino unos setenta años después de la conquista se hablaba el quechua, aunque también se difundieron en esa región elementos de lengua aimara.

La tierra

Como en otras sociedades preindustriales, la propiedad de la tierra era para los incas el símbolo de la riqueza así como de la posición social.

Sin embargo, algunas descripciones que nos han llegado sobre el sistema de tenencia de la tierra en el imperio tienden a mostrar discrepancias entre la teoría y la práctica. Sobre este problema bastante complejo, Bernabé Cobo proporciona una útil síntesis de los datos de fuentes más antiguas.

Éste, en conformidad con tales noticias, afirma que cuando los incas conquistaban un pueblo o provincia, ante todo dividían la tierra en tres partes: la primera para la religión estatal, la segunda para el inca, y la tercera para la comunidad en su conjunto. En muchos lugares la división entre la iglesia y

el estado fue desigual; en algunos casos, el monarca tomaba la parte más grande, aunque en otros la mayor extensión de tierra se adjudicaba al culto del sol y de otros dioses. Los curacas dividían las tierras de la comunidad entre los plebeyos de acuerdo al tamaño de cada familia; si los hombres estaban ausentes en el servicio militar, otros labraban los campos.

Hasta cierto punto la noción de que el estado incaico disponía de todas las tierras podría considerarse una ficción legal, ya que, como hemos visto, los curacas también retenían determinados derechos a la tierra, aunque éstos eran más difíciles de definir. En la práctica la concesión de tierras del inca a los curacas no era quizá nada más que la confirmación por el estado de ciertos derechos existentes, derivados de los tiempos preincaicos.

Como los incas se apropiaron así de numerosas tenencias, no sólo aumentaron mucho la productividad, sino que también ampliaron significativamente la tierra adicional de cultivo. La irrigación había existido en Perú durante milenios antes de su época, pero tanto en la costa como en la sierra, la investigación arqueológica demuestra la escala impresionante de las obras incaicas de irrigación. No sólo represaron los ríos sino que incluso corrigieron o desviaron sus cursos. Por ejemplo, en Cajamarca cortaron en la roca un canal de más de 800 metros y los ingenieros incaicos le dieron un curso zigzagueante para hacer más lento el flujo de agua.

En el difícil terreno de la sierra el sistema de terrazas artificiales estaba tan extendido en tiempos incaicos que daba a muchos valles andinos la apariencia de verdaderas escaleras. Los bancales* eran sostenidos por muros de piedra, cuya altura variaba según la inclinación de la pendiente.

Minas y rebaños

Si bien la proporción exacta de tierras que el estado incaico expropió puede estar aún por determinar, su pretensión de monopolizar los importantísimos derechos de minas está más claramente definida. La metalurgia era una antigua técnica entre los pueblos andinos, pero la insaciable demanda incaica intensificó la búsqueda de metales preciosos, extendiéndola a regiones lejanas.

Las fuentes subrayan la propiedad absoluta del monarca inca de todas las minas y los rebaños. Posiblemente el atractivo del oro fue el motivo principal para la conquista del remoto Chile, donde es sabido que los conquistadores incas explotaron las minas. Los arqueólogos han identificado también varios asentamientos mineros incaicos en el noroeste argentino, donde las primeras fuentes españolas coloniales se refieren a minas incaicas. El Collao era rico en minerales, particularmente el área situada al noreste del lago Titicaca. No sólo los gobernadores provinciales sino también los curacas locales en muchas partes del imperio hacían obsequios de oro y plata al soberano, lo que

* Llamados también *andenes*. (*N. de la t.*)

implica que estos curacas también tuvieron interés en la actividad minera, aunque sólo fuera para permitirse hacerle regalos a su soberano.

Varios cronistas atribuyen al inca la propiedad directa de grandes rebaños de camélidos. La domesticación de la llama y la alpaca dotó a la economía peruana con una ventaja única entre los pueblos del Nuevo Mundo, generalmente mal provistos de animales domesticados.

Originariamente los cameloides prosperaban en las elevadas altitudes del Collasuyo, donde los señores locales habían poseído tradicionalmente grandes rebaños. Estos animales eran apreciados por su lana, utilizada para hacer tejidos suntuarios necesarios para los ritos religiosos; también desempeñaron un importante papel en el complejo proceso de ofrecer dádivas a la elite del Cuzco. El inca mismo consumía una gran cantidad de textiles finos confeccionados con lana de camélidos. Rara vez usaba una prenda más de dos veces y debía cambiarse de ropa varias veces al día; su litera estaba también cubierta con los más finos materiales. Muchas prendas especiales reservadas al emperador y su familia fueron tejidas en los templos por las vírgenes del sol.

La llama era también una bestia de carga esencial. Sumamente frugal, podía caminar sin alimento o agua durante varios días, pero sólo podía llevar una carga de alrededor de veinticinco kilos por una distancia de quince kilómetros cada día. En la religión incaica era también una importante ofrenda sacrificial: las llamas blancas eran las víctimas preferidas en el culto solar. Todas las mañanas se sacrificaba una llama en el Cuzco cortándole el pescuezo con la cabeza vuelta hacia el sol a quien era ofrecida. El animal era quemado después en un brasero especial. En Bolivia las llamas no sólo se ofrecían al sol, sino también al dios local del trueno, Illapa.

Además de en el Collao, los incas introdujeron muchos rebaños en otras regiones del altiplano en donde antes no había. Por tanto los rebaños del estado eran muy numerosos, y servían para propósitos militares y ceremoniales. En cambio, los conquistadores españoles se interesaron más en la llama como ¡una fuente de carne!

Ingeniería social

El sistema de *mitimaes* fue fundamental para el control del imperio. Implicaba el traslado masivo de población de una región a otra. Los incas trataron de adoctrinar a los pueblos recién conquistados y de inculcarles una sumisión tan absoluta que grandes grupos de lealtad indudable obedecieron a su llamada de abandonar su lugar de origen y emigrar a territorios recién conquistados. Allí podían preservar sus propios ritos y costumbres, y al mismo tiempo mantener una mirada vigilante sobre los pobladores locales, impulsando así el proceso de absorción por el cual éstos quedarían a su vez convertidos en súbditos leales. Tan estricto era el método incaico de control, tanto en el Cuzco como en otros lugares, que no ha quedado testimonio de ningún tipo de resistencia a esta forma de ingeniería social, comparada con

el movimiento de piezas en un tablero de ajedrez. El cronista Bernabé Cobo describe el sistema como esencial para el sometimiento de las nuevas provincias; los emigrantes eran ubicados normalmente en las capitales provinciales. Cobo agrega que cuando el inca sometía una provincia, erradicaba de seis a siete mil familias que eran reemplazadas con *mitimaes*.

Esta política fue aplicada con firmeza, por ejemplo, en el lejano Ecuador, cuyos pueblos habían resistido encarnizadamente a los incas. En algunas regiones, grandes grupos de los pueblos subyugados fueron erradicados y reemplazados por colonos de otras partes del imperio; a inicios de la época colonial, muchos habitantes de la región de Quito eran indios quechuahablantes o aimaras de Bolivia. Los enclaves de estos colonos sureños también constituían núcleos de influencia incaica en el norte de Ecuador, donde incluso hoy algunos de estos colonos importados pueden distinguirse por el vestido y las costumbres de los habitantes. A su vez, los pobladores de Ecuador fueron enviados a muchas otras provincias; había gente de la región de Quito entre los numerosos grupos de *mitimaes* traídos por el emperador Huayna Cápac al importante centro incaico de Cochabamba en Bolivia. Este soberano transfirió también un grupo de orfebres de la costa peruana a Cochabamba, los cuales soportaron un arduo viaje para llegar a su destino. La mayoría de los *mitimaes* que habían sido asentados en el reino lupaca en las playas del lago Titicaca, probablemente en una fecha relativamente tardía, venían del valle del Cuzco, su lugar de origen.

Cieza de León, que identificó a muchos de estos grupos en su largo viaje hacia el sur, dividió a los *mitimaes* en tres categorías. La primera tenía básicamente fines militares, y se enviaba para establecer enclaves, o en realidad guarniciones, como protección contra los pueblos fronterizos hostiles. Las guarniciones de este tipo se estacionaron más al norte a lo largo de la crítica frontera con los siempre rebeldes bracamoros y chachapoyas, contra quienes los últimos incas dirigieron muchas campañas bastante infructuosas. La segunda categoría, cuya función era tanto social como militar, consistía en contingentes enviados cuando un nuevo territorio se organizaba en provincias. Instalados no sólo por razones de seguridad, estos *mitimaes* también contribuyeron a impulsar el proceso de incaización de los habitantes locales. El tercer tipo de *mitimaes*, económico antes que militar, lo constituían aquellos enviados a poblar los fértiles valles serranos del imperio que carecían de gente para cultivar el suelo.

TRIBUTO EN TRABAJO

En todo el imperio, al menos en teoría, la población servía al estado proporcionando trabajo antes que pagando un tributo en especie.

La mita era el término usado generalmente para designar esta prestación en trabajo a tiempo parcial, impuesta tanto en la región del Cuzco como en las provincias. Los trabajadores reclutados por el estado, además de cumplir

con la obligación primordial del servicio militar, no se limitaban a la labranza de la tierra de la clase dominante; la confección de tejidos y la fabricación de herramientas eran también importantes. Aparte de estas tareas, y de la demanda masiva de personal militar, la necesidad de trabajadores para edificar templos y palacios (en el Cuzco y en otras partes), para construir caminos, para trabajar en proyectos de fortificación, irrigación y minería, así como para el transporte de materiales de un lugar a otro, adquirió proporciones formidables. Sólo la demanda de trabajo para el transporte de bienes debió de haber sido colosal; por ejemplo, el emperador Huayna Cápac ordenó que se llevaran grandes cantidades de madera para hacer balsas desde la costa de Ecuador a las orillas del lago Titicaca, una distancia de unos mil quinientos kilómetros.

Un aspecto notable de la organización de los recursos humanos para la mita fue el uso confirmado de un sistema decimal, no sólo con fines militares sino también civiles, como medio para distribuir el trabajo requerido en cada zona. Muchas fuentes concuerdan en que los campesinos eran divididos en grupos de 10.000 que estaban bajo el control de un jefe curaca. Éstos a su vez se subdividían en 10 contingentes de 1.000, y a partir de ahí en grupos de 100 o incluso más pequeños, cada uno administrado por un funcionario de menor rango.

En la práctica surgen dudas evidentes sobre cómo se hacía para que la población de una aldea pudiera ajustarse a tal sistema decimal de forma precisa; sin embargo, la preferencia por esta organización numérica podría deberse a una tendencia a ajustar las fronteras de comunidades para lograr algún grado de uniformidad.

Al menos se podía aplicar más fácilmente cierta forma del sistema decimal al servicio militar. No es sencillo cuantificar la cifra de reclutas para la mita, pero dados los desplazamientos cada vez más grandes exigidos en las guerras imperiales, está claro que esta obligación se fue haciendo cada vez más pesada. La propia naturaleza de la mita sugiere que esta forma de reclutamiento no implicaba un servicio militar continuo. Aunque este servicio de mita era la obligación prioritaria para muchos hombres, así como el tejido de prendas lo era para las mujeres, los soldados seguramente tenían que regresar a sus aldeas una parte del año, ya que difícilmente las mujeres y los ancianos podrían labrar no sólo las tierras comunales, sino las estatales y las de los curacas.

Los servicios prestados por el sistema de la mita fueron reforzados hasta cierto punto por los de trabajadores a tiempo completo, llamados *yanaconas* o *yanas*. La información sobre sus orígenes, número y situación precisa dista de ser completa. John Murra, que ha escrito ampliamente sobre el tema, duda de que puedan ser realmente definidos como esclavos. Los *yanas*, que al parecer habían sido apartados de sus familias, eran dependientes por completo de aquellos para quienes trabajaban, muchas veces en calidad de domésticos, guardianes o portadores de literas. Algunos *yanas* llegaron incluso a asumir una posición de privilegio, y les dieron como sirvientes otros *yanas*,

y aun algunos hubo que recibieron incluso mujeres como premio por el celo mostrado al trabajar para sus amos incaicos.

Los cronistas españoles tienden a subrayar la idea de que en todo el imperio los plebeyos tributaron al estado y a la elite más en servicios que en bienes. Pero si el tributo del trabajador tomaba presuntamente la forma de servicios, lo que los gobernadores provinciales y curacas recibían en realidad eran los bienes que aquéllos producían, en particular si se trataba de artesanos o de otros especialistas. La abundancia de artículos suntuarios fabricados por dichos artesanos asombró a los españoles, que los encontraron tanto en el Cuzco como en las provincias.

Craig Morris, en su estudio arqueológico sobre el almacenaje incaico, describe instalaciones de gran tamaño y complejidad. Aunque los registros de almacenaje desaparecieron en su mayor parte con los últimos intérpretes de los nudos de los *quipus*, los almacenes mismos todavía están desperdigados en las montañas, más arriba de las ruinas de muchos pueblos incaicos.

Una gran parte de la ropa fina y otros bienes que señalaban un alto rango era naturalmente enviada a la capital, donde residían muchos beneficiarios de la elite. La acumulación de ornamentos exquisitos en el Cuzco, que tanto asombró a los primeros españoles, parece haber excedido con mucho incluso las extravagantes necesidades de los estratos sociales superiores.

Una razón para la acumulación de tantas galas en el propio Cuzco se debía a que si después se enviaban a otras provincias como regalos, al proceder teóricamente del Cuzco, el prestigio de tales dones se veía realzado por su asociación con el soberano y la capital. En cambio, los bienes de subsistencia ordinarios no solían llevarse al Cuzco sino a grandes centros provinciales como Huánuco. Sin embargo, los enormes cantidades de tejidos suntuarios que los españoles vieron en Cajamarca eran probablemente el resultado de la presencia temporal del inca, antes que una muestra del abastecimiento habitual de Cajamarca.

En último análisis el sistema global podría ser visto como una forma de redistribución, pero una que se ocupaba más del bienestar de la clase dominante que de las necesidades de los súbditos más humildes. Además, debe tenerse en cuenta que como parte del sistema tributario, los plebeyos no sólo abastecían a los conquistadores incaicos, sino también a sus propios curacas. Como tal, el sistema tenía seguramente antiguas raíces.

COMERCIO Y TRUEQUE

Mientras que el flujo de riquezas hacia el Cuzco y los almacenes provinciales era impresionante, el intercambio de mercancías en forma de comercio, antes que de tributo, era más limitado.

En un imperio con variaciones climáticas tan acentuadas, entre el altiplano y la costa particularmente, sería lógico esperar un abundante flujo de bienes entre una provincia y otra dirigido por mercaderes bien establecidos. Sin

embargo los incas parecen haber sido sumamente reacios a que se creara una clase mercantil poderosa y una red comercial en la que artículos procedentes de diferentes regiones fueran libremente intercambiados. En cambio tendieron a favorecer un sistema por el cual cada región alcanzaba un nivel de autosuficiencia sin depender en exceso de sus vecinos. En este sistema era esencial lo que John Murra ha llamado el principio de «verticalidad», mediante el cual las sociedades de la sierra establecían sus propios asentamientos a niveles más cálidos o bajos, en la costa o cerca de ella, y también a una altitud más elevada que la de su núcleo. Tales asentamientos, controlados por el núcleo central, formaban parte de lo que Murra ha definido como los archipiélagos verticales, capaces de aprovisionarse de alimentos procedentes de una amplia gama de ecosistemas, sin recurrir al comercio formal con otras provincias.

Un ejemplo llamativo de este sistema es el reino lupaca, documentado por la *Visita* de Garci Díez de San Miguel en 1567. Los lupacas, que vivían a una altitud de 3.600 metros, cerca del lago Titicaca, controlaban sus propios asentamientos en la costa, situados en la actual frontera entre Chile y Perú, y también a otros que llegaban incluso hasta Moquegua, a unos ciento sesenta kilómetros al noroeste. De ahí que no sólo fueran autosuficientes en maíz y algodón, sino que también disponían de una variedad completa de productos marinos.

Este sistema se expandió mucho en el período final de la dominación incaica, y las operaciones a gran distancia de los últimos incas llevaron al establecimiento de asentamientos situados hasta a sesenta días de camino de sus núcleos, lo que sugiere que el archipiélago vertical estaba experimentando un cambio fundamental en las décadas inmediatamente anteriores a 1532.

La hipótesis de Murra representa una gran contribución a los estudios sociales andinos y él mismo ha sido el primero en admitir que el sistema tenía sus limitaciones. Posiblemente las condiciones en ciertas zonas de los Andes favorecían este planteamiento, mientras que en otros lugares no era este el caso. Algunos reinos en las orillas del Titicaca sólo establecieron «islas» en la costa del Pacífico, mientras que otros crearon asentamientos en la frontera con la selva tropical en la vertiente oriental de los Andes, y no tenían ninguno en la costa.

La preferencia por la autosuficiencia regional también sirvió para estimular la producción en las provincias centrales y satisfacer así las necesidades de sus habitantes y las demandas tributarias del estado incaico, tanto de la capital como de los centros provinciales importantes. En este aspecto los incas consiguieron grandes logros con el desarrollo intensivo de la irrigación. Esta tendencia a aumentar la producción agrícola estaba ganando impulso en el momento de la conquista; si bien los incas inventaron pocas técnicas nuevas, su uso de los conocimientos adquiridos tuvo resultados impresionantes. Se puede recordar el desarrollo fomentado por Huayna Cápac del valle de Cochabamba, que implicó la introducción de grandes grupos de *mitimaes*. Cieza de León, al escribir sobre el sistema de *mitimaes*, anota que servía para po-

blar zonas desérticas, a tal punto que en tiempos incaicos muy poco suelo utilizable permanecía sin cultivar; el cronista observa con tristeza que mientras los idólatras incas se preocupaban mucho por sus tierras, los españoles cristianos eran básicamente destructivos.

Pero si bien los incas mostraron una notoria preferencia por la autosuficiencia regional, tal política no implicaba claramente una prohibición absoluta del comercio y el trueque, aunque no ha quedado rastro alguno del uso de ninguna forma de moneda con este propósito.

No hay duda de que existió algún intercambio entre el imperio en su conjunto y las tribus salvajes que habitaban más allá de sus fronteras, basado sobre todo en coca y otros productos tropicales. La canela, y la coca y otros artículos suntuarios se enviaban al norte, a los centros de la sierra ecuatoriana. Más al sur, aunque los incas rara vez trataron de conquistar territorios en las laderas orientales de los Andes por debajo, digamos, de los 1.500 metros, tuvo lugar cierto intercambio de artículos, como la cera y la miel, junto con pequeñas cantidades de coca.

En particular en los territorios septentrionales recientemente conquistados continuaron prosperando ciertas formas de comercio, ya fuera por mar o desde zonas del interior lindantes con la Amazonia. Los relatos españoles de tales actividades son escasos; sin embargo, la *Relación Sámano-Xerez* transcribe la descripción de una gran balsa divisada en las costas de Ecuador que hizo el piloto de Francisco Pizarro. Tenía una gran cabina y velas de algodón, y llevaba una impresionante carga de mercancías de carácter estrictamente señorial que incluía no sólo conchas, sino tejidos suntuarios, junto con ornamentos de oro y plata. El cronista Zárate también describe artesanías nativas, y se sorprendía de ver una flota completa de balsas que navegaba en las cercanías de la isla de Puná; algunas, cuando fueron utilizadas por los españoles, podían transportar hasta cincuenta hombres y tres caballos.

También quedan rastros de las actividades de mercaderes que comerciaban con productos de la costa sur de Perú. María Rostworowski cita documentos coloniales que hablan de no menos de seis mil mercaderes que viajaban desde la región costeña de Chincha hasta el Cuzco y el Collao; también iban a Ecuador en busca de oro y esmeraldas. (Parte de la costa pacífica de Ecuador aún se llama Esmeraldas.) Estos mercaderes inventaron una suerte de moneda local en forma de pequeñas piezas de cobre, y habían establecido incluso un tipo fijo de cambio entre el valor de un determinado peso de oro y plata.

Sin importar la preferencia incaica por los sistemas estatales de intercambio en oposición al comercio privado, ciertos artículos tropicales y semitropicales incuestionablemente se obtenían sólo a través de arreglos de tipo privado fuera de las fronteras imperiales. La tolerancia de cualquier vestigio de comercio y trueque tradicionales en las regiones conquistadas de Ecuador podría también deberse a la abundancia de algunos objetos rituales en las partes no conquistadas de esa región. Se atribuía una importancia suprema a las conchas de *mullu* (*Spondylus pictorum*) obtenibles en las aguas más cáli-

das ecuatorianas, pero no en el mar más frío del sur. Puesto que los incas no dominaban la costa ecuatoriana, difícilmente un mecanismo controlado por el estado podría haber satisfecho la insaciable demanda de conchas de *Spondylus* para uso ritual. Estas conchas no eran enviadas sólo al corazón del imperio, sino que han sido encontradas en lugares tan distantes como el noroeste argentino y Chile.

UN MOSAICO ECOLÓGICO

El imperio incaico, como se ha descrito antes, constituía un mosaico de diferentes ecosistemas, lenguas y tradiciones, sobre las cuales un modelo teórico sólo podía imponerse con cierta flexibilidad. Era casi imposible para los conquistadores incaicos aplicar una forma homogénea de control sobre los minúsculos señoríos serranos y sobre los vastos y arraigados curacazgos aimaras del Collao, por no hablar del reino del gran Chimú. Si en teoría el soberano inca era el señor supremo y si él y sus dioses poseían casi todo excepto las tenencias campesinas, en la práctica se hicieron muchas concesiones a los intereses creados. Se respetaron algunas tradiciones locales, y donde éstas estaban tan arraigadas como, por ejemplo, en la costa meridional de Perú, la huella de la cultura incaica fue más limitada que en ciertas zonas del altiplano.

Por otra parte, el poder supremo en cada provincia era ejercido por el gobernador inca, un *orejón* del más alto rango. El símbolo espiritual de esta presencia imperial era el templo de Inti, el sol. Pero igualmente esenciales para la maquinaria gubernamental fueron los curacas, quienes pudieron mantener parte de su antigua riqueza y poder, aunque sometidos a un estricto control incaico. A la gente del pueblo también se le exigía dedicar mucho de su tiempo al servicio del estado, sea para labrar la tierra, sea para servir en el ejército, muchas veces en arduas campañas en tierras remotas.

Para satisfacer la preferencia incaica por la autosuficiencia, cada región se convirtió efectivamente en un estado dentro del estado, satisfaciendo la mayoría de sus propias necesidades, un objetivo que fue reforzado con el asentamiento de grandes grupos de *mitimaes* de diferentes regiones, tanto para complementar la fuerza de trabajo local, como para asegurar su lealtad, y donde eran necesarios para proporcionar artesanos especializados.

Puede ser exacto, tal como muchos autores sostienen, que la existencia de mercaderes y comercio fuera ajena al espíritu incaico. Pero, pese a su predilección por el intercambio controlado por el estado, prevaleció cierta flexibilidad en la práctica, si se aceptan los informes sobre la existencia de miles de comerciantes itinerantes de Chincha. La presencia de comerciantes en Ecuador es también evidente, y probablemente habría continuado con el objeto de obtener las apreciadísimas conchas de *Spondylus* de la costa y los productos tropicales de los territorios amazónicos al otro lado de los Andes.

9. LA CONQUISTA

UN REINO DIVIDIDO

Nos queda ahora describir brevemente los episodios finales de la historia del Perú sometido a los incas. La victoria de Atahualpa en la guerra civil fue espectacular, pero su triunfo fue fugaz. Su lúgubre destino, junto con el del mexicano Moctezuma, ha sido representado en novelas, dramas, óperas e incluso en películas.

Por muy decisiva que fuera la victoria de Atahualpa sobre Huáscar, en el momento de la conquista española el territorio incaico era un reino dividido, en el que no se había conseguido la reconciliación final entre los principales bandos. Los relatos que quedan, como hemos visto, subrayan la espantosa ferocidad de la guerra civil.

El cronista Juan de Betanzos hace una crítica implacable de Huáscar, a quien retrata como licencioso y cruel. Pero apenas es más halagador cuando escribe sobre Atahualpa, su propio suegro, cuyas atrocidades también describe con minucia. Como muestra, quizá apócrifa, de esa crueldad, relata que Atahualpa ordenó que se les extrajeran los corazones a tres jefes cañaris mientras estaban vivos, los cortaran en pedacitos y que los miembros de su séquito se los comieran.

La venganza del vencedor fue despiadada. Debido a ciertos lazos especiales que vinculaban a Huáscar y a su abuelo Túpac Yupanqui, no sólo fueron asesinados los hombres y mujeres de la panaca de este gobernante, sino que su misma momia fue quemada hasta hacerla cenizas, un acto de sacrilegio tan espantoso que era impensable en tiempos más sosegados. Las fuerzas de Atahualpa incluso saquearon los santuarios de la ciudad sagrada del Cuzco.

Atahualpa, el rival de Huáscar, era el favorito confirmado de los ejércitos del norte, conducidos previamente por Huayna Cápac. Endurecidas por los rigores de interminables campañas contra sus feroces enemigos, estas fuerzas habían demostrado ser las más poderosas en el imperio. Sin embargo, después de su decisiva victoria, se hicieron pocos esfuerzos para buscar la reconciliación con los derrotados partidarios de Huáscar, quienes seguramente habían obtenido amplio apoyo no sólo en el Cuzco, sino en otras partes del imperio.

La historia de la guerra civil arroja una nueva luz sobre la complejidad casi bizantina del proceso por el cual los herederos potenciales al trono empezaban a destacarse. Aunque Huáscar también estaba ligado al Hanan (alto) Cuzco, que desde la época de Pachacútec había tendido a ser la mitad predominante, las fuentes sugieren que su principal lealtad estaba con el grupo dirigente tradicional del Hurin (bajo) Cuzco. De ahí que la subida de Huáscar al trono podría ser vista como una contrarrevolución en favor de la jerarquía religiosa conservadora de Hurin contra la jerarquía militar de Hanan, y en particular contra el ejército norteño de Huayna Cápac.

Dichas lealtades deber ser consideradas al evaluar la verdadera situación del imperio incaico en el momento de su destrucción. Algunos relatos podrían sugerir que las fuerzas más tradicionales de Hurin estaban efectivamente sometidas al régimen reformista de Hanan, que estableció el gran Pachacútec. Pero la supremacía del círculo militar de Tumebamba, una ciudad que entonces disfrutaba de la posición de ser un «centro del mundo» rival, creó una situación grave para la jerarquía religiosa cuzqueña y el estallido de la guerra civil podría haber alimentado en sus jefes un afán místico-religioso de restaurar su influencia.

Cajamarca

Aunque el triunfo de Atahualpa fue total, también fue pasajero. En el mismo momento que celebraba la captura de su rival Huáscar, recibió la ominosa nueva del avance de un pequeño grupo de seres tan extraños que podrían haber venido del espacio. Francisco Pizarro había desembarcado a la cabeza de un contingente, exiguo para los parámetros incaicos, de 62 jinetes y 106 soldados a pie. Después de haber capturado la isla de Puná, cruzó el golfo de Guayaquil y tomó la ciudad de Tumbes en un ataque nocturno.

El 24 de septiembre de 1532, esta minúscula pero intrépida fuerza partió tierra adentro; aunque estaban en un territorio no completamente incorporado al imperio incaico, la guerra civil había dejado su huella sobre sus habitantes; los pueblos estaban en ruinas y de los árboles colgaban muchos cadáveres de indios rebeldes, leales a Huáscar.

Pizarro no era entonces un extraño en la costa de Ecuador. Después de una exploración preliminar en 1524 y un segundo viaje unos tres años después, en el que hizo pocos descubrimientos pero sufrió graves bajas, en 1530 se embarcó de nuevo desde Sevilla; después de una tediosa marcha por la costa de Ecuador, había llegado finalmente a Puná.

Por una extraordinaria coincidencia, Atahualpa y sus fuerzas estaban acampados cerca de Cajamarca, que daba la casualidad estaba directamente situada en la ruta en que marchaba Pizarro. La historia de lo que siguió puede resumirse brevemente en este contexto. En su pormenorizada narración de estos hechos, John Hemming ofrece detalles fascinantes de este extraño y trágico choque entre dos mundos diferentes.

Pizarro llegó como estaba previsto a Cajamarca. Uno de los primeros edificios con que se encontró fue un templo del sol y un grupo completo de estructuras que albergaba a las *mamaconas*, o mujeres sagradas. Un testigo, Diego de Trujillo, cuenta que se hizo desfilar a 500 de estas vírgenes del templo en la plaza principal de Cajamarca; para indignación del emisario de Atahualpa, que ya había llegado al lugar, muchas fueron ofrecidas entonces a los españoles.

El jefe español, deseoso de actuar formalmente, envió de inmediato a su hermano, Hernando Pizarro, y a Hernando de Soto a visitar a Atahualpa, acompañados por un indio llamado Martín, un intérprete que Pizarro había conseguido en su viaje anterior. Un camino empedrado se extendía por unos cuantos kilómetros hasta el cuartel general del inca, instalado cerca de unos baños de aguas sulfurosas junto a los cuales había unos edificios bastante pequeños donde residía.

Los primeros dos europeos que llegaron ante la presencia del inca se sintieron bastante incómodos por la humillación de serles negado incluso el mero privilegio de contemplar su semblante. Dos mujeres sostenían una tela delante del soberano, a través de la cual él podía ver sin ser visto, «según la costumbre de estos señores que rara vez permiten a sus vasallos mirarlos». Pese al requerimiento de Soto de que la tela fuera retirada, el inca simplemente bajó la cabeza y se comunicó con él mediante un heraldo.

Atahualpa se mantuvo inmutable incluso cuando Soto hizo caracolear su caballo tan cerca de él que la espuma del hocico del animal manchó sus ropas. Algunos de los guardias que habían flaqueado a la vista del extraño animal, fueron ejecutados inmediatamente, junto con toda su familia. Al final de la entrevista, se sirvió *chicha* en dos copas de oro, una de las cuales el mismo inca vació, mientras que la otra fue ofrecida a Hernando Pizarro, quien temiendo que estuviera envenenada, bebió con vacilación. El mismo ritual fue seguido con Soto, pero usando copas de plata. Finalmente, Atahualpa prometió visitar Cajamarca al día siguiente.

Los españoles eran ahora conscientes del poder y complejidad del imperio que habían encontrado. Aislados del mar por una larga marcha, ¡estaban ahora en medio de una fuerza que Soto y Pizarro estimaban en 40.000!

Pese a su propia experiencia y habilidad militares, y a la superioridad de sus armas, los invasores habían llegado a un punto muerto. Sin duda tenían presente la táctica que había tenido tanto éxito en México: el rapto del soberano, aunque frente a las posibilidades existentes ¡habría sido más fácil para el inca capturar a Pizarro! Por tanto se acordó que, una vez que Atahualpa hubiera llegado a Cajamarca, Pizarro decidiera sobre la marcha la mejor táctica. La ciudad se adecuaba de forma ideal al plan provisional de los españoles: edificios largos y bajos ocupaban tres lados de la plaza principal, y en éstos Pizarro pudo colocar a su caballería dividida en tres contingentes de quince a veinte hombres.

En cambio, Atahualpa había organizado con bastante ligereza su visita a los exóticos extranjeros como una especie de desfile ceremonial. Fue acom-

pañado por una gran escolta, que según muchas fuentes estaban desarmados excepto por pequeñas hachas de combate y hondas ocultas bajo sus túnicas.

Una relación de Miguel de Estete ofrece la versión de un testigo presencial que fue uno de los primeros europeos en ver a Atahualpa y confirma los relatos de la pompa y solemnidad que rodeaban sus movimientos:

> ... en una litera muy rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venía la persona de Atabalica, la cual traían ochenta señores, todos vestidos de una librea azul, y él vestido muy ricamente, con su corona en la cabeza y al cuello un collar de esmeraldas, grande, y sentado, en la litera, en una silla muy pequeña, con un cojín muy rico. En llegando al medio de la plaza [de Cajamarca], paró, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera...[1]

Según otra descripción más tardía de Fernández de Oviedo:

> ... venía Atabaliba en una litera toda aforrada, de dentro y de fuera, de plumas de papagayos de muchas colores ... e guarnescida toda la litera de chapas de oro e plata ... Tras aquesta litera venían otras dos literas e dos hamacas, en que venían otras personas principales; e tras estas literas mucha gente, toda puesta en concierto e por sus escuadras, con coronas de oro e plata en las cabezas.[2]

Cuando llegó a Cajamarca, Atahualpa se sorprendió mucho de no encontrar ni a un solo español; finalmente apareció el dominico fray Vicente de Valverde acompañado por el intérprete Martín. Según la mayoría de los relatos, los españoles ofrecieron a Atahualpa un breviario, que el inca examinó con rapidez y lanzó encolerizadamente al suelo. En este momento Pizarro y los que estaban emboscados atacaron y la caballería cargó contra la masa de vasallos del inca casi desarmados. Algunos resistieron pero los jinetes españoles lograron aferrar la litera imperial y la volcaron, con lo cual su ocupante fue capturado. La caballería española cargó entonces a campo abierto y provocó una matanza, durante la cual varios miles de indios perecieron.

La historia de lo que siguió ha sido contada tantas veces que puede resumirse brevemente en este contexto. Al día siguiente el inca trató de librarse de su funesta situación ofreciendo el famoso rescate de llenar con objetos de oro una habitación (de seis metros de largo por cinco de ancho). Pizarro extendió cumplidamente un documento que garantizaba la libertad de Atahualpa si el oro era entregado en un tiempo determinado. Cumpliendo con este acuerdo, Quizquiz, el general del inca en el Cuzco, recibió la orden

1. «El descubrimiento y la conquista del Perú (De los papeles del arca de Santa Cruz)», atribuidos a Miguel de Estete, en *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, M. A. Guerin, ed., Plus Ultra, Buenos Aires, 1987, p. 295.

2. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols., Ediciones Atlas, Madrid, 1959, vol. V, p. 55 (Biblioteca de Autores Españoles, 121).

de sacar de los templos todos los objetos de oro transportables y enviarlos con cargadores especiales a Cajamarca.

Entretanto, se iba juntando el oro y se llevaba al Cuzco para transportarlo luego a Cajamarca. La ingenua ilusión de que los españoles cumplirían su promesa de liberarlo a cambio del oro parece haber dominado a Atahualpa hasta el punto de suponer incluso que después simplemente cargarían el botín y partirían para siempre. Para acelerar el cumplimiento del acuerdo, tres conquistadores fueron enviados al Cuzco; puesto que ningún indio colaboraría en esta tarea, ellos mismos arrancaron 700 planchas de oro que revestían el gran templo del sol, Coricancha, utilizando palancas de cobre. Entre otros objetos preciosos, se desmontó una gran fuente de oro que pesaba más de 12.000 pesos y fue enviada a Cajamarca.

Por esta fecha los españoles habían acumulado un enorme tesoro de oro y ya el 16 de marzo de 1533, sin esperar a que la habitación del tesoro estuviera llena, Pizarro ordenó que comenzara el proceso de fundir los metales preciosos. Un total de once toneladas fue fundido en las calderas, las obras maestras de los orfebres incaicos. Esto produjo una cuota de cuarenta kilos de oro para cada jinete, mientras que los soldados de a pie recibieron la mitad de esta cantidad.

Los españoles entretanto estaban fascinados por los complejos rituales de la vida cotidiana del inca cautivo, y del impecable servicio que continuaba brindándole su séquito. Un testigo ocular, Francisco de Xerez, relata que sus súbditos aún le temían; los caciques venían desde lejos a presentar sus respetos al inca cautivo, besaban sus pies y manos; él los recibía impasible sin dignarse a mirarlos a la cara. Pizarro lo trató también con sumo respeto y ofreció los servicios del fraile dominico para que le enseñara la fe cristiana de modo que consiguiera la salvación de su alma.

Cuando Atahualpa vio la constante fundición del tesoro acumulado, sus ilusiones se desvanecieron y comenzó a desesperar de que sus captores cumplieran con la promesa de liberarlo. Entonces comenzaron a circular rumores entre los españoles de que Atahualpa estaba intentando movilizar a sus ejércitos norteños, acantonados en Ecuador, bajo el mando de Rumiñahui, para que organizaran una expedición y liberaran a su señor.

Tales informes, aunque desmentidos enérgicamente por el inca, indignaron enormemente a los españoles, quienes se dividieron sobre si el inca era o no un traidor a su causa y si debía o no ser ejecutado enseguida por ello. Algunos tenían simpatía por el cautivo, mientras que otros lo veían como una amenaza para su seguridad. El método para decidir la cuestión fue completamente arbitrario. Durante un juego de cartas, apareció un indio nicaragüense y juró que había visto una gran muchedumbre de tropas nativas avanzando hacia Cajamarca. El gobernador Pizarro fue así inducido contra su voluntad a ordenar la muerte inmediata de Atahualpa. No había habido juicio y Pizarro simplemente cedió a las exigencias de su propio capitán Diego de Almagro y de los funcionarios reales.

El final fue despiadado. Al anochecer del 26 de julio de 1533 Atahualpa



FIGURA 31. Atahualpa con un guarda español (ilustración de Huamán Poma).

fue llevado al centro de la plaza y atado a una estaca. Exhortado por el fraile Valverde pidió el bautismo, por lo que en vez de ser quemado vivo, se le aplicó el garrote con una soga.

Atahualpa fue formalmente enterrado como cristiano en Cajamarca. Después, sin embargo, un ejército inca bajó a la ciudad, desenterró el cuerpo y se lo llevó para volver a enterrarlo en Quito, que en ese momento estaba controlado por Rumiñahui.

LA CONQUISTA

A los ojos de los indios, al matar a Atahualpa los españoles se habían otorgado el papel de defensores de Huáscar y como tales gozaron de cierto apoyo entre algunos elementos de la población. Sin embargo, no sólo Ecuador, sino también gran parte del Perú central estaba controlado por los ejércitos norteños, dirigidos por su general Quizquiz. El propio Huáscar había

sido asesinado por sus propios guardias por orden de Atahualpa, cuando éste era ya prisionero de los españoles.

Su marcha hacia el sur fue facilitada por los espléndidos caminos construidos por los incas. Los españoles combatieron en no menos de cuatro batallas contra estos ejércitos; después del último encuentro decisivo en las montañas que rodean el Cuzco, las fuerzas de Quito simplemente se desalentaron y se esfumaron. Al igual que sus predecesores en México, cuando los triunfantes conquistadores contemplaron el Cuzco por primera vez afirmaron que los edificios de la capital incaica eran de un esplendor superior a cualquiera que hubieran visto antes en España.

La ocupación de las zonas fronterizas más alejadas del imperio presentó menos problemas. En julio de 1535, Diego de Almagro dejó el Cuzco para ir a Chile encabezando una fuerza bien equipada, apoyada por grandes comitivas de cargadores, junto con 12.000 indios bajo el mando de Paullu, un hijo de Huayna Cápac. La marcha a través del Collao y Charcas encontró poca resistencia, ya que ambas provincias reconocían la autoridad de Paullu como heredero de Huayna Cápac. En Chile hubo alguna oposición, y grupos aislados de españoles cayeron en emboscadas y murieron. Otras fuerzas llegaron hasta el extremo sur, donde la resistencia india persistió aun después del régimen colonial español y sólo fue aplastada más tarde por las fuerzas del ejército republicano de Chile en el siglo XIX.

Aunque los invasores españoles controlaban casi por completo las zonas central y meridional del imperio, las fuerzas incaicas norteñas todavía se mantenían en Ecuador, ahora gobernado con mano de hierro por Rumiñahui, que actuaba más como un *condottiere* independiente que como un servidor leal del soberano fallecido y de sus herederos. Durante la cautividad de su señor, Rumiñahui mantuvo a los hijos del soberano y a muchas de sus mujeres bajo su tutela. Atahualpa había enviado a su hermano para que intentase rescatar a sus hijos pero el príncipe fue asesinado por Rumiñahui, desollado y su piel convertida en un tambor.

La atención de los españoles se dirigió naturalmente al baluarte norteño y a su despiadado tirano. Sebastián de Benalcázar se encaminó hacia la costa. John Hemming, en su historia de la conquista, describe lo acontecido como el mejor momento de la resistencia incaica. Benalcázar ocupó Tumebamba, donde 3.000 cañaris todavía leales a la causa de Huáscar se unieron a sus fuerzas. El general español continuó su marcha por el norte, y en Teocajas, situada cerca de un paso de montaña a 4.250 metros de altura, se libró la batalla campal más grande de la conquista; en dicho encuentro, aunque la fuerza incaica no consiguió contener a los jinetes españoles, éstos no consiguieron una victoria decisiva. Los españoles continuaron luchando con grupos de indios hasta que finalmente llegaron a Quito; al encontrar que todos los hombres se habían marchado para unirse a las fuerzas incaicas, Benalcázar en represalia mató a sus mujeres e hijos.

Entre tanto, otros contendientes entraron inesperadamente en la lucha. El famoso conquistador de México Pedro de Alvarado, procedente de Gua-

temala, desembarcó en la costa de Ecuador en febrero de 1536. Desconociendo las duras condiciones de los Andes, su expedición logró poco; muchos de sus hombres y caballos se congelaron cuando Alvarado trataba de adentrarse en la cordillera y tomó la ruta equivocada. Por otra parte, Quizquiz, que había luchado contra los españoles en el centro de Perú, regresó a Ecuador, pero no pudo unirse a las fuerzas de Rumiñahui. Después de que ambos generales fueran derrotados y ejecutados, la resistencia gradualmente desapareció.

INCAS TÍTERES

Entretanto los españoles afrontaban problemas diferentes en el mismo Cuzco. Sus esfuerzos para entronizar una serie de soberanos incas títeres constituyen una extraña página de la historia colonial. El primer intento resultó efímero; poco después del entierro cristiano de Atahualpa, el hermano menor de Huáscar, Túpac Huallpa, fue coronado inca en Cajamarca. Las ceremonias tradicionales fueron seguidas escrupulosamente, comenzando con la fiesta de tres días del nuevo soberano en un santuario especialmente construido, y terminando con la imposición de la tradicional borla real, mientras sus súbditos dirigían los rostros hacia el sol. Pero su reinado acabó prematuramente, pues el nuevo inca murió pocos meses después en octubre de 1533. Los españoles, consternados por su pérdida, creyeron que Túpac Huallpa había sido envenenado.

Sin embargo, sin desanimarse por este contratiempo, persistieron en su intento de mantener la ficción de un gobierno incaico y buscaron con empeño un nuevo rey. Al entrar al Cuzco en noviembre de 1533, les había dado la bienvenida Manco Inca, otro hijo de Huayna Cápac, que fingía una devoción servil al dominio español. Manco Inca fue así debidamente coronado como heredero de su medio hermano, un hecho acompañado también del mismo ritual que su predecesor.

Miguel de Estete ofrece un vívido relato de esta ceremonia, en la que los europeos que la vieron pudieron observar muchos detalles de los rituales tradicionales incaicos, incluida la presencia de las momias de los antiguos monarcas sentadas en tronos:

> ... fue tanto el placer del Ingar [Manco Inca] ... que acordó de hacer grandes fiestas ... ayuntando cada día tanta cantidad de gente que con mucho trabajo cabían en la plaza, trayendo a las dichas fiestas todos sus agüelos y deudos muertos, en esta manera: después de haber ido muy acompañado, y hecha oración al sol, luego por la mañana, iba al enterramiento donde estaban [los incas difuntos], cada uno por orden, embalsamados, como es dicho, y asentados en sus sillas, y con mucha veneración y respeto, todos por orden, los sacaban de allí y los traían a la ciudad, teniendo para cada uno su litera y hombres con su librea que le trujesen ... los bajaban diciendo muchos cantares, dando gracias al sol ... Llegados a la plaza con innumerable gente que con ellos iba, lle-

> vando la delantera el Ingar [Manco] en su litera y junto par de él su padre Guayna Capa, y ansí todos los demás en sus literas, embalsamados, con diademas en la cabeza. Para cada uno dellos estaba armada una tienda donde se puso cada uno de los [incas] muertos por su concierto, sentado en su silla, cercado de pajes y mujeres con moxcadores [mosqueadores] en las manos amoxcándoles con aquel respeto que si estuvieran vivos, y junto a cada uno dellos, un relicario o arca pequeña con su insinia, donde estaban las uñas y cabellos y dientes y otras cosas que habían cortado de sus miembros, después que habían sido príncipes ... Puestos todos por su orden, desde las ocho de la mañana estaban allí sin salir de las fiestas...[3]

Los españoles en este momento de la conquista, como resultado de la firme resistencia, experimentaban un sentimiento de inseguridad que los hacía reluctantes a suprimir inmediatamente todos estos rituales paganos, tan extraños a su propia fe. Se le permitió a Manco por tanto practicar ciertas ceremonias tradicionales, casi como si nada hubiera ocurrido. Por ejemplo, en 1535, Cristóbal de Molina presenció la celebración de la fiesta del Inti Raymi, los sagrados ritos dedicados a la cosecha del maíz. En esta ocasión los fardos funerarios reales fueron otra vez sacados a desfilar, sentados bajo toldos de pluma. Eran asistidos por nobles, ataviados tradicionalmente con medallones de oro fino en los tobillos. Las estatuas de los gobernantes estaban acompañadas por muchas mujeres, que utilizaban abanicos hechos de plumas de cisne para apartar las moscas.

La gran rebelión

Manco Inca, sin embargo, resultó ser una elección poco afortunada desde el punto de vista de los españoles, para quienes tenía reservadas algunas alarmantes sorpresas. Logró huir del Cuzco, volvió a ser capturado y escapó otra vez en la víspera de Cuaresma de 1536. Su segunda salida del Cuzco anunció el inicio de la gran rebelión inca. De pronto todo el valle se vio atestado de tropas indias; una verdadera apisonadora de guerreros rodeaba por todas partes a los españoles, quienes instalados en el Cuzco se quedaron estupefactos ante la magnitud de las fuerzas de sus adversarios, estimada por los testigos oculares entre mil y dos mil personas. En contraste con esta horda, los sitiados en la capital eran 190, de los cuales sólo 80 eran jinetes.

El 6 de mayo de 1536, las fuerzas de Manco lanzaron su principal ataque contra esta exigua banda. Habían incluso ideado nuevas tácticas, desconocidas en las campañas incaicas anteriores, poniendo en sus hondas piedras calientes envueltas en algodón que incendiaban los techos de paja. Esta arma completaría por cierto la destrucción de la ciudad sagrada, ya despojada de

3. «El descubrimiento y la conquista...», atribuida a Miguel de Estete, en *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, pp. 317-318.

sus tesoros por el rescate de Atahualpa, y luego saqueada por los españoles antes de ser incendiada por sus propios habitantes.

Los sitiados quedaron finalmente arrinconados en unos cuantos edificios en el lado este de la plaza principal. Los atacantes desarrollaron aún otra arma, la «boleadora», que consistía en tres piedras atadas al final de los tendones de una llama. Pero pese a su ingenio, no desarrollaron un arma que pudiera matar a un jinete con armadura, pues sólo podían hostigarlo. Los acosados españoles finalmente decidieron que su única esperanza de salvación estaba en recapturar la fortaleza de Sacsahuamán, base desde la cual los indios lanzaban la mayoría de sus ataques.

Siguió una lucha de dos días durante la cual fue muerto Juan, el hermano menor de Francisco Pizarro. Después la minúscula fuerza española, usando escaleras en un asalto nocturno, logró tomar los muros escalonados de la fortaleza. La encarnizada lucha se prolongó por dos días más, tras los cuales las fuerzas indias se refugiaron en dos altas torres; cuando los españoles superaron finalmente esta resistencia, pasaron a cuchillo a los 1.500 defensores.

La caída de Sacsahuamán no fue en modo alguno el fin del sitio, que duró unos tres meses más, desde mayo a agosto. La lucha continuó durante este período, interrumpida por una tregua cada luna nueva, en que cesaban los ataques indios debido a la celebración de rituales religiosos. En agosto la presión de los defensores se debilitó gradualmente a raíz de una incursión de Gonzalo Pizarro que capturó doscientos indios, a los cuales les cortaron la mano derecha en el centro de la plaza y luego fueron liberados para que sirvieran como lúgubre advertencia a los sitiadores.

Parte de la gran horda india que se concentraba en las montañas alrededor del Cuzco comenzó a dispersarse para sembrar sus cultivos, y la presión sobre los españoles en la capital se suavizó. Entretanto, sin embargo, Manco Inca había confiado a su general Quizo Yupanqui la reconquista de la sierra central de Perú. Después de una serie de victorias contra grupos aislados de españoles, se ordenó finalmente a Quizo bajar a Lima, la nueva capital de Francisco Pizarro, y destruirla. Después de seis días de asedio a la ciudad, Quizo lanzó un ataque general, pero una vez más la caballería española venció, y Quizo fue ejecutado, junto con muchos de sus generales.

Mientras tanto Manco Inca dejó el Cuzco sitiado todavía por sus fuerzas y se trasladó a Ollantaytambo, una gran plaza fuerte, situada a unos cincuenta kilómetros río abajo por el Yucay, parte de cuya bella mampostería incaica todavía permanece casi intacta.

El asedio del Cuzco terminó finalmente después de que Manco Inca supo de la inesperada llegada de las fuerzas de Diego de Almagro, que regresaba de su triunfal campaña en la que había sido eficientemente auxiliado por Paullu, medio hermano de Manco, un soldado excelente y ferviente partidario de la causa española. Paullu era muy popular y se sabía que Almagro lo había animado a reclamar el trono incaico para sí. Manco, sabiendo que la fidelidad que le debían las restantes fuerzas incaicas podía pasar a Paullu, trató de negociar con Almagro pero sus tentativas fueron rechazadas.

Manco Inca abandonó por fin Ollantaytambo y se refugió en la remota provincia de Vilcabamba, que gobernó como una especie de remanente del imperio. Había logrado organizar una segunda rebelión, más amplia, que supuso incursiones en la distante región de Charcas, más allá del lago Titicaca, y que al fin terminó con la victoria española en la batalla de Cochabamba, mientras que se producían otros combates en la provincia de Huánuco al norte del Cuzco.

Manco Inca finalmente fue asesinado en 1545 por unos renegados españoles que habían huido a su plaza fuerte en las montañas para escapar de la justicia española; los asesinos fueron capturados por los incas y torturados hasta morir. Probablemente por esta época el ejército incaico se había reducido a unos mil soldados.

El imperio remanente de Manco Inca sobrevivió por varios decenios, gobernado sucesivamente en su remoto refugio por sus hijos, hasta que el último emperador, Túpac Amaru, sucumbió a las fuerzas enviadas por el virrey Francisco de Toledo en 1572. Hubo poca oposición. Se envió una expedición a la región de Vilcabamba; los indios no pudieron defender los pasos que daban acceso a su territorio y los españoles no tuvieron dificultad en quebrar la última resistencia incaica. Túpac Amaru y un patético grupo de refugiados huyeron a la selva, donde fueron rápidamente capturados. Sus dos principales capitanes fueron torturados y ejecutados; a otros, menos culpables a los ojos de los españoles, sólo se les cortó la mano derecha.

Toledo había llegado a la firme conclusión de que estos últimos vestigios del imperio incaico debían ser eliminados y decidió ejecutar al emperador superviviente Túpac Amaru. Después de un juicio arreglado fue sentenciado a muerte. Grandes multitudes de indios gimientes llenaron las calles cuando el último inca era conducido a donde iba a ser decapitado. Según el cronista Martín de Murúa: «Fue cosa notable, y de admiración lo que refieren: que como la multitud de indios que en la plaza estaban, y toda la henchían, viendo aquel espectáculo triste y lamentable, que había de morir allí su Ynga y señor, atronasen los cielos y los hiciesen retumbar con gritos y vocería...».[4] Entonces el inca pronunció un conmovedor discurso de despedida en el que pidió a todos que lo perdonaran; dijo al virrey y al juez que rogaría a Dios por ellos. El cuerpo de Túpac Amaru fue enterrado en la capilla principal de la catedral, y los servicios fúnebres estuvieron a cargo del cabildo. Su cabeza, sin embargo, fue empalada en la punta de una lanza; se dijo que se volvía cada día más bella y que por la noche los indios venían a adorarla, hasta que el virrey se enteró e hizo enterrar la cabeza junto con el cuerpo en la capilla de la catedral.

El proceso de acabar con este prolongado, aunque localizado, período de resistencia incaica había tenido lugar con el transfondo extraño de una dura lucha entre diversos bandos de españoles. Los conquistadores, lejos de estar

4. Martín de Murúa, *Historia general del Perú*, Manuel Ballesteros, ed., Historia 16, Madrid, 1986, p. 309 (Crónicas de América, 35).

unidos en su determinación de acabar con lo que quedaba del imperio de Manco, estaban ellos mismos en una situación de guerra civil, que equivalía a una rebelión virtual contra el rey de España.

Inicialmente las fuerzas victoriosas de Almagro, después de volver de Chile y salvar a los asediados defensores del Cuzco, ocuparon el centro de Perú, mientras que los tres hermanos Pizarro: Francisco, Hernando y Gonzalo, controlaban virtualmente Lima y la costa. Hernando Pizarro procedió a invadir el Perú central y llegó al Cuzco, donde en 1538 logró una victoria total sobre las fuerzas de Almagro, aprisionó a su jefe y lo mandó ejecutar en el garrote.

Tras esto los derrotados almagristas quedaron bajo el mando del hijo de su jefe, también llamado Diego. Un grupo de veinte penetraron por la fuerza en el palacio aparentemente desguarnecido de Pizarro en Lima y mataron a su ocupante. Con la muerte de Francisco, el jefe indiscutido de la conquista, la empresa entró en una nueva fase, iniciada cuando Carlos V envió a Blasco Núñez de Vela para que sucediera a Pizarro como virrey y a Vaca de Castro como administrador de Perú.

Núñez de Vela disfrutó de una breve temporada en el poder antes de que fuera derrotado en una batalla ocurrida en las cercanías de Quito en 1545 por el enérgico Gonzalo Pizarro, el único de los hermanos Pizarro que permanecía en Perú. Como resultado de esta victoria Gonzalo se convirtió en el amo indiscutido de la situación; algunos de los colonizadores españoles incluso deseaban proclamarlo rey. Pero a su vez fue derrotado por un nuevo emisario del rey, Pedro de la Gasca, en Jaquijahuana, cerca del Cuzco, en 1548, y después ejecutado. El joven Diego de Almagro sufrió el mismo destino cuando estaba a punto de salir del Cuzco para unirse a los incas rebeldes de Manco Inca que quedaban.

Las secuelas

Como hemos visto, la resistencia a los conquistadores fue mucho más grande que en otros países de los que se habían apoderado. Sin embargo, el método del dominio español en Perú, una vez establecido el control, siguió un modelo que prevaleció en la mayor parte de su vasto imperio. Para la mayoría de los indios, el cambio fue gradual. Aunque por esta época los españoles debían haber adquirido amplia experiencia en el gobierno de los territorios indios, los habitantes, a despecho de las buenas intenciones proclamadas por sus amos, estuvieron sometidos a los mismos abusos.

Pero el azote más atroz para los súbditos del recién conquistado imperio incaico provino no tanto de lo que los conquistadores tomaron, sino de lo que trajeron en la forma de enfermedades hasta entonces desconocidas, como las paperas y la viruela, contra las cuales los nativos americanos no tenían defensas. En consecuencia, incluso según las estadísticas oficiales españolas, la población de Perú descendió de alrededor de 1,5 millones en 1561 a

600.000 en 1796. Tales estadísticas probablemente subestiman la disminución.

El proceso de despoblación fue más notorio en las llanuras costeras, por ejemplo, Chincha, al sur de Lima, que había sido un valle próspero, con cerca de 40.000 habitantes cuando los españoles llegaron, redujo su población a menos de mil en la década de 1560. Cieza de León lamentaba el terrible descenso de población en los valles de Ica y Nazca debido a las nuevas enfermedades. Pero aunque la enfermedad ha sido considerada, probablemente de forma correcta, como la principal causa de la despoblación, el profundo choque cultural y la inestable situación política fueron también factores importantes.

En Perú, a diferencia de México, la desaparición del antiguo orden establecido había sido precedida por una guerra civil entre los conquistadores, y después de la destrucción del imperio por parte de invasores totalmente extraños, tanto la acérrima resistencia como las hostilidades entre los bandos españoles en lucha tuvieron un coste. El hambre, resultante del desorden predominante, se sumó a los horrores de la guerra. Por citar un simple ejemplo de los sufrimientos adicionales que la lucha entre los bandos españoles impuso a la población india: cuando Gonzalo Pizarro avanzaba hacia Lima reclutó 6.000 hombres y mujeres para transportar el equipaje y la artillería de su ejército; según su principal adversario, La Gasca, la mayoría de ellos murieron a consecuencia de la tarea de acarreo, deshidratados por el sol y exhaustos por el excesivo peso de sus cargas; iban encadenados de día, y de noche les ponían cepos para evitar su huida.

El dominio de los españoles sobre los indios se basó, tanto en Perú como en México, en el sistema de mercedes reales llamado «encomiendas». Ya en 1529, como parte del acuerdo de que Francisco Pizarro emprendería la conquista de Perú a su propio cargo, se le había concedido el derecho de ofrecer «encomiendas» a su gente, siempre y cuando observara ciertas restricciones en el empleo del trabajo obligatorio. Así, efectivamente, el rey de España ofreció incentivos a los españoles no sólo para conquistar sino para establecerse en los territorios conquistados, pues ofrecía una existencia privilegiada en una época en que la tierra era la verdadera medida de la riqueza entre unos hombres que, a diferencia de los futuros colonos de Norteamérica, despreciaban la idea de trabajar en el comercio, por no hablar del trabajo manual.

La «encomienda» concedida a un español no otorgaba en sí misma tierras; los beneficiarios (los «encomenderos») eran encargados simplemente del bienestar cristiano de un grupo de indios que vivían en un territorio específico, de los cuales recibían tributos. De ahí que el premio del encomendero, el incentivo para que se estableciera en Perú, era la oportunidad de vivir una vida de ocio a costa de los pobladores sujetos a su encomienda. A menos de que fuera rígidamente controlado, el sistema estaba expuesto a los más graves abusos. Una cosa era en España, pero otra muy distinta cuando el control de la muchedumbre de indios era confiado a individuos sin principios de

una raza extraña, quienes se inclinaban más a verlos como meras bestias de carga. A diferencia de los anteriores gobernantes, este puñado de privilegiados se preocupaban poco por el bienestar de quienes tenían a su cargo, y en muchos casos cobraban el tributo sin haber visto nunca a sus súbditos, ya que estaban obligados a residir en un pueblo español, y tenían prohibido vivir en sus propios dominios. De hecho, cualquier soldado que hubiera estado en Cajamarca, cualquiera que fuera su origen social, podía tener una encomienda a condición de que permaneciera en Perú. Pizarro tendió a dar los territorios más grandes y mejores a sus propios parientes y servidores, y a un conquistador analfabeto se le confiaron así 40.000 vasallos.

El sistema de mita, consistente en prestaciones de trabajo, continuó bajo los españoles, que lo adaptaron a su propio beneficio. Mientras que antes los *mitayos* reclutados para trabajar recibían sustento de los almacenes del estado, los españoles no les daban nada a cambio de su trabajo. La forma más temible de mita era la de ser enviado a las minas españolas, donde la demanda de trabajo había crecido enormemente a raíz del descubrimiento en 1545 de las fabulosas minas de plata de Potosí en Bolivia, antes desconocidas. La plata estaba cerca de la superficie y al principio los indios fueron más o menos bien tratados. Pero hacia 1550 la demanda era tan grande que se llegó a comparar Potosí con un monstruo hambriento que engullía a la población nativa. (Los esclavos africanos importados no podían sobrevivir debido a la altitud tan elevada de las minas.) El dominico fray Domingo de Santo Tomás estuvo entre los primeros en llamar la atención sobre el terrible espectáculo, y escribió al Consejo de Indias el 1 de julio de 1550:

> Habrá cuatro años que, para acabar de perderse esta tierra se descubrió una boca del infierno, por la cual echan cada año dende el tiempo que digo gran cantidad de gente, que la codicio de los españoles sacrifican a su Dio, y es unas minas de plata que llaman Potosí ... envían a los pobres indios por fuerza de cada repartimiento ... Lo cual cuán contra razón y leyes de libres sea ninguno que sepa qué cosa es libertad lo ignora, porque echar ánimas por fuerza es o condición de esclavos o de hombres condenados a tan gran pena por graves delitos.[5]

Las autoridades españolas, empezando por el rey, trataron de proteger a los nativos de Perú de la explotación de los residentes locales, pero el efecto de sus esfuerzos fue limitado. Ya en 1542 se estableció el Consejo de Indias y en teoría, al menos, los indios debían ser protegidos por las Leyes Nuevas, dictadas en Barcelona en ese año. Por sus disposiciones el gobierno real se extendía a las provincias mediante funcionarios llamados «corregidores», quienes recibieron instrucciones para castigar los agravios contra los indios tan severamente como si hubieran sido infligidos a los españoles. Pero en la

5. Cit. en Isacio Pérez Fernández, *Bartolomé de Las Casas en el Perú*, Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco, 1988, p. 228.

práctica era raro que estos funcionarios locales castigaran a los encomenderos, y la mayoría de la población apenas si era consciente de la existencia de otras autoridades, aparte de sus amos inmediatos, los encomenderos, y de sus antiguos señores, los curacas.

Los curacas tradicionales, o jefes indios locales, estaban en efecto entre dos fuegos. Al principio solían soportar la crueldad de los españoles, ya que se pensaba que controlaban gran parte del tesoro ávidamente buscado por los conquistadores. Las atrocidades contra los curacas se prodigaron: algunos eran torturados y colgados; otros eran enterrados hasta la cintura y después se les exigía oro.

Pero después de la inicial búsqueda del tesoro, los curacas, lejos de ser considerados responsables de ocultar oro, llegaron a ser vistos como intermediarios valiosos en la tarea de controlar a sus antiguos súbditos, ya que a los encomenderos les estaba prohibido vivir en sus tierras y por lo tanto necesitaban la ayuda de estos curacas para cobrar el tributo. Como conservaban sus antiguos poderes bajo el estado incaico, muchos curacas a la larga se unieron a los españoles en la explotación de la población local. Sin embargo, mientras que algunos curacas abusaron de su nueva autonomía, otros trataron de proteger a sus antiguos súbditos, y ciertos relatos hablan de los esfuerzos de los mejores entre ellos por defender a sus indios del abuso español.

Aparte de los encomenderos y el curaca, los españoles con quienes los indios tenían contacto más directo eran los sacerdotes; aunque algunos de ellos se esforzaron por proteger a su rebaño de nuevos conversos del abuso, otros hicieron poco más que aumentar, con sus exigencias, el peso del tributo pagado por las poblaciones locales.

Aunque al parecer el propósito inicial de la conquista española de los indios había sido su conversión y la salvación de sus almas, en la práctica la Iglesia en su conjunto había estado lejos de mostrarse unida en esta actitud. Mucho antes de la conquista de Perú, los movimientos en favor del indio habían encontrado un adalid en el infatigable obispo fray Bartolomé de Las Casas, cuyas invectivas forzaron a la Corona española a aprobar una serie de nuevas leyes destinadas, al menos en teoría, a proteger inicialmente a los pueblos nativos de México y después a los de Perú.

Los monarcas españoles habían estado profundamente preocupados por el creciente debate sobre sus derechos morales a gobernar y conquistar a los indios. Este debate se hizo más apasionado, culminando en una reunión de diez miembros del Consejo de Indias y de Castilla en Valladolid en 1550. Las Casas preparó un tratado de 550 páginas, que leyó en orden durante cinco días consecutivos. Pese a las opiniones contrarias expresadas por otros, como el humanista Juan de Sepúlveda, que defendía los derechos españoles a gobernar a los indios como consideraran más adecuado, las opiniones de Las Casas tendieron a prevalecer y continuó propagando sus diatribas contra el mal gobierno hasta su muerte en 1566; incluso propuso al rey de España que si quería salvar su alma debería devolver todo Perú a Titu Cusi, el inca títere.

Pero la teorización sobre los deberes morales de los conquistadores, aunque fuera bien intencionada, era bastante remota respecto a las realidades de la vida y de las condiciones sociales del pueblo indígena de Perú, y como hemos visto hubo poca mejora. Los cambios no se efectuaron hasta la llegada del virrey Francisco de Toledo en 1571. Toledo, algo paradójicamente, trató de retirar los escritos de Las Casas y mostró cierta simpatía por los opresores de los nativos, los encomenderos; pero aunque los intentos para suprimir las encomiendas fracasaron, su importancia tendió a disminuir. Toledo también trató de restringir el poder de los curacas, a quienes consideraba unos tiranuelos. El control de los indios fue entonces confiado a los corregidores, nombrados sólo por unos pocos años. Algunos por lo menos trataron de aliviar el sufrimiento indígena, pero sus esfuerzos se vieron con frecuencia frustrados por la voraz demanda de trabajo en las minas en condiciones que no mejoraron.

Después que el último gobernante títere, Túpac Amaru, fuera ejecutado tras un juicio arreglado, la nobleza que quedaba a finales del siglo XVI estaba cada vez más asimilada y se llegó a identificar con los conquistadores.

Tan marcado había sido el impacto de los incas en las regiones nucleares de su gran dominio que sus costumbres y tradiciones se extinguieron con lentitud y ciertas formas de solidaridad incaica todavía no se han borrado. Este resentimiento contenido contra sus señores españoles finalmente estalló en una rebelión abierta en 1737, que se extendió por diecisiete provincias antes de ser despiadadamente reprimida. Una rebelión posterior fue dirigida por un hombre llamado Juan Santos, que tomó el título de Apu Inca, afirmando así estar vinculado con Atahualpa. De forma bastante paradójica esta revuelta surgió en la selva situada más allá de los confines del antiguo imperio; el inca rebelde nunca fue capturado, ya que lograba retirarse a la selva cada vez que era perseguido.

Otra importante sublevación tuvo lugar en 1780-1781 y fue encabezada por el curaca Gabriel Condorcanqui, quien tomó el título de Túpac Amaru II, igual que el último inca títere, cuya hija se había casado con el bisabuelo de Condorcanqui. Esta fue en realidad una revuelta campesina, que culminó en el ahorcamiento de un importante corregidor español. Pero después de su triunfo inicial, Túpac Amaru II fue capturado, torturado y luego ejecutado en la plaza principal del Cuzco.

Una nueva rebelión de jefes indios, que afirmaban ser descendientes de los incas, tuvo lugar en 1815, sólo nueve años antes de que con la batalla de Ayacucho Perú lograra independizarse de España.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

General

Los libros generales sobre las civilizaciones precolombinas en los Andes tienden a concentrarse en el breve período incaico y tratan poco del Perú preincaico.

Como una excepción se puede citar *The Incas and Their Ancestors*, de Michael E. Moseley, Thames and Hudson, Londres, 1992. Pese a su título, el libro trata principalmente de las diversas culturas preincaicas.

Asimismo, *Peru Before the Incas*, de Edward P. Lanning, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1967, sintetiza lo que ya entonces se conocía sobre las culturas más antiguas.

1. *El origen de la civilización*

Entre las obras sobre esta cuestión se destaca el trabajo de Richard L. Burger, *Chavin and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, Londres, 1992. Además de ofrecer una descripción actualizada de Chavín propiamente dicho, Burger nos da una descripción detallada de las sociedades del Precerámico tardío y del período Inicial, las más antiguas de las cuales precedieron en mucho tiempo a Chavín, cultura considerada una vez como la cuna de la civilización andina.

También de importancia es el informe de la conferencia de Dumbarton Oaks sobre *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, Dumbarton Oaks Research Library, Washington, D.C., 1985.

El libro de Richard Burger antes citado contiene una amplia bibliografía de obras sobre las culturas más antiguas.

2. *Moche*

La obra más impactante sobre el período moche es *The Royal Tombs of Sipan*, de Walter Alva y Christopher Donnan, publicada primero por la Universidad de California de Los Ángeles. Bellamente ilustrada, describe en detalle estas investigaciones recientes y sensacionales.

Algunos de los trabajos más informativos sobre este período son los siguientes:

Benson, Elizabeth, *The Mochica, a Culture of Peru*, Praeger, Nueva York, 1972.

Castillo, Luis Jaime, *Personas míticas, escenas y narraciones en la iconografía mochica*, Universidad Católica, Lima, 1989.

Donnan, Christopher, *Moche Art of Peru*, Universidad de California, Los Ángeles, 1978.
Hocquenghem, Anne Marie, *Iconografía mochica*, Universidad Católica, Lima, 1987.
Kirkpatrick, Sidney D., *Lords of Sipan*, Henry Holt, Nueva York, 1992.
Moseley, Michael, *The Incas and Their Ancestors*, Thames and Hudson, Londres, 1992, pp. 166-184.
Silverman, Helaine, *Cahuachi in the Ancient Nazca World*, Universidad de Iowa Press, Iowa, 1993.

3. *Nazca: enigmas no resueltos*

El libro de Anthony Aveni es el más importante sobre las líneas de Nazca. Plantea nuevas teorías significativas, aunque no descarta ciertos conceptos de escritores anteriores; sin embargo muchos aspectos de su investigación no son ya sostenibles.

Aveni, Anthony F., ed., *Order in the Nazca Lines?*, American Philosophical Society, Filadelfia, 1990.
Hawkins, Gerald, *Final Scientific Report for the National Geographic Society Expedition*, Smithsonian Institution, Cambridge, Mass., 1969.
Morgan, Alexandra, «The Master or Mother of Fishes: An Interpretation of Nazca Pottery Figurines and Their Symbolism», en Richard W. Keatinge, ed., *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology*, Bar International Series, 421, Oxford, 1988.
Paul, Anne, *Paracas Ritual Attire: Symbols of Authority in Ancient Peru*, University of Oklahoma Press, Norman, 1990.
Reiche, Maria, *Geheimnis der Wüste-Mystery on the Desert*, Stuttgart, 1968.
Reinhard, Johann, *The Nazca Lines: A New Perspective on Their Origin and Meaning*, Los Pinos, Lima, 1968.
Silverman, Helaine, *Cahuachi in the Ancient Nazca World*, Universidad de Iowa Press, Iowa, 1993.

4. *Los reinos del Horizonte Medio*

Una serie de informes sobre buena parte de la investigación relativamente actual del horizonte Huari-Tiahuanaco se compila en el volumen colectivo *Huari Administrative Structure*, publicado en 1991 por la Dumbarton Oaks Research Library, Washington D.C., producto de los debates de una mesa redonda a la que asistieron muchos especialistas en los Andes.

A un capítulo inicial sobre la historia de los estudios de Huari siguen al menos una docena de capítulos donde destacados estudiosos describen muchos asentamientos del período huari, incluidos Huari propiamente dicho, Azángaro y Pikillacta. El libro también deja muy claro que las fases tardías de Tiahuanaco estuvieron estrechamente relacionadas con Huari, y que el centro de Pucara posiblemente servía de enlace entre los dos.

Entre los trabajos más antiguos sobre Tiahuanaco podemos citar:

Ponce Sangines, C., *Nueva perspectiva para el estudio de la expansión de la cultura tiwanaku*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1981.

Posnansky, Arthur, *Tihuanacu-The Cradle of American Man*, J.J. Augustin, Nueva York, 1945.

5. *El gran Chimú*

Como en el caso del Horizonte Medio, una abundante información se recoge en *The Northern Dynasties: Kingship and Statecraft in Chimor*, publicado en 1990 por la Dumbarton Oaks Research Library, y editado por Michael E. Moseley y Alana Cordy Collins. Esta publicación reproduce la información dada en un simposio previo sobre el tema que tuvo lugar en Dumbarton Oaks.

En un artículo introductorio Michael E. Moseley ofrece una concisa reseña de la historia, las dinastías registradas, la arquitectura y el arte de Chimú. De particular importancia también es la descripción de Alan L. Kolata de la capital chimú, Chan Chan, en Alan Kolata, ed., *Tiwanaku and Its Hinterland, vol. 1: Agroecology, Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization*, Smithsonian Institution, Cambridge, Mass., 1996.

Varios aportes, en particular los de Christopher Donnan e Izumi Shimada, ofrecen una interpretación explícita aunque algo diferente del papel desempeñado por Chimú en la historia tal como aparece en la «Historia Anónima de Trujillo» y también en la obra del cronista Cabello de Balboa. Los diversos relatos de la conquista de Chimú por los incas son sintetizados en mi propio libro *The Incas*, pp. 132-136 (para más detalles, véase la bibliografía sobre el período incaico).

Entre las primeras obras sobre los chimús se destacan:

Rostworowski, María, *Curacas y sucesiones. Costa norte*, Imprenta Minerva, Lima, 1961.

Rowe, John H., «The Kingdom of Chimor», *Acta Americana*, vol. 6, pp. 26-59.

6, 7 y 8. *El período incaico*

Se ha escrito mucho sobre los incas. Entre las obras más importantes de las recientes décadas seleccionaré sólo algunas. Casi todas tienen amplias bibliografías, incluido mi propio libro, *The Incas*, publicado en 1995 por la University of Colorado Press. Entre otros trabajos podemos citar:

Bauer, Brian S., *The Development of the Inca State*, Universidad de Texas, Austin, 1992.

Bingham, Hiram, *Machu Picchu, a Citadel of the Incas*, Yale University Press, New Haven, 1930.

Brundage, Burr Cartwright, *Empire of the Incas*, Universidad de Oklahoma Press, Norman, 1963.

Demarest, Arthur, *Viracocha. The Nature and Antiquity of the Andean High God*, Peabody Museum Monographs, Cambridge, Mass., 1981.

Dillehay, Tom D., *Araucania, presente y pasado*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1990.

Hyslop, John, *The Inca Road System*, Academic Press, Nueva York, 1984.

Kendall, Ann, *Everyday Life of the Incas* Batsford, Londres, 1973.

Métraux, Alfred, *The History of the Incas*, Schocken Books, Nueva York, 1970.
Moseley, Michael E., *The Incas and their Ancestors*, Thames and Hudson, Londres, 1992.
Murra, John V., *La organización económica del estado inca*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1978.
Pease G.Y. Franklyn, *Del Tahuantinsuyu a la historia del Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1978.
Reinhard, Johann, *Machu Picchu: The Sacred Center*, Editorial Cultura, Lima, 1991.
Rostworowski de Díez Canseco, María, *Historia del Tawantinsuyu*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1988.
Wedin, Ake, *La cronología de la historia incaica*, Instituto Ibero-Americano, Gotemburgo, 1963.
Zuidema, R. T., *Inca Civilization in Cuzco*, University of Texas Press, Austin, 1990.

Fuentes históricas principales

Betanzos, Juan de, *Suma y relación de los Incas*, Atlas, Madrid, 1987.
Cabello de Balboa, Miguel, *Miscelánea Antártica*, Universidad de San Marcos, Lima, 1951.
Cieza de León, Pedro de, *El señorío de los Incas*, Promoción Editorial, Lima, 1973.
Garcilaso de la Vega el Inca, *Comentarios reales*, 2 vols., Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.
Santillán, Hernando de, *Historia de los incas y relación de su gobierno*, Editores Técnicos, Lima, 1968.
Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Historia de los Incas*, Editores Emecé, Buenos Aires, 1943.

9. *La conquista*

Entre los trabajos sobre la conquista española se destaca el libro de John Hemming, *The Conquest of the Incas*, Macmillan, Londres, 1970 (hay trad. castellana: *La conquista de los incas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982). Las fuentes españolas citadas antes también incluyen relatos bastante detallados aunque algo divergentes de la conquista española.

ÍNDICE